



LIBRARY OF THE  
CONGRESS  
PHOTODUPLICATION SERVICE  
WASHINGTON, D. C. 20540

ANO IV

NÚM. XLII

LA

ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO MADRILEÑO

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

JUNIO — 1892

MADRID

AGUSTÍN AVRIAL.—IMP. DE LA COMP. DE IMPRESORES Y LIBREROS

SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074

*Para la reproducción de los artículos  
comprendidos en el presente tomo, es indis-  
pensable el permiso del Director de LA  
ESPAÑA MODERNA.*

# EL SITIO DE SEBASTOPOL

SEBASTOPOL EN DICIEMBRE DE 1854

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEORANGLONNES DEL

**E**l crepúsculo matutino colorea el horizonte hacia el monte Sapun; la superficie del mar, azul oscura, va surgiendo de entre las sombras de la noche y sólo espera el primer rayo de sol para cabrillar alegremente; de la bahía, cubierta de brumas, viene frescachón el viento; no se ve ni un copo de nieve; la tierra está negruzca, pero la escarcha hiere el rostro y cruje bajo los pies. Solo el incesante rumor de las olas, interrumpido á intervalos por el estampido sordo del cañón, turba la calma del amanecer. En los buques de guerra todo permanece en silencio. El reloj de arena acaba de marcar las ocho, y hacia el Norte, la actividad del día reemplaza poco á poco á la calma de la noche. Aquí, un pelotón de soldados que va á relevar á los centinelas; oyése el ruido metálico de sus fusiles; un médico que se dirige apresuradamente hacia su hospital; un soldado que se desliza fuera de su choza para lavarse con agua helada el rostro curtido, y vuelta la faz á Oriente reza su oración, acompañada de rápidas persignaciones. Allá, enorme y pesado furgón de crujientes ruedas, tirado por dos camellos, llega al cementerio donde recibirán tierra los muertos que, apilados, llenan el vehículo. Al pasar por el puerto, produce desagradable sorpresa la mezcla de olores; huele á carbón de piedra, á estiércol, á humedad, á carne muerta. Mil y mil objetos varios; madera, harina, gaviones, carne, véense arrojados en montón por todas partes. Soldados de diferentes regimientos, unos con fusiles y morrales, otros sin morrales ni fusiles, agólpanse en tropel, fuman, discuten y transportan los fardos al vapor atracado junto al puente de tablas y

próximo á zarpar. Botes y lanchas particulares llenos de gente de todas clases, soldados, marinos, vendedores y mujeres, abordan al desembarcadero y desatracan de él sin cesar. «¡Por aquí, Vuestra Nobleza; á la Grafskaya!»—y dos ó tres marineros viejos, de pié en sus botes, os ofrecen sus servicios. Escogéis el más próximo, pasando sin pisar sobre el cadáver medio descompuesto de un caballo negro sumergido en el fango, á dos pasos de la barquilla, y vais á sentaros á popa, cogiendo la caña del timón. Os alejáis de la ribera; en torno vuestro brilla el mar herido por el sol de la mañana; ante vos, un atezado marinero, envuelto en su gabán de piel de camello, y un muchacho de cabellera rubia, reman rápidamente. Dirigís la vista hacia los buques gigantescos, de casco pintado á franjas, por la rada esparcidos; y á las lanchas, puntos negros que bogan sobre el azul rielante de las olas; y á los lindos edificios de la ciudad, de colores claros que el sol naciente tiñe de sonrosado matiz; y á la línea blanca de espuma que rodea el rompeolas y los barcos sumergidos, de los que surgen tristemente, sobre la superficie del agua, las negras puntas de los mástiles; y hacia la escuadra enemiga, que sirve de faro en el lejano cristal de las aguas, y, en fin, á las ondas rizadas

en que juguetean los glóbulos salinos que los remos hacen saltar con sus golpetazos. Y oís al propio tiempo el sonido uniforme de las voces que el agua os trae, y el tronar grandioso del cañoneo, que parece ir aumentando en Sebastopol. Y ante la idea de que estáis asimismo, en el propio Sebastopol, sentís invadida el alma por una sensación de orgullo y valentía, y la sangre circula con mayor rapidez en vuestras venas.

—Vuestra Nobleza; vía al *Constantino* — os dice el marinero volviéndose para rectificar el rumbo que con el timón dais al bote.

—¡Toma! conserva aún todos sus cañones—exclama el muchacho rubio, mientras que la lancha se desliza junto al costado del navío.

—Es nuevo; debe tenerlos todos; Korniloff ha estado en él—replica el viejo, examinando á su vez el buque de guerra.

—¡Allí ha reventado!—grita el chico tras un rato de silencio, fijando los ojos en una nubecilla blanca de humo, que se disipa tras de aparecer súbitamente en el cielo sobre la bahía del Sud, acompañada del ruido estridente que produce la explosión de una granada.

—Es de la batería nueva que tira hoy—añade el marino, escupiéndose tranquilamente en la mano.—

Vamos, Nichka, ¡boga!; á adelantarnos á aquella lancha.

Y el bote surca rápidamente la amplia superficie ondulada de la bahía; deja atrás un macizo lanchón, cargado de sacos y de soldados, inhábiles remeros que maniobran torpemente, y aborda por fin al centro de los numerosos buques amarrados á tierra, en el puerto de la Grafskaya. Por el muelle circulan multitud de soldados con capote gris, marineros de chaquetón negro y mujeres con trajes de colores vivos. Campesinas, vendedoras de pan, labriegos que, junto á su samovar, ofrecen *sbitene* (1) caliente á sus parroquianos. Sobre los primeros escalones del desembarcadero aparecen, formando montón, balas de cañón oxidadas, bombas, metralla, cañones de fundición de diferentes calibres; más lejos, en una extensa plaza, véanse en tierra enormes maderos, cureñas, afustes, soldados dormidos, y junto á todo esto, carretas, caballos, cañones, arzones de artillería, haces de fusiles de infantería; y después más soldados en movimiento, marinos, oficiales, mujeres y niños; carretones cargados de pan, sacos y barricas, un cosaco á caballo y un general que atraviesa la plaza en *drochki*. A la derecha, en la calle, se eleva

una barricada, y en sus troneras cañones de reducido calibre, junto á los cuales sentado, un marinero, fuma tranquilamente su pipa.

A la izquierda, un edificio de buen aspecto sobre cuyo frontis aparece un rótulo en letras romanas, y á su pié soldados y camillas manchadas de sangre: los tristes vestigios del campo del combate en tiempo de guerra saltan por doquier á la vista. La primera impresión es, á no dudar, desagradable; tan extraña mezcla de la vida urbana con la campestre; de la elegante ciudad y el vivac fangoso, no tiene nada de atractiva y os choca con su horrible contraste; hasta os parece que todos, presa del terror se agitan en el vacío. Pero examinad de cerca el rostro de aquellos hombres que en redor nuestro se mueven y hablaréis de otro modo. Fijaos bien en aquel soldado del tren que lleva á beber los caballos bayos de su troika, tarareando entre dientes, y veréis que no se extraviará entre la turba revuelta, que por lo visto no existe para él; atento solamente á su obligación, cumplirá de seguro su deber, cualquiera que sea: conducir sus caballos al abrevadero ó arrastrar un cañón, con tanta tranquilidad é indiferente aplomo como si estuviera en Tula ó Saransk. Encontraréis igual expresión en la cara de aquel oficial

(1) Bebida popular.

que pasa ante vos con guantes de irreprochable blancura; del marinero que fuma su pipa, sentado sobre la barricada; de aquellos soldados disciplinarios que esperan con las camillas á la entrada de lo que fué un tiempo sala de la Asamblea, y hasta en el rostro de aquella muchacha que atraviesa la calle saltando de un adoquín á otro por temor de ensuciarse el vestido color de rosa. Sí, decepción grande os espera á vuestra llegada á Sebastopol. En vano procuraréis descubrir en cualquier fisonomía señales de agitación, de sobresalto, ni siquiera de entusiasmo, de resignación á la muerte, de resolución; no hay nada de eso. Veréis el trajín de la vida ordinaria: gentes ocupadas en sus labores diarias, de modo que os reprochareis vuestra exaltación exagerada, poniendo en duda, no sólo la exactitud de la opinión que por los relatos formasteis acerca de el heroísmo de los defensores de Sebastopol, sino la veracidad de la descripción que os han hecho del extremo Norte, y hasta de los ruidos ensordecedores que llenan el aire. Sin embargo, antes de dudar, subid á un baluarte, ved á los defensores de la plaza en el lugar mismo de la defensa; ó mejor aún, entrad directamente en aquel edificio á cuya puerta están los camilleros, y conemplaréis á esos defensores de Se-

bastopol, y presenciareis espectáculos horribles y tristísimos, grandiosos y cómicos, pero conmovedores y propios para elevar el alma. Entrad, pues, en el salón que hasta la guerra sirvió para las sesiones de la Asamblea. Apenas hayáis abierto la puerta, cuando el olor que exhalan cuarenta ó cincuenta amputados os asfixiará. No cedáis al sentimiento que os detiene en el umbral de la sala; es un sentimiento vergonzoso; avanzad resueltamente, no os ruboricéis por haber venido á ver á aquellos mártires; aproximaos á ellos y habladles; los infelices ansían ver un rostro compasivo, referir sus sufrimientos y escuchar palabras de caridad y de simpatía. Al pasar por el centro, entre las camas, buscáis con la vista el rostro menos austero, menos contraído por el dolor. Al encontrarlo, os decidís á interpellarle, á preguntar.

—¿Dónde estás herido?—interrogáis con timidez á un veterano de rostro demacradísimo que se halla sentado sobre un lecho, y cuya cordial mirada os viene siguiendo y parece invitaros á que os aproximéis á él. Y digo que habéis preguntado con timidez, porque la vista del que sufre inspira, no tan sólo viva piedad, sino yo no sé qué temor de molestarle, unido á profundo respeto.



—En el pié—responde el soldado—y, no obstante, reparáis bajo los pliegues de la ropa que la pierna le fué cortada por bajo de la rodilla. ¡Gracias á Dios—añade—me darán el alta!

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Esta es la sexta semana.

—¿Dónde te duele ahora?

—Nada me duele ya. Sólo á veces en la pantorrilla, cuando hace mal tiempo: fuera de eso, nada.

—¿Cómo fué?

—En el quinto *bakcion* (1). Vuestra Nobleza; en el primer bombardeo. Acababa de apuntar el cañón y me dirigía tranquilamente á otra cañonera, cuando de pronto el golpe me hirió en el pié. Creí caer en un agujero. Miro; y ya no había pierna.

—¿No sentiste dolor en el primer momento?

—Nada; únicamente como si me escaldaran la pierna.

—¿Y después?

—Después nada; sólo cuando extendieron la piel me escoció algo. Sobre todo, Vuestra Nobleza, no hay que pensar; cuando no se piensa no se siente nada; cuando el hombre piensa, es peor.

A todo esto, una buena mujer, vestida de gris y con un pañuelo negro anudado á la cabeza se apro-

xima, se mezcla en nuestra conversación y se pone á contarnos detalles sobre el marinero; cuanto había padecido, y como se desesperó de salvarle durante cuatro semanas y como, cuando lo traían herido hizo detener la camilla para ver bien la descarga de *nuestra* batería, y como los grandes duques habían hablado con él, dándole veinticinco rublos, y respondiéndoles él que no pudiendo ya ser útil, lo que quería era volver al baluarte á instruir á los reclutas. Y contándoos todo esto de un tirón la excelente mujer, cuyos ojos brillan de entusiasmo, os contempla y mira al marinero, que se volvió de espaldas, y hace como que no oye lo que ella dice, ocupado en peinar hilas sobre su almohada.

—Es mi esposa; Vuestra Nobleza;—dice por fin el hombre con una entonación que parece significar, «hay que excusarla, todo eso es charlatanería de mujeres; ya sabe, V. tonterías, ¡vaya!»

Entonces comenzáis á comprender lo que son los defensores de Sebastopol, y os avergonzáis de vosotros mismos en presencia de aquel hombre: quisiérais expresarle toda vuestra admiración, todas vuestras simpatías, pero las palabras no acuden ó las que se os ocurren nada dicen, y os limitáis á inclinaros en silencio ante aquella grandeza in-

(1) *Bastión*, baluarte.

consciente, ante aquel temple de alma y aquel exquisito pudor del propio mérito.

—Bueno. Que Dios te cure pronto —decís; y os detenéis ante otro paciente acostado en tierra y que parece esperar la muerte presa de horribles dolores. Es rubio; véis su rostro pálido, abotargado; tendido de espaldas, con la mano izquierda hacia atrás, su posición revela lo agudo de sus sufrimientos. Seca y abierta la boca, deja pasar trabajosamente la respiración sibilante; sus pupilas azules y vidriosas tienden á ocultarse tras de los párpados, dejándole en blanco los ojos, y de la colcha arrugada sale un brazo mutilado envuelto en vendajes. Os emponzoña el olor nauseabundo de cadáver, y la fiebre que devora y abrasa los miembros del agonizante parece penetrar en vuestro propio cuerpo.

—¿No tiene conocimiento?—preguntáis á la mujer que os acompaña afectuosamente y para la cual ya no sois un extraño.

—No, conoce aún, pero está muy malo.—Y añade en voz baja.—Le he dado un poco de té hace poco; no es nada mío; pero á una le dá lástima, ¿no es verdad? Pues bien, á duras penas ha podido beber algunas cucharadas.

—¿Cómo estás?—le preguntáis. Al sonido de vuestra voz sus pu-

pilas se vuelven hacia vosotros, pero el herido ya no vé ni entiende nada.

—¡Esto abrasa el corazón!—murmura.

Algo más lejos, un veterano se muda de ropa. Su rostro y su cuerpo aparecen de idéntico atezado color y con demacración de esqueleto. Fáltale un brazo, desarticulado por el hombro; se halla sentado sobre la cama; está ya restablecido, pero en su mirada, sin brillo, sin vida, en su espantosa delgadez, en su faz arrugada, comprendéis que aquel pobre ser pasó ya la parte mejor de su existencia padeciendo.

En la cama de enfrente divisáis el semblante pálido, delicado, contraído por el dolor, de una mujer cuyas mejillas enciende la calentura.

—Es la mujer de un marinero—me dice mi guía.—Iba á llevar la comida á su marido y una granada la hirió en el pié.

—¿Y la han amputado?

—Por encima de la rodilla.

Y ahora, si vuestros nervios son firmes, entrad allí abajo, á la izquierda. Es la sala de las operaciones y de las curas. Hallaréis á los médicos con el rostro pálido y serio, y los brazos ensangrentados hasta el codo, junto al lecho de un herido, que tumbado, con los ojos abiertos, delira bajo la influencia del cloroformo, pronunciando frases entre-

cortadas, sin interés las unas, las otras lastimeras. Los médicos atienden á su faena repulsiva pero bienhechora: la amputación. Veréis la hoja curva y tajante introducirse en la carne sana y blanca, y al herido volver en sí súbitamente con desgarradores gritos é imprecaciones; y al ayudante arrojar en un rincón el brazo amputado, mientras que aquel otro herido que desde su camilla presencia la operación, tuérese y gime, más á impulsos del martirio moral por la espera producido, que del sufrimiento físico que ha de soportar. Contemplaréis escenas espantosas, angustiosísimas; veréis la guerra sin el correcto y lucido alineamiento de las tropas, sin músicas, sin redoblar de tambores, sin estandartes flameando al viento, sin generales caracoleando sobre sus corceles; la veréis tal y como es, ¡en la sangre, en los sufrimientos, en la muerte! Al salir de aquella morada del dolor, experimentaréis de seguro cierta impresión de bienestar, respirando á bocanadas el aire fresco, y os regocijaréis al sentir os bueno y sano, pero á la vez la contemplación de aquellos males os habrá convencido de vuestra nulidad, y entonces, con firmeza y sin vacilaciones, podréis subir al baluarte... ¿Qué son—os diréis—los sufrimientos y la muerte de un gusano como yo, junto á tan-

tos sufrimientos, á tan innumerables muertes? Pronto, además, el aspecto del puro cielo, del sol resplandeciente, de la pintoresca ciudad, de la iglesia abierta, de los militares que van y vienen en todas direcciones, vuelve vuestro espíritu á su estado normal, á su habitual apatía, y la preocupación de lo presente y de sus menudos intereses sobrepónese otra vez á todo. Podrá ser que encontréis en vuestro camino el entierro de un oficial; un ataúd color de rosa, seguido de músicas y banderas desplegadas, y el vibrante cañoneo en los baluartes puede ser que llegue á vuestros oídos, pero los pensamientos de poco antes no volverán. El entierro no será más que un cuadro pintoresco, un episodio militar; el tronar del cañón, un acompañamiento militar grandioso, y no habrá nada de común entre aquel cuadro, aquel estampido y la impresión precisa, personal, del sufrimiento y de la muerte, evocada por la vista de la sala de operaciones.

Dejad atrás la iglesia, la barricada, y entraréis en el barrio más animado, más bullicioso de la población. A entrambos lados de la calle, muestras de tiendas y de fondas. Aquí, mercaderes, mujeres tocadas con sombreros ó pañuelos, oficiales con vistosos uniformes; todo os demuestra el valor, la con-

fianza, la seguridad de los habitantes.

Entrad á la derecha en este *restaurant*. Si ponéis atención á las conversaciones de los marinos y de los oficiales, oiréis contar los incidentes de la pasada noche, de la acción del 24; quejarse del alto precio de las chuletas mal preparadas, y citar á los compañeros muertos últimamente.

—¡Que el demonio me lleve! ¡Deliciosamente está uno ahora en su casa!—dice con voz de bajo un oficialito bisoño, rubio, casi albino, imberbe, con el cuello liado en una bufanda verde de lana.

—¿Y dónde está eso, su casa de V.?—le pregunta otro.

—En el cuarto baluarte—contesta el joven.—Y ante esta contestación, lo contemplaréis con atención y aun con cierto respeto. Su negligencia exagerada, su excesivo accionar, su risa demasiado estrepitosa, que os parecían hace un momento signo de despreocupación, conviértense á vuestros ojos en señal de cierta disposición de ánimo batalladora, habitual en todos los jóvenes que se han visto expuestos á algún peligro, y os imagináis que os va á explicar como tienen la culpa las balas de cañón y las bombas de que se viva tan mal en el cuarto baluarte.

—¡De ningún modo! Se está mal

porque el fango es muy profundo.

—Es imposible llegar hasta la batería—dice, y enseña sus botas sucias de barro hasta el empeine.

—A mi mejor jefe de pieza lo han dejado hoy en el sitio—responde uno de sus compañeros.—Un balazo en la frente.

—¿Quién? ¿Miteschin?

—No, otro. Vamos; ¿vas á traerme ó no la chuleta, bribón?—dice dirigiéndose al mozo.—Era Abrosnonff, un valiente de verdad; había tomado parte en seis salidas.

En el otro extremo de la mesa vése á dos oficiales de infantería puestos á dar fin de sendas chuletas con guisantes, regadas con un vinillo agrio de Crimea bautizado como Burdeos. El uno, joven, con cuello encarnado y dos estrellas en el capote, refiere á su vecino, que no lleva estrellas y sí negro el cuello, detalles sobre el combate de Alma. El primero está algo bebido; sus relatos, interrumpidos frecuentemente; su incierta mirada, que refleja la falta de confianza que estos inspiran á su oyente, y las valentías que se atribuye, así como el color recargadísimo de sus cuadros, hacen comprender que se aparta por completo de la verdad. Pero no os debéis preocupar de esas relaciones que oiréis durante mucho tiempo de un extremo á otro de Rusia; no sentís ya más que un deseo: trasla-

daros directamente al cuarto baluarte, del que de tan diversos modos os vienen hablando. Habréis observado cómo todo aquel que refiere haber estado allí, hácelo con satisfacción y orgullo, y que quien se dispone á ir, deja ver ligera emoción ó afecta exagerada sangre fría. Si se da broma á alguno, invariablemente se le dirá: «Anda, vé; vete al cuarto baluarte». Si encontramos un herido en camilla, y queremos saber de dónde viene, la respuesta será casi siempre la misma: «Del cuarto baluarte». Sobre el terrible baluarte se han extendido dos opiniones distintas; primera, la de los que no pusieron allí nunca los piés, y para los cuales es inevitable tumba de sus defensores; después, la de los que, como el oficialito rubio, viven allí, y al hablar, dicen sencillamente si está seco el piso ó fangoso, si hace calor ó frío. En la media hora que pasásteis en el restaurant ha cambiado el tiempo; la niebla que se extendía sobre el mar se levantó; nubes apiñadas, grises, húmedas, ocultan el sol; el cielo está triste; cae una llovizna, mezclada con menuda nieve, que moja los tejados, las aceras y los capotes de la tropa. Trasponiendo otra barricada, subiréis por la calle principal; allí ya no hay muestras en las tiendas; las casas están inhabitables; las puertas cerradas con tablones; hen-

didadas las ventanas; ya la arista de un edificio desplomada, ya el muro perforado. Las casas, semejantes á veteranos carcomidos por el dolor y la miseria, parecen contemplaros con altivez y aun diríase que con desprecio. En el camino tropezáis á lo mejor con balas de cañón enterradas, ó con agujeros llenos de agua, perforados por las bombas en el suelo pedregoso. Dejáis atrás los grupos de oficiales y soldados; encontráis alguna que otra mujer ó un niño; pero aquí no lleva sombrero la mujer. Y la del marino, envuelta en una raída capa de pieles viejas, se calzó recias botas de soldado. La calle baja en suave pendiente, pero ya no hay casas; sólo un montón informe de arcilla, piedras, tablas y vigas. Ante vosotros, sobre un cerro escarpado, extiéndose un espacio negro, fangoso, cortado por zanjas, y aquello es, precisamente, el baluarte número cuatro del recinto de Sebastopol.

Los transeuntes son más escasos; ya no se encuentran mujeres; los soldados caminan con paso vivo; algunas gotas de sangre manchan el piso, y véis venir cuatro individuos que llevan una camilla, y sobre ella un rostro de amarillenta palidez y un capote ensangrentado; si preguntáis á los camilleros dónde tiene la herida, os responderán secamente, con tono irascible, sin miraros: «en

el brazo»; «en la pierna»; si está muerto, si un proyectil le arrancó la cabeza, guardarán feroz silencio.

El silbido, más próximo ya, de las balas y las bombas, os impresiona desagradablemente mientras subís al cerro, y de pronto apreciáis de diferente manera que antes lo que significan los cañonazos oídos en la ciudad. No sé que recuerdo apacible y dulce brillará entonces en vuestra memoria; vuestro *yo* íntimo os ocupará tan vivamente, que no pensaréis en observar lo que os rodea. Ni os dejaréis siquiera invadir por el penoso sentimiento de la irresolución. Sin embargo, la vista de aquel soldado que, con los brazos tendidos, trepa cuesta arriba sobre el fango líquido y pasa corriendo y riéndose á vuestro lado, impone silencio á la tenue voz interior, consejero cobarde que se alzó en vuestro pecho ante el peligro. Os erguís á pesar vuestro, y levantando la cabeza, escaláis también la pendiente resbaladiza de la arcillosa montaña. Y no habéis dado aún muchos pasos, cuando á derecha é izquierda zumban en vuestros oídos los proyectiles de la fusilería, y os preguntáis si no sería mejor marchar á cubierto por la trinchera que se alza paralelamente al camino; pero la trinchera está llena de barro líquido, amarillo y fétido, de tal modo, que por fuerza continuáis por

donde ibais, y tanto más, cuanto que esta es la vereda de *todo el mundo*. Doscientos pasos más allá, desembocaréis en un terreno cubierto de terraplenes, cestones, traveses, cañones de hierro fundido y un montón de proyectiles simétricamente apilados. Aquel amontonamiento os produce la sensación del más extraño desorden desprovisto de todo objeto. A una parte, sobre la batería, aparece un grupo de marineros; más allá, hacia el centro, yace un cañón inútil, sumergido en el barro pegajoso, del cual un infante que, con el arma sobre el hombro se dirige á la batería, retira con esfuerzo los piés uno tras otro. Sólo veis por doquiera entre ese mismo fango acuoso, granadas sin estallar, cascos de bombas, balas de cañón, señales de toda suerte del campo de batalla. Os parece oír á corta distancia el ruido de un proyectil que cae; y por todas partes os llega el silbar de las granadas que, ora zumban como avispas, ora gimen y hienden los aires vibrando como una cuerda de instrumento, dominándolo todo el tronar siniestro del cañón, que os sacude de piés á cabeza aterrorizándoos.

—Este es el cuarto baluarte; el lugar verdaderamente terrible—os decís, experimentando ligera emoción de orgullo y otra inmensa de mal comprimido miedo.—No; no

es verdad; sois el juguete de una ilusión. Aquello no es aún el baluarte número cuatro; es el reducto de Jason, un puesto que, comparativamente, no es ni de peligro ni espantoso. Para llegar al baluarte, tomad por aquella angosta trinchera que sigue agachándose el soldado. Podrá ser que halléis de nuevo camillas, marineros y soldados con azadones y palas; hilos conductores que van á las minas, abrigos de tierra también fangosos, donde no pueden deslizarse arrastras más que dos hombres y donde los *plastuny* (1) de los batallones del Mar Negro viven, comen, fuman y se calzan entre trozos de hierro fundido de todas formas esparcidos por doquier. Otros cien pasos más y llegáis á la batería, una planicie hendida por zanjas, rodeada de cestones, cubierta de tierra, de traveses y de cañones sobre sus esplanadas. Tal vez encontraréis allí á cuatro ó cinco marineros que juegan á los naipes, protegidos por el parapeto, y un oficial de marina que, al ver aparecer una cara nueva, un curioso, se complacerá en iniciaros en los detalles de *su domicilio* y poderos dar todas las explicaciones que apetezcáis. Aquel oficial, sentado sobre un cañón, lía con tanta tranquilidad un cigarrillo de papel

amarillento, pasa tan descuidadamente de una cañonera á otra y os habla con sangre fría tan natural, que recobráis la vuestra á despecho de las balas, que silban aquí en mayor número. Le preguntáis y aun atendéis á sus relatos. El os describirá, si se lo indicáis, el bombardeo del 5, el estado de su batería con un solo cañón útil, y sus sirvientes reducidos á ocho, y que, no obstante, el día 6 por la mañana volvía á hacer fuego con todas sus piezas. Os contará igualmente cómo penetró una bomba el día 5 en un abrigo y destrozó á once marineros. A través de una tronera os indicará los atrincheramientos y baterías del enemigo, del cual os separan únicamente unas treinta y tantas *sagenas* (1). Aunque temo que si os inclináis sobre el plano de la cañonera para mirar mejor las posiciones enemigas no veáis nada, ó que, si por ventura distinguís algo, os sorprendáis al saber que aquel murallón alto y peñascoso que parece estar á dos pasos y sobre el cual surgen nubecillas de humo, es precisamente el enemigo; *él*, como dicen soldados y marineros.

Es muy posible que el oficial, por vanidad, ó sencillamente sin propósito deliberado, por entretenerse, quiera hacer fuego ante vos. A sus

(1) Tiradores.

(1) Medida lineal rusa.

voces, el jefe de pieza y los sirvientes, en total catorce marineros, se aproximarán alegremente al cañón para cargarlo; unos mordiendo un trozo de galleta, otros guardándose la negra y apestosa pipa en el bolsillo, mientras que sus claveteadas botas resuenan sobre la esplanada. Examinad los semblantes de esos hombres, su aire resuelto, su ademán, y reconoceréis en cada uno de los pliegues del curtido rostro de pómulos salientes, en cada músculo, en la amplitud de los hombros, en el espesor de los pies, calzados con botas colosales, en cada movimiento tranquilo y reposado, los principales elementos de que se compone la fuerza de Rusia: la *simpli-* *cidad* de espíritu y la obstinación; y veréis asimismo que el peligro, las miserias y las penalidades de la guerra, han impreso en aquellas fisonomías la conciencia de su dignidad, de una idea elevada, de un sentimiento noble.

De súbito, formidable estrépito háceos estremecer de pies á cabeza. Y oís enseguida silbar el proyectil que va alejándose, mientras que la tupida humareda de la pólvora envuelve la esplanada y las negras caras de los marineros que entre ella se mueven. Oid sus dichos, fijaos en su animación, y descubriréis en ellos sentimientos que tal vez no esperabais encontrar: el

del odio al enemigo, el de la venganza. «Ha caído de lleno en la tronera; dos muertos; mira, se los llevan!» Y gritan de júbilo. «Pero miralo; le ha dolido, nos va á dar la vuelta» —dice una voz— y en efecto, veis á poco brillar un fogonazo, surgir el humo, y que el centinela grita desde el parapeto: «¡Cañón!» Silba un proyectil cerca de vosotros y entiérrase en el suelo, que perfora, lanzando en torno suyo lluvia de terrones y de piedras. El comandante de la batería se amosca, vuelve á ordenar que carguen el segundo y el tercer cañón; contesta el enemigo, y experimentáis interesantes sensaciones. Véis y oís cosas curiosísimas. El centinela avisa de nuevo «cañón», y el mismo fogonazo, igual ruido, igual golpe, salto igual de piedras se reproduce. Mas si, por el contrario, grita «mortero», os sentiréis impresionado por un silbido regular, quizás agradable, que no podréis unir en vuestra mente á nada terrible; va aproximándose, aumenta su rapidez, veís el globo negro caer en tierra y como estalla con crepitación metálica. Los cascos hienden los aires silbando y crugiendo; las piedras, sacudidas, chocan entre sí, y el fango os salpica todo. Ante rumores tan diversos, sentís extraña mezcla de gozo y de terror. Mientras veís el proyectil amenazando



caer sobre vos, acúdeos á la imaginación infaliblemente la idea de que os ha de matar, pero el amor propio os sostiene y á nadie dais á conocer el puñal que os taladra el corazón. Por eso, cuando pasó sin tocaros, renacéis; por un instante, cierta sensación de inapreciable dulzura apodérase de vos, hasta el punto de que encontráis encanto particular en el peligro, en el juego de la vida y de la muerte. Hasta quisierais que la bala ó la bomba cayese más cerca, muy cerca de donde estáis. Pero he aquí que el centinela anuncia con voz fuerte y llena: «¡Un mortero!», y repítense el silbido, el golpe y la explosión, acompañados esta vez de un grito humano. Os acercáis al herido á la vez que los camilleros. Revolcándose en el lodo mezclado de sangre, ofrece extraño aspecto; parte del pecho le fué arrancada por el casco. En el primer momento, su rostro, sucio de fango, no expresa más que el susto y la sensación prematura del dolor, sensación familiar al hombre en aquel estado; pero cuando traen la camilla y en ella acuéstase él por sí mismo sobre el costado libre, exaltada expresión, ráfaga de una idea elevada y contenida viene á iluminar sus facciones. Brillantes los ojos, apretados los dientes, levanta la cabeza con esfuerzo, y cuando los camilleros vacilan los detiene,

y dirigiéndose á sus compañeros dice con voz temblorosa: «¡Adiós; perdón, hermanos!» Quisiera hablar más aún, se ve que trata de decir algo afectuoso, pero se limita á repetir: «Adiós, hermanos míos!...». Uno de sus compañeros aproximase á él, colócale la gorra en la cabeza y torna con indiferente ademán á su cañón. Y ante la expresión de vuestra aterrorizada fisonomía, dice el oficial bostezando, mientras lía su cigarrillo de amarillento papel: «Lo de cada día, de seis á siete hombres.»

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS DEL

.....  
.....  
¿Y ahora? Acabáis de ver á los defensores de Sebastopol en el lugar mismo de la defensa, y volvéis por vuestros mismos pasos, sin prestar, cosa extraña, la menor atención á los proyectiles de cañón y de fusil que continúan cruzando durante todo el camino hasta que llegáis á las ruinas del teatro. Marcháis con tranquilidad, con el espíritu conmovido y confortado, pues poseéis ya la consoladora certeza de que nunca, en ningún lugar será quebrantada la fuerza del pueblo ruso. Y esa seguridad la habéis sacado, no de la solidez de los parapetos y de las trincheras ingeniosamente combinadas, ni de las innumerables minas y cañones apilados unos sobre otros, y de todo aquello de que

no comprendéis nada, sino de los ojos y las palabras y la actitud; de todo eso que se llama el *espíritu* de los defensores de Sebastopol.

Hay tanta sencillez y tan poco esfuerzo en cuanto hacen, que os persuadís de que podrían, si fuera preciso, hacer cien veces más; que podrían hacerlo *todo*. Adivináis que los sentimientos que los impulsan no son los que habéis experimentado, vanidosos, mezquinos, sino otros más potentes que obligan á los hombres á vivir tranquilamente en el lodo, trabajando y en vela bajo los proyectiles, con cien suertes contra una de ser muertos, al revés de lo que constituye el lote común de sus semejantes. Y no es una cruz ni un ascenso; no es la fuerza de las amenazas lo que les somete á condiciones tan espantosas de existencia; es preciso que haya otro móvil más alto. Este móvil hállase en un sentimiento que se manifiesta muy poco, que se oculta con pudor, pero que está profundamente arraigado en el corazón de todo ruso: el amor á la patria. Ahora tan sólo es cuando se han convertido en realidad, en hechos, aquellas relaciones que circulaban durante el primer período del sitio de Sebastopol; cuando no había ni fortificaciones, ni soldados, ni posibi-

lidad de mantenerse allí, y, no obstante, nadie admitía la idea de rendición; y aquellas palabras de Kordiloff, de ese héroe digno de la Grecia antigua, al decir á sus tropas: «Hijos míos, moriremos, pero no entregaremos á Sebastopol!» Y la respuesta de los valientes soldados, incapaces de hacer frase alguna. «¡Moriremos, hurra!». Así os representáis fácilmente, bajo las facciones de los que habéis visto, á los héroes de aquel período de prueba que no perdieron el valor y que se aprestaron hasta con júbilo á morir, no por la defensa de la ciudad, sino por la de la patria! ¡Rusia conservará durante mucho tiempo las señales sublimes de la epopeya de Sebastopol, de la que el pueblo ruso ha sido el héroe!...

Declina la tarde; el sol, que va á desaparecer en el horizonte, hiende las nubes grises que lo ocultan, é ilumina con sus rayos de púrpura el mar de verdosos reflejos, ondulado ligeramente, cubierto de navíos y otros buques, y las casitas blancas de la ciudad y la población que allí se mueve. En el *boulevard*, la música de un regimiento toca un antiguo vals, á cuyas notas, que á lo lejos transmite el agua, únese el estampido de los cañonazos en acompañamiento extraño y sorprendente.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
 ARSENAL MARITIMO DEL

## SEBASTOPOL EN MAYO DE 1855

Seis meses han transcurrido desde que la primera bomba lanzada de las fortificaciones de Sebastopol perforó la tierra arrojándola sobre los trabajos del enemigo; desde aquel día, miles de bombas, granadas y balas de cañón y de fusil, no han cesado de cruzar de los baluartes á las trincheras y de las trincheras á los baluartes, cerniéndose el ángel de la muerte sobre aquel espacio.

El amor propio de millares de seres, hase visto humillado en los unos, satisfecho en los otros, ó apaciguado por el abrazo de la muerte. ¡Cuántos ataúdes color de rosa bajo envolturas de lienzo! Y siempre el mismo tronar en las murallas. Desde su campo, los franceses, impelidos por involuntario sentimiento de ansiedad y terror, examinan en una tarde serena el piso amarillento y hundido de los baluartes de Sebastopol, sobre los cuales van y vienen las oscuras siluetas de nuestros marinos; cuentan las troneras, de donde surgen cañones de hierro fundido de aspecto feroz; en la torre-cilla del telégrafo, un sargento

observa con un anteojo á los soldados enemigos, sus baterías, sus tiendas, el movimiento de sus columnas sobre el *Mamelon verde* y el humo que sale de las trincheras; con igual ardor viene á converger de diferentes partes del mundo, sobre aquel sitio fatal, multitud formada por razas heterogéneas y movida por los más contradictorios apetitos. La pólvora y la sangre no consiguen resolver una cuestión que los diplomáticos no supieron zanjar.

### I

En la sitiada Sebastopol, la música de un regimiento toca sobre el *bulevard*. Muchedumbre de militares y mujeres vestidas con el traje de los domingos, paséase por las avenidas. El sol espléndido de primavera salió por la mañana sobre las obras de sitio de los ingleses, pasó luego sobre los baluartes, sobre la ciudad y sobre el cuartel Nicolás, esparciendo alegremente para todos por igual su luz vivifica-

dora; ahora ya, desciende hacia el lejano azul del mar; que ondula blandamente, rielando con facetas de plata.

Un oficial de infantería, de elevada estatura, ligeramente encorvado, sale, calzándose los guantes de dudosa blancura, pero presentables aún, de una de las casitas de marineros construidas á la izquierda de la calle de la Marina. Dirígese hacia el *bulevard* mirándose las botas con aspecto distraído. La expresión de su rostro, francamente feo, no revela gran capacidad intelectual; pero la buena fe, el buen sentido, la honradez y el amor al orden léense en él con claridad. Es poco airoso, y parece sentir alguna confusión por la torpeza de sus movimientos. Cubierto con una gorra usada, viste capote de extraño color tirando á lila, bajo el cual se distingue la cadena de oro del reloj; el pantalón es de trabillas y las botas limpias y relucientes. Si sus facciones no atestiguaran su origen puramente ruso, tomárasele por alemán, por un ayudante de campo ó por el oficial de tren de un regimiento (es verdad que le faltan las espuelas), ó bien por uno de aquellos oficiales de caballería que han permutado para tomar parte en la campaña. Esto era efectivamente, y al subir hacia el *bulevard* pensaba en la carta que había recibido poco an-

tes de un ex-compañero suyo, en la actualidad propietario en el gobierno de F...; y pensaba también en la mujer de aquel compañero, la pálida Natacha, de ojos azules, su gran amiga; recordando, sobre todo, el siguiente párrafo:

« Cuando llega *El Inválido* (1) Pupka (así llama el ex-hulano á su mujer) precipítase á la antesala, se apodera del periódico y se arroja sobre el *dos á dos* del *berceau* (2) en el salón donde pasamos tan buenas veladas de invierno contigo cuando tu regimiento estuvo de guarnición en esta ciudad. ¡No puedes figurarte con qué entusiasmo lee las relaciones de vuestras heroicas hazañas! « ¡Mikhailof, repite con frecuencia hablando de ti, es una *perle* (3); me arrojaré á su cuello cuando lo vea! Se bate en los baluartes; *il se bat sur les bastions, lui*; y le darán la cruz de San Jorge, y hablarán de él todos los periódicos. » « En fin, que casi comienzo á sentir celos de ti. Los diarios tardan muchísimo en llegar, y á pesar de que mil no-

(1) Periódico militar ruso.

(2) Enrejado de madera cubierto de hiedra, que fué de moda en los salones rusos en otros tiempo con esa denominación francesa.

(3) Las palabras de cursiva aparecen en francés en el texto ruso. Sabida es la mezcla que de su lengua nativa y el francés hace la buena sociedad rusa. Nosotros traducimos al castellano algunas, y otras las dejamos en francés para conservar el carácter de la carta.—(N. DEL T.)

ticias corren de boca en boca, no es posible dar á todas crédito. Por ejemplo, tus excelentes amigas las *demoiselles á musique*, referían ayer que Napoleón, cogido prisionero por nuestros cosacos, había sido llevado á Petersburgo. ¡Ya comprenderás que en eso no pude creer!... Poco después, un recién llegado de la capital, un funcionario agregado al ministerio, joven, encantador y el gran recurso para nuestra ciudad, ahora desierta, nos aseguraba que los nuestros habían ocupado Eupatoria, *lo que impide á los franceses la comunicación con Balaklava*; que habíamos perdido doscientos hombres en la empresa, y ellos cerca de quince mil. Mi mujer sintió tanta alegría, que ha *bamboché* (1) toda la noche, y sus presentimientos le dicen que has tomado parte en la expedición y te has distinguido.»

A pesar de las palabras, las expresiones subrayadas y el tono general de la carta, no podía menos el capitán Mikhailof de trasportarse en pensamiento, con dulce y triste satisfacción, junto á su pálida amiga provinciana; recordando sus conversaciones sobre *los sentimientos* en el *berceau* del salón, y cómo su buen compañero el ex-hulano se

enfadaba y les ponía multas en las partidas de naipes á tanto de un kopek, cuando lograban organizar alguna en el gabinete, y cómo su mujer se burlaba de él riendo; recordaba la amistad que aquellas buenas gentes le demostraron siempre, y ¡quién sabe si había algo más que amistad por parte de su pálida amiga! Todas aquellas figuras evocadas de un cuadro familiar surgían en su imaginación, que les prestaba maravilloso y dulce encanto. Veíalas de color de rosa, y sonriendo ante aquellas imágenes, oprimía cariñosamente con la mano la carta allá en el fondo del bolsillo.

Tales recuerdos trasportaron involuntariamente al capitán á sus esperanzas, á sus sueños. «¡Cuánto será—decíase mientras seguía por la angosta calleja—el asombro y la alegría de Natacha cuando lea en *El Inválido* que he sido el primero en coger un cañón y que me han dado la cruz de San Jorge! Debo ascender á *capitán mayor*; ya hace mucho tiempo que estoy propuesto; y me será después muy fácil, en el trascurso del año, llegar á jefe de batallón (comandante) de ejército; pues muchos son los muertos y no pocos lo habrán de ser aún en esta campaña. Más adelante, en cualquiera otra acción futura, cuando me haya dado bien á conocer, me darán un regimiento, y heme aquí

(1) Bromeado, chanceado, alboratado (part. pas. de *bambocher*).

ya teniente coronel, comendador de Santa Ana; luego coronel...» Y se veía ya general, honrando con su visita á Natacha, la viuda de su compañero (el cual, para sus cálculos, debía morir por entonces), cuando los acordes de la música militar llegaron distintamente á sus oídos; la multitud de paseantes atrajo sus miradas y encontróse en el *bulvard* tal y como era, es decir, capitán de segunda clase de infantería.

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEORACIONES.

Acercóse desde luego al pabellón junto al que tocaban algunos músicos; unos cuantos soldados del mismo regimiento les servían de atriles, para lo cual mantenían abiertos ante ellos los papeles de música, y un no muy numeroso círculo los rodeaba: furrieles, sargentos, criadas y chiquillos ocupados más en mirar que en oír. En torno del pabellón, marinos, ayudantes de campo, oficiales con guante blanco, permanecían de pié ó sentados, ó paseaban; más lejos, en el paseo central, veíase una mezcla de oficiales de todas armas y mujeres de todas clases, algunas con sombrero, la mayoría de pañuelo á la cabeza; otras no llevaban ni sombrero ni pañuelo, pero, cosa particular, no

había viejas; todas eran jóvenes. Más abajo, en las calles sombrías y olorosas de acacias blancas, distinguíanse algunos grupos aislados en reposo ó en marcha.

Al ver al capitán Mikhailof, nadie demostró el menor júbilo, á excepción quizá de los capitanes de su regimiento Objogof y Suslikof, que le estrecharon la mano calurosamente; pero el primero no llevaba guantes, sino pantalón de piel de camello y capote raído, y su cara encendida aparecía cubierta de sudor; el segundo hablaba á gritos, con un desenfado molestísimo. En fin, que no era muy halagüeño pasearse con tal compañía, sobre todo en presencia de oficiales enguantados. Entre éstos se encontraban un ayudante de campo con el que Mikhailof cambió el saludo, y un oficial de Estado Mayor, al que también hubiera podido saludar por haberse visto con él dos veces en casa de un amigo común. No sentía, pues, positivamente ningún placer en pasear con aquellos dos compañeros, que encontraba cinco ó seis veces al día, y á los cuales estrechaba todas ellas la mano; no había venido al paseo para semejante cosa.

Hubiera querido acercarse al ayudante de campo con el cual cambiara el saludo, y alternar con aquellos caballeros, no para que los capitanes Objogof, Suslikof, el tenien-

te Paschtezky y otros le vieran con ellos en conversación, sino sencillamente porque eran personas agradables, al corriente de las noticias, y que le habrían referido algo nuevo. ¿Por qué tiene miedo Mikhailof y no se decide á abordarlos? ¿Es que se pregunta con inquietud lo que hará si esos señores no le devuelven el saludo; si continúan charlando entre sí, haciendo como que no le han visto y si se alejan dejándole solo entre los *aristócratas*? La palabra *aristócrata*, en sentido de grupo escogido, entresacado del montón, perteneciente á cualquier clase, ha adquirido desde hace algún tiempo entre nosotros, en Rusia—donde no debiera haber echado raíces, á lo que parece—extraordinaria popularidad, penetrando en todas las capas sociales en donde la vanidad se infiltrara. ¿Y dónde no se infiltra tan lamentable flaqueza? En todas partes, entre los empleados, los comerciantes, los furrieles, los oficiales; en Saratof, en Mamadisch, en Venitsy, en una palabra, doquiera que haya hombres. Ahora bien: como en la ciudad sitiada de Sebastopol hay muchos hombres, hay también muchísima vanidad; lo cual quiere decir que *los aristócratas* están en gran número, por más que la muerte se cierna constantemente sobre las cabezas de todos, aristócratas ó no.

Para el capitán Objogof, el capitán de segunda, Mikhailof, es un aristócrata; para el capitán de segunda, Mikhailof, el ayudante de campo Kaluguin será un *aristócrata*, porque es tal ayudante de campo y se trata con tal otro ayudante; en fin, para Kaluguin, el conde Nordof será un aristócrata, porque es ayudante del emperador.

¡Vanidad, vanidad, y sólo vanidad! ¡Hasta junto al ataúd y entre gentes prontas á morir por una idea elevada! ¿No será la vanidad el rasgo característico, la enfermedad que distingue al siglo actual? ¿Por qué no se conocía en otro tiempo esta debilidad, más de lo que eran conocidos el cólera ó las viruelas? ¿Por qué no existen en nuestros días más que tres clases de hombres: unos que aceptan la vanidad como un hecho existente, necesario, y por consecuencia justo, y que se someten á él libremente; otros que la consideran como un elemento nefasto, pero imposible de destruir, y los últimos que obran bajo su influencia con inconsciente servilismo? ¿Por qué los Homeros y los Shakespeare hablan de amor, de gloria y de sufrimientos, mientras que la literatura de nuestro siglo abarca sólo la interminable historia del *Snobismo* y de la vanidad?

Mikhailof, siempre indeciso, pasó dos veces por delante del grupito de

*aristócratas*; á la tercera, haciéndose violencia, se aproximó á ellos. El grupo se componía de cuatro oficiales, el ayudante de campo Kalugin, á quien Mikhailof conocía; el también ayudante de campo príncipe Galtzin, *aristócrata* para el mismo Kalugin; el coronel Neferdof, uno de los *ciento veintidós* (apellidabase así un grupo de oficiales de la buena sociedad que habían vuelto al servicio para tomar parte en la guerra), y por último, el capitán de caballería Praskunin, que también figuraba entre los ciento veintidós. Afortunadamente para Mikhailof, Kalugin, estaba en la mejor disposición de ánimo (acababa de hablar el general muy confidencialmente con él y el príncipe Galtzin, recién llegado de Petersburgo, habíase detenido en su casa), así es que no creyó comprometerse tendiendo la mano á un capitán de segunda. Praskunin no se decidió á tanto, aunque encontraba á menudo á Mikhailof en el baluarte y hubiese bebido más de una vez de su vino y su aguardiente, y hasta le debiera además aún doce rublos y medio de una partida de favor. Como conocía poco al príncipe Galtzin, no le agradaba demostrar ante él su intimidad con un segundo capitán de infantería; se limitó, pues, á saludar á este ligeramente.

—Y bien, capitán — dijo Kalu-

guin — ¿cuándo volvemos á ese baluarte de tres al cuarto?

¿Se acuerda V. de nuestro encuentro en el reducto Schwarz? ¿Se batía bien el cobre, ¿eh?

—Sí, se batía — respondió Mikhailof, recordando aquella noche en que, al subir por la trinchera hacia el baluarte, encontró á Kalugin que caminaba con desenvoltura haciendo sonar de firme su sable. — No me tocaba ir hasta mañana — prosiguió — pero tenemos un oficial enfermo... — Y se disponía á contar cómo, aunque no le correspondiera el turno, había creído de deber ocupar el puesto del teniente Nepchissetzky, porque el comandante de la compañía estaba también enfermo y sólo quedaba un *cadete*; pero Kalugin no le dejó concluir.

— Presiento — dijo volviéndose hacia el príncipe Galtzin — que tendremos algo estos días.

— ¿Y no pudiera ser que ese algo ocurriese hoy? — preguntó tímidamente Mikhailof, mirando uno tras otro á Kalugin y Galtzin.

Nadie le contestó; el Príncipe hizo un ligero mohín, y dirigiendo una mirada por encima de la gorra de Mikhailof,

— ¡Qué bonita muchacha! — dijo tras unos minutos de silencio — allá abajo, con el pañuelo colorado. — ¿La conoce V., capitán?



—Es hija de un marinero; vive junto á mi casa—respondió éste.

—Vamos á verla más de cerca.

Y el príncipe Galtzin se cogió del brazo: por un lado á Kalugin, por el otro al capitán de segunda, persuadido de que proporcionaba á éste, al proceder así, viva satisfacción. Y no se engañaba. Mikhailof era supersticioso, y á sus ojos, gran pecado ocuparse de mujeres antes de entrar en fuego; pero aquel día se las echó de libertino. Ni Kalugin ni Galtzin se dejaron engañar; la joven del pañuelo de color se sorprendió mucho, pues más de una vez había observado que el capitán se ponía colorado al pasar ante su ventana. Praskunin iba detrás de los otros y daba con el codo al Príncipe, haciendo toda suerte de comentarios en francés, pero como el estrecho callejón de árboles no les permitía marchar los cuatro de frente, tuvo que quedarse atrás y cogerse, en la segunda vuelta, al brazo de Servraguine, oficial de marina, conocido por su bravura excepcional y muy deseoso de mezclarse al grupo de los aristócratas. Este valiente pasó con júbilo su mano honrada y musculosa sobre el brazo de Praskunin, á pesar de saber que éste no era de lo más intachable ni mucho menos. Para explicar al príncipe Galtzin su intimidad con aquel marino,

Praskunin murmuró á su oído que era un bravo de gran reputación; pero el Príncipe, que estuviera la víspera en el cuarto baluarte, y vió allí estallar una bomba á veinte pasos de su persona, considerábase igual en valor á aquel caballero; así es que, convencido de que la mayor parte de las reputaciones son exageradas, no prestó la menor atención á Servraguine.

Mikhailof se sentía tan gozoso al pasear con tan brillante compañía, que ya ni se acordaba de la preciada carta recibida de F..., ni de las lúgubres reflexiones que le asaltaran siempre que iba al baluarte. Permaneció, pues, con ellos hasta que le excluyeron visiblemente de su conversación, evitando sus miradas como para darle á comprender que podía continuar solo su camino. Por fin, lo plantaron. A pesar de esto estaba tan satisfecho, que permaneció indiferente ante la expresión altanera con que el junker (1) barón Pesth, se incorporó, descubriéndose, delante de él. Aquel joven se había vuelto muy orgulloso desde que pasara su primera noche bajo el blindaje del baluarte núm. 5, lo cual le transformó en un héroe á sus propios ojos.

(1) Sargento ó sub-oficial noble.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS.

### III

Apenas hubo traspuesto Mikhai-  
lof el umbral de su casa, cuando  
muy diferentes pensamientos asal-  
taron su imaginación. Volvió á  
contemplar su reducido cuarto, en  
el que la tierra apisonada formaba  
el pavimento; sus ventanas defor-  
mes, cuyos cristales ausentes ha-  
bían sido reemplazados por trozos  
de papel; su antigua cama, sobre la  
cual veíase clavado en la pared un  
tapiz viejo que representaba una  
amazona; las dos pistolas de Tula  
colgadas á la cabecera; y allí mis-  
mo, al lado, otra cama poco limpia  
cubierta con una colcha de percal;  
la del *junker*, que compartía con él  
el alojamiento. Y vió á su asisten-  
te Nikita que se levantó del suelo  
donde estaba sentado, rascándose  
la pelambarrera grasienta y enmara-  
ñada; y la capa vieja, las botas de  
servicio, y el paquete preparado  
para pasar la noche en el baluarte;  
una servilleta de la cual salía el  
canto de un trozo de queso y el  
cuello de una botella de aguardien-  
te. De pronto se acordó de que  
aquella misma noche debía condu-  
cir su compañía á las casamatas.

—Me matarán, es la fija—dí-  
jose—lo presiento; tanto más, cuan-

to que me he ofrecido yo mismo á  
ir; y el que hace un servicio volun-  
tario está siempre seguro de morir  
en él. ¿Y qué enfermedad será la de  
ese maldito Nepchissetzky? ¿Quién  
sabe? ¿Puede ser que no lo esté  
mucho!... ¿Y gracias á él matarán  
á un hombre; sí, lo matarán, de se-  
guro! Aunque... si no me matan,  
me incluirán en propuesta... Ya he  
visto la satisfacción del coronel  
cuando le pedí licencia para reem-  
plazar á Nepchissetzky, por estar  
enfermo. ¿Si no es el empleo de ma-  
yor será la cruz de Uladimiro, se-  
guramente! Y es la décima tercera  
vez que voy al baluarte. ¡Oh,  
oh!, 13; mal número, me matarán  
de fijo; tengo la certeza, lo *siento!*  
Sin embargo, la compañía no pue-  
de ir con un cadete. Y si ocurriera  
algo... la honra del regimiento, la  
del ejército, podría verse compro-  
metida... Mi deber es ir... Sí; deber  
sagrado.. Pero de todas maneras,  
tengo el presentimiento...

Y el capitán olvidábase de que  
había tenido ese mismo presenti-  
miento, con más ó menas fuerza,  
cada vez que fué al baluarte, é  
ignoraba que todos cuantos han de  
entrar en fuego lo experimentan  
siempre, bien que con diferente in-  
tensidad. Pero más tranquilo por la  
noción del deber que había desarro-  
llado particularmente, sentóse á la  
mesa y escribió una carta de « des-

pedida» á su padre; á los diez minutos, con los ojos húmedos, levantóse y comenzó á vestirse, repitiendo mentalmente todas las oraciones que sabía de memoria. Su asistente, un torpón, medio borracho, le ayudó á ponerse la levita nueva, pues la vieja que usaba de ordinario para ir al baluarte, no estaba recompuesta.

—¿Por qué no has arreglado la levita? ¿No piensas más que en dormir, animal!

—¿Dormir...—gruñó Nikita—cuando todo el día hay que correr como un perro; se revienta uno! ¿Y después de esto, aún habrá que no dormir!

—Vuelves á estar borracho por lo que veo.

—No he bebido con su dinero de V., ¿por qué me regaña?...

—¿Silencio! ¿bruto!—gritó el capitán, pronto á sacudir al asistente.

Nervioso y agitado como estaba ya, la estupidez de Nikita hacía perder la paciencia. No obstante, apreciaba á aquel hombre, y aun le toleraba más de lo debido. Teníalo junto así hacía más de doce años.

—¿Bruto! ¿bruto!—repetía el soldado.—¿Por qué me injuria V., señor? ¿Y en qué momento! No está bien insultarme.

Mikhailof recordó á qué lugar iba, y sintió vergüenza.

—Harás perder la paciencia á un

santo, Nikita—dijo con voz más afable.—Deja ahí sobre la mesa esta carta dirigida á mi padre; no la toques—añadió ruborizándose.

—¿Está bien!—repuso Nikita enterneciéndose bajo la influencia del vino que bebiera con su propio dinero, según decía, y entornando los ojos prestos á llorar.

De tal modo, que cuando el capitán le gritó al salir de la casa, «¡Adiós Nikita!», estalló en ahogados sollozos, y cogiendo la mano de su amo, besósele con gruñidos, repitiendo:

—¿Adiós, *barina*, adiós!

—Una vieja, mujer de marino, que estaba sentada en el umbral, no pudo menos, como buena mujeruca, de tomar parte en aquella escena de enternecimiento; frotándose los ojos con la sucia manga de su vestido, masculló algo á propósito de los amos, que también habían de soportar tantos males, y refirió por centésima vez al ebrio Nikita, cómo ella, la infeliz, quedó viuda; cómo fué muerto su marido en el primer bombardeo y derribada su casita, pues la que habitaba ahora no era de su propiedad, etc. Cuando el capitán se alejó, Nikita encendió su pipa, rogó á la hija de la patrona que fuera á traer aguardiente, y enjugó bien pronto sus lágrimas, concluyendo por pelearse con la vieja, por causa

de un vaso que, según decía, ésta, le había roto.

— Aunque puede ser que sólo resulte herido—decíase Mikailof, al oscurecer, acercándose ya al baluarte á la cabeza de su compañía.— ¿Pero dónde? ¿Aquí? ó...

Y se tocaba con el dedo sucesivamente el abdomen ó el pecho.

— Si siquiera fuera aquí—pensaba, señalando la parte superior del muslo—; y si la bala no tocase el hueso!... ¿Pero si es un casco de granada, se concluyó!

Llegó felizmente á las casamatas, siguiendo por las trincheras; en la más completa oscuridad; con auxilio de un oficial de zapadores, puso su gente al trabajo, y después se sentó en un pozo de tirador al abrigo del parapeto. Tirábase muy poco; de tiempo en tiempo, ora en nuestro campo, ora *allá*, brillaba un fogonazo, y la mecha encendida de la bomba trazaba un arco de fuego en el oscuro y estrellado cielo; pero caían muy lejos los proyectiles; detrás ó á la derecha del alojamiento en que el capitán habíase ocultado sentándose en el fondo de su cavidad. Comió un trozo de queso, bebió un trago de aguardiente, encendió un cigarrillo, y rezadas sus oraciones, procuró dormir.

#### IV

El príncipe Galtzin, el teniente coronel Neferdof y Praskunin (á quien nadie había invitado y con el que nadie hablaba, pero que así y todo les seguía) abandonaron el *bulvard* para ir á tomar el té á casa de Kalugin.

— Concluye de una vez la historia sobre Vaska Mendel—decía Kalugin, que despojándose de la capa se había sentado junto á la ventana en un sillón bien relleno, mientras se desabrochaba el cuello de su fina camisa de holanda almidonado cuidadosamente.

— ¿Cómo se ha vuelto á casar?

— Es curiosísimo, os lo aseguro.

— Por entonces no se hablaba de otra cosa en Petersburgo—respondió riendo el príncipe Galtzin.

Y separándose del piano, junto al que se había sentado, acercóse á la ventana.

— Es de lo que no hay. Conozco todos los detalles...

Y vivamente, con ingenio y jovialidad, púsose á referir la historia de una intriga amorosa que pasaremos en silencio, dado el poco interés que nos ofrece. Lo que chocaba más en todos los presentes, el uno sentado sobre el alféizar de la

ventana, el otro al piano y el tercero sobre un mueble con las piernas recogidas, era que parecían otros hombres completamente distintos de los que antes viéramos en el *bulevard*. Ni el ceño altivo, ni la ridícula afectación aparentada con los oficiales de infantería; allí, en familia, mostrábanse tal como eran, buenos chicos, alegres y dispuestos. La conversación giraba sobre sus compañeros y amistades de Petersburgo.

—¿Y Maslovsky?

—¿Quién? ¿el hulano ó el de caballería de la Guardia?

—Conozco á los dos. En mis tiempos, el de la Guardia era un muchacho recién salido de la escuela. ¿Y el mayor, es capitán?

—Sí, desde hace mucho tiempo.

—¿Está aún con su gitana?

—No, la dejó ya.

Y la conversación prosiguió en aquel tono.

El príncipe Galtzin cantó muy bien una canción tzigana, acompañándose al piano. Praskunin, sin que nadie se lo rogara, le hizo el duo, y con tal maestría, que le obligaron á repetirla, lo que le envaneció mucho.

Un criado trajo, sobre una bandeja de plata, el té, con crema y hojaldres.

—Sírvele al Príncipe—le dijo Kalugin.

—¿No es extraño—siguió Galtzin bebiendo su taza junto á la ventana—pensar que estamos en una ciudad sitiada, y que tenemos piano y té con crema; todo ello en una casa que me gustaría mucho habitar en Petersburgo?

—Si no tuviéramos siquiera esto—dijo el teniente coronel, hombre ya maduro, siempre descontento—la existencia nos sería intolerable. ¡Esta continua espera de algún suceso... ver á diario morir gente; morir sin cesar!... y vivir en el fango, sin las menores comodidades.

—¿Y nuestros oficiales de infantería—interrumpió Kalugin—que han de habitar en los baluartes con los soldados, y compartir con ellos la sopa bajo de los blindajes? ¿Cómo se las arreglan?

—¿Cómo se las arreglan? ¡No se mudan de ropa, es verdad, durante diez días, pero son hombres admirables; verdaderos héroes!

Precisamente en aquel momento entró un oficial de infantería en la estancia.

—Yo... he... traigo orden... de ver al General... á V. E... de parte del general N...—dijo saludando con timidez.

Kalugin se levantó, y sin devolver el saludo al recién venido, sin invitarle á que se sentara, con cierta cortesía mortificante y una sonrisa oficial, le rogó que esperase,

y continuó hablando en francés con Galtzin sin hacer el menor caso del pobre oficial que permanecía plantado en medio de la habitación y no sabía qué hacer de su persona.

—Vengo á un asunto urgente — dijo por fin tras un minuto de silencio.

—Si es así, haga V. el favor de venir conmigo.

Y Kalugin cogió su capa y dirigióse á la puerta. Pocos instantes después volvía de casa del general.

—¡Vamos, amigos; creo que esta noche arreciará la cosa!

—¿Qué, una salida?—preguntaron los dos á la vez.

—No sé; ya lo veréis—respondió con sonrisa enigmática.

—Mi comandante está en las fortificaciones; tengo precisión de ir—dijo Praskunin ciñéndose el sable.

Nadie le contestó; ya debía saber él de sobra lo que tenía que hacer.

Praskunin y Neferdof salieron con dirección á sus puestos.

—Adios, caballeros; hasta la vista; ya nos encontraremos esta noche — gritoles Kalugin desde la ventana, mientras que ambos se alejaban al trote largo, inclinándose sobre el arzón de sus monturas cosacas.

El ruido de los cascos de sus caballos se desvaneció bien pronto en la oscura calle.

—Vamos, dime: ¿de verdad ha-

brá algo esta noche?—dijo Galtzin, de codos junto á Kalugin sobre el alféizar de la ventana, desde donde contemplaban cruzar las bombas sobre las fortificaciones.

—A ti te lo puedo decir; ¿has estado en los baluartes? ¿Sí?

Aunque Galtzin sólo estuviera una vez, respondió con ademán afirmativo.

—Pues bien, frente á nuestra luneta había una trinchera...

Y Kalugine, que no era un especialista, pero que estaba convencido de la exactitud de sus juicios militares, púsose á explicar, embrollándose y empleando á roso y belloso los términos técnicos de fortificación, el estado de nuestros trabajos, las disposiciones del enemigo y el plan de la empresa que se preparaba.

—¡Hola, hola, empiezan á tirar de firme contra los alojamientos! ¿Va desde *aquí* ó viene de *allá* esa que ha estallado?

Y los dos oficiales, apoyados en la ventana, miraban las líneas de fuego trazadas por las bombas al cruzarse en el espacio; el humo blanco de la pólvora, los fogonazos que precedían á cada disparo é iluminaban durante un segundo el cielo azul casi negro; y oían el tronar del cañoneo que iba aumentando.

—¡Qué hermoso golpe de vista! —exclamó Kalugin llamando la

atención de su huésped sobre aquel espectáculo de belleza real. ¿Sabes que muchas veces no se pueden distinguir las estrellas de las bombas?

—Sí, es verdad; ahora la tomé por una estrella, pero va cayendo; mírala; revienta. Y aquel lucero, allí abajo, ¿cómo se llama? Parece una bomba.

Tengo ya tanta costumbre de ver esto, que cuando vuelva á Rusia, en el cielo estrellado me parecerá contemplar constelaciones de bombas.

—¿Debo yo tomar parte en esta salida?—dijo el Príncipe tras una pausa.

—¡Vaya una idea, querido! No pienses en ello; no te dejaré ir; no te faltará tiempo.

—¿De verdad? ¿Crees que puedo excusarme?

En aquel instante, y en la dirección de la mirada de ambos interlocutores, escuchóse entre el fragor de la artillería el crujido de terribles descargas de fusil, mientras mil fogonazos más pequeños surgían y brillaban en toda la línea.

—Mira, la cosa va de firme—dijo Kalugin—no puedo oír con calma este ruido de la fusilería; me conmueve todo. Gritan ¡hurra! añadió aplicando el oído hacia los baluartes, de donde llegaba el clamor lejano y prolongado de millares de voces.

—¿Quiénes gritan ¡hurra!, ellos ó nosotros?

—No lo sé, pero se deben batir cuerpo á cuerpo, de seguro; no se oye ya la fusilería.

Un oficial montado, seguido por un cosaco, llegó al galope bajo la ventana; allí se detuvo y echó pié á tierra.

—¿De dónde viene V.?

—Del baluarte, á ver al general.

—Vamos, ¿y qué hay, diga V.?

—Han atacado; ocupan los alojamientos. Los franceses han hecho avanzar sus reservas, atacando á los nuestros..., sólo había dos batallones, decía el oficial con la voz sofocada.

Era el mismo que vino por la tarde, pero entonces se dirigió á la puerta con aplomo.

—¿Y se han retirado?

—No—respondió el oficial con acento rudo.—Ha llegado á tiempo un batallón; los hemos rechazado; pero el coronel del regimiento ha muerto, y muchos oficiales; hacen falta refuerzos.

Y al decir esto, entró con Kalugin en casa del general, á donde no les seguiremos.

Cinco minutos después, Kalugin pasaba hacia el baluarte sobre su caballo, montado á la cosaca, género de equitación que parece ocasionar á los ayudantes singular placer; llevaba algunas órdenes y

debía esperar el resultado definitivo del choque. En cuanto al príncipe Galtzin, agitado por la penosa emoción que producen habitualmente en el espectador ocioso los indicios de que comienza un combate, salió apresuradamente á la calle para marchar sin rumbo fijo arriba y abajo.

## V

Soldados que conducen á los heridos en camillas, sosteniendo en brazos á algunos; la calle oscura completamente, y á lo lejos luces que brillan en las ventanas de un hospital ó el alojamiento de un oficial que vela. De los baluartes llega sin interrupción el estampido de los cañonazos, de la fusilería, y continúan resplandores mil encendiendo el oscurísimo horizonte. De tiempo en tiempo óyese el galopar de un ordenanza, el gemir de un herido, los pasos y las voces de los camilleros, y las exclamaciones de las mujeres asustadas, que de pie sobre el umbral de sus puertas, miran en la dirección del cañoneo.

Entre estas últimas encontramos á nuestro conocido Nikita, á la vieja, viuda de un marinero, con la cual había hecho ya aquel las paces,

y á la hija de esta última, niña de diez años.

—¡Ay Dios mío, Santísima Virgen madre!— murmura suspirando la pobre mujer, mientras sigue con la vista las bombas que cruzan por los aires de una parte á otra, semejantes á pelotas de fuego.

¡Qué desgracia! ¡qué desgracia! No era tan fuerte el primer bombardeo. Mira, mírala como revienta la maldita, allá en el barrio, encima precisamente de nuestra casa.

—No; es más lejos; siempre caen todas en el jardín de la tía Arina— dice la chicuela.

—¿Dónde estará mi amo? ¿Dónde estará ahora?— gime Nikita, borracho aún y balbuceando las palabras.—¡Lo que quiero yo á este amo mío! ¡No se puede decir! Si, lo que Dios no permita, cometieran el pecado de matarle, le aseguro á V., comadre, que no respondo de lo que haría yo. De veras.

Es un amo tan bueno..., que... no hay palabras para decirlo...; mire V., yo no lo cambiaría por aquellos que juegan á los naipes ahí dentro; de verdad. ¡Puff!—concluyó por decir Nikita, señalando el cuarto de su capitán donde el junker Ivatchesky había organizado con algunos cadetes una orgía en pequeño, para *remojarse* la cruz que acababa de recibir.



—¡Cuántas estrellas! ¡Cuántas estrellas que corren!—exclamó la niña rompiendo el silencio que siguió al *discurso* de Nikita.—¡Allí, allí cae otra! ¡Por qué caen así, mamáita?

—¡Destruirán nuestra barraca!—decía tan sólo la pobre vieja, suspirando y sin contestar á su hija.

—Hoy...—continuó con entonación de canturria la charlatancilla—hoy he visto en el cuarto del tío, junto al armario, una bala muy grande; ha agujereado el techo y ha caído derecha, derecha, en el cuarto. Mira, es tan grande, que no se la puede levantar en peso.

—Las que tienen marido y dinero se han marchado—proseguía la vieja—¡y yo no tengo más que una barraca y me la destruyen!... ¡Mira, mira cómo tiran los malvados! ¡Señor! ¡Dios mío!

—Cuando yo salía de casa del tío—continuó la niña—ha caído una bomba allí, derecha, derecha; ha reventado con mucho ruido. Levantó la tierra por muchos sitios, y por poquito, por poquito, nos alcanza uno de los pedazos.

## VI

El príncipe Galtzine iba encontrando, cada vez en mayor número,

heridos transportados en camillas y otros muchos que se arrastraban por su pié, ó bien se sostenían mutuamente hablando con calor.

—Cuando cayeron sobre nosotros, hermanos—decía con voz de bajo un soldado de elevada estatura que llevaba dos fusiles al hombro—cuando cayeron sobre nosotros gritando: «¡Allah! ¡Allah!» (1) se agolpaban unos sobre otros. Morían los primeros y otros subían detrás. Nada se podía hacer; ¡había tantos, tantos!

—¿Vienes del baluarte?—preguntó Galtzin, interrumpiendo al orador.

—Sí, Vuestra Nobleza.

—Y bien, ¿qué ha pasado allí? Cuenta.

—¿Lo que ha pasado?... Pues... mire Vuestra Nobleza, *su fuerza* nos rodeó; treparon al parapeto, y allí *podieron* más que nosotros.

—¿Cómo más? ¿Pero no les habéis rechazado?

—¡Vaya! ¡Pues! ¡Sí!... ¡Rechazado!... Cuando toda *su fuerza* vino sobre nosotros; mató á todos los nuestros... y sin socorros...

El soldado se equivocaba, pues habíamos conservado la trinchera;

(1) Los soldados rusos, acostumbrados á batirse con los turcos y á oír sus gritos de guerra, contaron siempre que los franceses gritaban asimismo ¡Allah!

pero, cosa rara y que cualquiera puede comprobar, todo soldado herido en una acción de guerra, la cree perdida siempre, y terriblemente sangrienta.

—Sin embargo, me han dicho que los habéis rechazado—replicó con mal humor Galtzin.—¿Será quizá después que te retiraste?... ¿Hace mucho?

—Ahora mismo, Vuestra Nobleza; la trinchera debe ser suya; nos llevaban ventaja.

—¿Pero no os ha dado vergüenza? ¿Abandonar la trinchera! ¿Es horroroso!—dijo Galtzin, indignado por la indiferencia de aquel hombre.

—¿Y cómo no, cuando él es más fuerte?

—¿Eh; Vuestra Nobleza!—dijo entonces un soldado conducido en camilla.—¿Cómo no abandonarla cuando nos matan á todos? ¡Ah! Si hubiéramos tenido la *fuerza* no la hubiésemos abandonado nunca. ¿Pero qué hacer? Yo acababa de pinchar á uno cuando recibí el golpe. Con cuidado, hermanos, con cuidado; ¡ay! por favor—gemía el herido.

—Vamos; se vuelve demasiada gente—dijo Galtzin deteniendo otra vez al soldado de los dos fusiles.—¿Por qué te retiras tú, eh? ¡Alto!

El soldado obedeció, quitándose la gorra con la mano izquierda.

—¿A dónde vas?—siguió severamente el Príncipe.—¿Y quién te ha permitido retirarte?—Pero entonces, habiéndose acercado más, vió que el brazo derecho del soldado estaba cubierto de sangre hasta el codo.

—Estoy herido, Vuestra Nobleza.

—¿Herido! ¿Dónde?

—Aquí, de bala—y enseñó su brazo.—Pero no sé lo que me han roto también aquí.

Y bajando la cabeza, dejó ver sobre la nuca mechones de cabellos pegados entre sí por la sangre coagulada.

—Y ese fusil ¿de quién es?

—Es una carabina francesa, Vuestra Nobleza; la he cogido. No me hubiera retirado, pero era preciso conducir á este soldadillo; puede caerse—y el hombre señaló á un infante que marchaba algunos pasos delante de ellos arrastrando penosamente la pierna izquierda.

El príncipe Galtzin sintióse cruelmente avergonzado de sus injustas sospechas, y conociendo que se turbaba, volvió el rostro, y sin preguntar ni vigilar ya á los heridos dirigióse á la ambulancia.

Abriéndose camino con trabajo hasta el portal, á través de los soldados, parihuelas, camilleros que entraban con heridos y salían con cadáveres, penetró en la primera

sala, lanzó una ojeada en torno suyo, retrocedió involuntariamente y salió con apresuramiento á la calle. Lo que acababa de ver era demasiado horrible.

## VII

La gran sala, sombría y de elevado techo, iluminada solamente por cuatro ó cinco bujías que los médicos transportaban para examinar á los pacientes, estaba, tal como suena, atestada de gente. Los camilleros traían sin cesar nuevos heridos y los depositaban uno junto á otro en tierra; la prisa era tal, que los infelices se empujaban, bañándose en la sangre de sus vecinos. Charcos de ella se estancaban en los huecos vacíos; la respiración febril de algunos centenares de hombres, el sudor de los portadores de heridos, desprendían de sí una atmósfera pesada, espesa, pestífera, en la que ardían sin brillo las bujías encendidas en diferentes puntos de la sala; sentíase murmullo confuso de gemidos, suspiros, ronquidos, que gritos penetrantes interrumpen. Algunas *hermanas*, cuyos tranquilos rostros expresan, no la compasión futil y lacrimosa de la mujer, sino interés despierto y vivo, se deslizan de acá para allá entre los capotes y

las camisas ensangrentadas, pasando á veces sobre los heridos, para llevarles medicamentos, agua, vendajes é hilas. Los médicos, con las mangas remangadas, arrodillados ante los heridos, bajo la luz de las teas que sus ayudantes sostienen, examinan y sondan las heridas sin hacer caso de los gritos espantosos y de las súplicas de los pacientes. Sentado junto á una manta, junto á la puerta, un mayor inscribía el número 532.

—Ivan Bogosef, fusilero de la 3.<sup>a</sup> compañía del regimiento de C.; *fractura femuris complicata*—gritaba al otro extremo de la sala uno de los cirujanos, mientras cura una pierna rota—¡Volvedlo!

—¡Ay! ¡Ay! Padres míos—murmuraba roncamente el soldado, suplicando que lo dejaran tranquilo.

—*Perforatio capitis*. Simón Neferdof, teniente coronel del regimiento de N. Tenga V. un poco de paciencia, coronel; no hay medio... tendré que dejarle á V. ahí—decía un tercero que sondaba con una especie de corchete en la cabeza al desventurado oficial.

—¡En nombre del cielo, concluya V. de una vez!

—*Perforatio pectoris*. Sebastián Sereda, de infantería, ¿qué regimiento? Por lo demás, es inútil; no lo inscriba V. *moritur*. Llévrselo—añadió el médico alejándose del

moribundo, que con la vista vidriosa y extraviada agonizaba ya.

Unos cuarenta soldados camilleros esperaban su carga á la puerta; de vivos enviados al hospital y de muertos á la capilla. Aguardaban silenciosos, y á veces escapábaseles algún suspiro, mientras contemplaban aquel cuadro.

### VIII

Kalugin encontró muchos más heridos al dirigirse al baluarte. Conociendo prácticamente la influencia perjudicial que este espectáculo produce en el ánimo de todo hombre que va á entrar en fuego, no tan sólo no los detuvo para interrogarles, sino que se esforzó en no prestar atención alguna á tales encuentros.

Al pié de la montaña se cruzó con un oficial de órdenes, que bajaba del baluarte á rienda suelta.

—¡Zobkin, Zobkin! un momento.

—¿Qué?

—¿De dónde viene V.?

—De los alojamientos.

—Y bien, ¿qué pasa allí? ¿Arrencia la cosa?

—¡Oh! terriblemente.

Y el oficial se alejó al galope. La fusilería parecía ir cesando; en cam-

bio el cañoneo proseguía con nuevo vigor.

—¡Hum!, mal negocio — pensó Kalugin.

Experimentaba una sensación indefinible muy desagradable; hasta llegó á tener un presentimiento, es decir, una idea muy común... la idea de la muerte.

Kalugin tenía amor propio y nervios de acero; era, en una palabra, lo que se ha convenido en apellidar un valiente. No se dejó, pues, dominar por aquella primera impresión, sino que reanimó su valor recordando el caso de un ayudante de Napoleón que regresó con la cabeza ensangrentada, después de transmitir una orden urgente.

—¿Está V. herido? — le preguntó el Emperador.

—Con permiso de Vuestra Majestad, ¡estoy muerto! — respondió el ayudante, que cayendo del caballo expiró en el sitio.

Aquella anécdota le gustaba. Colocándose con la imaginación en el puesto de aquel ayudante, fustigó á su caballo, adoptó un aire más «á la cosaca», alineándose con una mirada con el ordenanza que le seguía al trote apoyado en los estribos, llegó al punto donde debía desmontar. Allí encontró á cuatro soldados que fumaban su pipa sentados sobre unas piedras.

—¿Qué hacéis aquí? — les gritó.

—Mire Vuestra Nobleza; hemos transportado un herido y descansábamos un poco—dijo uno de ellos, ocultando su pipa tras de la espalda y quitándose el gorro.

—¡Está bien!... ¡Descansáis! ¡Largo; á vuestros puestos!

Y poniéndose á su frente avanzó con ellos por la trinchera, encontrando heridos á cada momento. En lo alto de la meseta giró á la izquierda, y encontróse, algunos pasos más allá, completamente solo. Un casco de bomba silbó muy cerca de él, yendo á sepultarse en la trinchera; una granada que se elevó por los aires parecía dirigirse recta contra su pecho; presa de terror, adelantó algunos pasos corriendo y se echó á tierra; pero cuando la granada hubo estallado bastante lejos, sintió violenta irritación contra sí mismo y levantóse; miró en torno suyo por si alguien le había visto echarse al suelo; no había nadie.

Cuando el miedo se apodera del alma, no deja ya lugar á otro sentimiento. El, Kalugin, que se vanagloriaba de no bajar nunca la cabeza, atravesó la trinchera con paso veloz y casi á gatas.

—¡Ah! mala señal—se dijo al dar un tropezón—me matarán hoy, de seguro.

Respiraba con dificultad; estaba empapado en sudor y admirábase de esto, sin hacer el menor esfuerzo

para dominar su miedo. De pronto, al ruido de unos pasos que se acercaban, incorporóse vivamente, irguió la cabeza, hizo sonar con arrogancia su sable y acertó la rapidez de su marcha. Cruzáronse entonces con él un oficial de zapadores y un marinero; aquél le gritó:—¡A tierra!—indicándole el punto luminoso de una bomba que caía con creciente velocidad y brillo.

El proyectil dió junto á la trinchera; al grito del oficial, Kalugin hizo un ligero saludo involuntario; después continuó su camino sin pestañear.

—¡He ahí un valiente!—dijo el marinero, que contemplaba con sangre fría la caída de la bomba.

Su vista ya acostumbrada había calculado que los cascos no alcanzarían á la trinchera.

—¡No ha querido tumbarse!

Para llegar al abrigo blindado del comandante del baluarte, no le faltaba ya á Kalugin sino atravesar un espacio descubierto, cuando se sintió de nuevo invadido por terror estúpido; su corazón latía agitadamente; subiósele la sangre á la cabeza, y sólo á costa de violentísimo esfuerzo sobre sí mismo logró alcanzar corriendo el blindaje.

—¡Por qué viene V. tan sofocado?—le preguntó el general, después que le fué transmitida la or-

den de que era portador el ayudante.

—He venido muy de prisa, Excelencia.

—¿Puedo ofrecerle á V. un vaso de vino?

Kalugin apuró un vaso lleno y encendió un cigarrillo. La lucha había terminado, pero continuaba aún el recio cañoneo por ambas partes. En el blindaje se encontraban reunidos el jefe del baluarte y algunos oficiales, entre ellos Praskunin; referían los pormenores de la acción. La casamata aparecía tapizada con papel de fondo azul, y amueblábanla un canapé, una cama y una mesa cubierta de papeletes; un reloj en la pared y una imagen ante la que ardía una lamparilla completaban el adorno. Sentado en habitación tan *confortable*, Kalugin contemplaba todos aquellos indicios de una existencia tranquila, y midiendo á ojo las recias vigas del techo, de una *archina* en cuadro, oía el tronar del cañón, apagado por los blindajes; y no podía comprender cómo pudo sucumbir dos veces á imperdonables accesos de debilidad. Indignado contra sí mismo, se hubiera querido exponer otra vez á los riesgos de antes, para ponerse así á prueba.

Un oficial de marina, muy bigotudo y con la cruz de San Jorge sobre su capote de Estado Mayor,

llegó en aquel momento á pedirle al general obreros para poner en estado de servicio dos cañoneras desmoronadas de su batería.

—Me felicito de verle, capitán—dijo Kalugin al recién venido;—el general me ha encargado preguntar á V. si sus cañones pueden disparar metralla contra las trincheras.

—Sólo una pieza—respondió el capitán con aire indolente.

—Vamos á examinarlas...

El oficial frunció las cejas, y dijo medio refunfuñando:

—Acabo de pasar allá toda la noche, y vengo á descansar un poco. ¿No puede ir V. solo? Allí encontrará á mi segundo, el teniente Kartz; ese le enseñará á V. todo.

El capitán venía mandando desde hacía seis meses aquella batería, una de las más peligrosas: desde que comenzó el sitio; y mucho antes de que se construyeran los abrigos blindados, no había abandonado el baluarte; lo que le hiciera adquirir entre los marinos una reputación de valor á toda prueba, así es que su negativa sorprendió vivamente á Kalugin.

—¿He aquí lo que son las reputaciones!—se dijo.—Entonces iré solo, con su permiso;—añadió con cierto retintín, al cual el otro no prestó atención ninguna.

Kalugin olvidábase que aquel

hombre llevaba seis meses completos de vida de baluarte, mientras él, ajustando bien las cuentas, no había pasado allí, en varias veces, arriba de unas cincuenta horas. La vanidad, el deseo de brillar, de obtener una recompensa, de crearse una reputación, hasta el placer del peligro le aguijoneaban aún, mientras que el capitán sentía ya indiferencia por todo eso. También había alardeado, hecho demostraciones de valor, expuesto inútilmente su vida, esperado y recibido recompensas, adquirido su reputación de oficial valiente; pero hoy todos aquellos estimulantes perdieron ya su poder sobre él; apreciaba las cosas de otra manera, comprendiendo bien que le quedaban pocas probabilidades de escapar á la muerte. Tras una estancia de más de seis meses en los baluartes, no se arriesgaba á la ligera y limitábase á cumplir estrictamente su deber; de tal modo, que el bisono teniente Kratz, que estaba á sus órdenes en la batería, sólo desde la semana anterior, y Kalugin, á quien aquel iba enseñando en detalle las obras, parecían diez veces más valientes que el capitán. Sobrepujándose el uno al otro, se asomaban al exterior de las cañoneras y trepaban sobre las banquetas y traveses.

Terminada la visita, y de vuelta ya al «blindaje», tropezóse Kalugin

con el general, que se dirigía hacia la torrecilla de atalaya seguido de sus ayudantes.

—Capitán Praskunin — dijo en aquel momento—haga V. el favor de bajar á los alojamientos de la derecha, al segundo batallón de M... que está trabajando allí: que cese en los trabajos, y se retire sin ruido á unirse á su regimiento en la reserva, al pié de la montaña. ¿Se entera V.? Condúzcalo V. mismo al regimiento.

—¡A la orden!—respondió Praskunin, que se alejó á escape.

El cañoneo iba cesando.

PERTENECER A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS DEL

## IX

—¿Es este el segundo batallón de M.?—preguntó Praskunin á un soldado que trasportaba sacos llenos de tierra.

—Sí.

—¿Dónde está el jefe?

Mikhailof, suponiendo que preguntaban por el capitán de la compañía, salió del hoyo donde estaba resguardado; llevóse la mano á la visera de la gorra y acercóse á Praskunin, á quien había tomado por un jefe.

—De parte del general... en retirada... inmediatamente... sin rui-

do... á retaguardia... ya lo sabe V.... á la reserva...—le dijo Praskunin, mirando de reojo en dirección de los fuegos del enemigo.

Mikhailof, que á todo esto reconociera á su compañero, bajó la mano, y haciéndose bien cargo de la maniobra, dió las órdenes necesarias á su tropa. Cogieron los soldados sus fusiles, alinearon sus capotes y emprendieron la marcha.

Quien no lo haya experimentado alguna vez, no podrá apreciar nunca la intensidad del júbilo que siente un hombre al alejarse, después de tres horas de bombardeo, de lugar tan peligroso como los alojamientos de una obra de fortificación. Durante esas tres horas, Mikhailof, que no sin motivo pensaba en la muerte como en cosa inevitable, había tenido tiempo de habituarse á la idea de que sería irremisiblemente muerto y de que no pertenecía ya al mundo de los vivos. A pesar de esto, costóle hacer un esfuerzo violento para no correr, cuando salió de los alojamientos á la cabeza de su compañía y al lado de Praskunin.

—¡Hasta la vista! ¡Buen viaje! —gritóles el Mayor que mandaba el batallón que había quedado en los alojamientos.

Mikhailof había compartido con él su queso, sentados los dos en el hoyo al abrigo del parapeto.

—Lo mismo digo. ¡Buena suerte! Me parece que la cosa va amainando.

Pero apenas había pronunciado estas palabras, cuando el enemigo, que reparó sin duda el movimiento, volvió á tirar de firme; los nuestros contestaron, y el fuego de cañón se reaudó con violencia. Brillaban las estrellas, pero sin resplandor; la noche era muy oscura; tan sólo el fulgor de los fogonazos y la explosión de las granadas iluminaban, durante unos segundos, los objetos próximos; los soldados, en silencio, caminando rápidamente, adelantábanse unos á otros; se oía tan sólo el ruido regular de sus pasos sobre el piso endurecido, acompañado por el estampido incesante del cañoneo, el choque metálico de las bayonetas al chocar entre sí, y el suspiro ó la plegaria de algún soldado.

—¡Señor! ¡Señor!

De vez en cuando gemía un herido y oíase pedir una camilla. En la compañía mandada por Mikhailof, el fuego de la artillería llevaba ya puestos fuera de combate veintiseis hombres desde la tarde anterior. Un fogonazo iluminó las lejanas tinieblas del horizonte; el centinela gritó desde el baluarte:

—¡Ca...ñón!

Y un proyectil, silbando por encima de la compañía, fué á hundirse en tierra, socavándola y hacien-



do saltar mil terrones y pedruscos.

—¡Que el demonio se los lleve!  
¡Qué despacio andan! —decíase Praskunin, mirando hacia atrás á cada momento, y sin dejar de seguir á Mikhailof. — Podría adelantarme, puesto que ya comuniqué la orden... ¡Pero... no, no; en el acto irían diciendo que era un gallina!... Pase lo que pase, iré con ellos.

—¡Por qué me sigue éste?—decíase por su parte Mikhailof.—He reparado que siempre trae consigo la desgracia. Y otra bomba que viene... derecha hacia nosotros... me parece...

Algunos pasos más allá encontraron á Kalugin, que hacía golpear airoosamente su sable contra las piedras; iba á los alojamientos; el general lo enviaba á preguntar si avanzaban los trabajos; pero á la vista de Mikhailof, se dijo que en lugar de exponerse á aquel fuego terrible, lo cual no le había sido ordenado, podía muy bien informarse interrogando al oficial que regresaba de allí. Mikhailof le dió, en efecto, todos los detalles precisos; Kalugin le acompañó un rato, y, por último, volvió á seguir la trinchera que conducía al abrigo blindado.

—¡Qué hay de nuevo?—preguntó al oficial que cenaba sólo dentro de este reducto.

—Nada; creo que no habrá más fuego esta noche.

—¡Cómo! ¿Qué no habrá? Al contrario; el general acababa de subir al baluarte; ha venido otro regimiento. Además, oiga V., otra vez la fusilería. No vaya V., ¿para qué? —añadió viendo á Kalugin hacer un movimiento.

—Debería ir, nó obstante—decíase éste último;—pero, por otra parte, ¿no me he expuesto bastante al peligro hoy? El fuego es terrible.

—Es verdad—dijo en alta voz—será mejor que me espere aquí.

Veinte minutos después volvió el general acompañado por sus oficiales, entre los que estaba el *junker*, barón Pesth. Pero Praskunin no venía. Los alojamientos habían sido tomados y vueltos á recuperar por nuestra gente.

Y tras de oír los detalles circunstanciados de la empresa, Kalugin salió con Pesth del abrigo.

## X

—Tiene V. sangre en el capote; ¿se ha batido V. al arma blanca?—le preguntó Kalugin.

—¡Oh! He sido atroz; figúrese V...

Y Pesth se puso á referirle cómo

había conducido al fuego su compañía después de muerto el comandante de ella, y de qué modo sin él se hubiera perdido la acción. El fondo del relato, es decir, la pérdida del comandante y lo del francés muerto por Pesth, era verídico; pero el *junker*, al precisar los pormenores, los amplificaba vanidosamente.

Pero se envanecía sin premeditación; durante todo el fuego, se había sentido rodeado de brumas fantásticas, hasta tal punto, que todo lo ocurrido parecía cosas vagamente acaecidas Dios sabe dónde y Dios sabe cuándo, y referentes á otro cualquiera que no fuese él. Y, naturalmente, intentaba crear incidentes en honra suya. He aquí, sin embargo, lo sucedido:

El batallón al cual fué agregado para tomar parte en la salida, hubo de permanecer dos horas bajo el fuego enemigo; después, su comandante había pronunciado algunas palabras; los de las compañías se movieron; la tropa salió de su abrigo en el parapeto y se formó en línea de columnas cien pasos más allá. Pesth recibió orden de colocarse al flanco exterior de la segunda compañía.

Sin darse cuenta del lugar, ni de la operación, el *junker*, con la respiración comprimida, presa de un escalofrío nervioso que le corría por la espalda, colocóse en el sitio in-

dicado, y miró maquinalmente ante sí en la oscuridad, esperando algo muy terrible. A pesar de todo, no era el miedo la impresión dominante en él, pues ya no se hacía fuego; lo que le parecía extraño, inquietante, era verse en pleno campo, fuera de las fortificaciones.

El comandante del batallón pronunció de nuevo algunas palabras, que fueron repetidas otra vez en voz baja por los oficiales, y de súbito la muralla negra, formada por la primera compañía, se hundió; había recibido la orden de echarse á tierra; la segunda compañía hizo lo propio, y Pesth, al tumbarse, se pinchó en la mano con algo puntiagudo. Sólo se veía la silueta del capitán de la segunda, que permanecía de pié, blandiendo su espada y sin cesar de hablar y de moverse ante los soldados.

—Atención, muchachos; portaos bien, valientes; nada de tiros; vamos sobre esa canalla á la bayoneta. Cuando yo grite ¡hurra!, seguidme todos de cerca y bien juntos. Así verán de lo que somos capaces. No nos cubriremos de vergüenza, ¿no es verdad, hijos míos? ¡Por el Czar nuestro padre!

—¿Cómo ese llama el capitán?— preguntó Pesth á otro *junker* su vecino.—¡Es un valiente!

—Sí, en el fuego siempre está así; se llama Lissin Kovosky.

En aquel momento brotó una llamarada, seguida de ensordecedora detonación; cascos y piedras volaron por el aire; cincuenta segundos después, una de las piedras cayó de gran altura y aplastó el pie á un soldado. Había caído una bomba en medio de la compañía, lo que probaba que los franceses repararon en la columna.

—¡Ah! nos tiras bombas ahora. Déjanos sólo alcanzarte, probarás las bayonetas rusas ¡maldito!...

Y el capitán gritaba tan recio, que el comandante del batallón le mandó callar.

La primera compañía se incorporó, y tras ella la segunda; la tropa recogió los fusiles y el batallón avanzó. Pesth, poseído de terror, no pudo acordarse jamás de si marcharon mucho tiempo; iba como borracho. De súbito, por todas partes surgieron multitud de fogonazos, entre silbidos y crepitaciones horrorosas; dió un grito y corrió hacia adelante, porque corrían y gritaban todos; después tropezó, cayendo sobre alguien. Era el capitán herido al frente de la compañía, que tomando al junker por un francés, le cogió por una pierna. Desprendiose Pesth y se levantó; un bulto se arrojó sobre él en la oscuridad, y poco le faltó para no caer de nuevo; una voz le gritó:

—¡Dale! ¡Qué esperas?

Sintió que una mano sujetaba su fusil y que la punta de su bayoneta se hundía en un cuerpo blando.

—¡Ah! ¡Dios!...

Estas palabras fueron dichas en francés con acento de dolor y espanto. El junker comprendió que acababa de matar á un francés. Frío sudor humedeció su cuerpo, sintió temblor extraño y dejó caer el fusil. Pero esto duró sólo un segundo; la idea de que era un héroe acudió á su imaginación. Recogiendo el arma, se alejó del muerto corriendo y gritando. ¡Hurra!, con los demás. Veinte pasos más allá, alcanzó la trinchera donde se encontraban los nuestros y el comandante del batallón.

—¡He matado á uno!—dijo á este último.

—Es V. un valiente, barón—le fué contestado.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
GENERAL MANUELA DEL

## XI

—¿Sabe V. que Praskunin ha muerto?—dijo Pesth á Kalugin al acompañarle á su casa.

—No es posible.

—¿Cómo que no? ¡Lo he visto yo!

—Adios; tengo prisa.

—¡Buena jornada!—se decía Kalugin al volver á su morada—¡he tenido suerte por primera vez! La acción ha sido brillante y he salido sano y salvo; habrá muchas propuestas; lo menos que me pueden dar es un sable de honor. Y á fe mía que lo he merecido.

Y después de dar parte al general de cuanto viera, se dirigió á su cuarto; el príncipe Galtzin, leyendo un libro que cogió de sobre la mesa, le esperaba desde hacía mucho tiempo.

Inexplicable sensación de alegría fué la de Kalugin al volverse á encontrar en su casa, lejos del peligro. Con la camisa de dormir, echado sobre su cama, refirió á Galtzine los incidentes del combate; los cuales incidentes se las arreglaban, como es natural, para demostrar que él, Kalugin, era un oficial experto y valiente. Tocaba esto, no obstante, con suma discreción, así á la ligera, deslizándose sobre ello, ya que nadie debía de ignorarlo ni tenía derecho á dudar, excepto, quizá, el difunto capitán Praskunin; quien, aunque se sentía muy favorecido al ir de bracete con el ayudante, había contado la víspera, precisamente, al oído de uno de sus colegas, que Kalugin, excelente chico aparte de esto, no era muy amigo de visitar los baluartes.

Quedó Praskunine de vuelta con

Mikhailof; habían llegado á un lugar de menos exposición, y comenzaban á sentir renacer sus alientos, cuando divisaron, al volver la cabeza, el súbito resplandor de un fogonazo; el vigía gritó:

—¡Mor...te...ro!

Y uno de los soldados que le seguían, añadió:

—¡Viene derecha al baluarte!

Mikhailof observó. El punto luminoso de la bomba parecía fijo en el zenit, mientras, la dirección que había de seguir hacía imposible de determinar; duró aquello el espacio de un segundo. De pronto, redoblando la velocidad, fué acercándose más y más el proyectil; veíanse ya saltar las chispas de la mecha y se oía el lúgubre silbido; iba á caer precisamente en medio del batallón.

—¡A tierra!—gritó una voz.

Mikhailof y Praskunin obedieron. El último, con los ojos cerrados, oyó caer la bomba por allí, muy cerca de él, sobre la dura tierra. Un segundo, que le pareció una hora, transcurrió; la bomba no estallaba. Praskunin se aterrorizó; después pensó si tenía motivos para aterrorizarse; quizá había caído más lejos y equivocábase al sentir silbar la mecha á su lado. Abriendo los ojos, miró con satisfacción á Mikhailof, tendido, sin moverse, á sus piés; pero al mismo tiempo di-

visó, á una *archina* de distancia, la espoleta inflamada de la bomba girando como una peonza.

Terror glacial, que anulaba toda idea y todo sentimiento, se apoderó de su ser; cubrióse el rostro con las manos.

Pasó otro segundo, durante el cual un mundo entero de ideas, de esperanzas, de recuerdos y de sensaciones acudió á su mente.

—¿A quién matará? ¿A mí ó á Mikhailof? ¿O á los dos juntos? Y si es á mí, ¿en dónde me dará? ¿En la cabeza?, y todo habrá concluido; ¿en un pié?... me lo cortarán, y yo insistiré para que me den clorofor-  
mo y poder seguir con vida. Quizá muera sólo Mikhailof; y contaré después que estábamos juntos y que me roció con su sangre. ¡No, no, está más cerca de mí! ¡Seré yo!...

Y aquí se acordó de los doce rublos que debía á Mikhailof y de otra deuda de Petersburgo que hubiera debido pagar á su tiempo; una canción tzigana que cantó la víspera, acudióle á la memoria. Presentóse también á su imaginación la mujer á quien amaba, con una gorra de cintas, color lila, en la cabeza; el hombre que le ofendió cinco años antes y del que no se había vengado; pero entre todos aquellos recuerdos y otros muchos más, el sentimiento de lo presente (la espera de la muerte), no le abandonaba.

Si no estallase—se decía—y estuvo á punto de abrir los ojos con audacia, desesperadísimo; pero en aquel instante, á través de sus párpados entreabiertos, una llamarada roja hirió sus pupilas; algo le golpeó, con estruendo terrible, en mitad del pecho, salió corriendo al azar, se le enredaron los piés en el sable, vaciló y cayó de costado.

—¡Gracias á Dios!, sólo tengo una contusión.

Esta fué su primera idea, y quiso tocarse el pecho; pero le pareció que tenía las manos atadas; una prensa le oprimía el cráneo; ante su vista corrían los soldados; contábalos maquinalmente.

—Uno, dos, tres soldados; ahí va un oficial que pierde la capa

Brilló otro fogonazo, y preguntóse qué habían disparado; era mortero ó cañón sin duda. Tiraron de nuevo; otra vez soldados; cinco, seis, siete; siguen adelante; y de pronto sintió miedo horrible de ser pisoteado por ellos. Quiso gritar, decir que estaba contusionado, pero tenía seca la boca: se le pegaba la lengua al paladar y sentía sed ardiente; conociendo que su pecho estaba mojado, la sensación de aquella humedad hacía pensar en el agua; hubiera querido beber lo que le mojaba...

—He debido desollarme al caer—se dijo; y cada vez más asus-

tado ante la idea de que lo aplastasen los soldados que corrían en masa ante él, trató de gritar de nuevo.

—¡Recogedme!...

Pero en vez de esto lanzó un gemido tan terrible, que él mismo se asustó. Luego, mil chispas luminosas comenzaron á danzar ante sus ojos; parecíale que los soldados amontonaban piedras sobre él; las chispas danzaban cada vez con menor viveza; hizo un violento esfuerzo para librarse de ellas; se extendió; cesó de ver, de oír, de pensar, de sentir. Había sido muerto en el sitio por un casco que le dió en mitad del pecho.

## XII

Mikhailof, por su parte, también se echó á tierra al ver la bomba; como Praskunin, había pensado en multitud de cosas durante los dos segundos que precedieron á la explosión. Rogaba á Dios mentalmente, repitiendo:

—¡Hágase tu voluntad! ¿Por qué soy militar, señor? ¿por qué he permutado para infantería por venir á campaña? ¿por qué no he permanecido en el regimiento de hulanos en el gobierno de F., junto á mi

amiga Natacha? ¿Y ahora, lo que me espera!...

Y se puso á contar: uno, dos, tres, cuatro, diciéndose que si la bomba reventaba en número par viviría, y si era en impar perecería.—¡Todo concluyó! ¡Soy muerto! —pensó al oír la explosión, sin acordarse de lo de pares ó nones.— Herido en la cabeza; sintió violentísimo dolor.

—¡Señor, perdona mis pecados! —murmuró—juntando las manos.

Trató de levantarse y volvió á caer desvanecido, de cara al suelo.

Su primera sensación, cuando tornó en sí, fué la de la sangre que le brotaba de la nariz; el dolor de la cabeza no era tan fuerte.

—¡Es el alma que se va!... ¿Qué habrá allá?... ¡Dios mío, recibid mi alma en gracia! No obstante, es extraño—reflexionaba—me muero, y oigo distintamente el andar de los soldados, y los tiros...

—Aquí una camilla; el comandante de la compañía ha muerto—gritó, por encima de él, una voz en la que reconoció la del tambor Ignatief.

Sintióse levantado por los hombros; abrió los párpados con esfuerzo y vió sobre su cabeza el cielo azul oscuro, miriadas de estrellas y dos bombas que cruzaban el espacio, como si trataran de adelantarse una á otra. Divisó á Ignatief, á los

soldados conductores de camillas y fusiles, el talud de la trinchera, y de pronto comprendió que pertenecía aún á este mundo.

Habíale herido ligeramente una piedra en la cabeza. Su inmediata impresión fué para él casi de pesar; tan bien y tranquilamente preparado estaba para irse *allá*, que la vuelta á la vida, la vista de las bombas, de las trincheras y de la sangre le fué penosa. La segunda impresión fué el gozo involuntario de sentirse vivo, y la tercera el deseo de dejar el baluarte en seguida. El tambor vendó la cabeza á su capitán y se lo llevó hacia la ambulancia, sosteniéndole por el brazo.

—¿Adónde voy y para qué?—pensó Mikhailof algo repuesto ya;—mi deber es quedarme con la compañía; tanto más—añadióle una voz interior—cuanto que muy pronto estará libre del fuego enemigo.

—Es inútil, amigo—dijole al tambor, retirando el brazo.—No voy á la ambulancia; me quedaré con la compañía.

—Es mejor dejarse curar como corresponde, Vuestra Nobleza. En el primer momento parece que no es nada, pero luego puede empeorar. De verdad, Vuestra Nobleza.

El capitán se había detenido con indecisión, pero acordóse del gran número de heridos que atestaban la ambulancia, casi todos graves.

Puede ser que el médico se burle de esta descalabradura—se dijo—y sin atender á los argumentos del tambor, dirigióse con paso firme al encuentro de su compañía.»

—¿Donde está el oficial Praskunin, que venía hace poco á mi lado?—preguntó al subteniente, que se había puesto al frente de la fuerza.

—No sé; creo que ha muerto—respondió vacilando.

—¿Muerto ó herido? ¿Y cómo no lo sabe V.? Venía con nosotros. ¿Por qué no lo han recogido?

—¿No ha sido posible en aquel infierno!

—¿Cómo, Mikhail Ivanitch—dijo Mikhailof con acento irritado—¿abandonar! á un vivo? Y si estaba muerto, se ha debido recoger el cuerpo.

—¿Sí, vivo!... ¿No le digo á V. que me he acercado á él y lo he visto?... ¿Qué quiere V.! ¿Gracias que podamos trasportar á los nuestros!...

—¿Ah! ¿Los canallas ahora tiran con bala rasa!...

Mikhailof se había sentado y sujetábase con las manos la cabeza; al andar habíase aumentado la violencia del dolor.

—¿No—dijo;—es preciso ir á recogerlo; puede que viva aún; ese es nuestro deber, Mikhail Ivanitch!

Mikhail Ivanitch no respondió.

—No se le ha ocurrido recogerlo,

y ahora habrá que destacar unos soldados... ¿Cómo mandarlos bajo este fuego infernal á una muerte sin objeto—reflexionaba Mikhailof.

—Muchachos, hay que ir allá abajo á buscar aquel oficial herido; allá, al foso—dijo sin alzar la voz y en tono que nada tenía de imperativo, pues adivinaba hasta qué punto la ejecución de aquella orden debía desagradar á su gente.

Como no se dirigía á nadie en particular, ninguno atendió al llamamiento.

—¿Quién sabe? Puede que esté muerto, y *no vale en tal caso la pena* de exponer inútilmente ningún hombre. La culpa es mía; debí pensarlo. Iré solo; es mi obligación. Mikhail Ivanitch—añadió en alta voz—conduzca V. la compañía; ya la alcanzaré.

Y recogiendo con una mano los pliegues de su capa, oprimió con la otra la imagen de San Mitrophano que llevaba al pecho siempre por devoción especial hacia este bienaventurado.

El capitán retrocedió el camino hecho; cercioróse de que Praskunin estaba bien muerto, y volvió sujetándose con la mano el vendaje, medio desprendido, de su cabeza. El batallón encontrábase ya al pié de la montaña y casi fuera del alcance de los proyectiles, cuando Mikhailof se incorporó á él.

Sólo algunas bombas perdidas llegaban aún.

—Será preciso que vaya mañana á inscribirme en la ambulancia—dijo el capitán, mientras el médico militar le aplicaba un apósito.

### XIII

Centenares de mutilados cuerpos entre arroyos de sangre, que dos horas atrás hallábanse aún llenos de esperanzas y de voluntad, ya sublime ó ya mezquina, yacían, rígidos los miembros en el barranco florido y bañado de rocío que separa el baluarte de la trinchera, ó sobre el suelo compacto de la capillita de los muertos en Sebastopol; los secos labios de todos aquellos hombres murmuraban plegarias, maldiciones ó gemidos; se incorporan y se retuercen; abandonados los unos entre los cadáveres de la florida hondonada, los otros en las camillas, las camas y el piso húmedo de la ambulancia. A pesar de esto, el cielo, como en los días anteriores, enciéndese de luz boreal hacia el monte Sapun; palidecen las temblorosas estrellas; blanca neblina se eleva sobre el oleaje sombrío y quejumbroso del mar; el crepúsculo tiñe de púrpura el Oriente; prolongados arre-



boles surcan el horizonte azul, y como los días anteriores, el inmenso lumínico reaparece con lentitud, potente y majestuoso, ofreciendo al mundo, en su nuevo despertar, la alegría, la felicidad y el amor.

#### XIV

A la tarde siguiente, la música del regimiento de cazadores tocaba de nuevo en el *bulevard*; en torno del pabellón, oficiales, junkers, soldados y mujeres jóvenes se pasean con aspecto de fiesta por las calles de acacias blancas en flor.

Kalugin, el príncipe Galtzin y otro coronel, caminan cogidos del brazo y hablando del combate del día anterior. El objeto dominante en la conversación es, como siempre, no el suceso en sí mismo, sino la parte que han tomado en él los interlocutores; la expresión de sus rostros, el sonido de su voz, tienen algo de serio, de triste, y pudiera suponerse muy bien que las pérdidas sufridas los afligen profundamente; pero, á decir verdad, como ninguno de ellos ha experimentado la de un ser querido, impónense aquella expresión oficial de duelo por guardar las convenien-

cias. Kalugin y el coronel, aunque eran excelentes sujetos, no hubieran deseado otra cosa sino asistir cada día á una acción semejante para recibir cada vez una espada de honor ó el grado de general mayor. Cuando oigo calificar de monstruo á un conquistador que envía á la muerte millones de hombres para satisfacer su ambición, me dan siempre ganas de reír; interrogad un poco á los subtenientes Petruchef, Antonof y otros, y veréis en cada uno de nosotros un Napoleón en pequeño, un monstruo presto á acometer una batalla, á matar una centena de hombres para obtener alguna estrella más ó una mejora de sueldo.

—Con perdón de V.—decía el coronel—el encuentro comenzó por la derecha. *Estaba yo...*

—Podrá ser—respondió Kalugin—pues todo el tiempo permanecí en el flanco izquierdo. Fui dos veces: primero á buscar al general, luego sencillamente porque sí, por curiosidad. Allí sí que se batía el cobre.

—Si lo asegura Kalugin, es positivo—dijo á su vez el coronel volviéndose hacia Galtzin.—¿Sabes que hoy mismo me ha asegurado N... que eres un valiente? Nuestras pérdidas son en realidad horribles en mi regimiento, cuatrocientos hombres fuera de combate. ¡No

comprendo cómo he escapado con vida!

En el extremo opuesto del boulevard vieron surgir la cabeza vendada de Mikhailof, que venía á su encuentro.

—¿Está V. herido, capitán?—le preguntó Kalugnine.

—Sí, ligeramente; por una piedra.

—¿Han arriado ya el pabellón?—preguntó el príncipe Galtzine, mirando por encima de la gorra del capitán y sin dirigirse en particular á ninguno.

—No, *pas encore*—dijo Mikhailof, deseoso de demostrar que sabía francés.

—¿Dura, pues, el armisticio?—volvió á preguntar Galtzin, dirigiéndole políticamente la palabra en ruso; lo que parecía querer decir: «Sé que habla V. con dificultad el francés; ¿por qué no usar sencillamente el ruso?»—Y tras esto, los ayudantes de campo separáronse de Mikhailof, que se sintió, como el día antes, muy aislado; y no queriendo alternar con los unos, ni decidiéndose á abordar á los otros, limitóse á saludar á algunos y se sentó junto al monumento de Kazarsky á fumar su cigarrillo.

El barón Pesth apareció asimismo en el boulevard, donde refirió que había tomado parte en la negociación del armisticio, que había hablado con oficiales france-

ses, y que uno de ellos le había dicho:

—Si hubiese tardado una hora más en ser de día, hubiéramos vuelto á apoderarnos de las emboscadas.

A lo cual contestó él:

—Caballero, no os digo que no por no daros un mentís.

Esta réplica llenábale de orgullo.

Y en realidad, aunque el joven asistió á la firma del armisticio, con grandes deseos de hablar con los franceses, cosa muy divertida, no había dicho nada de particular. El junker, barón Pesth, habíase paseado mucho tiempo por las líneas, preguntando á los franceses más próximos:

—¿De qué regimiento es V.?

Contestábanle, y he aquí todo. Pero como hubiese avanzado un poco más allá del terreno neutral, un centinela francés, no figurándose que aquel ruso comprendía su lengua, dirigióle una interjección formidable.

—Viene á espiar nuestros trabajos *je sacré!* De tal modo, que después de esto, no encontrando interés alguno en su excursión, el junker, barón Pesth, se había vuelto á su casa, componiendo por el camino las frases francesas que había esparcido entre sus relaciones.

Veíase también en el paseo al capitán Zobkin, hablando á voces; al

capitán Objogof con su uniforme destrozado; al capitán de artillería que no busca favores de nadie; al junker enamorado y afortunado, en una palabra, á todos los personajes de siempre, obrando todos bajo el impulso de los mismos eternos móviles. Sólo faltaban Praskunin, Neferdof y algunos otros; nadie se acordaba de ellos, sin embargo de que sus cuerpos aún permanecían sin lavar ni vestir, y sin sepultura.



XV

En nuestros baluartes y en las trincheras francesas flotan banderas blancas; en el barranco, cubierto de flores, yacen en pilas y descalzos, vestidos de azul ó de gris, mutilados cuerpos que los trabajadores transportan para depositarlos en las carretas; la atmósfera se halla apesada por el olor de los cadáveres. De Sebastopol y del campo francés la multitud afluye para contemplar el espectáculo; y ávida y complaciente curiosidad es el sentimiento que domina en unos y otros al encontrarse en aquel terreno.

Oigamos las frases que se cambian entre ellos.

Allá, en aquel reducido grupo de rusos y franceses, un oficial joven examina una cartuchera; aunque habla mal el francés, se hace comprender lo bastante.

—¿Y esto, para qué es... este pájaro?—pregunta.

—Porque esta cartuchera es de un regimiento de la guardia, señor oficial; lleva el águila imperial.

—¿V. es de la guardia?

—No, señor; del sexto de línea.

—Y esto, ¿dónde comprar?—El oficial indica el tubito de madera que sostiene el cigarrillo del francés (una boquilla).

—En Balaklava, señor oficial; es sólo un pedazo de madera de palma.

—¡Bonito!—replica el oficial, obligado á emplear las pocas palabras que conoce y que bien ó mal se imponen en la conversación.

—Si tiene V. la bondad de aceptarlo en recuerdo, se lo agradeceré.

Y el francés arroja su cigarro, sopla en la boquilla y la presenta galantemente al oficial saludándole; éste le da á su vez la suya; todos los presentes, franceses y rusos, sonríen, pareciendo muy complacidos.

He aquí un soldado de infantería de avispada fisonomía, con camisa de color de rosa, el capote echado sobre los hombros; su cara respira la alegría y la curiosidad; acompañado por dos compañeros suyos y

con las manos á la espalda, aproximase, pide fuego al francés; éste sopla, sacude su pipa de tierra y ofrece lumbre al ruso.

—*Tabac bonn*—dice el soldado de la camisa rosa, y los espectadores se ríen.

—Sí, buen tabaco; tabaco turco—responde el francés;—y vosotros, ¿tabaco ruso bueno?

—*Rouss bonn*—contesta el soldado de la camisa rosa; y ahora todos los presentes ríen á carcajadas.—*¡Français pas bonn; bonn jour, mousiou!*—prosigue el soldado haciendo alarde de todos sus conocimientos en francés, riendo y dando palmadas en el vientre á su interlocutor. Los franceses ríen también.

—No son nada guapos hermosos b... de rusos—dice un zuavo.

—¿De qué se ríen?—pregunta otro con fuerte acento italiano.

—*Le caftan bonn*—vuelve á comenzar el travieso soldado, examinando la chaquetilla bordada del zuavo.

—A vuestro sitio *¡sacré nom!*—grita en aquel momento un cabo francés.

Y los soldados se dispersan de mala gana, mientras nuestro joven teniente de caballería se pavonea en un grupo de oficiales enemigos.

—Conocí mucho al conde Sasonof—dice uno de estos;—es un

conde ruso de los verdaderos, tales como á nosotros nos gustan.

—También he conocido un Sasonof—replica el oficial de caballería;—pero no era conde, según tengo entendido; un chico moreno, bajo, de su edad de V. sobre poco más ó menos.

—Ese es, caballero, él es. ¡Cuánto me alegraría de verle! Si V. le ve, salúdele en mi nombre. El capitán Latour—añade saludando cortésmente.

—¿Qué triste oficio el nuestro! La cosa iba de firme esta noche, ¿no es verdad?—prosigue el oficial de caballería deseoso de sostener la conversación é indicando los cadáveres.

—Sí, señor, es terrible; pero, ¿qué mocetones los soldados rusos! Es un placer batirse con bravos así.

—Hay que confesar que los vuestros no se suenan tampoco con el pié (1)—responde en francés siempre el jinete ruso saludando, persuadido de que ha replicado perfectamente bien.

Pero basta de este asunto; contemplad en cambio á aquel rapaz de diez años, con una gorra vieja, usada, perteneciente sin duda á su pa-

(1) *Ne se mouchent pas du pied, non plus.*—Modismo francés sin equivalente castellano, usado por el oficial ruso como alarde de sus conocimientos en la lengua francesa.

dre, desnudas las piernas y calzados los piés con grandes zapatones, y que viste un pantalón de lienzo sostenido por un solo tirante. Salió de las fortificaciones al principio de la tregua; desde entonces se pasea por aquel terreno acribillado y examina con curiosidad estúpida á los franceses, y los cuerpos tendidos en tierra, recogiendo las florecillas azules de los campos de que está sembrado el valle. El chicuelo regresa con un gran ramo y se tapa la nariz para no sentir el infecto olor que el viento le envía; detiéndose ante algunos cadáveres amontonados, y contempla durante mucho rato á un muerto á quien le falta la cabeza, y que es horroroso de mirar. Tras de larga contemplación, aproximase y le toca con el pié el brazo rígido, tendido, y como lo empuje con más fuerza, muévase el brazo y cae á plomo. El rapaz lanza un grito, oculta el rostro entre las flores y vuelve á entrar en las fortificaciones corriendo á todo correr.

¡Sí, sobre los baluartes y las trincheras flotan banderas blancas; espléndido el sol descende sobre la mar azul, y esa mar ondula y brilla bajo sus rayos de oro; millares de personas se agrupan, se miran, charlan y se sonríen unas á otras; y aquellos hombres, que son cristianos, que profesan la gran ley de amor y sacrificio, contemplan su

obra sin arrojarse arrepentidos á los piés de Aquel que les dió vida y con la vida el temor de la muerte, el amor al bien y á lo bello!; ¡y aquellas gentes no se abrazan como hermanos, vertiendo lágrimas de gozo y felicidad!... Consolémonos al menos con la idea de que no somos nosotros los autores de esta guerra; que nos limitamos á defender nuestro país, nuestro suelo natal. Arriáanse las banderas blancas; los ingenios mortíferos y dolorosos retumban de nuevo; de nuevo corre á oleadas sangre inocente, y vuelven á escucharse gemidos y maldiciones.

He dicho todo cuanto quería decir, por lo menos esta vez; pero duda penosísima viene á agobiarme. Tal vez hubiera sido mejor callar, pues quizá lo que dije esté en el número de las verdades perniciosas, oscuramente sepultadas en el alma de cada cual, y que para proseguir siendo inofensivas no deben ser reveladas, así como no hay que agitar el vino viejo por miedo de que los posos no se revuelvan y suban y el líquido se enturbie.

¿Dónde, pues, veremos en este relato el mal que es preciso evitar y el bien hacia que debemos tender? ¿Dónde está el traidor? ¿Dónde el héroe? Todos son buenos y todos son malos. No serán Kalugin, con su valor brillante, su arrojo ca-

balleresco y su vanidad, principal motor de todas sus acciones... ni Praskunin, nulo é inofensivo á pesar de haber caído en el campo de batalla por la fe, el trono y la patria... ni Mikhailof, tan tímido; ni Pesth, aquella criatura sin convicciones y sin sentido moral, quienes

puedan pasar por desleales ó por héroes.

No; el héroe de mis relatos, aquel á quien amo con todas las fuerzas de mi espíritu; el que he tratado de reproducir con toda su hermosura; el que ha sido y es y será siempre bello, ¡es la VERDAD!

## SEBASTOPOL EN AGOSTO DE 1855

### I

A fines del mes de Agosto, por la carretera peñascosa de Sebastopol entre Duvanka (1) y Baktchisarai avanzaba al paso, entre el cávido y espeso polvo, una *telega* de oficial, de extraña forma, por entonces desconocida, que venía á ser algo entre el *cesto*, la *britchka* judía y la carreta rusa.

En aquel carruaje, sentado sobre los talones, un asistente, con levita militar de lienzo y gorra de oficial vieja y deformada, conducía el tiro. Tras él, reclinado sobre paquetes y sacos cubiertos con un capote de

tropa, veíase á un oficial con capa de verano; de pequeña estatura, por lo que podía juzgarse en aquella posición, y que chocaba al pronto, menos por la maciza anchura de hombro á hombro, que por el espesor de su busto entre el pecho y la espalda; la nuca y el cuello grueso y fuerte, ofrecían también gran desarrollo á lo ancho, y sus músculos aparecían en vigorosa tensión. Lo que hemos convenido en llamar cintura no existía, ni vientre tampoco, pero á pesar de todo no era posible considerarlo obeso, y su rostro, sobre el cual se extendía un paño amarillento y enfermizo, llamaba la atención por lo de-

(1) Ultima estación antes de llegar á Sebastopol.

macrado. Hubiera podido pasar por guapo mozo sin cierta hinchazón de las carnes y la piel plegada y con arrugas profundas que, al confundirse unas con otras, desvanecían las facciones, quitábanles toda frescura y les daban expresión grosera. La de sus ojos, pequeños, pardos, extraordinariamente vivos; rayaba en impudencia; el bigote, muy espeso, y siempre medio mordido por costumbre, no se extendía mucho á lo ancho; las mejillas y la barba, sin afeitar hacía dos días, cubríalas vello negro y áspero. Herido el 10 de Mayo por un casco de granada en la cabeza, la cual traía vendada aún, encontrábase, sin embargo, completamente restablecido ya, y salía del hospital de Sympheropol para incorporarse á su regimiento, situado no sabía dónde, allá en la dirección en que se oían los cañonazos; pero aún no había podido averiguar si estaba en el mismo Sebastopol, en la Severnaia ó en Ynkerman.

Oíase distintamente el cañoneo que parecía muy próximo cuando las montañas no interceptaban el fragor traído por el viento; ora violenta explosión hacía vibrar el aire haciéndoos estremecer á pesar vuestro; ora estampidos menos violentos, semejantes al redoble del tambor seguíanse á cortos intervalos, interrumpidos por algún trueno

ensordecedor, ó bien confundíase todo en un rugir continuo de tableteos prolongados, parecido al de la tormenta cuando rompe á llover violentamente. Cada ruido decía, y entendíase bien, que el bombardeo era horroroso. El oficial daba prisa á su asistente para llegar pronto; á su encuentro venía una fila de carros conducidos por campesinos rusos que habían llevado víveres á Sebastopol y que regresaban conduciendo enfermos y heridos; soldados con capote gris, marineros con negros chaquetones, voluntarios con *fez* (1) rojo, y barbudos milicianos. El vehículo se vió obligado á detenerse, y el oficial, guiñando los ojos y parpadeando entre aquella nube de polvo impenetrable é inmóvil levantado por los carros y que se le introducía en los ojos y las orejas, examinó las caras de los que iban pasando.

—Ahi va un soldado de nuestra compañía— dijo el asistente, volviéndose á su amo é indicándole uno de los heridos.

En el pescante, sentado de medio perfil, un campesino ruso, con toda la barba y gorro de fieltro, iba haciendo un nudo en el enorme látigo que retenía por la vara, sujetándolo con el codo contra su cuerpo. Volvía la espalda á cuatro ó cinco soldados

(1) Gorro oriental tronco cónico.—(Nota del T.)

sacudidos y traqueteados en el carrutón. Uno de ellos, con el brazo en cabestrillo, el capote echado sobre la camisa, y en actitud firme y erguida, aunque pálido y demacrado, iba en el centro. Al distinguir al oficial, llevóse instintivamente la mano la cabeza, pero acordándose de su herida, hizo ademán de quererse rascar; otro aparecía recostado al lado suyo en el fondo de la *telega*, no viéndose de él más que las dos manos asidas á los barrotes de madera y las rodillas dobladas, oscilando sin resistencia como dos copos de cáñamo; y otro más atrás, que con la cara hinchada, envuelta en un pañuelo la cabeza y sobre ésta su gorro de uniforme, sentado de través y con las piernas colgantes y rozando las ruedas, dormitaba con las manos sobre las rodillas.

—Doljikoff—le gritó el viajero.

—Presente—respondió aquél, abriendo los ojos y descubriéndose; su voz de bajo era tan llena, tan formidable, que parecía salir de veinte soldados juntos.

—¿Cuándo te han herido?

—*Salud á Vuestra Nobleza* (1)—contestó con su voz seca, animándose sus ojos vidriosos é inflamados al ver á su superior.

—¿Dónde está el regimiento?

—En Sebastopol, Vuestra Nobleza; se cree que saldrá el miércoles.

—¿Para dónde?

—No se sabe... para la Severnaia, de seguro, Vuestra Nobleza.—Ahora—añadió expresándose con lentitud...—*él* (1) tira sobre todo!... Con bombas, principalmente; ¡tira que es un horror!... Y añadió algunas palabras que no pudieron entenderse; pero en su rostro y en su ademán adivinábase que, con el resentimiento del hombre que sufre, decía cosas poco halagüeñas.

El subteniente Koseltzoff que acababa de interrogarle, no era un oficial adocenado ni de aquellos que viven de cierto modo porque los demás vivan y obren así. Su naturaleza hallábase dotada ampliamente de cualidades relativamente superiores. Cantaba y tocaba hábilmente la guitarra; hablaba y escribía con facilidad, sobre todo la correspondencia oficial, con la cual se había familiarizado en su servicio de ayudante del batallón. Era notable su energía, pero ésta no recibía impulso sino del amor propio. A pesar de estar como ingertada sobre aquella capacidad de segundo orden, constituía por sí sola el trazo más saliente y característico de

(1) Traducción literal del saludo habitual del soldado ruso á sus superiores.

(1) El enemigo.



su temperamento. Aquel género de amor propio que se desarrolla más comunmente entre los hombres, en particular los militares, habíase infiltrado de tal suerte en su existencia, que no concebía elección posible sino entre «sobresalir ó aniquilarse»; el amor propio era, pues, el motor de sus acciones más íntimas; hasta sólo consigo mismo gustaba de darse la primacía entre aquellos con quienes se comparaba.

—¡Vamos! No seré yo quien escuche la charla de este Mosku (1)—murmuró el subteniente, en cuyas ideas, el encuentro con el convoy de heridos, introdujo la perturbación gravitándole sobre el corazón las palabras del soldado, cuya importancia acrecía y confirmaba á cada paso el estampido del cañón. —¡Son divertidos estos «Mosku...!» —Vamos, Nicolaief, adelante. ¿Duermes, por lo visto?—gritó malhumorado á su sirviente, recogiendo los pliegues de su capa.

Nicolaieff sacudió las riendas; de sus labios salió un chasquido azuzando el tiro, y el carruaje partió al trote.

—No nos vamos á detener sino para dar pienso á los caballos—le dijo el oficial—y ahora en marcha; ¡adelante!

(1) En algunos regimientos del ejército, los oficiales denominan á los soldados «Mosku» mote entre despreciativo y cariñoso.



Al ir á entrar en la calle de Duvanka, montón de ruinas, el subteniente Koseltzoff vióse detenido por un convoy de balas y de bombas dirigido hacia Sebastopol, y que permanecía estacionado en mitad del camino.

Dos soldados de infantería, sentados en el polvo sobre las piedras de una pared desplomada, daban cuenta de una sandía con pan.

—¿Van Vds. muy lejos, paisano?—dijo uno de ellos, mordiendo una raja de la sandía.

Dirigíase á otro soldado, que estaba de pié junto á los otros dos y con el morral á cuestas.

—Vamos á nuestra compañía; venimos de allá, de nuestro país—respondió el soldado, apartando los ojos de la sandía y sujetándose bien el morral.—Hace tres semanas estábamos aún custodiando el heno de la compañía; pero ahora nos han llamado á todos, y no sabemos en dónde se encuentra hoy nuestro regimiento. Dicen que desde la semana pasada están los nuestros en la Korabelnaia. ¿No saben Vds. nada, señores?

—Está en la ciudad, hermano; en la ciudad—contestó un veterano,

conductor de los carros, que se entretenía cortando con una navaja la carne blanca de una sandía sin madurar. Venimos de allí precisamente. ¡Qué cosa más horrible, hermano!

—¿Qué pasa, señores?

—¿No oyes cómo *tira* ahora? No hay abrigo en ninguna parte.

—¡Cuántos han muerto de los nuestros!... Es espantoso —añadió su interlocutor, haciendo un ademán significativo y encasquetándose bien la gorra.

El soldado transeunte sacudió pensativamente la cabeza, sacó de su caja la pipa de barro, removió con el dedo el tabaco á medio consumir, encendió un pedazo de yesca en la pipa de un compañero que estaba fumando, y quitándose el gorro, dijo:

—¡Dios está sobre todo, señores! El quede con vosotros.

Y arreglándose bien el morral, continuó su camino.

—¡Eh! Quédate; será mejor— dijo con acento convencido el de la sandía.

—Lo mismo da—murmuró el soldado, echándose el morral á la espalda y desfilando entre las ruedas de las carretas detenidas.

### III

Al llegar al cambio de tiro, Kosseltzoff encontró multitud de gente, y el primer rostro que hubo de distinguir fué el del maestro de postas en persona, muy joven y muy delgado, en actitud de disputar con dos oficiales.

—No veinticuatro horas, sino diez veces veinticuatro horas, son las que habrán de esperar. También esperan los generales—decía, con el propósito evidente de herirles en lo vivo: no seré yo, si les parece, quien se enganche.

—Si es así, si no hay caballos, no se dan á nadie.

—¿Por qué se le han dado, pues, á un criado que lleva sólo equipajes?—gritaba uno de los dos oficiales, con un vaso de té en la mano.

A pesar de que evitaba cuidadosamente el uso de pronombres, se podía adivinar fácilmente que su gusto hubiera sido tutear á su interlocutor.

—Hágase V. cargo, señor maestro de postas—dijo otro oficial con indecisión—que no viajamos por nuestro gusto; si se nos ha llamado, es porque hacemos falta. Puede V. estar seguro de que daré parte al general... porque verdaderamente...

parece que no tiene V. el menor respeto á la categoría de oficial.

—Me echa V. á perder siempre lo que hago, y me estorba—intervino su compañero irritado.—¿Que le habla V. de respeto? Hay que hablarle de otro modo.—¡Caballos! —gritó rudamente.—¡Caballos en seguida!

—¿Si no deseo otra cosa sino facilitarlos? ¿Pero dónde los encontraré? Lo comprendo muy bien, *batiuchka*—prosiguió el maestro de postas tras un intervalo de silencio, y enardeciéndose por grados al gesticular.—¿Pero qué quieren Vds. que haga? Déjenme Vds. tan solo (la cara de los oficiales expresó, al oír esto, la esperanza) ir tirando hasta fin de mes, y ya no me verán más. Prefiero irme á Malakoff que continuar aquí. ¡Por Dios! Hagan Vds. lo que quieran; no tengo ni una britchka en buen estado, y hace tres días que los caballos no ven ni un manojo de heno.

Y al decir esto se eclipsó. Koseltzoff y los dos oficiales entraron en la casa.

—¡Está bien!—dijo el de más edad al más joven con tono tranquilo, el cual contrastaba vivamente con su cólera de poco antes.—Hace tres meses que estamos en camino; esperaremos; esto no es una desgracia; nadie nos apresura.

Koseltzoff encontró con trabajo,

en la sala de la casa de postas, ahumada, sucia, llena de oficiales y de maletas, un lugar próximo á la ventana. Sentóse allí, y se puso, mientras liaba un cigarrillo, á examinar las caras y oír las conversaciones. El grupo principal estaba á la derecha de la puerta de entrada, en torno de una mesa coja y grasienta, sobre la cual hervían dos *samovares* (1) de cobre, manchados en varios sitios por pequeñas placas de verde gris; veíase también azúcar en pedazos dentro de muchos envoltorios de papel. Un oficialito imberbe, vestido con *arkhaluk* (2) nuevo, vertía agua en una tetera; otros cuatro, de su edad poco más ó menos, aparecían dispersos por los rincones de la estancia: uno, con la cabeza reclinada sobre la pelliza que le servía de almohada, dormía en un diván; otro, de pié junto á una mesa, cortaba, en trozos pequeños, carne-ro asado para un compañero suyo á quien le faltaba un brazo. Otros dos oficiales, el uno con capote de ayudante y el otro con capote de infantería, de paño fino, y portador de bolsa ó cartera de viaje, aparecían sentados junto á la estufa, y adivinábase por la manera con que miraban á los demás y el modo que tenía de fumar el de la cartera, que

(1) Teteras grandes.

(2) Túnica algo larga que se usa en el Cáucaso.

no eran oficiales de *línea*, de lo cual se alegraban mucho. Su aspecto exterior no revelaba menosprecio, pero sí cierta satisfacción de sí mismos, fundada en parte en sus relaciones con los generales y en un sentimiento de superioridad, llevado al punto de que tuvieran que ocultarlo á las gentes.

Había también un médico de labios carnosos y un artillero con fisonomía alemana, casi sentados á los piés del dormilón, ocupados en contar dinero. Cuatro asistentes, dormitando los unos, otros rebuscando algo en las maletas y sacos apilados junto á la puerta, completaban el número de las personas presentes, entre las que no descubrió Koseltzoff ninguna cara conocida. Los oficialitos le agradaron; comprendió en seguida que acababan de salir de la escuela militar, lo que le hizo recordar á su hermano menor que debía llegar en breve de ella para ir á una de las baterías de Sebastopol. En cambio, el oficial de la cartera, á quien creía haber visto, no recordaba dónde, le desagradó desde el primer instante; encontróle una fisonomía tan antipática é insolente, que fué á sentarse sobre el ancho reborde de la estufa, con intención de aplicarle un correctivo si se permitía decir algo mortificante. En su calidad de oficial de filas, valiente y pundonoroso, le disgustaban los oficiales de Estado Mayor,

y había tomado por tales á aquellos dos á primera vista.

#### IV

¡Es mala suerte! — decía uno de los jóvenes — encontrarse tan cerca y no poder llegar. Hoy mismo puede ser que haya algo, y no estaremos.

En el timbre algo agudo de su voz, en el matiz encarnado, juvenil, que se extendía en placas por su fresco rostro, adivinábase la simpática timidez de un joven que teme decir algo fuera de lugar.

El oficial manco lo contemplaba sonriendo. — ¡No le faltará á V. tiempo, créame V.! — le dijo.

El joven fijó con respeto los ojos sobre aquel rostro enflaquecido, súbitamente iluminado por una sonrisa, y continuó echándose el té en silencio. Y en verdad que la cara, la actitud del herido, y sobre todo la manga flotante de su uniforme, le daban una apariencia de tranquilidad indiferente, que parecía responder á cuanto se decía ó hacía en torno suyo. «Todo eso está muy bien, pero estoy al cabo de ello y podría realizarlo si quisiera.»

— ¡Qué hacemos? — dijo otro de los jóvenes, á su compañero el del

*arkaluk*.— ¿Vamos á pasar aquí la noche ó seguiremos adelante con nuestro único caballo?

—Figúrese V., capitán—prosiguió cuando su compañero hubo declinado el contestar á su proposición (se dirigía al manco, recogién-dole el cuchillo que éste había dejado caer)—que como nos han dicho que los caballos están carísimos en Sebastopol, hemos comprado uno, en Sympheropol, á medias.

—¿Les han saqueado mucho?

—No lo sé, capitán. Hemos pagado por todo, caballo y carreta, noventa rublos. ¿Es muy caro?—añadió dirigiéndose á todos, incluso á Koseltzoff que lo contemplaba.

—No es muy caro si el caballo es joven—dijo este último.

—¿No es verdad? y sin embargo nos aseguraban que era caro. Cojea un poco, sí, pero ya se le pasará. Nos han dicho que es vigoroso.

—¿De dónde han salido Vds.?—preguntó Koseltzoff, deseoso de recibir noticias de su hermano.

—Formábamos parte del regimiento de la Nobleza; somos seis los que venimos á petición propia á Sebastopol—contestó el locuaz oficialito—pero no sabemos fijamente donde está nuestra batería; unos dicen que en Sebastopol, y he aquí que el señor nos asegura que está en Odessa.

—¿No se han podido informar

Vds. en Sympheropol?—interrogó Koseltzoff.

—¿No saben nada allí!... Figúrese V. que á uno de mis compañeros que ha ido á preguntar á la cancellería lo han insultado... Eso es muy desagradable. ¿Quiere V. este cigarrillo liado?—continuó, ofreciéndole uno al oficial manco, que buscaba su petaca.

El entusiasmo del joven hacia él traslucíase en las menudas atenciones que le prodigaba.

—¿Viene V. también de Sebastopol?—prosiguió.—¿Dios mio! ¿Dios mio! ¿es asombroso! En Petersburgo no hacíamos sino acordarnos de Vds., de Vds. los héroes—añadió volviéndose con naturalidad y respeto hacia Koseltzoff.

—¿Y si tienen Vds. que volver atrás?—le preguntó éste.

—Eso es precisamente lo que tememos; pues después de comprar el caballo y lo que nos era más indispensable, por ejemplo esta cafetera y algunos otros objetos menudos, nos hemos quedado sin un céntimo—añadió en voz más baja, y dirigiendo una mirada de reojo á su compañero—de manera que no sé cómo saldremos del paso.

—¿No han recibido Vds. los auxilios de marcha?—añadió Koseltzoff.

—No—murmuró el joven—pero han prometido dárnoslos aquí.

—¿Traen Vds. el certificado?

—Ya sé que el certificado es lo más esencial. Un tío mio, senador en Mosku, hubiera podido dármelo; pero me han asegurado que lo recibiría aquí sin falta. Me lo facilitarán, ¿no es verdad?

—Sin duda alguna.

—Así lo creo—replicó el mozo con acento que probaba cómo á fuerza de repetir la misma pregunta en treinta sitios diferentes y haber recibido las contestaciones más contradictorias, ya no daba crédito á nadie.

## V

—¿Quién ha pedido borchtch? (1)  
—interrumpió en aquel momento la dueña de la casa, gruesa mocetona, de unos cuarenta años, no muy limpiamente vestida, que traía una enorme cazuela.

Nadie contestó; todos los ojos se volvieron hacia la mujer; hasta uno de los oficiales llegó á guiñarle el ojo, cambiando con su compañero una mirada que tenía á la matrona por objetivo.

(1) Sopa polaca y de la Pequeña Rusia, hecha con jugo de remolacha, carne y legumbres.

—Sí, Koseltzoff es quien la ha pedido—repuso el oficial joven—hay que despertarle, vamos; ven á comer—añadió, acercándose al que dormía y sacudiéndole por un hombro.

Un jovenzuelo de diez y siete años, con ojos negros, vivos, brillantes y mejillas coloradas, se levantó de un salto, y como empujara involuntariamente al doctor,

—Dispense V.—le dijo, frotándose los ojos y permaneciendo plantado en medio de la sala.

El subteniente Koseltzoff reconoció en seguida á su hermano menor y acercóse á él.

—¿Me reconoces?—le dice.

—¡Ah! ¡ah! ¡Esto es asombroso!—exclamó el mancebo abrazando á su hermano.

Sonaron dos besos, pero al irse á abrazar por tercera vez, como exige el uso, vacilaron un segundo; hubiérase dicho que ambos se preguntaban por qué habían de abrazarse tres veces precisamente.

—¡Cuánto me alegro de encontrarte!—dijo el mayor, llevándose fuera á su hermano; hablemos un poco.

—Vamos, vamos, ya no quiero borchtch; cómetelo tú, Fedorow—dijo á su compañero.

—Pero tú tenías gana.

—No, ya no quiero.

Una vez fuera y en el vestíbulo,

tras de las primeras efusiones del mózálvete que no cesaba de interrogar á su hermano sin hablarle de lo que á él le concernía, el último; aprovechando unos segundos de silencio, le preguntó, por fin, cómo no había entrado en la Guardia, según esperaban.

—Porque quiero ir á Sebastopol. Si todo termina bien, ganaré más que si hubiera permanecido en la Guardia; allí hay que pasar diez años hasta llegar á coronel, mientras que aquí Todtleben, de teniente coronel ha llegado á general en dos años. ¿Y si me matan? Entonces... pues, ¿qué se le ha de hacer!

—¿Qué modo de razonar!...— dijo el hermano mayor sonriendo.

Y además, lo que te acabo de decir no tiene importancia, la razón principal... y se detuvo vacilando, sonriendo á su vez y poniéndose colorado como si fuese á decir algo vergonzoso; la razón principal... es que mi conciencia me daba que hacer; sentía escrúpulos de vivir en Petersburgo mientras aquí se muere por la patria. Deseaba también encontrarte—añadió con más timidez.

—¿El demonio del chiquillo!...— dijo su hermano sin mirarle y buscando su petaca.—Y siento que no podamos permanecer juntos.

—Vamos, te lo ruego, dime la verdad, eso... de los baluartes... ¿es verdaderamente tan espantoso?...

—Sí, al principio; después se acostumbra uno; ya lo verás.

—Dime, además, te lo suplico; ¿crees que Sebastopol será tomado? Me parece que eso no sucederá...

—¿Sólo Dios lo sabe!

—Si supieses que aburrido estoy. Figúrate mi desgracia; en el camino me han robado varias cosas; entre ellas el casco, y me encuentro en una situación tremenda. ¿Cómo me las arreglaré para presentarme al jefe?

Vladimiro Koseltzoff, el menor, parecíase muchísimo á su hermano Miguel, por lo menos tanto como una flor de agabanzo que se entreabre á otra deshojada. Tenía también rubio el cabello; más poblado y en rizos sobre las sienes, mientras que sobre la nuca, blanca y delicada, perdíase un largo mechón, signo de felicidad según las comadres. Sangre generosa y joven coloreaba á cada impresión del espíritu su cutis, habitualmente mate. Sobre sus ojos, parecidos á los de su hermano, pero más abiertos y más límpidos, extendíase á menudo un baño de humedad. Fino bozo rubio comenzaba á sombrear sus mejillas y su labio; éstos eran de rojo púrpura y se plegaban con frecuencia en sonrisa tímida, dejando ver la dentadura de un blanco deslumbrador. Tal como aparecía allí, con el capote desabrochado, bajo el cual llevaba camisa

roja de cuello ruso; esbelto, ancho de hombros, con un cigarrillo entre los dedos, apoyado contra la balastrada del peristilo, el rostro iluminado por franca alegría, los ojos fijos sobre su hermano, era á buen seguro el adolecente más simpático que se pudiera contemplar; apartábase de él la mirada con pena. Sinceramente feliz al encontrar á su hermano, á quien consideraba con respeto y orgullo como á un héroe, sentía, sin embargo, algo de vergüenza por ese hermano, á causa de su propia educación más cultivada, de sus conocimientos en francés, del trato con personas de alta posición y, encontrándose superior á él, esperaba llegar á civilizarlo.

Sus impresiones, sus juicios se habían formado en Petersburgo bajo la influencia de cierta dama, que débil por los rostros lindos, hacía pasar los días de fiesta en su casa. Moscu contribuyó también por su parte, pues allí había bailado en gran *soirée* en casa de su tío el senador.

## VI

Después de hablar hasta saciarse, hasta demostrar, cosa que sucede con frecuencia, que sin dejar de quererse mucho tenían muy pocos

intereses comunes, los dos hermanos permanecieron silenciosos durante algún tiempo.

— Bueno, bien; recoge tu equipaje y partamos.

El joven enrojació turbándose.

— ¿A Sebastopol directamente?— preguntó por fin.

— Claro está. Me parece que no tienes mucha impedimenta. Ya le haremos sitio.

— Bueno, vamos — replicó Vladimiro, que entró en la casa lanzando un suspiro.

Al abrir la puerta de la sala se detuvo é inclinó la cabeza.

« Ir directamente á Sebastopol — se dijo — ¡exponerse á las bombas es terrible! Pero por otra parte, ¿no da lo mismo que sea hoy ú otro día? Al menos... con mi hermano... »

A decir verdad, ante la idea de que la *telega* le condujese de un tirón hasta Sebastopol; de que ningún nuevo incidente le detendría en el camino, fué tan sólo cuando se dió cuenta del peligro que había venido á buscar y cuya proximidad le emocionó profundamente. Tranquilo por fin, se reunió á sus compañeros, y permaneció tanto rato con ellos, que su hermano, impaciente abrió la puerta y le vió cuadrado delante del oficial que le amonestaba como á un escolar. A la vista de su hermano perdió todo el aplomo.



—Voy en seguida—le gritó haciendo un ademán con la mano—espérame; ahora voy.

Un segundo después fué á su encuentro.

—Imagínate.—le dijo suspirando profundamente—que no me puedo marchar contigo.

—¿Qué tontería! ¿Por qué?

—Voy á decirte la verdad, Micha; no tenemos un céntimo; por lo contrario le debemos dinero á aquel capitán; al que está allí, y eso es terriblemente vergonzoso.

El hermano mayor frunció el entrecejo y no respondió.

—¿Debes mucho?—le preguntó por fin sin mirarle.

—No, mucho no; pero me mortifica sobremanera. Ha pagado por mí en tres casas de posta; utilizo su azúcar y además hemos jugado á la *preferencia* y le he quedado á deber un pico...

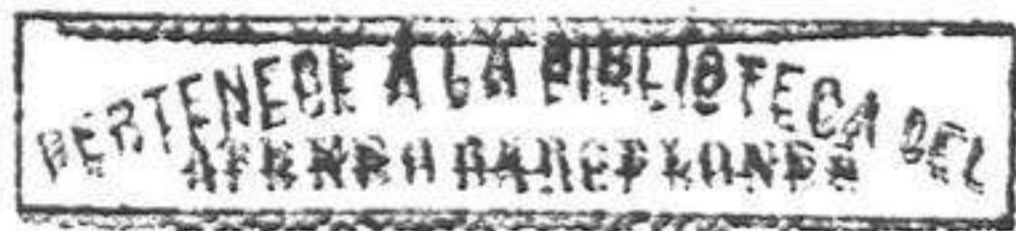
—¿Eso está mal, Volodia! ¿Qué hubieras hecho á no encontrarme?—le dijo el primogénito con severidad, siempre sin mirarle.

—Pero ya sabes que espero recibir mis auxilios de marcha en Sebastopol; entonces le pagaré. Esto puede hacerse aún; por eso es mejor que llegue con él mañana.

Miguel sacó en aquel momento del bolsillo un portamonedas del cual extrajo con mano vacilante dos *asignados* de diez rublos y uno de tres.

—He aquí todo lo que tengo—dijo.—¿Cuánto necesitas?—Exageraba un poco al decir que era aquel todo su caudal, pues poseía además cuatro monedas de oro cosidas entre las vueltas de su uniforme, pero á las cuales habíase prometido no tocar.

Resultó, ajustadas las cuentas, que Koselkoff no debía más que ocho rublos, incluyendo lo perdido al juego y el azúcar. Dióselos su hermano, advirtiéndole tan sólo que no se debe jugar nunca cuando no se tiene dinero. El mozo no replicó; la advertencia de su hermano mayor parecía contener dudas sobre su delicadeza. Irritado, avergonzándose por haber cometido un acto que podía dar lugar á sospechas mortificantes para él por parte de Miguel, á quien quería, su naturaleza impresionable sintióse trastornada con tal violencia, que conociendo la imposibilidad de retener los sollozos que le oprimían la garganta, tomó el *asignado* sin replicar y se lo llevó á su compañero de viaje.



## VII

Nikolaieff, después de entonarse en Duvanka con dos vasos de aguardiente que vendía un soldado en el

punte, sacudió las riendas y la *telega* comenzó su traqueteo sobre el pedregoso camino, en el que sólo á largos espacios aparecía algún trozo con sombra, y que conduce á lo largo del Belbek hasta Sebastopol; mientras que los dos hermanos, tan juntos que sus piernas se tocaban, permanecían en obstinado silencio sin dejar de pensar uno en el otro.

«¿Por qué me ha ofendido?—decíase el mancebo?—¿Me tomará realmente por un estafador? Parece que está aún enojado. Henos aquí peleados para siempre, y sin embargo, los dos, en Sebastopol, ¿qué dichosos hubiéramos sido! ¿Dos hermanos bien unidos entre sí y los dos batiéndose contra el enemigo!; el mayor, falto quizá de un poco de cultura pero militar bizarro, y el menor... tan valiente como él, pues al cabo de una semana habré demostrado á todos que ya no soy tan niño; no me pondré colorado, mi cara se hará varonil, y el bigote tendrá tiempo de crecerme hasta aquí—decía pellizcándose con los dedos el bozo que nacía junto á la comisura de los labios.—¿Podrá suceder que lleguemos hoy mismo y podamos tomar parte en alguna acción!... ¿Mi hermano debe de ser muy bravo y muy tenaz! Es de aquellos que hablan poco y que se portan mejor que los demás; pero, ¿hará á propósito eso de empujarme

hacia el borde de la *telega*? Debe de conocer que me incomoda y hace como si no lo notara. Llegaremos de seguro hoy,—prosiguió mentalmente, estrechándose contra el borde del carruaje por temor, si se removía, de demostrar á su hermano que iba incómodo.—Llegamos directamente al baluarte, yo con los cañones, mi hermano con su compañía. De pronto los franceses se arrojan sobre nosotros; tiro sin cesar, mato á una porción, pero así y todo vienen sobre mí, y he aquí que mi hermano se lanza sable en mano; yo cojo mi fusil y corremos juntos; los soldados nos siguen. Los franceses se precipitan sobre él... corro, mato primero á uno, luego á otro y salvo á Micha. Estoy herido en un brazo, cojo el fusil con la otra mano y adelante, sin parar... mi hermano es muerto de un balazo junto á mí, me detengo un segundo, lo miro con tristeza, me incorporo y grito: «¿Seguidme! ¡Adelante! ¡Vengúemosle!» Y añadiré: «Yo quería á mi hermano sobre todas las cosas; lo he perdido. Vengúémonos; demos muerte á nuestros enemigos ó muramos todos juntos.» Todos me siguen gritando. Pero he aquí al ejército francés entero, con Pellissier á la cabeza; concluimos con todos, pero soy herido una vez, dos veces, y á la tercera mortalmente; me rodean todos; Gortschakoff viene, me

pregunta lo que deseo. Respondo que no deseo nada; sólo una cosa; que me lleven junto á mi hermano y morir con él. Me transportan; me acuestan junto á su cadáver ensangrentado, me incorporo y les digo: «Sí; no habéis sabido apreciar á dos hombres que amaban sinceramente á su patria; vedlos aquí morir... ¡que Dios os perdone!» Y después... expiro.»

¡Quién hubiera podido decir hasta qué punto tales ensueños se habían de realizar!

—¿Has estado alguna vez en un combate?—preguntó de súbito á su hermano, olvidándose por completo de que no quería hablarle.

—No, nunca; hemos perdido dos mil hombres de nuestro regimiento, pero todos durante los trabajos; allí me hirieron. La guerra no se hace como tú te figuras, Volodia.

Este diminutivo enterneció al adolescente, y quiso explicarse con su hermano, que no se imaginaba haberle ofendido.

—¿Estás enfadado conmigo, Mi-cha?—le preguntó al cabo de algunos instantes.

—¿Por qué?...

—Es que... nada... creí que había habido entre nosotros...

—Nada de eso...—replicó su hermano, volviéndose hacia él y dándole una palmada amistosa en la rodilla.

—¡Perdón, Mi-cha, si te he ofendido!—contestó el otro volviendo la cabeza para ocultar las lágrimas que llenaban sus ojos.

## VIII

—¿Pero es este, de verdad, Sebastopol?—preguntó Volodia cuando llegaron á la cúspide de la montaña.

Ante ellos apareció la bahía con su bosque de mástiles; el mar con la escuadra enemiga á lo lejos; las blancas baterías de la costa; los cuarteles, los acueductos, los docks, los edificios de la ciudad. Nubes de humo blanco y violáceo claro elevábanse sin cesar sobre las montañas amarillentas que rodean la población y se dibujaban sobre el cielo azul, iluminado por los rayos rojizos del sol, reflejados luminosamente por las ondas, mientras que el astro rey descendía en el horizonte hacia el oscuro mar.

Sin el más leve estremecimiento de temor contempló Volodia aquel lugar temible en que tanto pensara; por lo contrario, experimentaba cierto gozo estético, un sentimiento de satisfacción heroica, al considerar que antes de media hora se encontraría él mismo allí; y atención profunda puso al contemplar

con persistencia aquel cuadro de original atractivo, hasta el momento de llegar á la Severnaia, donde estaban los bagajes del regimiento de su hermano y donde debía informarse del sitio en que se encontraba su propio regimiento y suba-tería.

El oficial del tren (1) vivía junto á lo que llamaban la *Pequeña ciudad nueva*, formada por barracones contruidos con tablazón por las familias de los marineros. En una tienda de campaña contigua á un cobertizo de grandes dimensiones, hecho de ramas de encina sin deshojar y que aún no habían tenido tiempo de secarse, los dos hermanos encontraron al oficial, sentado, en mangas de camisa, y ésta de un amarillo sucio, ante una mesa no muy limpia, sobre la cual se enfriaba un vaso de té junto á una fuente vacía y una garrafa de aguardiente; algunas migas de pan y de caviar veíanse esparcidas; estaba contando un paquete de asignados. Pero antes de sacarlo á escena nos es indispensable examinar de cerca el interior de su campamento, sus ocupaciones y su manera de vivir. La barraca, recién contruida, era grande, cómoda y de gran solidez; provista de mosas y de bancos cu-

biertos de cesped, como no se construyen sino para los generales; y á fin de impedir la caída de la hojarasca, tres tapices de mal gusto, aunque nuevos, y probablemente muy caros, aparecen extendidos sobre las paredes y en lo alto del barracón. Sobre una cama de hierro, colocada bajo el tapiz principal, que representa la eterna amazona, vense un cobertor rojo afelpado; una almohada manchada y rota; una pelliza de *gineta* (1); y sobre una mesa, revueltos, una palmatoria; un espejo con marco de plata; un cepillo del propio metal, de suciedad extraordinaria; un peine roto de asta lleno de pelambre grasienta, una botella de licor adornada con enorme etiqueta roja y oro; un reloj de bolsillo, también de oro, con el retrato de Pedro I; pinzas doradas; cajas conteniendo cápsulas; una corteza de pan y naipes viejos esparcidos en desorden; y, por último, sobre la cama, una porción de botellas, vacías unas y llenas las demás. Aquel oficial tenía á cargo el tren de equipajes y la alimentación del ganado. Uno de sus amigos, que se ocupaba de operaciones *financieras*, compartía su habitación, y en aquel momento dormía en la tienda, mientras él ajustaba las cuentas del mes con el dinero de

(1) Encargado de los bagajes y administración del regimiento.

(1) Especie de gato salvaje.

la Corona; su exterior era agradable y marcial; gran estatura; recio bigote y corpulencia de buena ley le distinguían; pero poseía dos cosas poco favorables que saltaban al punto á la vista; primero, un sudor continuo en la cara, junto con el abotargamiento que ocultaba casi sus ojuelos grises dándole la apariencia de un odre lleno; y además extremada suciedad, que se extendía desde sus cabellos escasos y canosos hasta sus enormes piés desnudos, calzados con zapatillas forradas de armiño.

—¡Cuánto dinero! ¡Cuánto dinero, Dios mío!—dijo Koseltzoff primero, que al entrar lanzó una mirada de codicia á los asignados.—¡Si me prestara V. la mitad, Vassili Mikhailovitch!...

El oficial del tren hizo un mohín al ver á sus visitantes, y recogiendo el dinero, los saludó sin levantarse.

—¡Oh, si fuera mío; pero es dinero de la Corona; *batiuchka!* Mas ¿qué trae V. ahí?

Y miraba á Volodia mientras ordenaba los papeles, encerrándolos en una cajita abierta que tenía junto á sí.

—Es mi hermano; sale de la escuela militar. Venimos á preguntar dónde está el regimiento.

—Siéntense Vds., señores;—les dijo, levantándose para pasar á la

tienda.—¿Tomarán Vds. un vaso de *porter* (1)?

—Vé por el porter, Vassili Mikhailovitch.

Volodia, al cual el aire de importancia del oficial de tren produjo profunda impresión, así como su abandono y el respeto que le demostraba su hermano, decíase, al tomar asiento en el borde del diván: «Este oficial á quien todo el mundo respeta, es sin duda un buen muchacho; hospitalario, y de seguro muy valiente.»

—¿Dónde está, pues, nuestro regimiento?—preguntó el hermano mayor al oficial, que había desaparecido en la tienda.

—¿Qué dice V.?—le gritó éste.

El otro repitió su pregunta.

—He visto hoy á Seiffer;—contestó—me ha dicho que está en el quinto baluarte.

—¿Es eso seguro?

—Lo que digo es cierto: ahora bien; ¡que el diablo se lo lleve; no le cuesta gran trabajo mentir! Diga V.—añadió—¿quiere V. porter?

—Con mucho gusto,—respondió Koseltzoff.

—Y V., Ossip Ignatievitch,—continuó la misma voz dentro de la tienda, dirigiéndose al negociante que dormía,—¿quiere V. beber? Basta de dormir; son cerca de las cinco.

(1) Cerveza inglesa.

—¡Concluya V. de machacar! Ya ve V. que no duermo,—respondióle una voz atiplada y perezosa.

—Entonces levántese V., ¡que ya me voy fastidiando!

Y el oficial del tren se incorporó á sus huéspedes.

—Sirve porter de Sympheropol,—gritó á su criado.

Este, empujando á Volodia, sacó de debajo del banco, con despego, según le pareció al joven, una botella del porter pedido.

Tiempo hacía que vaciaran la botella, y la conversación seguía enzarzada, cuando se abrió la puerta de la tienda para dar paso á un hombre de corta estatura, vestido de bata azul con cordones y borlas, y gorro con cenefa encarnada adornado con una escarapela. Con los ojos bajos y retorciéndose el bigote, no contestó al saludo de los oficiales sino con un ligero encogimiento de hombros.

—Dame un vaso—dijo, sentándose junto á la mesa.—¿Viene V., sin duda, de Petersburgo, joven?—añadió, dirigiéndose con amabilidad á Volodia.

—Sí; y voy á Sebastopol.

—¿A petición propia?

—Sí.

—¿Y á qué demonios va V.? Señores, en verdad, no comprendo esto—prosiguió el negociante.—Me parece que si pudiera regresaría á

pié á Petersburgo. Estoy hasta la punta de los pelos de esta maldita existencia.

—Pero ¿de qué se queja V.?—le preguntó el mayor de los Koseltzoff.—Lleva V. aquí una vida muy envidiable.

El negociante, sorprendido, le lanzó una mirada, y volviéndose, se dirigió á Volodia.

—Este peligro constante; estas privaciones (pues no puede uno procurarse nada); todo esto es terrible. No les comprendo á Vds., señores. Y si siquiera se obtuvieran algunas ventajas; pero ¿es agradable, pregunto yo, quedar inútil á su edad para toda la vida?

—Unos tratan de hacer su negocio; otros viven por el honor—replicó con aspereza Koseltzoff mayor.

—¿Qué vale el honor cuando uno no tiene que llevarse á la boca!—repuso el negociante con cierta risita desdeñosa; y volviéndose hacia el oficial del tren, que siguió su ejemplo:—Da cuerda á la *música*—añadió, señalando con el dedo una caja; oiremos *Lucía*, que tanto me gusta.

—¿Es buena persona ese Vassili Mikhailovitch?—preguntó Volodia á su hermano, cuando á la caída de la tarde rodaba su coche de nuevo por la carretera de Sebastopol.

—Ni bueno ni malo; sino de ava-

ricia terrible. En cuanto al negociante, no puedo verlo ni en pintura. El mejor día le rompo el alma.



## IX

Cuando llegaron, ya al oscurecer, al puente grande sobre la bahía, Volodia no se encontraba precisamente disgustado pero sentía terrible peso en el corazón; todo lo que veía, todo lo que escuchaba avenía muy poco con las últimas impresiones que le dejaran el salón de exámenes, claro y entarimado; las voces de sus compañeros y la alegría de su simpático reír; el uniforme nuevo; su Czar adorado, á quien acostumbró á ver durante siete años, y que al despedirlos, con lágrimas en los ojos, habíalos apellidado «sus hijos.» Sí; todo lo que veía se armonizaba muy poco con sus generosas y brillantes ilusiones de mil facetas.

—Hemos llegado—le dijo su hermano, al descender del carruaje ante la batería de M.—Si nos dejan atravesar el puente iremos desde luego á los cuarteles de Nicolás; allí te quedarás hasta por la mañana; en cuanto á mí, volveré al regimiento para saber dónde está la batería; te iré á buscar temprano.

—¿Para qué? Mejor será que vayamos juntos—contestó Volodia.— Iré contigo al baluarte. ¿No da lo mismo? Es preciso acostumbrarse. Si vas tú, ¿por qué no he de ir yo?...

—Harás mejor en quedarte.

—Déjame ir, te lo ruego; así, al menos, veré lo que es...

—Te aconsejo que no vayas; pero sin embargo...

El cielo, sin nubes, estaba sombrío; las estrellas, los fogonazos de las descargas y los surcos de las bombas, que cruzaban el espacio, lucían en la oscuridad; la cabeza del puente y la gran construcción blanca de la batería destacábanse en la negrura de la noche; cada segundo, algunos disparos, algunas explosiones conmovían el aire, juntas ó aisladas; cada vez con más fuerza, más distintamente; el murmullo lúgubre de las olas acompañaba aquel tronar incesante; la brisa fresca é impregnada de humedad venía del mar. Los dos hermanos se aproximaron al puente, donde un miliciano, preparando torpemente el fusil, les gritó:

—¿Quién vive?

—¡Soldados!

—No se puede pasar.

—¡Imposible! Es preciso que pasemos.

—Decídselo al oficial.

El oficial dormitaba sentado so-

bre un ancla vieja; levantóse y dió la orden de que los dejaran pasar.

—Se puede ir; no se puede volver. ¡Atención! ¿Dónde os metéis todos á la vez?—gritó á los carruajes detenidos á la entrada del puente, y en los cuales se apilaban los cestones.

En el primer pontón encontraron á algunos soldados que hablaban en voz alta.

—Ha recibido su equipo. Lo ha recibido todo.

—¡Eh, amigos!—dijo otra voz.—Cuando se llega á la Severnaia se renace. El aire es otro, de verdad.

—¿Qué canturreas ahí?—dijo el primero.—El otro día una maldita bomba se les llevó las piernas á dos marineros...

El agua invadía en algunos sitios el segundo pontón, donde ambos hermanos se detuvieron para esperar su carruaje; el viento que parecía débil en tierra, soplaba aquí más violentamente y á ráfagas; balanceábase el puente, y las olas, chocando con furia contra los maderos, caían sobre las anclas y los cables y cadenas é inundaban el piso; el mar mugía sordamente, formando una línea negra unida, sin fin, que se destacaba en el horizonte estrellado, donde lucían plateados fulgores. En lontananza veíanse las luces de la escuadra enemiga; á la derecha erguíase la

oscura masa de un buque, cuyos costados azotaba con violencia el oleaje; á la derecha, un vapor procedente de la Severnaia acercábase rápida y ruidosamente. Estalló una bomba, iluminando durante un segundo el montón de cestones, la cubierta del buque y en ella á hombres de pié; á un tercero que en mangas de camisa, sentado, con las piernas colgando, ocupábase en una reparación junto al borde mismo del puente, y la espuma blanquecina, y la cresta de las olas de verdosos reflejos, hendidas por el vapor en marcha.

Los mismos trazos luminosos continuaban surcando el cielo sobre Sebastopol, y los ruidos que inspiraban espanto iban aproximándose; una ola, venida del mar, reventó contra el costado derecho del puente, mojando los piés de Volodia; dos soldados, arrastrando sus piernas con ruido por el agua, pasaron por su inmediación. De pronto, algo estalló con estrépito é iluminó la parte del puente que se extendía ante ellos y por la cual rodaba un carruaje, seguido de un militar á caballo. Los cascos cayeron silbando en el agua, haciéndola saltar á chorros.

—¡Ah, Mikhail Semenovitch!—dijo el jinete, deteniéndose ante Koseltzoff mayor.—¿Ya está V. restablecido?



—Sí, como puede V. ver. ¿A dónde le envía á V. Dios?

—A la Severnaia, por cartuchos; me mandan en lugar del ayudante del regimiento. Se espera de un momento á otro el asalto.

—¿Y Martzeff, dónde está?

—Ha perdido una pierna ayer; en la ciudad; en su cuarto... dormía. ¿Le conocía V.?

—El regimiento está en el quinto... ¿no es verdad?

—Sí; ha relevado á los de M... Pase V. á la ambulancia; allí encontrará V. á algunos de los nuestros que le conducirán.

—¿Y mi alojamiento de la Morskaia, se ha librado?

—¡Já! ¡já!... batiuchka!; hace mucho tiempo que lo arrasaron las bombas. No reconocerá V. á Sebastopol; no queda un alma: ni mujeres, ni música, ni fondistas; el último se marchó ayer. ¿Ha quedado todo más triste!... ¡Adiós!

Y el oficial partió al trote.

Miedo terrible se apoderó de pronto de Valodia; parecióle que una bomba iba á caer sobre él y que alguno de sus cascos le daría irremediablemente en la cabeza. Aquellas tinieblas húmedas, aquellos sonidos siniestros, el rumor constante de las olas irritadas, todo parecía sujetarle para que no diese un paso más y decirle que nada bueno le esperaba allí; que su pié no tocaría

jamás la tierra firme del otro lado de la bahía; que haría bien en volverse atrás, en huir de prisa lejos de aquellos lugares terribles en que reinaba la muerte.—¿Quién sabe? Tal vez es muy tarde ya... ¡mi suerte está decidida!...—He aquí lo que él se decía, temblando ante esa idea y también por el agua que penetraba en sus botas. Lanzó un suspiro profundo y se apartó un poco de su hermano.

—¡Dios mío! Verdaderamente moriré; precisamente yo... ¡Dios mío! ¡Ten piedad de mí!—murmuró persignándose.

—Y bien, Volodia, adelante—le dijo su hermano cuando el vehículo los alcanzó.—¿Has visto la bomba?

Más lejos encontraron otra vez carruajes que trasportaban heridos y cestones; uno de ellos, lleno de muebles, iba conducido por una mujer. En la otra orilla nadie se opuso á su paso.

Arrimándose instintivamente contra la muralla de la batería Nicolás, los dos hermanos siguieron junto á ella en silencio, poniendo oído á la detonación de las bombas que reventaban sobre sus cabezas, al rugir de los cascos esparcidos desde arriba, y llegaron, por fin, al sitio de la batería en que estaba la Santa imagen. Allí supieron que la quinta batería ligera, á la cual debía unirse Volodia, se encontraba en la Ko-

rabelnaia. Decidieron, en su consecuencia, á pesar del peligro, irse á dormir al quinto baluarte y de allí pasar al día siguiente á la batería. Penetraron, pues, por el estrecho pasadizo, y, pasando sobre los hombres que dormían al pié del muro, arribaron por fin á la ambulancia.

## X

Al entrar en la primera sala, provista de camas en las que había heridos, les impresionó el olor pesado y nauseabundo particular de los hospitales; dos hermanas de la caridad vinieron á su encuentro; una, de cincuenta años de edad próximamente y de severa fisonomía, llevaba en las manos un paquete de vendajes é hilas y daba órdenes á un practicante muy joven que la seguía; la otra, linda joven de veinte años, tenía el rostro de rubia, pálida y delicada. Esta, bajo su pequeña cofia blanca, parecía singularmente gentil y tímida; seguía á su compañera con las manos en el bolsillo del delantal y veíase que tenía miedo de quedarse rezagada.

Koseltzoff les rogó que le indicaran dónde estaba Martzeff, aquél que el día antes había perdido una pierna.

—¿Del regimiento de P...?—preguntó la de más edad.—¿Es V. pariente suyo?

—¡No, su compañero...!

—Condúzcalos V.—dijo en francés á la otra hermana, y los dejó, acompañada del practicante, para acercarse á un herido.

—Vaya, veamos, ¿qué miras tanto?—dijo Koseltzoff á Volodia, que, parado, fruncida la frente é impregnados los ojos de simpatía dolorosa, no podía apartar la mirada de los pacientes, á los que no cesaba de examinar mientras seguía á su hermano, repitiendo á pesar suyo:—¡Dios mío! ¡Dios mío...!

—Acaba de llegar, ¿no es cierto?—preguntó la hermana de la caridad señalando á Volodia.

—Sí; acaba de llegar.

La joven le contempló de nuevo y rompió á llorar, repitiendo con desesperación:—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cuándo acabará esto...?

Entraron en la sala de oficiales. Martzeff yacía acostado de espaldas, con los brazos musculosos descubiertos hasta el codo y cruzados tras de la cabeza. La expresión de su rostro amarillento era la de un hombre que aprieta los dientes para no gritar de dolor. Su pierna sana, calzada con un calcetín, salía por debajo del cobertor, y los dedos del pié contraíanse convulsivamente.

—Y bien, ¿cómo esta V.?—le

preguntó la hermana levantando la cabeza algo caliente del herido y arreglándole la almohada con sus dedos delicados, sobre uno de los cuales distinguió Volodia una sortija de oro.—He aquí á dos compañeros que vienen á verle.

—¡Sufro; claro está!—replicó con rabia;—no, no toque V., está bien así—y los dedos del pié se agitaban en el calcetín con movimientos nerviosos.—¡Buenos días! ¿Cómo se llama V.? ¡Ah, perdón!—cuando Koseltzoff se dió á conocer.—Aquí se olvida uno de todo, y sin embargo, ¡hemos vivido juntos...!—añadió sin experimentar el menor contento, mientras miraba á Volodia con aspecto de curiosidad.

—Es mi hermano; viene de Petersburgo.

—¡Ah! Y yo he concluido; me parece. ¡Dios y cuánto sufro! ¡Si esto pudiera terminar cuanto antes..!

Y con un movimiento convulsivo retiró la pierna. Sus dedos saltaron con redoblada agitación; cubrióse la cara con las manos.

—Hay que dejarle tranquilo; está muy malo—les dijo al oído la hermana, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

Los dos hermanos, que habían decidido ir al quinto baluarte, cambiaron, no obstante, de opinión al salir de la ambulancia, y convinieron, sin comunicarse la verdadera

razón, en irse cada uno por su lado para no exponerse á un peligro inútil.

—¿Encontrarás el camino, Volodia?—le preguntó el mayor.—Por lo demás, Nikolaïeff te conducirá á la Korabelnaia; ahora me voy solo y mañana me reuniré contigo.

Y no se dijeron nada más en aquella última entrevista.

## XI

El cañón tronaba con igual violencia, pero la calle Ekatherinenskaia que seguía Volodia, acompañado del silencioso Nikolaïeff, permanecía desierta y tranquila. No distinguía en la oscuridad sino paredes blancas, en pié, entre grandes edificios desplomados, y las losas de la acera por donde caminaba; cruzábase á veces con soldados y oficiales, y al pasar á la izquierda, próximo al Almirantazgo, divisó, á la viva luz de una hoguera que ardía tras el cercado, una fila de acacias de triste follaje cubierto de polvo, plantadas hacia poco á lo largo de la acera y sostenidas por sus tutores pintados de verde. Sus pasos y los de Nikolaïeff, que respiraba estrepitosamente, interrumpían tan

solo el silencio. Sus ideas eran vagas; la linda hermana de la caridad; la pierna de Martzeff con sus dedos dentro del calcetín, agitados por movimientos convulsivos; la oscuridad; las bombas; las diferentes imágenes de la muerte, cruzaban confusamente entre sus recuerdos: su alma, joven é impresionable, sentíase inquieta y dolorida en su aislamiento, por la absoluta indiferencia de cada uno hacia su propia suerte, aunque esté expuesta al peligro. «¡Sufriré; perderé la vida; y nadie me llorará!»—se decía. ¿Dónde estaba, pues, la vida del héroe llena de ardor, energético y de simpatías en la cual tanto soñara? Las bombas silbaban y estallaban, aproximándose cada vez más, y Nikolaieff suspiraba con más frecuencia sin romper el silencio. Al atravesar el puente que conduce á la Korabelnaia, vió á dos pasos de él sumergirse un objeto, silbando, en el golfo; iluminar con fulgor purpúreo las olas de matiz violáceo y rebotar, lanzando al aire el agua en menuda lluvia.

—¡Maldita...! La bribona está viva aún—murmuró Nikolaieff.

—Sí—replicó Volodia á pesar suyo y sorprendido por el eco de su voz, agudo y chillón.

A su encuentro venían heridos transportados en camillas, carretas llenas de gaviones, un regimiento,

algunos jinetes. Uno de estos, oficial, seguido de un cosaco, detúvose al ver á Volodia; examinó su rostro, y después, volviéndole la espalda, dió un latigazo á su montura y prosiguió su camino.

—¡Sólo! ¡sólo! que viva ó no, á todos les da lo mismo...!—dijose el adolescente, pronto á echarse á llorar.

Después que hubo cruzado un mullón blanco, entró en una calle formada por casitas completamente derruidas, iluminadas sin cesar por el fulgor de las bombas. Una mujer borracha, harapienta, acompañada de un marinero, salió por una puercecilla, tropezando contra él.

—Perdón, Vuestra Nobleza—murmuró.

El corazón del pobre mozo iba oprimiéndose cada vez más, mientras que en el sombrío horizonte los fogonazos brillaban de continuo y los proyectiles venían ruidosamente á estallar en torno suyo. De pronto, Nikolaieff suspiró y dijo con voz que parecióle á Volodia expresión de terror mal contenido:

—¡Valía la pena de darse prisa para venir aquí, desde allí... andando, y andando?... ¿y para qué tantas prisas?....

—Pero... á Dios gracias, mi hermano se curó—contestó Volodia para librarse, hablando, de la horrible sensación que se apoderaba de él.

—¡Sí, perfectamente curado!... ¡Cuando todos están enfermos! Los sanos se encontrarían mucho mejor en el hospital en un tiempo como éste. ¿Sentimos nosotros, acaso, ninguna alegría por estar aquí? Ahora un brazo... ya una pierna... se pierde...; y mire V., aquí aún... en la ciudad, se está mejor que en los baluartes. ¡Dios de Dios! ¡En el camino hay que rezar todas las oraciones!... ¡Eh! canalla, vienes á zumbarme en los oídos? —añadió atento al ruido de un casco que pasó junto á él. Y bueno, ahora—continuó Nicolaieff—me han mandado conducir á Vuestra Nobleza, y ya sé que hay que hacer lo que mandan; pero el coche lo dejé al cuidado de un compañero, y el equipaje está deshecho; me han dicho que venga, y he venido. Pero si se pierde algo de lo que traemos, ¿seré yo, Nicolaieff, quien responda? Algunos pasos más allá desembocaron en un espacio libre.

¡He aquí la artillería Vuestra Nobleza!—dijo de súbito:—pregunte al centinela; él le indicará...—Volodia se adelantó solo. No oyendo ya tras de sí los suspiros de Nicolaieff, sintióse definitivamente abandonado; la impresión de ese abandono ante el peligro, ante la muerte, como creía, pesó sobre su corazón con el frío glacial de una losa; parado en el centro de la pla-

za, miró en torno suyo para ver si le observaban, y cogiéndose la cabeza con las manos, murmuró con voz entrecortada por el terror:

—¡Dios mío! ¿seré verdaderamente un miedoso vil, un cobarde? ¡Yo que soñaba no hace mucho morir por la patria, por el Czar, y todo con júbilo!... ¡Sí, soy un ser desgraciado y despreciable!...—exclamó con profunda desesperación y desilusionado de sí mismo. Por último, dueño al fin de su emoción, dijo al centinela que le indicase dónde paraba el comandante de la batería.



## XII

El comandante de la batería habitaba en una casita de dos pisos, que tenía entrada por el patio. A través de una de las ventanas, á la que le faltaba un cristal, sustituido por una hoja de papel, veíase el débil resplandor de una bujía; el asistente, sentado á la puerta, fumaba su pipa. Después de anunciar á su amo la visita de Volodia, introdujo á éste en la habitación. Allí, entre dos huecos de ventana, junto á un espejo roto, veíase una mesa cargada de papelotes oficiales, algunas sillas, una cama de hierro

con ropa limpia y un biombo delante de ella.

Junto á la puerta se hallaba el sargento primero, buen mozo, de poblados bigotes y el sable al cinto; en el capote ostentaba una cruz y la medalla de la campaña de Hungría. El oficial de Estado Mayor, jefe de la batería, de pequeña estatura, con la cara hinchada y en ella un vendaje, paseábase por la estancia, vestido con levita de paño fino que revelaba prolongado uso. De corpulencia muy pronunciada, parecía tener unos cuarenta años de edad; la calvicie se le marcaba distintamente en la parte superior del cráneo; su espeso bigote descendía recto hasta ocultarle la boca; sus ojos pardos tenían agradable expresión; las manos eran blancas y finas, algo llenas; los piés muy echados hacia afuera, asentábanse en tierra con cierta seguridad y coquetería que probaban no era la timidez el lado débil del comandante.

—Tengo el honor de presentarme; vengo agregado á la quinta batería ligera, Koseltzoff II, alférez—dijo Volodia, que al entrar en la estancia recitó de un golpe esta lección aprendida de memoria.

El comandante de la batería le contestó con un saludo bastante seco y le invitó á sentarse sin tenderle la mano. El joven se sentó; pues, tímidamente junto á la mesa escri-

torio, y cogiendo en su distracción un par de tijeras, comenzó á jugar con ellas maquinalmente. El comandante, con las manos cruzadas á la espalda y baja la cabeza, reanudó su paseo en silencio, dirigiendo de vez en cuando la mirada á los dedos del alférez que continuaban enredando con las tijeras.

—Sí—dijo por último deteniéndose delante del sargento—desde mañana habrá que dar un *garnetz* (1) más á los caballos de los furgones; están flacos. ¿Qué te parece?

—¿Por qué no? Se puede hacer, Vuestra Alta Nobleza. La avena está ahora más barata—respondió el sargento, con los brazos caídos á lo largo del cuerpo y removiendo los dedos; movimiento habitual con el que acompañaba de costumbre la conversación.—Y además hay, que el forrajeador Frantzone me ha escrito ayer dos letras, Vuestra Alta Nobleza: dice que hay que comprar; ahora están á buen precio; ¿qué dispone V., pues?

—Bueno, comprarlos; hay dinero—respondió el jefe, volviendo á pasear.—¿Dónde tiene V. su equipaje?—dijo de pronto, deteniéndose delante de Volodia.

El pobre muchacho, perseguido por la idea de que era un cobarde,

(1) Medida de avena.

veía transparentarse en cada mirada, en cada frase, el desprecio que debía inspirar, y le pareció que su superior había penetrado ya tan triste secreto y se burlaba de él; así es, que respondió turbado que su equipaje estaba en la Grafaskaia y que su hermano se lo enviaría al día siguiente.

—¿Dónde alojaremos al alférez?—preguntó el teniente coronel al sargento primero, sin atender á la respuesta del joven.

—¿El alférez?....—repitió el sargento.—Y una rápida mirada dirigida sobre Volodia y que parecía decir «¿quién es este alferecillo?», acabó de desconcertar al oficial.—Pues allá abajo, Vuestra Alta Nobleza; con el segundo capitán, puesto que el capitán se halla en el baluarte; su cama está desocupada.

—¿Le acomoda eso por hoy?—preguntó el jefe de la batería.—Debe V. estar cansado, me parece. Mañana ya lo podremos instalar más cómodamente.

Volodia se levantó y saludó.

—¿Quiere V. tomar té?—añadió su superior.—Se puede hacer que calienten el *samovar*...

El alférez, que estaba ya en la puerta, volvióse, saludó otra vez y salió.

El asistente del teniente coronel le condujo á la planta baja, haciéndole entrar en una pieza sucia, en

la que un montón de objetos rotos aparecían arrojados al azar por todas partes, y donde en un rincón, sobre una cama de hierro, dormía, sin sábanas ni cobertor, envuelto en su capote, un hombre, con camisa color de rosa, á quien el joven tomó por un soldado.

—Pedro Nicolaievitch—y el sirviente tocó en el hombro al que dormía—el alférez ha de acostarse aquí. Es nuestro junker—agregó, dirigiéndose á Volodia.

—No se mueva V., se lo suplico—exclamó éste, viendo al junker, joven alto y robusto, de hermosas facciones, pero completamente desprovistas de inteligencia, levantarse, y echándose el capote sobre los hombros, salir medio dormido y murmurando:

—Lo mismo me da; iré á dormir al patio.

### XIII

Solo con sus pensamientos, la primera impresión de Volodia fué otra vez el espanto producido por la turbación que trastornaba su espíritu. Contando con el sueño para no pensar más en lo que le rodeaba y olvidarse de sí mismo, dió un soplo á la bujía y se acostó, cubrién-

dose por completo con el capote y hasta la cabeza, pues había conservado de su infancia el miedo á la oscuridad; pero de súbito la idea le acudió de que una bomba podría horadar el techo y matarle; puso oído y escuchó; sobre su cabeza paseaba el comandante de la batería.

«Comenzará por matarle; á él primero—se dijo—á mí después; ¡no moriré solo!» Esta reflexión le tranquilizó; y ya iba á dormirse, cuando la idea de que Sebastopol pudiese ser tomado aquella misma noche, de que los franceses forzarán su puerta y de que no tenía ni un arma para defenderse, le despertó del todo; levantóse y recorrió la estancia; el temor del verdadero peligro había sofocado el miedo misterioso á la oscuridad; buscó, encontrando sólo al alcance de su mano un escabel y un *samovar*. «Soy un cobarde, un pusilánime, un miserable»—se dijo otra vez, lleno de indignación y de desprecio contra sí mismo. Se acostó y trató de no meditar más. Pero entonces las impresiones del día aparecieron en su imaginación, y los estampidos incesantes que hacían retemblar los vidrios de su única ventana le recordaron el peligro; sucedíanse las visiones: ora veía heridos cubiertos de sangre, bombas haciendo explosión y cuyos cascos penetraban en su cuarto; ora á la linda her-

mana de la caridad que le curaba llorando ante su agonía; ó á su madre, que, después de acompañarle á la capital del distrito, rogaba á Dios por él, vertiendo lágrimas ante una imagen milagrosa. Huyóle el sueño; pero de improviso la idea de un Dios Todopoderoso, que todo lo ve y que escucha todas las plegarias, surgió nítida y clara entre sus delirios; se arrodilló, persignándose, y juntó las manos como le enseñaron en su niñez. Sólo aquella actitud hizo nacer en su alma un sentimiento de infinita dulzura, de mucho tiempo atrás olvidado.

—Si he de morir, es que soy inútil. Si es así, Señor, hágase tu voluntad; ¡cuanto antes sea cumplida!... Pero si el valor y la energía que me faltan me son necesarios, evítame la vergüenza y la deshonra, que no podría soportar, y enséñame lo que debo hacer para cumplir tu voluntad.

Su alma de niño, débil y aterrorizada, se confortó, serenándose en el acto y sumergiéndose en nuevos horizontes, amplios y luminosos; pensó en mil cosas, experimentó mil sensaciones durante el corto transcurso de aquella impresión; después se durmió tranquila y reposadamente al sordo rumor del bombardeo y de los vidrios que retemblaban.

—¡Señor! Tú solo oíste; sólo á



Ti llegarán las plegarias sencillas pero ardientes y desesperadas de la ignorancia, del arrepentimiento confuso, que piden la curación del cuerpo, la purificación del alma; oraciones que de aquellos lugares habitados por la muerte subieran hasta Ti, comenzando por el general que

presiente con terror el ataque, y que un segundo antes sólo pensaba en llevar al cuello la cruz de San Jorge, hasta concluir por el simple soldado, que sobre el desnudo suelo de la batería Nicolás, te suplica que des á sus sufrimientos la recompensa inconscientemente presentida.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

*(Se concluirá.)*

## EL VIENTO

DE SULLY PRUDHOMME

**P**reñado de amenazas brama el viento;  
Las ráfagas sonoras vuelan, crecen;  
Las cimas de los bosques se estremecen;  
Barre la tierra el proceloso aliento.

Cierro los ojos yo, y el eco siento  
De guerras que en el mundo se encruelecen,  
Y oigo de los que triunfan ó perecen  
Grito de gloria ó funeral lamento.

Mas el confuso movimiento humano  
Hoy á mis puertas llega, y en mi mente  
Ni entusiasmo ni lástimas excita;

Con impetu furioso y ruido vano  
Así la tempestad sobre mi frente  
Pasa, y apenas mi cabello agita.

M. A. CARO.

# EL NATURALISMO EN EL TEATRO

## I

**A**nte todo, ¿necesitaré explicar lo que entiendo por naturalismo? Se me ha censurado mucho el haber usado esta palabra, y se finge todavía no comprenderla. Tratóndose de estas materias, las burlas son muy frecuentes quizá porque constituyen un sistema de oposición muy cómodo. Quiero, por mi parte, prescindir de ellas y hablar de esta cuestión con entera claridad.

Mi crimen consistiría, en todo caso, en haber inventado y lanzado á la circulación un término nuevo para designar una escuela literaria tan vieja como el mundo. Por otra parte, no creo haber inventado esta palabra, usada en muchas literaturas extranjeras; todo lo más, lo que he hecho es aplicarla á la evolución modernísima de nuestra literatura nacional. «Entonces—se dirá—el naturalismo data de las primeras obras escritas.» ¿Y quién ha dicho nunca lo contrario? Esto prueba simplemente que arraiga en las mismas entrañas de la humanidad.—Toda la crítica—se añade—desde Aristóteles hasta

Boileau, ha establecido el principio de que una obra debe fundamentarse en la verdad. Esto me proporciona nuevos argumentos. La escuela naturalista, por la misma confesión de los que la atacan, está establecida sobre cimientos indestructibles. No es simplemente el capricho de un hombre, el delirio de un grupo literario; ha nacido del fondo eterno de las cosas, de la necesidad sentida por el escritor de tomar por base la naturaleza. ¡Muy bien! ¡Está entendido! Hablemos de ella.

Entonces, se me dirá, ¿por qué todo ese ruido? ¿Por qué pretender pasar por innovador? Aquí empieza la mala inteligencia. Yo soy simplemente un observador que hace constar los hechos. Sólo los empíricos aportan fórmulas inventadas. Los sabios se contentan con avanzar paso á paso apoyándose en el método experimental. Ciertamente, yo no llevo en mi pecho ninguna religión nueva. No revelo nada, porque no creo en la revelación; no invento nada, porque creo que es más útil obedecer al impulso de la humanidad, á la evolu-

ción continua que nos empuja. Todo mi papel de crítico se reduce á estudiar de dónde venimos y en dónde estamos. Si me arriesgo á predecir dónde iremos, es puramente una indagación personal, una conclusión lógica. Por lo que ha sido y por lo que es, creo poder decir lo que será. He aquí toda mi misión. Es ridículo atribuirme otra. Nunca me he presentado como pontífice ni como profeta, ni he pretendido usurparle á Dios sus atribuciones.

Pero, ¿y la palabra nueva, esa palabra terrible... naturalismo!

Quizá se pretenda que emplee las mismas palabras usadas por Aristóteles. El ha hablado de la verdad en el arte, y esto debe bastarme. Desde el momento que acepto el fondo eterno de las cosas, y que no aspiro á crear el mundo por segunda vez, no tengo necesidad de un nuevo vocablo. ¿Es que el fondo eterno de las cosas no toma formas diversas según el tiempo y la civilización? ¿Es que, después de seis mil años, cada pueblo no ha interpretado y nombrado á su gusto las cosas que tienen su origen en una fuente común? Homero es un poeta naturalista. Admitámoslo un instante. Pero nuestros escritores no son naturalistas á su manera: hay entre las dos épocas literarias un abismo. Desconocerlo es borrar la historia de una plumada, es confundir y no tener en cuenta la evolución constante del espíritu humano. Es cierto que una obra no abarcará nunca más que un rincón de la naturaleza vista á través de un temperamento. Pero si nos estacionamos, si

renunciamos al progreso, permaneceremos siempre inmóviles en un mismo sitio. Desde el momento que abordemos la historia literaria, tendremos por necesidad que encontrar elementos extraños, costumbres, sucesos, movimientos de espíritu que modifican las literaturas, influyendo en ellas poderosamente. Mi opinión personal es que el naturalismo data de la primera línea que escribió el hombre. Desde aquel día se puso sobre el tapete la cuestión. Si se considera á la humanidad como un ejército en marcha á través de los años, lanzado á la conquista de la verdad en medio de todas las miserias, se debe poner en primera fila á los sabios y á los literatos. En este concepto, será necesario escribir una historia literaria universal, no bajo el punto de vista de un ideal absoluto, de una medida estética común perfectamente ridícula. Pero se comprende que no puedo remontarme tanto emprendiendo un trabajo tan colosal, examinando las marchas y contramarchas de los escritores de todas las naciones, señalando las oscuridades y las auroras que encontraron en su camino. Mi trabajo es limitado, y me ciño exclusivamente al último siglo, á esa maravillosa expansión de la inteligencia, á ese movimiento prodigioso del cual ha surgido nuestra sociedad contemporánea. En él precisamente encuentro marcada con energía la afirmación franca y triunfante del naturalismo; del mismo espíritu del siglo ha nacido la palabra.

Dejemos á Aristóteles, dejemos á Boileau; era necesario un término par-

ticular para designar una evolución que parte evidentemente de los primeros días del mundo, pero que llega por fin á su desenvolvimiento decisivo en medio de las circunstancias más propias y favorables.

Ciñámonos al siglo XVIII. La explosión es soberbia. Todo lo domina un hecho: la creación de un método. Hasta entonces los sabios procedían como los poetas, por fantasía individual, por genialidades más ó menos científicas. Algunos encontraban las verdades á la buena ventura, por un verdadero azar; pero eran verdades esparcidas, sin conexión alguna, y nadie trataba de reunir las lógicamente de modo que llegaban á confundirse con los errores más groseros. Se quería crear una ciencia heterogénea, compuesta de mil elementos sobreponiéndola á la naturaleza por medio de fórmulas empíricas y consideraciones metafísicas que hoy nos causarían asombro. Y he aquí que por una serie de circunstancias imprevistas cambia por completo el aspecto de ese campo estéril donde no se desarrollaba ni una planta. Un día un sabio se dedica á la experimentación antes de afirmar nada.

Abandona las pretendidas verdades adquiridas y se remonta á las causas primeras, al estudio de los cuerpos, á la observación de los hechos. Se dedica humildemente al estudio, á deletrear la naturaleza, como el niño va á la escuela y deletrea antes de leer de corrido. La revolución había llegado, la ciencia se desprendía del empirismo, el método consistía en marchar de lo

conocido á lo desconocido. Se parte de un hecho observado, se avanza de observación en observación, evitando siempre sentar una conclusión antes de poseer los elementos necesarios. En una palabra: en lugar de empezar por la síntesis, se empieza por el análisis; no se trata de arrancar á la naturaleza sus secretos por una especie de adivinación ó revelación; se la estudia largamente, pasando de lo simple á lo compuesto, hasta que se ha conocido el mecanismo. El instrumento se ha encontrado; el método consolida y amplía el campo de la ciencia.

En efecto: bien pronto se vió el resultado. Las ciencias naturales fueron fijadas gracias á la exactitud de las observaciones; refiriéndonos sólo á la anatomía, en ella se ha encontrado un mundo nuevo; nos revela cada día parte del gran secreto de la vida. Otras muchas ciencias fueron también creadas, como la física y la química. Actualmente están en su juventud, pero se desarrollan con una rapidez tan grande que nos produce asombro. No me es posible ir examinando una á una todas las ciencias. Bastará nombrar la cosmología y la geología, que han dado un rudo golpe á las fábulas religiosas. La explosión ha sido general y continúa todavía. Todo esto es resultado de una civilización. Cuando una parte del espíritu humano está en tensión, la sacudida se produce y no tarda en determinar una evolución completa. Las ciencias que hasta ahora habían admitido una parte de imaginación, son las primeras en prescindir de la fantasía para descender

á la naturaleza, y las letras, por su parte, siguen el mismo camino y adoptan también el método experimental. El gran movimiento filosófico del siglo XVIII está basado en un análisis amplio: en el afán, desmesurado á veces, de resolver todos los problemas humanos. En la historia, en la crítica, el estudio de los hechos y del medio ha reemplazado las viejas reglas escolásticas. En las obras puramente literarias la naturaleza interviene y reina con Rousseau y su escuela; los árboles, las aguas, las montañas, los grandes bosques, se convierten en seres y tienen un papel en el mecanismo del mundo; el hombre no es más que una abstracción intelectual; la naturaleza le determina y le completa. Diderot es la figura del siglo, entrevé todas las verdades; y se adelanta á su edad haciendo una guerra continua al ruinoso edificio de las convenciones y las prácticas rutinarias. ¡Magnífica explosión de una época! ¡labor colosal de la cual ha salido nuestra sociedad, era nueva en que los pueblos tienen por base la naturaleza y el método por instrumento!

Pues bien; á esta evolución es á lo que llamo naturalismo, y creo que no es posible emplear un término más apropiado. El naturalismo es la vuelta á la naturaleza, algo idéntico á los procedimientos del sabio que en un día determinado comprende que ha de tomar por base el estudio de los fenómenos y la experimentación, empleando en todo el análisis. El naturalismo en las letras es igualmente la vuelta á la naturaleza y al hombre, la observa-

ción directa, la anatomía exacta, la pintura de lo real. La misma necesidad se ha impuesto al escritor que al sabio. El uno y el otro se ven precisados á reemplazar las abstracciones por las realidades, las fórmulas empíricas por el análisis riguroso. Nada de personajes abstractos, nada de falsas invenciones, lo absoluto se desecha y se desciende á los personajes reales, á la verdadera historia de cada uno, á lo relativo de la vida cotidiana. Se trata de recomenzar, de conocer á fondo al hombre penetrando en lo más íntimo de su ser antes de sentar una conclusión sin base, como hacen los idealistas, cuyo único papel se reduce á inventar tipos. Los escritores fijan preferentemente su atención en la base del edificio, aportando el mayor número posible de documentos humanos, lógicamente clasificados y presentados. Este es el verdadero naturalismo, cuya idea tendrá su origen en el primer cerebro, puede ser, pero cuya evolución definitiva se ha verificado en el último siglo.

Una evolución tan importante en el espíritu humano no podía efectuarse sin una gran sacudida social. La Revolución francesa fué esa sacudida, esa tempestad que debía barrer el viejo mundo para dejar despejado el terreno al nuevo. Nosotros comenzamos á vivir con este mundo nuevo; somos en todo hijos directos del naturalismo, en política como en filosofía, en ciencia como en literatura y arte. Concedo una gran amplitud á la palabra naturalismo, porque abarca realmente el siglo entero, el movimiento de la inteligencia

contemporánea, la fuerza que nos empuja y prepara los siglos futuros. La historia de los últimos cincuenta años lo prueba, y uno de los fenómenos más típicos es la desviación momentánea de los espíritus después de Rousseau y de Chateaubriand; esta explosión singular del romanticismo en los mismos comienzos de una época de ciencia. Voy á detenerme aquí un instante porque es necesario hacer algunas importantísimas observaciones.

Es muy raro que una revolución se realice con calma y buen sentido. Los cerebros se desequilibran, la imaginación se perturba, se puebla de fantasmas. Después de las rudas sacudidas de fin del último siglo y bajo la influencia poderosa de Rousseau se ve á los pueblos sumidos en una especie de marasmo melancólico y fatal. No saben donde se les lleva, gozan en su propia inercia, en la contemplación, y se entregan á ensueños extraordinarios. No obstante, el hálito de la Revolución ha penetrado en ellos. Son simplemente rebeldes. Traen la rebelión del color, de la pasión, de la fantasía; hablan de desterrar violentamente las reglas y renuevan la lengua con una verdadera y formible oleada de poesía lírica, retumbante y soberbia. Aunque el espíritu de la verdad ha penetrado en su pecho, exigen el color local, pretenden resucitar los años muertos. Todo el romanticismo se manifiesta así. Es una reacción violenta contra la literatura clásica, el primer movimiento insurreccional de los escritores que han recobrado su libertad literaria, y una vez

sacudido el yugo sienten la necesidad de la protesta. El movimiento es tan irresistible, que se extiende por todas partes; no solamente llega á los dominios de la literatura, sino que penetra en los de la pintura, la escultura, la música; el romanticismo triunfa y se impone. Por un momento, al observar una manifestación tan general y tan poderosa, pudiera creerse que la fórmula literaria y artística se había fijado por largo tiempo. La fórmula clásica duró casi dos siglos; ¿por qué la fórmula romántica que la reemplazó no ha tenido duración igual? Esto prueba que fué todo una sorpresa de la cual pronto nos dimos cuenta, y por eso el romanticismo agoniza y muere, poéticamente, pero muere al fin. Hoy la verdad se abre camino. El movimiento romántico no fué decididamente más que una algarada. Poetas, novelistas de gran talento, toda una generación, se entrega á esta sacudida soberbia. Pero el siglo no pertenece á estos soñadores, á estos soldados de otros tiempos, que retroceden ante la luz de un sol que nace. No tienen representación alguna, no son más que una especie de vanguardia encargada de despejar el terreno, de afirmar con sus mismos excesos la conquista. El siglo pertenece á los naturalistas, á los hijos legítimos de Diderot; soldados que marchan decididos á formar un nuevo Estado. La evolución llega: el naturalismo triunfa con Balzac. Después de las violentas catástrofes de su infancia, el siglo encuentra por fin la línea recta, el verdadero camino por

donde debe marchar. La crisis del romanticismo era lógica, porque correspondía á la catástrofe social de la Revolución francesa; el naturalismo triunfante puede compararse á nuestra actual república, fundada por la ciencia y por la razón.

He aquí nuestra verdadera situación actual. El romanticismo, que no correspondía á nada durable, que era simplemente una protesta del viejo mundo, el deseo de la libertad, el afán de la lucha, se ha hundido en presencia del naturalismo, que es más fuerte y poderoso, y lleva en su seno el aliento del siglo. Sale de la misma tierra sobre la cual vivimos, y penetra y anima todas las cosas. Es él quien da fuerza á nuestras producciones, la piedra angular sobre la cual se fundamenta nuestra sociedad. Se le encuentra en las ciencias, que han continuado tranquilamente su marcha en medio de los delirios del romanticismo; se le encuentra en todas las manifestaciones de la inteligencia, desprendiéndose cada día más de las influencias románticas que por un instante parecen haberle falseado; da nuevo vigor á las artes, á la escultura, á la pintura sobre todo; ensancha el campo de la crítica y de la historia, se posesiona de la novela y triunfa por fin con Balzac y Stendhal, afirmando el movimiento iniciado en el siglo XVIII. La novela es su dominio, su campo de batalla y de victoria. Parece haberla elegido para demostrar el poder del método; la luz de la verdad, la importancia de los documentos humanos. El, en fin,

llega hasta los escenarios, y empieza á transformar el teatro, último refugio de lo falso y lo convencional. Cuando haya triunfado, la evolución habrá sido completa, la fórmula clásica habrá muerto definitivamente, siendo reemplazada por la fórmula naturalista, que debe ser la fórmula de la sociedad nueva.

Creo necesario insistir y explicar con cierta latitud el significado de la palabra «naturalismo», puesto que se finge no comprenderla. Pero tengo que ceñirme á la cuestión y limitarme á estudiar el naturalismo en el teatro. He de hablar, sin embargo, de la novela contemporánea, porque me es indispensable un punto de comparación. Vamos á ver el papel que el naturalismo desempeña en la novela y en el teatro. Así será luego fácil sentar una conclusión.

## II

Frecuentemente hablo con escritores extranjeros, y en todas partes observo el mismo asombro. Ellos están en mejores condiciones que nosotros para juzgar las grandes corrientes de nuestra literatura, porque nos ven á cierta distancia y no toman parte en nuestras luchas diarias. La causa de su asombro es que encuentran en nuestro país dos literaturas radicalmente opuestas: la novela y el teatro.

En los pueblos vecinos no ocurre

nada semejante. Parece que en Francia, después de medio siglo, la literatura se ha dividido en dos; la novela se ha modernizado; el teatro permanece estacionario; en medio de ambas literaturas hay un abismo. La situación es digna de ser examinada; es de las más curiosas y más instructivas. Nuestra crítica á vuela pluma, la que tiene la misión difícil de juzgar al día las obras nuevas, es la primera en convenir en que no hay nada de común entre estas dos literaturas, y llega hasta el extremo de declarar que existen dos estilos, el estilo teatral y el de la novela, y que un personaje que tiene perfecta cabida en un libro, no puede á veces ser presentado en la escena. Se dice que tenemos dos literaturas. Según vamos viendo, es verdad; la crítica no hace otra cosa que señalar el hecho. Pero es necesario ver si la crítica no fomenta esta división perjudicial transformando en ley el hecho, estableciendo la premisa de que no puede ocurrir de otro modo. Nuestra tendencia es reglamentarlo todo, codificarlo todo. Lo cierto es que estamos encadenados y necesitamos hacer esfuerzos sobrehumanos para romper estas ligaduras.

Tenemos dos literaturas distintas por completo en todo. En cuanto un novelista quiere abordar el teatro, se hace un gesto de indiferencia. El mismo Balzac, ¿no ha fracasado? Bien es verdad que Octavio Feuillet lo ha conseguido. Voy á permitirme estudiar esta cuestión en su origen para tratar de resolverla después lógicamente. Examinemos la novela contemporánea.

Víctor Hugo ha escrito poemas antes de descender á la prosa. Alejandro Dumas (padre), no es más que un narrador prodigioso; Jorge Sand nos ha contado sus delirios en un estilo fácil y agradable. No voy á estudiar á estos escritores que pertenecen á la falange brillantísima del romanticismo y que no han dejado descendencia directa; quiero decir que hoy sólo ejercen influencia relativa y de un modo que voy á determinar en seguida. Las fuentes de nuestra novela contemporánea se encuentran en Balzac y en Stendhal. Es á ellos á quien hay que buscar y consultar. Los dos se han librado de las locuras del romanticismo. Balzac, á pesar suyo, Stendhal por su inspiración de hombre superior. En tanto que se proclamaba el triunfo de los líricos y se coronaba á Víctor Hugo como rey literario, los dos morían en la miseria, oscuramente, en medio de la indiferencia general. Pero ellos dejan en sus obras la fórmula naturalista del siglo y debían forzosamente dejar una descendencia que renovara las flores en sus tumbas, en tanto que la escuela romántica se muere de anemia y no está sostenida más que por un viejo ilustre, al cual, por respeto, no se le puede decir la verdad.

Esto no es más que un resumen rápido. Es inútil insistir sobre la nueva fórmula que Balzac y Stendhal han aportado. Por medio de la novela hacen el análisis que los sabios hacen por la ciencia. No imaginan nada, no inventan nada. Su tarea consiste en hacer la anatomía del hombre, en analizar



los secretos de su cerebro. Stendhal, sobre todo, es un verdadero fisiólogo. Balzac estudia más particularmente los temperamentos, reconstituye el medio, clasifica los documentos humanos, toma él mismo el título de doctor en ciencias sociales. Comparad *El Padre Goriot* ó *La Prima Bette* á las novelas anteriores, lo mismo las del siglo xvii que las del xviii, y os daréis cuenta de la evolución naturalista. La palabra *novela* se ha conservado, pero ya no tiene significación alguna.

Es necesario elegir entre la descendencia de Balzac y de Stendhal. Se encuentra en seguida á M. Gustavo Flaubert, que completa la fórmula actual. En él encontramos el dique opuesto á la influencia romántica de que antes hablé. Una de las amarguras de Balzac consistía en no tener la forma brillante de Víctor Hugo. Se le acusaba de escribir mal, y esto le hacía sufrir mucho. Ensayó algunas veces la forma lírica, por ejemplo, cuando escribió *La Mujer de treinta años* y *El Lirio en el valle*; pero esto no perjudica en nada á un escritor tan prodigioso, que fué un gran prosista mientras conservó su estilo á la par enérgico y sencillo. Con M. Gustavo Flaubert la fórmula naturalista pasa á manos de un artista perfecto. Se solidifica y toma la dureza del mármol. M. Gustavo Flaubert ha vivido en plena época de romanticismo y siente ternuras por el movimiento de 1830. Lanza *Madama Bovary* como un reto á los que creen que siendo naturalista, no se puede escribir bien. Quiso demostrar que se podía hablar de

una insignificante provinciana con la amplitud y energía con que Homero hizo hablar á sus héroes griegos. Pero felizmente la obra tiene otros méritos. Que M. Gustavo Flaubert lo haya querido ó no, lo cierto es que ha aportado al naturalismo el último elemento que le faltaba: la forma perfecta y escultural que ayuda á vivir á las obras. La fórmula se ha fijado. Los que han llegado después no tienen más que seguir el camino trazado y marchar por la ancha vía del arte y de la verdad. Los novelistas continuarán el análisis de Balzac, avanzando siempre en el análisis del hombre sometido á la acción del medio; solamente que al mismo tiempo serán artistas, tendrán la originalidad y la ciencia de la forma, y darán más vigor á la verdad con la energía del estilo.

Al mismo tiempo que M. Gustavo Flaubert, MM. Edmundo y Julio de Goncourt trabajan asiduamente para perfeccionar la forma. Ninguno de ellos procede del romanticismo. Nada de latín, nada de clasicismo; vigorizan su lengua; marcan con una intensidad increíble sus sensaciones de *artistas enfermos de su arte*. Los primeros, en *Germinia Lacerteux* estudian al pueblo de París pintando los faubourgs y los suburbios, atreviéndose á decirlo todo en un idioma refinado que da á los seres y á las cosas su propia vida. Los Goncourt tienen una gran influencia entre el grupo actual de novelistas naturalistas. Si nosotros hemos tomado nuestra solidez, nuestro método exacto de M. Gustavo Flaubert, es neces-

rio añadir que hemos encontrado un elemento poderoso en el estilo nuevo de MM. de Goncourt, vibrante como una sinfonía, dando á los objetos los estremecimientos nerviosos de nuestro tiempo, adelantándose á la frase escrita y prestando á las palabras del diccionario color, sonido, perfume. No juzgo; sólo hago constar los hechos. Mi única misión consiste en establecer el origen de la novela contemporánea y explicar lo que es y por qué es así.

He aquí los orígenes claramente indicados. Primero Balzac y Stendhal, un fisiólogo y un psicólogo, separados de la retórica del romanticismo que ha sido ante todo un motín, una verdadera rebelión.

Entre nosotros; encontramos á M. Gustavo Flaubert por una parte y de la otra á MM. Edmndo y Julio de Goncourt que aportan la ciencia del estilo, fijando la fórmula en una retórica nueva. He aquí la novela naturalista. No hablaré de sus actuales representantes. Bastará que indique sus caracteres constitutivos.

He dicho que la novela naturalista era simplemente un análisis sobre la naturaleza, los seres y las cosas. No funda su interés en la ingeniosidad de una fábula bien inventada y desarrollada según ciertas reglas convenidas. La imaginación no juega papel alguno, la intriga importa poco al novelista, que no se inquieta ni de la exposición ni del nudo, ni del desenlace; no interviene para modificar ó añadir algo á la realidad, no fabrica mecanis-

mos según las necesidades de una idea preconcebida de antemano. Se parte del punto concreto de «que la naturaleza basta»; pues es necesario aceptarla tal cual es, sin modificarla ni alterarla en nada; es demasiado bella, demasiado grande por sí sola. En vez de imaginar una aventura, de complicarla y de buscar efectos teatrales inventando escena tras escena, para llegar trabajosamente al final, se toma simplemente de la vida la historia de un ser é de un grupo de seres y se interpretan fielmente sus actos. La obra es un proceso verbal; nada más; no tiene más mérito que el de la observación exacta, la penetración más ó menos profunda del análisis, el encadenamiento lógico de los hechos. No es un relato completo de la existencia, es tan sólo un pedazo de existencia llevado al libro, unos cuantos años de la vida de un hombre ó de una mujer, una sola página de la historia humana analizada por el novelista como el químico analiza un cuerpo. La novela no tiene ya marco especial; puede tocar todos los géneros. Es, como la ciencia, la señora del mundo. Lo aborda todo, escribe la historia, trata de filosofía y fisiología, se remonta á la poesía, estudia las cuestiones más diversas, la política, la economía social, la religión, las costumbres. La naturaleza entera es su dominio. Entra en ella libremente, adoptando la forma que le place, tomando el tono que juzga mejor, sin reconocer ni detenerse ante ningún límite. Estamos muy lejos de la novela tal como la entendían nuestros padres,

como una obra de pura imaginación, cuyo único objeto era distraer á los lectores. Para los retóricos antiguos, la novela estaba colocada entre la fábula y la poesía ligera. Los hombres serios la desdeñaban, la dejaban á las mujeres como una distracción frívola y comprometida. Esta opinión sigue todavía en provincias y en ciertas esferas académicas. La verdad es, que las obras maestras de la novela contemporánea, al ocuparse del hombre y de la naturaleza, profundizan más que esas obras pretenciosas de filosofía, de historia y de crítica.

Paso á ocuparme de otro de los caracteres de la novela naturalista. Es desde luego impersonal, quiero decir, que el novelista no tiene otra misión que hacer constar los hechos, sin juzgarlos ni sacar consecuencias. El estricto papel de un sabio es exponer los hechos, analizarlo todo sin llegar nunca á la síntesis; «los hechos son éstos; la experiencia da tales resultados». Esto es todo. Y aquí se detiene, porque si pretende avanzar, adelantándose á los fenómenos, entra de lleno en el campo de la hipótesis y de las probabilidades, que no es el campo de la ciencia. Pues bien. El novelista debe igualmente atenerse á los hechos observados, al estudio escrupuloso de la naturaleza, si no quiere caer en afirmaciones falsas. Debe desaparecer y ocultar su propia emoción; expone lo que ve. He aquí la realidad: estremeceos ó reid delante de ella, aprovechad ó no la lección; la única misión del autor consiste en presentaros documentos verdaderos. Hay, por

otra parte, en esta impersonalidad moral de la obra, una razón de arte. La intervención apasionada del escritor en la novela es dañosa, porque introduce en los hechos un elemento extraño que destruye su valor científico. No es posible imaginar á un químico sintiendo repulsión contra un cuerpo determinado porque sea impropio para la vida ó simpatizando tiernamente con el oxígeno por la razón contraria. Un novelista que siente la necesidad de indignarse contra el vicio ó de aplaudir la virtud, falsea igualmente los documentos que aporta, y su intervención es tan molesta como inútil; la obra pierde su fuerza, no es ya una página de mármol hecha de un bloque de la realidad, es una materia trabajada, amasada por la emoción del autor, emoción sujeta á todos los prejuicios y á todos los errores. Una obra verdadera será eterna, en tanto que una obra convencional no interesará más que á un grupo ó á una época.

El escritor naturalista, como el sabio, no interviene nunca en su obra. Esta impersonalidad moral es de gran importancia porque pone sobre el tapete la cuestión de la moralidad en la novela. Se nos acusa violentamente de ser inmorales, porque presentamos en la escena á la canalla sin emitir opinión alguna por cuenta propia. Toda la acusación se reduce á esto. Los canallas son aceptados, sólo que se exige que el autor los fustigue descargando sobre ellos su cólera ó manifestando por lo menos su disgusto. En cuanto á las gentes honradas que aparecen en un

libro, también se pretende que se las anime ó elogie. Nuestra impasibilidad, nuestra tranquilidad de analistas, ante el mal y el bien, son hechos punibles para cierto público. Acábase por decirnos que mentimos, precisamente por ser muy veraces. Pero nuestros enemigos justifican muy cómodamente sus censuras echando mano de la célebre teoría del personaje simpático. Es necesario que los personajes sean simpáticos, aunque la naturaleza se falsee. No solamente se nos exige tener preferencias por la virtud; se quiere también que la embellezcamos haciéndola además agradable. Así, al presentar un personaje deberíamos prestarnos á una especie de selección, haciendo resaltar sus buenos sentimientos y ocultando cuidadosamente los malos; y aún seríamos más aplaudidos si inventando por completo el personaje, le colocásemos en un mundo convencional, atribuyéndole falsas virtudes; se encuentran para este objeto tipos hechos de antemano que se introducen sin dificultad en la acción. Estos son los personajes simpáticos, las concepciones ideales del hombre y de la mujer, destinados á compensar la impresión desagradable que producen los personajes reales, tomados de la naturaleza. Como se vé, nuestro único pecado en todo esto, consiste en no aceptar sino la naturaleza, no queriendo corregirla ni modificarla en ningún sentido. La honradez absoluta no existe, como no existe tampoco la salud perfecta. Hay un fondo malo en todas partes, como en todas partes hay gérmenes de enfer-

medad. Así, esas mujeres purísimas, esos jóvenes modelo, de ciertas novelas nunca han existido en el mundo; nosotros hacemos caso omiso de las abstracciones; pintamos seres de carne humana sometidos al influjo directo del medio en que viven, y por esto se nos acusa de revolver el fango. En suma, la cuestión de la moralidad en la novela se reduce á estas dos opiniones. Los idealistas pretenden que es necesario mentir para ser morales; los naturalistas afirman que no hay moralidad posible si empieza por faltarse á la verdad. Nada más dañoso que el romanticismo. Tal obra, pintando el mundo con falsos colores, desequilibra las imaginaciones, las arroja en las aventuras y no hablo de los hipócritas que ocultan bajo las flores lo abominable y lo dañoso. Con nosotros estos peligros desaparecen. Enseñamos la verdadera ciencia de la vida, presentamos la realidad tal como es, sin falsearla nunca; obedeciendo al más escrupuloso análisis. No somos más que sabios, analistas, anatomistas, y nuestras obras tienen la exactitud, la solidez de las aplicaciones prácticas de las obras de ciencia. No conozco una escuela más moral, más austera; por eso ha triunfado: todos los novelistas vienen á ella, hasta los que la han denigrado y escarnecido. Es la eterna historia; primero se bromea y se discute, por último, se imita. Basta que el éxito determine una corriente. Además, ahora que se ha dado el impulso, se verá que el movimiento se extiende más y más. Es un nuevo siglo literario que empieza.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS

## III

Paso á ocuparme de nuestro teatro contemporáneo. Acabamos de ver el estado actual de la novela; es necesario ahora examinar el de la literatura dramática. Pero antes recordaré rápidamente las grandes evoluciones del teatro francés.

Encontramos al principio piezas de escasa importancia, sin forma literaria determinada, diálogos entre dos personajes, tres á lo más; un espectáculo, en fin, tan primitivo, que se representa en las plazas públicas. Después la tragedia y la comedia nacen al calor del renacimiento clásico. Grandes genios como Corneille, Molière y Racine, consagran esta fórmula. Son la manifestación humana del siglo en que viven. La tragedia y la comedia parecen reglas fijas, sometidas á la etiqueta de corte, á las disertaciones filosóficas y á la elocuencia oratoria, imagen exacta de la sociedad contemporánea. Esta identidad, este vínculo estrecho entre la fórmula dramática y el medio social es tan verdadero, que durante dos siglos la fórmula no sufrió variación alguna; fué la misma. No pierde nada de su mezquindad, no se eleva, hasta Voltaire y Beaumarchais, con los cuales se dignifica. La vieja sociedad sufrió una gran perturbación; el soplo que la agitaba oreó el teatro empezándose á notar una sorda agitación contra los pre-

ceptos, una aspiración vaga á la naturaleza. En esta época Diderot y Mercier, echan los cimientos del teatro naturalista. Desgraciadamente, ni el uno ni el otro produjeron una obra maestra que fijara en definitiva una fórmula nueva. Por otra parte, la fórmula clásica había arraigado de tal modo bajo el sol de la vieja monarquía, que no fué arrancada por completo por la tempestad de la Revolución. Todavía duró algún tiempo luchando con su propia debilidad y llegando casi á los límites de la tontería. Entonces se verificó la insurrección romántica incubada por los años. El drama romántico dió el golpe de gracia á la tragedia agonizante. Víctor Hugo fué el encargado de dárselo, recogiendo los laureles y el beneficio de una victoria intentada y preparada anteriormente por otros muchos. Es necesario hacer resaltar que por las necesidades de la lucha, el drama romántico vino á constituir algo así como la antítesis de la tragedia oponiendo la pasión al deber, la acción al relato, el color al análisis psicológico, la Edad Media á la antigüedad. Tal fué la antítesis ruidosa que aseguró el triunfo. Era necesario que la tragedia desapareciera; había sonado la hora de su muerte, porque no era el producto de un medio ambiente social, y el dramá romántico entrañaba la libertad necesaria para barrer violentamente el suelo de rancias preocupaciones. Pero parece hoy que debía limitarse á eso su papel. No era más que una afirmación soberbia, una prótesta contra las reglas, la ne-

cesidad, en fin, de la vida. A pesar de todas sus pretensiones, no fué después de todo más que un hijo revoltoso de la tragedia; como ella, mentía; como ella, falseaba los hechos y los personajes, incurriendo en tales exageraciones, que hacen asomar hoy día la sonrisa á los labios; como la tragedia, el drama romántico tenía sus reglas fijas, sus efectos, efectos más irritantes porque eran más falsos todavía. En suma; la innovación sólo alcanzaba á los procedimientos; había una retórica más en el teatro. Por otra parte, el reinado del drama romántico no debía ser tan largo como el de la tragedia; después de haber cumplido su misión revolucionaria se hundió de pronto, dejando libre el terreno á una fórmula nueva. La historia es la misma en el teatro y en la novela. A continuación de la crisis necesaria del romanticismo se ve reaparecer la tradición del naturalismo; las ideas de Diderot y de Mercier arraigan más de día en día. Es el nuevo estado social que tiene su origen en la Revolución, que fija poco á poco una nueva fórmula dramática, progresando con gran timidez como quien no conoce bien el camino.

Este trabajo obedecía á leyes inmutables. Se produjo y se produce todavía por la misma fuerza de las cosas y no cesará hasta que la revolución se haya cumplido. La fórmula naturalista será en nuestro siglo, lo que fué la fórmula clásica en los siglos pasados.

Hemos llegado á nuestra época; encuentro en ella una actividad considerable, un derroche extraordinario de

talento. Nuestra sociedad es un taller inmenso donde todo el mundo se entrega á un trabajo febril. La confusión reina todavía, la simiente sólo está echada, pero el espectáculo no es por eso menos maravilloso. Y lo que hay necesidad de hacer constar es que todos los obreros se dedican con ardor á asegurar el triunfo del naturalismo; aun aquellos mismos que en apariencia lo combaten.

Siguen necesariamente los pasos del siglo y no pueden prescindir de su influencia. Como ninguno de ellos tiene talla suficiente para fijar la fórmula del teatro, cada uno en particular contribuye en la medida de sus fuerzas, trabajando sobre un punto determinado, llevando así su grano de arena á la obra común.

Vamos á examinar los trabajos más dignos de atención.

Se me ha acusado violentamente de insultar á las glorias de nuestro teatro. Esto no es más que una leyenda que se ha formado contra mí. A pesar de que he hecho constar muchas veces que hablo con entera libertad de los grandes y los pequeños, obedeciendo á una línea de conducta determinada, se me quiere hacer pasar por arbitrario y apasionado. No quiero contestar á estos cargos porque no merecen contestación alguna. Trato solamente de juzgar á nuestras glorias, examinando el puesto que ocupan y el papel que desempeñan en nuestra literatura dramática. De este modo quedará explicada una vez más mi actitud.

Empecemos por M. Victoriano Sar-

dou. Es actualmente el representante de la comedia de intriga. Heredero de Scribe, ha renovado los viejos cubiletes, convirtiendo el arte escénico en una especie de arte de prestidigitación. Su teatro implica una reacción, que se acentúa cada vez más, contra el viejo teatro clásico. Desde que los hechos se han opuesto á las narraciones; desde que se concede á la acción más importancia que á los personajes, ha imperado en la escena la intriga complicada, poniendo en juego una especie de marionetas movidos por un hilo, engendrando peripecias continuadas y lances inverosímiles que llegan á fatigar el espíritu. Scribe es un dato histórico en nuestra literatura dramática; exageró el nuevo principio de la acción, haciendo de ella un elemento único é indispensable, inventando todo un código de leyes y de reglas. Esto produjo un resultado fatal pero lógico, porque todas las reacciones son violentas. Lo que durante mucho tiempo se ha llamado teatro de género, no ha tenido otro origen que la exagerada importancia concedida á la acción en perjuicio de la pintura de caracteres y el análisis de los sentimientos. Se prescindió de la verdad, queriendo tomarla como base. Se prescindió de ciertas reglas para inventar otras más falsas y más ridículas. La obra bien hecha, quiero decir hecha sobre cierto patrón equilibrado y simétrico, se convirtió en un juego curioso, entretenido, de tal modo que la Europa entera se ha divertido con nuestras producciones. En esto consiste la popularidad de nuestro repertorio en el extranjero, donde se ha aceptado por egoísmo cómo se adoptan los artículos de París. Hoy día la obra bien hecha ha sufrido una ligera variación; M. Victoriano Sardou ha cuidado menos este trabajo de ebanistería, pero ha ensanchado el cuadro de la acción con ella, dominándolo todo, ahogándolo todo. Su gran cualidad es el movimiento; no hay en sus obras vida, sino un movimiento endiablado que hace agitarse en perpetua convulsión á los personajes, produciéndonos á veces la ilusión de que viven; pero después de todo, esta vida es ficticia y la produce simplemente un organismo mecánico perfectamente dispuesto. El ingenio, la habilidad, el acierto en la elección siguiendo las corrientes de más actualidad, un gran conocimiento de la escena, una predisposición particular para el episodio y para los pequeños detalles; tales son las principales cualidades de M. Victoriano Sardou. Pero su observación es superficial, los documentos humanos que presenta son falsos y no viven más que en una atmósfera ficticia, en ese mundo de cartón poblado de fantasmas, adonde nos transporta. No se siente en ninguna de sus obras el terreno sólido, y por eso se tropieza siempre con una intriga inaceptable, un sentimiento falso, un convencionalismo que sirve de base á toda la obra, ó bien una extraordinaria complicación de hechos cuyo desenlace se efectúa después, merced á una palabra mágica pronunciada al final. Esto no es la verdadera vida. Aun aceptando las exageraciones necesarias en la farsa

convendría más sencillez en los medios escénicos. Este género de obras no son otra cosa que *vaudevilles* burdos, cuya fuerza cómica está en la caricatura; la risa no nace de la exactitud en la observación, sino de la ridiculez del personaje. Es inútil que cite algunos ejemplos. Véase la pequeña villa que Victoriano Sardou ha pintado *En los burgueses de Pontarcy*; en esta obra se encuentra el secreto de su observación.

Observad en cambio los pueblos descritos por Balzac, y comparad. *Rabagas*, donde la sátira es excelente, se echa á perder con una intriga amorosa de escasisimo mérito. *La famille Benoiton*, en la cual figuran caricaturas divertidísimas, tiene también su tacha; las famosas cartas, esas cartas que nunca faltan en el repertorio de Sardou, y que le son indispensables como los cubiletes al prestigeador. Sardou ha tenido grandes éxitos, lo cual nada tiene de particular. Observad que pasa siempre al lado de la verdad y que inconscientemente ha servido á la causa del naturalismo. Es uno de esos obreros, de los cuales antes he hablado, que sigue las corrientes de su tiempo y cumplen la fórmula nueva, aunque no por completo. Su característica personal es la exactitud de la *mise en scène*, la representación material de la vida ordinaria con la mayor exactitud posible. He aquí, á mi juicio, su razón de ser. Ha llegado á su hora, y ha aficionado al público á los cuadros sacados de la realidad.

Paso al examen de M. Alejandro Dumas (hijo). Es uno de los obreros más

poderosos del naturalismo. A él se le deben los estudios fisiológicos llevados al teatro; hasta ahora sólo él ha osado mostrar el sexo en la mujer y la bestia en el hombre. *La Visite de Noces*, ciertas escenas del *Demi-Monde* y del *Fils naturel*, son de un análisis absolutamente exacto y de una verdad rigurosa. Hay en estas obras documentos humanos nuevos y excelentes, cosa bien rara en nuestro repertorio moderno. Obsérvese que no escatimo elogios á M. Dumas. Pero al examinarlo bajo cierto punto de vista, me veo obligado en seguida á mostrarme severo con él. A mi juicio, hay una crisis en su vida, el desenvolvimiento de una escuela filosófica, un prurito deplorable de sermonear, moralizar y convertir al público. Se ha erigido en sustituto de Dios sobre la tierra y esteriliza por completo sus facultades de observación. Aprovecha los documentos humanos, pero los aprovecha como punto de partida para llegar después á conclusiones extrahumanas, á situaciones estupendas, remontándose al cielo de la fantasía. Ved la *Femme de Claude*, *L'Etrangère* y otras obras suyas. Hace falta un hombre de genio para fijar definitivamente la fórmula naturalista. M. Dumas ha prestado su espíritu á todos sus personajes; los hombres, las mujeres y hasta los niños que figuran en sus obras hacen frases, esas frases famosas que tantos éxitos le han proporcionado pero esto no basta. Nada más falso ni más molesto; tales elementos destruyen la verdad del diálogo. M. Dumas, en fin, que es, ante



todo, gran conocedor del teatro, no vacila nunca; entre la realidad y una exigencia escénica; sacrifica la realidad. Su teoría es que la verdad importa poco ante un efecto teatral. Una obra entraña un problema que resolver; se parte de un punto determinado; es necesario llegar á otro punto sin que el público se fastidie; y la victoria es completa si se ha tenido la habilidad suficiente para saltar por todos los obstáculos forzando al público á seguir al autor á pesar suyo. Los espectadores podrán gritar después, protestar contra las inverosimilitudes y resistirse á aceptarlas; pero lo cierto es que se han entregado al autor durante unas cuantas horas. Todo el teatro de M. Dumas está basado en esta teoría que siempre ha llevado á la práctica. Triunfa con la paradoja, con lo inverosímil, con las tesis más inútiles y más absurdas, á fuerza *de puños*. El que ha sentido las influencias de la escuela naturalista, que ha escrito escenas de observación perfecta, no ha retrocedido nunca ante una ficción si ha creído la ficción necesaria para el razonamiento ó simplemente para agradar. Es una verdadera mescolanza de la realidad y la invención. En ninguna de sus obras deja de observarse esta doble corriente. Recordad en *Le Fils naturel* la novela increíble de Clara Vignot y en *L'Etrangère* la pasmosa historia de la Virgen del Mal. Cito al azar. Diríase que M. Dumas no se sirve de la verdad sino como de un trampolín para saltar sobre la vida. Hay una cosa que le ciega. No nos conduce nunca á un

mundo conocido; el medio es siempre inverosímil y falso; sus personajes pierden el acéto natural y no viven en la tierra. Esta no es la existencia con su amplitud, con sus alegrías ó sus amarguras continuadas. Es un litigio, una argumentación, algo seco, frío, desierto, donde falta aire. El filósofo ha matado al observador; tal es mi conclusión; el conocedor del teatro ha completado al filósofo. Esto es, á mi juicio, digno de lástima.

Llego á M. Emilio Augier. Es el señor actual de nuestra escena francesa. En él el esfuerzo ha sido más constante, más regular. Es necesario recordar los ataques que le dirigen los románticos; le llaman el poeta del buen sentido y se burlan de algunos de sus versos, no osando burlarse de los de Molière. La verdad es que M. Emilio Augier fastidia á los románticos porque adivinan en él un adversario poderoso, un escritor que reanuda la tradición francesa interrumpida por la insurrección de 1830. La nueva forma se desenvuelve con él; la observación exacta, la vida real llevada á la escena, la pintura de nuestra sociedad en una lengua sobria y correcta. Las primeras obras de M. Emilio Augier, sus dramas y comedias en verso tienen el gran mérito de proceder de nuestro teatro clásico; se observa en ellas una gran sencillez en la intriga como en *Philiberke*, por ejemplo; la historia de una fea que se vuelve hermosa y á la cual todo el mundo corteja, le basta para llenar tres actos sin la menor complicación; da á todos sus persona-

jes una placidez agradable, y anuda y desenlaza la trama por la sola acción de los sentimientos. Tengo la convicción de que la fórmula naturalista no será otra cosa que el desenvolvimiento de la fórmula clásica engrandecida y adaptada á nuestra sociedad. Más tarde M. Emilio Augier afirma su personalidad.

Llega forzosamente á la fórmula naturalista desde el momento que desciende á la prosa y á una pintura más libre de nuestra sociedad contemporánea. Citaré en primer lugar *Les Lionnes pauvres*, *Le Mariage d'Olimpe*, *Maitre Guerin*, *Le Gendre de M. Poirier* y sus dos comedias más célebres *Les Effrontés* y *Les Fils de Giboyer*. Son estas obras dignas de mención, y todas ellas, en mayor ó menor escala, realizan en algunas escenas el teatro nuevo, el teatro de nuestro siglo. En el notario Guerin se observa una impenitencia final que produce un efecto verdadero y nuevo. En *Le Gendre de M. Poirier* se personifica á maravilla al burgués enriquecido; Giboyer es una creación curiosa y muy ajustada de tono que se agita en un mundo pintado con gran acierto satírico. La fuerza de M. Emilio Augier, lo que le hace verdaderamente superior, consiste en que es más humano que M. Dumas, hijo. Y esa fibra humana le hace caminar sobre un terreno más sólido; en su compañía no hay que temer los saltos bruscos é inverosímiles; es quizá menos brillante, pero más seguro. ¿Qué es, pues, lo que ha impedido á M. Augier ser el genio destinado á fijar la

fórmula naturalista? ¿Por qué (tal es mi juicio) no ha llegado á ser otra cosa que el más entendido y más fuerte de los obreros modernos? En mi opinión consiste todo en que no ha sabido desprenderse por completo de lo convencional, de los *clichés* establecidos, de los personajes hechos. Amenguan el mérito de su teatro *les figures executées de chic*, como se dice familiarmente en los estudios de los pintores. Es raro no encontrar en sus comedias la joven inmaculada y muy rica que no quiere casarse porque se indigna ante la idea de ser querida por su dinero. Los hombres son igualmente héroes del honor y de la lealtad, que sollozan al saber que sus padres han realizado una fortuna por medios poco escrupulosos. En una palabra; el personaje simpático triunfa, el tipo ideal de los buenos y hermosos sentimientos vaciado siempre en el mismo molde, verdadero símbolo, personificación hierática contraria á la verdadera observación.

Es el comandante Guerin modelo de militares, es el hijo de Giboyer arcángel de la delicadeza, Henri, el hijo de Charrier, en los *Effrontés* se compromete, porque su padre ha realizado una estafa, á reembolsar á los engañados su dinero, etc.

Todo esto es muy hermoso, muy tierno, solamente que como documento humano es muy discutible. La naturaleza no tiene estas mezquindades ni en el bien ni en el mal. No se puede aceptar á estos personajes simpáticos más que como oposición y consuelo. Esto no es todo; M. Emilio

Augier modifica con frecuencia sus personajes. La regla es muy conocida; ¿se necesita un desenlace? Pues se varían los caracteres en una escena de efecto. Ved el desenlace de *Le Gendre de M. Poirier*, por ejemplo, para no citar más que un caso. Verdaderamente lo que ocurre en esta obra es muy cómodo; no se hace tan fácilmente un hombre rubio de un hombre moreno. Como valor de observación, estos cambios bruscos son deplorables; un temperamento va siempre hasta lo último, sin variar á cada paso, á menos que produzcan esta variación causas lentas que merecen un análisis detallado. Las mejores figuras de M. Emilio Augier, aquellas que quedarán indudablemente porque son las más completas y las más lógicas son: la del notario Guerin y Ponmeau de *Les Lionnes pauvres*. El desenlace es hermoso en las dos obras, precisamente porque está fundamentado sobre la realidad, sobre la implacable marcha de la vida, una vida que se separa de los convencionalismos y aparece con su balumba inmensa de alegrías y de amarguras. Volviendo á leer *Les Lionnes pauvres*, yo pensaba en Mad. Marneffe, casada con un hombre honrado. Comparad Serafina á Mad. Marneffe, poned frente á frente por un instante á M. Emilio Augier y á Balzac y comprenderéis por qué, á pesar de sus buenas cualidades, M. Emilio Augier no ha fijado la fórmula nueva del teatro. No tiene vigor suficiente para hacer caso omiso de las convencionalidades que llenan la escena. Sus obras constituyen una rara

mescolanza: hay algo de vacilación; en ninguna se impone por la originalidad decisiva del genio; parece que se aviene á las transacciones fatalmente; de todos modos, será en la literatura dramática uno de los obreros más inteligentes y vigorosos.

Quisiera hablar también de M. Eugenio Labiche, cuya vis cómica es franca y expansiva, de MM. Meilhac y Halévy, finos observadores de la vida parisién; de M. Gondinet que ha acabado de desprestigiar la fórmula de Scribe con sus cuadros espirituales y sin acción alguna. Pero es suficiente con el examen hecho de los tres autores dramáticos más célebres. Yo admiro mucho su talento y sus buenas cualidades. Pero les juzgo bajo el punto de vista de las ideas, estudiando el sitio que ocupan sus obras y su representación en el movimiento literario del siglo.

#### IV

Ya nos son conocidos todos los elementos, y poseo los documentos necesarios para discutir y emitir luego un juicio. Por una parte hemos visto lo que es actualmente la novela naturalista; por otra hemos hecho constar la situación del teatro y el criterio de nuestros primeros autores dramáticos. No hay más que establecer un paralelo.

Nadie pone en duda que todos los géneros pueden coincidir produciéndose

una misma literatura. Cuando pasa una ráfaga, cuando el impulso está dado, hay una corriente general que marcha en un mismo sentido.

La insurrección romántica es un ejemplo contundente de esta unidad de tendencia bajo una influencia determinada. He demostrado que la fuerza de impulsión del siglo está en el naturalismo. Actualmente esta fuerza se acentúa de día en día, y todos deben obedecerla. La novela, el teatro, son arrastrados en la misma dirección, cumpliendo una ley general. Pero ha sucedido que la evolución ha sido más rápida en la novela; en ella ha triunfado por completo, mientras que apenas si se notan sus efectos en el teatro. Esto es muy natural. El teatro ha sido siempre la última ciudadela de lo convencional por infinidad de razones que no necesito explicar. Pretendo simplemente llegar á esta conclusión: la fórmula naturalista que aparece completa y fija en la novela no ha llegado todavía al teatro, del cual más ó menos tarde ha de ser base firme prestándole su rigurosa exactitud científica; de otro modo: el teatro degenerará, acabará por ser un género inferior.

Algunas personas se muestran irritadas contra mí, y gritan: «Pero qué es lo que V. pretende? ¿Cuál es esa evolución necesaria? ¿Acaso la evolución no se ha completado? ¿Acaso MM. Emilio Augier, Dumas, hijo, Victoriano Sardou no han llevado hasta el último límite la observación y la pintura de nuestra sociedad? Dejados; ya hemos avanzado bastante en el camino de la

realidad.» Nada más impropio que el exigir una detención dentro del progreso; no hay nada estable en nuestra sociedad <sup>que. esta</sup> es impulsada siempre por un movimiento continuo. Se marcha constantemente adonde se debe marchar. Creo que la evolución, no sólo no se ha completado en el teatro, sino que apenas si empieza á manifestarse. Hasta ahora sólo hemos asistido á las primeras tentativas. Es necesario esperar á que ciertas ideas se aclimaten, que el público se acostumbre á ellas, que la fuerza de las cosas destruya uno á uno los obstáculos. He tratado, al estudiar rápidamente á MM. Victoriano Sardou, Dumas, hijo, y Emilio Augier, de exponer las razones por las cuales los considero simplemente como obreros que despejan el terreno y no como creadores, como genios que fundan un monumento. Por consiguiente, espero después de su labor preparatoria una labor definitiva.

Otra de las cosas que indignan y sublevan son las burlas infundadas y necias de nuestros enemigos. No hay más que volver á leer á Balzac, á M. Gustavo Flaubert y MM. de Goncourt; en una palabra, á los escritores naturalistas. Espero que aparezcan al fin en nuestro teatro hombres de carne y hueso tomados de la realidad y analizados científicamente sin recurrir á la mentira. Espero que se nos libre de personajes ficticios, de estos símbolos convencionales de la virtud y el vicio que no tienen ningún valor como documentos humanos. Espero que el medio ambiente determine los perso-

najes, y que los personajes sean producto de la lógica de los hechos combinada con la lógica de su propio temperamento. Espero que en las obras teatrales no haya prestidigitación y golpes de varita mágica que cambien en un minuto los seres y las cosas. Espero que no se nos cuenten más historias inaceptables, que no se falseen las observaciones con incidentes románticos que sólo sirven para amenguar el mérito de las obras. Espero que se abandonen de una vez las reglas convencionales, las fórmulas en desuso, las lágrimas y las risas sin fundamento. Espero que una obra dramática, apartándose de lo declamatorio, haciendo caso omiso de las palabras huecas y los sentimientos falsos, tenga la suprema moralidad de lo verdadero; que sea, en fin, la lección terrible de un análisis en el que resplandezca la sinceridad. Espero, por último, que la evolución verificada en la novela llegue también al teatro, que éste se inspire en las fuentes de la ciencia y del arte moderno, en el estudio de la naturaleza, en la anatomía del hombre, en la pintura de la vida, en un proceso verbal exacto, tan original y poderoso, que nadie hasta ahora se ha atrevido á llevarlo á la escena.

— He aquí lo que yo espero. Ya sé que muchos se encogen de hombros con indiferencia y se sonrien diciendo que seguiré esperando siempre. El argumento decisivo consiste en decir que no hay necesidad de exigir tales cosas al teatro. «El teatro no es la novela. Nos ha dado todo lo que ha podido darnos. Es necesario contentarnos con esto.»

Pues bien: hemos llegado al punto más importante de la cuestión: á lo referente á las condiciones de existencia del teatro. Lo que yo exijo es imposible; esto es lo mismo que decir que es necesaria la mentira en la escena; es indispensable que todas las obras tengan levadura romántica, caminando entre equilibrios inverosímiles alrededor de ciertas situaciones hasta llegar á un desenlace absurdo, pero divertido. Por otra parte, se dice, el análisis fastidia, el público pide hechos, siempre hechos; hay que tener en cuenta además la óptica de la escena; la acción, cualquiera que sea su extensión, debe pasar en tres horas; los personajes deben amoldarse á reglas fijas, aunque disparatadas. No cito todos los argumentos; sólo llego á la intervención del público; el público quiere ésto, no aqué- llo; no tolera la verdad, exige cuatro tipos simpáticos contra un personaje real tomado de la vida. En una palabra, el teatro es el dominio de lo convencional; todo lo es en él, desde las decoraciones hasta los personajes. La verdad sólo puede ser admitida en pequeñas dosis, prudentemente distribuidas. Llégase hasta jurar que el teatro no tendría razón de ser desde el momento que cesara de distraernos con mentiras agradables destinadas á consolar por la noche á los espectadores de las tristes realidades del día.

Conozco muy bien todos estos argumentos, y trataré de contestarlos para sentar después una conclusión. Es evidente que cada género tiene sus condiciones propias de existencia. Una no-

vela que se lee cómodamente en casa no es una obra á la cual juzgan en el acto dos mil espectadores. El novelista dispone del tiempo y del espacio; todas las escuelas, sean las que sean, le son permitidas, y empleará cien páginas si quiere para analizar á un personaje; describirá el medio con la extensión que le plazca, cortará su relato, retrocederá, cambiará veinte veces los elementos; será, en fin, dueño absoluto de su obra. El autor dramático, por el contrario, está encerrado en un marco rígido, tiene que respetar mil exigencias y está colocado entre obstáculos de todo género. Surge, por fin, la cuestión del lector aislado y los espectadores en masa; el lector lo tolera todo, se le lleva adonde se quiere; en tanto que los espectadores en masa sienten pudores y alarmas que es necesario tener en cuenta si se quiere evitar un fracaso seguro. Todo esto es verdad, y por esto precisamente el teatro es la última ciudadela de lo convencional, como hice constar anteriormente. Si el movimiento naturalista no hubiera encontrado en la escena un terreno difícil sembrado de obstáculos, ya hubiera alcanzado el mismo éxito que en la novela. El teatro, por sus condiciones de existencia, debe ser la última conquista, la más laboriosa y más reñida del espíritu de la verdad.

Necesito hacer constar que la evolución de cada siglo se encarna forzosamente en un genio literario particular. El siglo XVIII se encarnó en la fórmula dramática. Nuestro teatro brilló entonces con incomparables destellos en per-

juicio de la poesía lírica y de la novela. La razón es que el teatro responde todavía con exactitud al espíritu de la época. Arranca al hombre de la naturaleza y lo estudia con el instrumento filosófico del tiempo; pinta las costumbres refinadas de una sociedad que ha llegado á su madurez completa; es en fin, la fórmula escrita, el producto de una civilización y de un espíritu determinado.

Comparad nuestra época á aquella y os haréis cargo de las razones decisivas que han hecho de Balzac un gran novelista en vez de hacerle un gran autor dramático. El espíritu del siglo XIX con su tendencia á la naturaleza, sintiendo la necesidad de una observación exacta se aleja de la escena donde encuentra el obstáculo de lo convencional, y se afirma en la novela donde encuentra un espacio sin límite donde desenvolverse. Por esto científicamente la novela es la fórmula por excelencia de nuestro siglo, el terreno abonado donde el naturalismo debe triunfar. Hoy día los novelistas son los príncipes literarios de la época; cuentan con el idioma, con el método; avanzan siempre paralelamente á la ciencia. Si el siglo XVIII fué el siglo del teatro, el siglo XIX será el siglo de la novela.

Quiero admitir por un instante que la crítica al uso tenga razón cuando afirma que el naturalismo es imposible en el teatro. He aquí lo que se desprenderá de afirmación semejante. Lo convencional es eterno; es necesario mentir siempre. Estamos condenados á perpetuidad á los escamoteos de M. Sar-

dou, á las tesis y á las frases de Dumas, hijo, á los personajes simpáticos de M. Emilio Augier. Nadie irá más lejos que estos autores; debemos, pues, aceptarles como gloria de nuestro siglo en el teatro. Ellos son lo que son, porque el teatro les exige que sean así. Si no avanzan más, si no obedecen á la corriente impulsiva de la verdad es que el teatro se lo impide. Hay en él un muro que detiene á los más fuertes en el camino. ¡Muy bien! Pero resulta que el teatro mismo se condena dándose un golpe mortal. Se coloca por debajo de la novela. Se le señala un puesto inferior, se le presenta con desprecio á los ojos de las futuras generaciones como una cosa inútil. ¿Qué queréis que hagamos en el teatro nosotros obreros de la verdad, anatomistas, analistas, observadores de la vida, compiladores de documentos humanos, si vosotros nos demostráis que no podemos llevar á la escena ni nuestro método, ni nuestro escalpelo? ¡Es verdad! ¡El teatro sólo vive de falsedades, la mentira se presenta como una necesidad, nuestra literatura experimental no tiene cabida en él! Pues bien; si esto es así, el siglo dejará á un lado el teatro y lo abandonará en manos de los que sólo emplean su talento en divertir al público y realizará en otro campo más ancho su destino. Sois vosotros mismos los que pronunciáis la sentencia, los que matáis al teatro. Es en efecto evidente que la evolución naturalista se extiende de día en día porque es la inteligencia del siglo. En tanto que las novelas avanzarán cada vez más aportando documentos más nuevos y exactos, el teatro se estacionará y arrastrará una vida lánguida entre sus ficciones románticas, sus intrigas conocidas, sus habilidades de oficio. Su situación llegará á ser muy crítica porque el público irá acostumbrándose á saborear las realidades con la lectura de las novelas. El movimiento se indica ya y se observa su fuerza. Llegará un día en que el mismo público se encogerá de hombros con indiferencia ante lo falso y reclamará una innovación. Entonces, ó el teatro será naturalista ó no existirá. Tal es mi conclusión definitiva. Pero ¿acaso no se ha iniciado ya este movimiento? Toda la nueva generación literaria se aparta del teatro. Interrogad á los principiantes, á los que tienen hoy veinticinco años, hablo de aquellos que tienen verdadero temperamento literario; veréis como os manifestarán un gran desprecio por la dramática; veréis como os hablarán de los autores aplaudidos con una ligereza que habrá de indignaros. El teatro, para ellos, es un género inferior. Proviene esto únicamente de que no ven en él el terreno apropiado que necesitan, no encuentran en él ni verdad ni libertad. Todos se dirigen á la novela. Que mañana se regenere el teatro merced al genio, y veréis cómo el espectáculo cambia. Cuando yo he dicho que la escena está abandonada, he querido decir que todavía no ha aparecido en ella un Balzac. No se puede, procediendo con buena fe, comparar á M. Sardou, Dumas y Augier con Balzac; todos los autores dramáticos, co-

locados los unos sobre los otros, no llegarían á su altura. Pues bien; la escena seguirá abandonada, bajo este punto de vista, mientras un maestro afirmando en ella la fórmula nueva no arrastre con él á la generación del mañana.

## V

Soy yo, por lo tanto, el que tiene una fe más firme en el porvenir del teatro. No admito, que la crítica al uso tenga razón al decir que el naturalismo es imposible en la escena, y voy ahora á examinar en qué condiciones se producirá el movimiento.

No; no es verdad que el teatro debe permanecer estacionario, como no lo es tampoco que los convencionalismos actuales sean la base de su existencia. Todo marcha—lo repito—todo marcha en el mismo sentido. Los autores de hoy día pasarán de moda; no son ellos seguramente los encargados de fijar para siempre la fórmula dramática. Lo que ellos han empezado otros lo afirmarán, y el teatro no sufrirá por esto quebranto alguno; entrará, por el contrario en una vida más larga y más lógica. En todo tiempo se ha negado el progreso; se ha rechazado á los elementos nuevos discutiéndoles el derecho de realizar lo que no hicieron los antiguos. Pero esto es una cólera vana y completamente inútil. Las evoluciones sociales y literarias tienen una

fuerza irresistible, y saltan los obstáculos enormes que se creyeron infranqueables. Si el teatro es hoy refractario á la fórmula nueva, mañana será lo que deba ser. Y cuando el suceso se verifique, todo el mundo lo encontrará muy natural.

Entro en el terreno de la deducción; no pretendo que mis afirmaciones tengan una rigurosa exactitud científica. Mientras que he razonado sobre los hechos he podido afirmar. Ahora me contentaré con prever los hechos. La evolución se produce, esto es indudable. ¿Cuál será su camino? ¿Irá por la derecha? ¿Por la izquierda? No lo sé. Seguramente las condiciones de existencia del teatro serán siempre diferentes. La novela, gracias al espacio libre de que dispone, es posible que siga siendo la fórmula por excelencia del siglo, en tanto que el teatro no hará más que seguirla y completar su acción. No hay que olvidar el maravilloso poder del teatro, su efecto inmediato sobre los espectadores. No es posible que exista medio mejor de propaganda. Si la novela se lee en un rincón al lado del fuego, generalmente con una paciencia tan grande que tolera los más nimios detalles, el dramaturgo naturalista deberá pensar, ante todo, que no tiene un lector aislado, sino una muchedumbre que reclama la claridad y la concisión. Se tratará simplemente de cambiar la factura de la obra. La novela analiza con extensión, con una minuciosidad tal, que no olvida un sólo detalle; el teatro analizará brevemente por medio de la acción y las



palabras. Una palabra, un grito, en Balzac, bastan á veces para ver pintado á un personaje y comprenderlo. El mismo grito puede utilizarse en la escena. En cuanto á los actos, constituirá el análisis en acción, el mejor que pudiera hacerse. Cuando el teatro se haya desprendido de las intrigas divertidas, del juego infantil de enredar la madeja por el sólo gusto de desenredarla después; cuando una obra no sea otra cosa que una historia real y lógica, se entrará de lleno en el análisis, se analizará forzosamente la doble influencia de los personajes sobre los hechos y de los hechos sobre los personajes. Esta es la causa de que yo afirmo con frecuencia que la fórmula naturalista hará volver al teatro á las mismas fuentes de nuestro teatro nacional. Se encuentra precisamente en las tragedias de Corneille y en las comedias de Molière este análisis continuo de los personajes que yo pido; la intriga es cosa secundaria; la obra es una larga disertación dialogada sobre el hombre. Solamente que en vez de abstraer al hombre, quisiera yo que se le analizara dentro de la naturaleza, en su medio propio, extendiendo el análisis á todas las causas físicas y sociales que le determinan. En una palabra: la fórmula clásica me parece buena y la admito á condición de que se emplee el método científico para estudiar á la sociedad actual como la química estudia los cuerpos y sus propiedades.

En cuanto á las largas descripciones de las novelas, claro está que no es posible emplearlas en la escena; esto

es evidente. Los escritores naturalistas describen mucho, no por el placer de describir—como se les suele censurar—sino porque entra en la fórmula circunstanciar y completar el personaje con el medio en que vive. El hombre no es para ellos una abstracción intelectual tal como se le consideraba en el siglo XVIII; es una bestia pensante que forma parte de la gran naturaleza y que está sometido á las múltiples influencias del suelo en que vive. Por esta razón un clima, un país, un horizonte, una habitación, tienen frecuentemente una importancia decisiva. El novelista no separa, por lo tanto, al personaje del medio en que vive; no describe por necesidad retórica como los poetas didácticos, Delille, por ejemplo, hace constar simplemente á cada momento las condiciones materiales en que se agitan los seres y se producen los hechos; de este modo completa su obra, su observación resulta perfecta y evoca la realidad. Pero no es necesario llevar las descripciones al teatro; ya surgirán espontáneamente en la escena. ¿Acaso la decoración no es una descripción continuada que puede ser más exacta que la descripción hecha en una novela? Las decoraciones, se dice, no son más que cartones pintados; es verdad, pero en una novela son menos aún, es un pedazo de papel con caracteres de imprenta, y sin embargo, la ilusión se produce. Ante las decoraciones de gran relieve, sorprendentes por su verdad, que suelen verse en nuestros teatros, no se posible negar la posibilidad de ver evo-

cada la realidad en la escena. A los autores dramáticos toca utilizar los medios de que la realidad resulte lo más perfecta posible; presentan ellos los personajes y los hechos; los pintores, siguiendo las advertencias de los autores, presentarán á su vez un decorado propio para la acción. Debo añadir, que siendo el teatro una evocación material de la vida, el medio se ha impuesto en todo tiempo. Solamente en el siglo xvii, como se descartaba á la naturaleza, como el hombre era una simple abstracción, las decoraciones eran vagas; un peristilo de templo, una sala cualquiera, una plaza pública. Hoy el movimiento naturalista exige una exactitud rigurosa en las decoraciones. Esta exigencia se observa más de día en día. Encuentro en esto una prueba más de la labor oculta que realiza el naturalismo en el teatro desde los comienzos del siglo. No puedo estudiar á fondo la cuestión de las decoraciones y de los accesorios, me contento con hacer constar que la descripción, no solamente es posible sobre la escena, sino que es necesaria y se impone como una condición esencial de la existencia del teatro.

Creo que no tengo necesidad de hablar de los cambios de lugar. Hace mucho tiempo que la unidad de lugar no es observada. Los autores dramáticos no se preocupan de abarcar una existencia entera para hacer viajar á los espectadores de un extremo á otro del mundo. En este punto sigue reinando lo convencional, como ocurre en la novela, en la cual el escritor reco-

rrre cien sitios de una línea á otra. Se debe trampear. Una acción que requiera quince días, por ejemplo, debe realizarse en las tres horas que se tarda en leer una novela ó en escuchar una obra. No somos nosotros la fuerza creadora que rige este mundo; no somos más que creadores de segunda mano, analizando, resumiendo casi siempre á tientas, dichosos y aclamados como genios cuando podemos producir un solo rayo de luz.

Llego á la cuestión del idioma. Se pretende que hay un estilo especial para el teatro, y se quiere que sea un estilo diferente del que usamos en la conversación; ha de ser más sonoro, más nervioso, más elevado, tallado en facetas como un brillante, sin duda para que brille con más intenso resplandor. En nuestros días, por ejemplo, M. Dumas, hijo, pasa por ser un gran escritor dramático. Sus «frases» son famosas. Vibran arrancando aplausos á los espectadores. Todos sus personajes hablan la misma lengua, una lengua de parisien espiritual, llena de paradojas, antítesis, y á veces seca y brutal. Yo no niego la brillantez de esta lengua, brillantez poco sólida; pero niego su verdad. Nada tan fatigante como este continuo repiqueteo de la frase. Yo quisiera más sencillez y más naturalidad. Hay cosas que están muy bien escritas y muy mal explicadas sin embargo. Los verdaderos estilistas de la época, son los novelistas; es necesario buscar el estilo impecable, vivo, original, en M. Gustavo Flaubert ó en MM. de Goncourt. Si se

compara la prosa de M. Dumas con la de estos grandes prosistas, se ve que no tiene ni color, ni corrección, ni movimiento. Lo que quisiera encontrar en el teatro es un reflejo de la lengua hablada. Si no puede llevarse á la escena una conversación con sus múltiples giros, sus divagaciones, sus palabras inútiles, puede conservarse el movimiento y el tono de la conversación, el espíritu particular de cada conversador, la realidad, en una palabra, puesta en su punto necesario. MM. de Goncourt han hecho una curiosa tentativa de este género en *Henriette Marechal*, esa obra que nadie ha querido escuchar y que nadie conoce. Los actores griegos hablaban con una especie de bocina; bajo el reinado de Luis XIV los comediantes cantaban sus papeles en tono de melopea para darle mayor amplitud pomposa; hoy día nos contentamos con decir que existe un idioma especial para el teatro, más sonoro, más rotundo, más enérgico.

Queda la cuestión de los personajes simpáticos. No oculto que la considero capital. El público permanece frío cuando no se le presenta un tipo que representa la lealtad y el honor. Una obra en la cual no haya más que personajes vivientes tomados de la realidad, le parece sombría, austera y hasta le irrita. En este punto, sobre todo, libra el naturalismo su batalla. Es necesario que sepamos esperar. Actualmente se verifica en los espectadores una labor secreta. Poseídos por el espíritu del siglo van admitiendo poco á poco las audacias de las pinturas rea-

les y á verlas con agrado. Cuando no puedan soportar ciertas mentiras, será la hora de ganarnos por completo su voluntad. Los novelistas preparan el terreno acostumbrando á los lectores. La hora llegará por fin, y bastará que un maestro se revele en el teatro para encontrar todo un público dispuesto á apasionarse por la verdad. Será esta una cuestión de tacto y de fuerza. Entonces se verá que las lecciones más elevadas y más útiles están en la pintura de lo que existe y no en generalidades vulgarísimas, en himnos entonados á la virtud con el solo objeto de proporcionar un placer al oído.

He aquí, pues, las dos fórmulas: la fórmula naturalista que hace del teatro el estudio y la pintura de la vida y la fórmula convencional, que hace difícil una simple distracción del espíritu, una especulación intelectual, un arte de equilibrio y de simetría con reglas fijas. En el fondo todo proviene de la idea que se tiene de que hay una literatura particular: la dramática. Si se admite que una literatura no es más que una observación de las cosas y de los seres hecha por espíritus originales, se es naturalista. Si se pretende que la literatura es la base, el plan para encontrar la verdad, que el escritor debe servirse de la observación para lanzarse á lo imaginario, se es idealista, se proclama la necesidad de lo convencional. Acabo de ser sorprendido por un ejemplo. Se ha representado últimamente en la Comedia Francesa *El Hijo natural*, de M. Dumas, hijo. De repente un crítico se entusias-

ma, ¡Dios mío, qué cosa más hermosa, más bien pensada, escrita, desarrollada y desenlazada...! Yo permanezco frío ante *El Hijo natural*. ¿Por qué razón? ¿Soy yo más tonto que el crítico? No lo creo. Sino que á mí no me agrada la relojería sino la verdad. En efecto, el mecanismo es muy lindo. Pero yo quisiera la vida con sus estremcimientos, con su poder, *la vida*, en una palabra.

Y añado que al fin hallaremos la vida en el teatro como la hallamos en la novela. Esta pretendida lógica de las obras actuales, esta simetría, este equilibrio en el vacío conseguido con la metafísica antigua se hundirán ante la lógica natural de los hechos y de los seres tal como aparecen en la realidad.

En vez de un teatro de invención

tendremos un teatro de observación. ¿Cómo se realizará la evolución? El porvenir nos lo dirá. He procurado predecir los sucesos, pero dejo al genio el trabajo de realizarlos. He hecho constar mi juicio definitivo: «El teatro será naturalista ó dejará de existir».

Después de haber expuesto mis ideas, ¿podré esperar que no se me atribuyan las que nunca he manifestado? ¿Seguirá viéndose en mis juicios críticos una vanidad ridícula que inspira la necesidad de odiosas represalias? No soy más que un soldado de la verdad y de los convencidos. Si me equivoco, impresos quedan mis juicios, y cuando dentro de cincuenta años se me juzgue, entonces podrán acusarme de injusticias, de ceguedad, de violencia inútil.

Acepto el fallo del porvenir.

EMILIO ZOLA.

## EL SALÓN DE LA BARONESA DE STAEL

### I

**E**l imperio de los salones ha pasado, como el de las mujeres; y nos sería muy difícil dar hoy una idea de la influencia que ciertos salones ejercían en otro tiempo sobre los negocios de Estado y la elección de los ministros.

No era fácil tener un salón: una multitud de grandes personajes, de rentistas, de señores hechos de prisa, reunían diariamente numerosos convidados en sus dorados salones, daban conciertos, y sin embargo, no tenían *salón*; y es que rara vez se encontraban juntas las condiciones requeridas para lograr este poder temido. La primera de todas estribaba en el ingenio y el carácter de la mujer encargada de hacer los honores de ese salón; era preciso que, sin ser vieja, esta mujer hubiese pasado de la edad en que á una persona linda no se le habla más que de su belleza ó de

sus galas, y que estuviera en aquella época de la vida en que el ingenio de la mujer obtiene del amor propio de los hombres, más que sus atractivos y su juventud obtuvieron nunca de su corazón.

La posición social y la fortuna eran necesarias, pero no indispensables á esas reinas de las colmenas de la sociedad distinguida, puesto que vióse entre ellas una Mad. Du Deffant, casi pobre, y una Madama Geoffrin, mujer de un industrial; sin embargo, cada una de ellas tuvo un salón donde se hacían decretos y académicos. Pero las cuestiones que se ventilaban entonces distaban mucho de tener la importancia de las que luego hicieron retemblar el salón de Mad. de Staël.

La segunda necesidad de un salón era un amo de la casa cortés, nulo ó ausente. Tolerábase á veces uno bastante simpático, pero era una excepción; y, ante todo, su

amabilidad tenía que someterse á las más mínimas voluntades de la que presidía su salón.

Esta debía mostrarse difícil para escoger las personas admitidas; porque un salón donde todo el mundo puede hacerse admitir, resulta tan pronto mal compuesto, que por eso mismo pierde toda su consideración y su influencia.

Precisaba también á esta señora de casa un gusto decidido por toda clase de superioridades, y la absoluta falta de los mezquinos sentimientos envidiosos que á menudo impiden recibir á la mujer de moda ó al autor en auge. Era preciso saber colocar los enemigos en presencia, los talentos en relieve, los fastidiosos á la puerta; cosas todas ellas que exigen habilidad y valor.

Además, era menester imponerse la reclusión de un dios dentro de su templo, esperar todos los días á los fieles, y no exponerlos á ver el altar desierto cuando iban á depositar en él sus ofrendas.

Hoy, que cada noche hay una comedia nueva que aplaudir, una reunión donde asfixiarse, un baile donde hacer cola tres horas antes de entrar, no se comprende bien la obligación voluntaria que en otros tiempos se imponía la mujer que aspiraba á tener un salón, de quedarse en casa todas las noches, á menos de que alguna solemnidad

palaciega ó de familia no pudiera servirle de excusa para con sus habituales contertulios. Se creerá tal vez que esto era una esclavitud insoportable. Pues bien, esta esclavitud, consistente en recibir á diario y escuchar á los hombres de más chispeante conversación del mundo, era quizá menos dura de aguantar que nuestras diversiones de moda.

Pueden creerse las ventajas que resultaban de esta sedentaria costumbre al verla adoptar por la mujer más activa, aquella cuya entrada en una cámara ó en una sala de espectáculos producía siempre una gran sensación... en fin, por Mad. de Staël. Podía encontrarse todos los días con los admiradores que hacían falta á su amor propio, con los que mejor estimulaban su espíritu con su conversación; pero sabía que no se reina sino en la propia casa, y que, si se tiene todo su ingenio en las de otros, en la de uno mismo se posee todo el ingenio de las personas que en ella se reúnen; que las noticias que traen, las frases de chispa que pronuncian, son casi una propiedad de la señora de la casa; que tiene derecho de vida y muerte sobre todas las conversaciones; y que, en Francia, la facultad de hacer hablar de lo que se quiere toca muy de cerca al poder de mandarlo hacer.

El salón de Mad. de Staël, cuyo

poderío tuvo el honor de asustar al mayor soberano de nuestra historia moderna, puede dividirse en tres épocas: la de la Revolución, la del Consulado y la de la Restauración.

Sin disputa, el primer salón fué el más influyente: allí discutían los decretos en germen y decidían los nombramientos más importantes, Barnave, Talleyrand, Lameth, Dupont, Boissy-d'Anglas, Portalis, Siméon, Tronçon du Coudray, Pontécoulant, Thibaudeau, Chénier, Rœderer, Benjamín Constant.

Barras, único de los miembros del Directorio admitido en la tertulia de Mad. Staël, veíase por ella solitado sin cesar en pro de las víctimas de la revolución, y puede afirmarse que cada una de sus visitas le *costaba* al galante director alguna buena acción.

Hablando en su salón con Chénier, obtuvo de él Mad. Staël que imitase el atrevido paso de M. de Pontécoulant, cuyo elocuente informe en pro del llamamiento de M. de Montesquieu acababa de ser coronado por un éxito tanto más grande, cuanto que había originado vivas discusiones. A consecuencia del decreto obtenido por M. de Pontécoulant en favor de M. de Montesquieu, Chénier pidió que se aplicase á M. de Talleyrand. Madama de Staël fué también quien después del regreso de M. de Tal-

leyrand le puso en relaciones con Barras, y con sus poderosas influencias le hizo nombrar ministro de Negocios Extranjeros, diciendo:

—M. de Talleyrand necesitaba que le ayudasen para llegar al poder, pero en seguida se pasaría muy bien sin los demás para sostenerse en él.

Así, puede afirmarse que al salón de Mad. de Staël ha debido Francia la existencia política de este hábil *eterno* ministro perpetuo.

Por desgracia, aquella transformación milagrosa de un hidalgo sacerdote emigrado en un ministro republicano, no produjo la reconciliación que esperaba Mad. de Staël. No por eso fueron menos enemigos los partidos que dividían los consejos.

Mad. de Staël recibía á varios de los hombres que conspiraban para la jornada del 18 Fructidor; se la acusa de haber tomado parte en ella. Se defiende de tal cargo y hay que creerla; su salón fué el único culpable. Sabida es toda la abnegación que su alma generosa le inspiró en pro de los infelices proscritos de aquella fatal jornada, lo cual no sosegó los resentimientos é hizo decir á M. Devaines, hablando de Mad. de Staël:

—Es una excelente mujer que ahogaría á todos sus amigos, por tener el gusto de pescarlos con caña.

## II

El segundo reinado del salón de Mad. de Staël no fué tan desastroso; no mató más que al Tribunado, y hasta no hizo sino adelantar su muerte algunos meses; porque el gobierno que el primer cónsul meditaba para Francia no podía aguantar la oposición parlamentaria que había trastornado ya al país. Por eso decía con mal humor hablando de los oradores del Tribunado:

—No tengo tiempo de contestar á los discursos de esos parlanchines impenitentes; no hacen nada y ponen trabas á todo. Que les hagan callar.

Verdad es que varios miembros del Tribunado, hijos pródigos de la República, imbuidos en las ideas de libertad y marchando siempre hacia este seductor espejismo político, combatían abiertamente los decretos preparatorios, los cuales parecíanles ser otras tantas sendas que llevaban al poder absoluto.

El salón de Mad. de Staël resonó entonces con las justas quejas del partido que quería aprovecharse de la Revolución, porque el que la había hecho había sucumbido casi totalmente en ella; pero instituciones

compradas á precio de tantas desgracias, de horribles condenas, merecían ser defendidas con valor. ¡Habían costado tan caras! La excusa de esos tiempos de libertad loca estaba toda ella en la libertad cuerda que debía ser su resultado: he aquí lo que Garat, Andrieux, Daunou y Benjamín Constant, ayudados por el genio y el entusiasmo de Mad. de Staël, trataban de expresar con elocuentes períodos en las sesiones del Tribunado.

El ensayo de estas arengas en pro de la libertad hacíaese por la noche, hablando con Mad. de Staël. Los más astutos de estos oradores eran los que la robaban mayor número de ideas y de frases; la mayoría salían de casa de ella con un discurso completo y acabado para el día siguiente, y (lo que aún es más) con la resolución de pronunciarlo, acto valeroso también obra de ella. Como la intención de ellos era buenisima en el fondo, y la palabra libertad, aunque muy desacreditada por el abuso que de ella se había hecho, santificaba todavía todas las frases de esos hombres políticos, no reinaba ningún misterio en sus reuniones. Por otra parte, el espíritu sonoro de Mad. de Staël hubiera hecho imposible todo misterio: ¡tantos correvediles hallaban las agudezas de su ingenio! Por eso el primer cónsul era sabedor, desde que se le-



vantaba, de todo lo que la víspera se había dicho en la tertulia de ella, y de los ataques que habría de rechazar aquella mañana misma en la sesión del Tribunado.

Se soportan con desdén las declamaciones de una minoría chispeante contra una voluntad manifiesta y decidida, pero no contra el proyecto que todavía no está maduro: es la diferencia entre el ingerto que es preciso abrigar y la planta que puede arrostrar la tormenta. Para un ambicioso, sus proyectos son su vida; sólo pierde con indiferencia lo que ya posee.

Mad. de Staël nos ha confesado ella misma lo que era su salón para ella y para la autoridad:

«Uno de estos tribunos, amigo de la libertad y dotado de uno de los ingenios más preclaros que la naturaleza haya otorgado á hombre alguno, Benjamín Constant, me consultó acerca de un discurso que se proponía pronunciar para señalar la aurora de la tiranía. Le animé á ello con todo el brío de mi conciencia; sin embargo, como se sabía que era uno de mis íntimos amigos, no pude por menos de temer lo que de eso pudiera resultar. Era vulnerable en mi gusto por la sociedad. La víspera del día en que Benjamín Constant iba á pronunciar su discurso estaban en mi casa Luciano Bonaparte, los señores... y otros

varios más cuya conversación, en diferentes grados, tiene ese interés siempre nuevo que excitan la fuerza de las ideas y la gracia de la expresión. Excepto Luciano, ofendido de haber sido proscrito por el Directorio, cada cual se preparaba á servir al nuevo gobierno, no exigiendo de éste sino que recompensara bien la adhesión á su poder. Benjamín Constant se acercó á mí y me dijo en voz baja:

—Mire V. su salón lleno de personas de su agrado; si hablo, mañana estará desierto.

—Hay que seguir la propia convicción—le respondí.

La exaltación me dictó esa respuesta; pero, lo confieso, si hubiera previsto lo que he sufrido á contar desde ese día, no hubiera tenido ánimos para rehusar el ofrecimiento que Benjamín Constant me hacía de renunciar á ponerse en evidencia por no comprometerme.»

Sabido es el efecto que produjo ese discurso, cómo fué imitado y sostenido por los oradores republicanos, y el decreto á que dió lugar.

Los miembros del Tribunado á quienes hirió ese decreto se reunieron, como de costumbre, en casa de Mad. de Staël, contentos de poder vengarse en su salón á fuerza de frases intencionadas y jocosidades agresivas contra el acto arbitrario

que les prohibía valerse de la elocuencia de la tribuna.

Sin embargo, esta oposición maligna, que se desahogaba con epigramas, podía importunar, pero no derrocar al poder que se alzaba entonces. ¿Qué podían tantas ideas confusas, contrarias, superficiales y aun profundas, pero cuya profundidad, desperdigada por la conversación y desconsiderada por la fórmula jocosa que la expresaba, había perdido su fuerza? ¿Qué podían esas ideas esparcidas contra una sola meditada en silencio y perseguida con toda la constancia y la gravedad de la ambición?

Por otra parte, en aquella época el salón de Mad. Staël no sólo estaba constituido por jefes de la oposición, sino que también se veían en él muchas personas afectas al gobierno. Los hermanos del primer cónsul, los ministros, los redactores de periódicos devotos del poder, los señores Roederer y Sauvo iban allí en busca de noticias, como Talma y Gérard en busca de inspiraciones: era el asilo de los emigrados vueltos á su patria, asilo donde encontraban aquella exquisita cortesía, aquellas atenciones hacia el nacimiento y la pobreza noble, distintivo de la buena sociedad bajo el antiguo régimen. El duque Matthieu de Montmorency podía hablar allí de los sentimientos religiosos que llenaban

su alma tan pura y tan caritativa, sin temer las ironías de un viejo ateo ó de un joven librepensador. El duque Adriano de Laval conservaba allí impunemente su ingenio fino y delicado, la gracia de sus maneras nobles y sencillas. El conde Luis de Narbonne mantenía junto á Mad. de Staël esas tradiciones cortesanas y esa adulación á la vez ingeniosa y digna, que luego le valieron tan buen éxito junto al emperador.

El caballero de Boufflers encantaba allí á todo el mundo con sus relatos picantes, su filosofía festiva, sus profundos conceptos dichos con tono ligero, su sátira tan fina y tan bien secundada por las contestaciones brillantes de M. de Chauvelin.

El conde de Sabran daba allí pruebas de ese ingenio distinguido y ese corazón generoso que bien pronto habían de consagrarse á Mad. de Staël y ser el encanto de su destierro.

Esos amables restos del antiguo régimen hablaban muy á gusto con los espíritus superiores ó célebres nacidos de la Revolución, tales como Ducis, Chénier, Lemercier, Arnaud, Legouvé, Talleyrand, Regnault de Saint-Jean-d'Angély, Camilo Jordan, Andrieux, Benjamín Constant, etc., etc. La diferencia de opiniones cedía ante la necesidad de comunicarse y de agradarse, por-

que la admiración ilustrada de las gentes del antiguo régimen era necesaria á los hombres del nuevo; y esos mantenedores de la aristocraciatemplada, esos ministros del buen gusto, quedaban satisfechos al ver la influencia que sus decisiones tenían aún sobre los jóvenes talentos demócratas. Cada cual de ambos partidos, consolado por lo que al otro le faltaba, no pensaba en humillarse; igualmente neutralizados por el poder naciente, los realistas y los republicanos jugaban juntos sin amarse ni temerse, como jugarían unos pobres perros sin colmillos con unos pobres gatos sin uñas.

Este juego disgustó al primer cónsul. En vano Regnault de Saint-Jean-d'Angély, el amigo y constante defensor de Mad. de Staël junto á Napoleón, le afirmaba que la tertulia de esta mujer célebre no podía ser peligrosa para una autoridad tan firme. El primer cónsul respondía:

—Eso no es un salón, eso es un club.

En vano le repetía Regnault que Mad. de Staël era demasiado entusiasta de la gloria para conspirar contra la del vencedor de Italia. La verdad, la adulación, todo fracasaba ante la antipatía del héroe contra la mujer de talento: era el odio de la acción á la observación, del gran designio contra el pequeño

obstáculo, de la pasión contra la ironía.

Fué preciso abdicar. Una orden de destierro condenó á Mad. Staël á dejar el cetro de la conversación parisiense. Su brillante existencia se concentró en una intimidad más digna de envidia que todos los placeres del mundo. Ante los ojos del padre á quien adoraba, rodeada de amigos talentosos que el destierro le atraía (como por lo común á otros los rechaza), ocupada en la educación de su hija, cuya belleza, cuyo talento y cuyas virtudes habían de colmar todos los votos de su ambición materna, dominada por la creación de obras que la han puesto en primera fila entre nuestros literatos, objeto de los homenajes de todos los soberanos y de todos los grandes ingenios de Europa..., no podemos tener lástima de su suerte.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS.

III

La tercera época de la reapertura en París del salón de madama de Staël, fué la de nuestros reveses.

Siéndome insoportable la vista de los cosacos que pululaban entonces por nuestras calles, me en-

cerré en mi casa, donde las cartas de mis amigos me tuvieron al corriente de lo que ocurría de interés en los salones más de moda.

Un hombre cuyo espíritu observador, delicado, profundo y picante se ha revelado después al público en obras encantadoras, me escribió entonces un relato de la velada que acababa de pasar, al salir de casa de Mad. de Staël.

Esta carta pintará, mejor que yo pudiera hacerlo, ese brillante y último salón, que bien pronto ¡ay! había de cerrarse para siempre.

Carta á Mad. G.\*\*\*

Paris, á las dos de la madrugada.

«Regreso de mi velada y no puedo acostarme sin contar á V. lo que más me ha divertido. Divertido no es la verdadera palabra, porque el salón de Mad. de Staël, más que un lugar donde uno se divierte, es un espejo donde se mira la historia del tiempo. Lo que allí se ve y se oye es tan instructivo como muchos libros y más alegre que muchas comedias. Me pregunta V. por qué leo poco. ¿Para qué leer, cuando pasa uno la vida bebiendo en la fuente de todas las ideas de la época, viéndolas trabajar en germen y

previando su efecto cuando entren en circulación en el mundo? Encontraría mal pergeñado en otra parte lo que aquí descubro bajo la forma más seductora: son una vida y un espíritu que irradian, son torrentes de fuego, relámpagos de genio. ¿De qué viviremos el día que la perdamos?

»Lo que constituye el mayor encanto de la sociedad de esta mujer es que sentís que os está juzgando. Esto os da en seguida el goce de vuestras facultades, y además os presta ella un poco de las suyas. Porque su talento no es avaro, no es más que el dispensador de los tesoros de su alma; y lo que yo prefiero á todo, es el alma de las personas de talento.

»Cuando la admirable elocuencia que V. conoce ha producido su efecto sobre la multitud; cuando el talento ha ejercido su acción diaria; cuando se ha realizado la misión pública del genio, puede uno aproximarse á ella como á cualquiera otra mujer, ¡y se comprende cuánto vale el título de amigo suyo! Entonces, entrando en sí misma y abandonándose á la confianza, de la cual tiene siempre necesidad un alma creadora, permanece sola con uno ó dos amigos para hablarles de ella y de ellos; y también entonces se descubre con admiración todo lo que en ese corazón ha puesto Dios. ¡Qué

confidencias de una ingenuidad sublime! ¡Qué destellos de luz acerca del alma humana, acerca del mundo! ¡Qué descubrimientos os fuerza á hacer en la historia, en la naturaleza, en uno mismo, en todo cuanto creíais saber tan bien como ella!... ¡Da uno gracias al Creador de ser, cual ella, una criatura humana!

—»Hace poco se me quejaba de la indiferencia de ciertas personas.

—»Sin embargo—la dije—no se puede ser lo más interesante para todo el mundo.

—»Pero—me respondió con esa mirada, testimonio de la comunicación de la tierra con el cielo—¿de qué proviene el que cada una de esas personas no pueda quererme tanto como yo puedo quererlas á todas?

—»Este sencillo testimonio que da de sí mismo un corazón ardiente en caridad enteramente divina; este noble grito de un inevitable y sublime dolor, la pinta mejor que pudieran hacerlo tomos de análisis y de anécdotas. Yo la admiro, como la admira todo el mundo; pocas personas la aman como yo la amo..., en fin, ¡la encuentro hermosa! Me reconcilia con la vida de Paris. Puesto que es desgraciada en otras partes, preciso es que encuentre aquí algo análogo á su naturaleza. No puedo definir esta relación, pero ella ve más claro y á mayor distancia que yo.

» Ya sabe V. que hoy era cuando el duque de Wellington debía pasar la velada por primera vez en la tertulia de ella. Llegué temprano; ella no había vuelto aún á casa. Esperábanla algunos habituales contertulios. Los más notables eran el abate de Pradt, Benjamin Constant y M. de La Fayette. Charlaban; me quedé en un rincón, haciendo como que los escuchaba. ¡Temo si habrán tomado mi silencio por lo que era en realidad!

—»Al fin, entró Mad. de Staël.

—» Me he retrasado—nos dijo—pero no es culpa mía. Estaba invitada á comer en casa de \*\*\* y no tenía más remedio que ir allí. Me han puesto junto á Fouché y á M. \*\*\* Esto era hallarse entre el puñal y el veneno.

—»Nos hicimos cruces de la originalidad y (por desgracia) la exactitud de esta comparación, que era toda una definición. Pero, en mis adentros, me confirmé en la idea de apartarme de una sociedad que permite, que necesita la traición, por lo menos en las palabras. Yo no podía vituperar á Mad. de Staël que se dejase llevar del tono general de la sociedad en que vivimos; pero me decía: si los espíritus que dominan sobre la muchedumbre participan de las debilidades vulgares, ¿qué llegará á ser de los débiles, siguiendo este torrente?

»Gran número de personas habían llegado. Todas esperaban al héroe de la velada. Aún no le habíamos visto sino de ceremonia, y estábamos impacientes por oírle hablar.

»Anuncian á Mad. Récamier; sólo ella podía indemnizar á la señora de la casa del tedio de la espera. Mad. de Staël ha descubierto bajo sus hechizos todo lo que el mundo no piensa pedirle todavía. Estas damas pusiéronse á conversar en voz baja en un ángulo del salón hasta la llegada del duque de Wellington.

»¡Por fin entra!... Lo noble de su figura, lo sencillez de sus modales producen en nosotros el más agradable efecto. Su orgullo (tiene por qué tenerlo) participa de la gracia de la timidez. Mad. de Staël, dominada también por esa actitud y ese lenguaje tan poco franceses, exclama:

—»¡Lleva la gloria como si no fuese nada!...

»Luego, por un arranque de patriotismo, se inclina á mi oído y añade:

—»Sin embargo, hay que convenir en que jamás ha hecho la naturaleza un grande hombre á menos costa.

»Me parece que el hombre está pintado de cuerpo entero en estas dos frases.

»Por este comienzo, pensará V. que habremos tenido mucho placer

durante el resto de la velada. Juzgue V. de ello. Apenas había llegado el duque de Wellington al fondo del salón, cuando se apodera de él el abate de Pradt y le obliga á escucharle, lo menos durante tres cuartos hora, expresar sus ideas (¡las ideas del abate de Pradt!) acerca de la táctica militar. ¡Figúrese usted la cólera de Mad. de Staël y el aburrimiento de todo el mundo! Schlegel decía que le parecía oír á aquel retórico que echó un discurso acerca del arte de la guerra á Annibal.

»Esta frase chispeante no nos indemnizó del hastío de oír dar salida en buen francés á todo lo que sabíamos, cuando esperábamos escuchar cosas nuevas dichas con acento extranjero. Entre las pocas frases que pudo meter el general inglés ha habido una que me ha chocado. Mientras el abate tomaba aliento ó se sonaba, el guerrero tuvo tiempo para decirnos que el día más horrible en la vida de un hombre que manda un ejército es aquel en que gana una batalla, porque antes de haber pasado la noche sobre el terreno y de asegurarse por la mañana de la fuga del enemigo, el mismo vencedor no puede saber si él es el vencido.

»Cada cosa tiene su precio en el mundo; y si los hombres de toda clase de estados nos dijeran su se-

creto, veríamos que los triunfos más ruidosos se pagan por lo menos en lo que valen. Sea como fuere, he encontrado tanta exactitud como buen gusto en las frases del duque de Wellington. Se ve que trata de hacerse perdonar la curiosidad que nos inspira.

»Mucha gente se retiraba desalentada por la facundia de M. de Pradt; el mismo heroe pensaba huir, cuando al cabo Mad. de Staël consiguió librarle de la emboscada en que había caído. Le retuvo junto á una puerta; empeñóse una conversación bastante seria acerca de la Constitución inglesa. Mad. de Staël no podía aliar la libertad política con las formas serviles que habían quedado subsistentes en las relaciones individuales de una sociedad tan orgullosa de esa libertad.

—»El lenguaje y los usos aristocráticos no chocan á nadie en un país verdaderamente libre—decía el Duque.—Empleamos esas fórmulas sin consecuencias en forma de homenaje á lo pasado, y conservamos nuestras ceremonias como se conserva un monumento aun cuando ya no tenga su primitivo destino.

—»¿Es cierto—dijo Mad. de Staël—que vuestro lord canciller habla de rodillas al rey durante la sesión del Parlamento?

—»Es verdad.

—»¿Y cómo lo hace?

—»Le habla de rodillas, se lo digo á V.

—»¿Pero cómo?

—»V. lo quiere—responde el Duque, y se echa á los piés de nuestra Corina.

—»¿Quiero que todo el mundo lo vea!—exclama Mad. de Staël.

»Y todo el mundo aplaudió de común acuerdo. No respondería de la misma unanimidad de aprobación en lo que los mismos espectadores decían en lo bajo de la escalera.

»Todo el mundo había partido; yo permanecí dos horas todavía con la dueña de la casa y M. Schlegel, cuya cólera contra el abate retórico no se calmaba.

»Durante esas dos horas, la conversación de Mad. de Staël me ha encantado, probándome cuánta razón tenía yo para querer á una persona que vive al mismo tiempo tan cerca y tan lejos del mundo.

»Con el entusiasmo de su talento nos decía esta noche:

—«¿Qué felicidad si pudiera ser reina durante veinticuatro horas!

»¿Qué magníficas cosas... diría!»

»Frasas de este género son las que han hecho decir á mi tío el conde de Sabran:

—«Querría que el mundo fuese un salón y ser ella la araña que lo alumbrase.»

»Es posible que esta picante jo-

cosidad sea exacta en ciertos momentos de su vida; pero la misma persona ha dicho:

—»Comprender todo, sería perdonarlo todo.»

»Este solo pensamiento expresado y puesto en práctica, valdría la pena de nacer y de sufrir.

»Me sería preciso pasar aún muchas noches en blanco para contar á V. con detalles la conversación de ésta; en una conversación de dos horas con Mad. de Staël hay asunto

para más de un libro. Prefiero irme á acostar, á fin de poder ir mañana, á contarle á V. todo; lo que hoy no he hecho, sino permitírsele adivinar. — *A. de Custine.*»

Esta carta nos ha parecido un retrato acabado del salón y de la conversación de aquella mujer de sublime lenguaje, que hacía exclamar á Mad. de Tessé:

—Si yo fuera reina, ordenaría á Mad. de Staël que no dejara un momento de hablarme.

SOFÍA GAY.



## LA TOMA DEL REDUCTO

**U**n amigo mío, militar, que murió de fiebre en Grecia hace años, me describió un día el primer encuentro á que asistió. Su relato me impresionó tanto, que lo escribí de memoria en cuanto tuve tiempo. Hele aquí:

«Me reuní á mi regimiento el 4 de Setiembre por la noche, y encontré al coronel en el vivac. Al principio me recibió bastante bruscamente, pero después de haber leído la carta de recomendación del general B\*\*\*, cambió de maneras y me dirigió algunas frases amables.

»Me presenté luego á mi capitán, que en aquel momento volvía de un reconocimiento. Este jefe, á quien casi no tuve tiempo de conocer, era un hombre alto, moreno, de fisonomía dura y antipática. Había sido soldado raso, y ganado sus charreteras y su cruz sobre el campo de batalla. Su voz, ronca y apagada, contrastaba singularmente

con su estatura casi gigantesca. Me dijeron que se le había puesto así la voz á causa de una bala que le había atravesado de parte á parte en la batalla de Jena.

»Cuando supo que yo procedía de la Academia de Fontainebleau, hizo un gesto y dijo: «Mi teniente murió ayer...» Yo comprendí que quería decir: «V. es quien tiene que reemplazarle, y no es V. capaz de ello.» Tuve en la punta de la lengua una respuesta amarga, pero me contuve.

»Salió la luna por detrás del reducto de Cheverino, situado á dos tiros de cañón de nuestro vivac. Aparecía ancha y roja, como ordinariamente suele estarlo cuando sale, pero aquella noche me pareció de un tamaño extraordinario. Por un momento el reducto se destacó en negro sobre el disco brillante de la luna, que parecía el cono de un volcán en el instante de la erupción.

»Un veterano á cuyo lado me hallaba observó el color de la luna: «Muy roja está—dijo—señal que no va á costar poco tomar el famoso reducto.» Yo he sido siempre supersticioso, y aquel augurio, sobre todo en aquel momento, me afectó. Me acosté, pero no pude dormir. Me levanté y anduve un rato paseando, mirando la inmensa línea de fuegos que cubría las alturas del lado allá del pueblo de Cheverino.

»Cuando me pareció que el aire fresco y penetrante de la noche había refrescado bastante mi sangre, me volví junto al fuego, me envolví cuidadosamente en mi manta, y cerré los ojos, esperando no volverlos á abrir hasta la madrugada. Pero el sueño no quiso complacerme. Insensiblemente mis reflexiones tomaban un tinte lúgubre. Pensaba que entre los cien mil hombres que cubrían aquella llanura, no tenía un solo amigo. Si quedaba herido, iría á un hospital, donde cirujanos ignorantes me tratarían sin consideración. Entonces me acordé de lo que había oído decir de las operaciones quirúrgicas. Mi corazón latía con violencia, y maquinalmente me iba arreglando á modo de coraza el pañuelo y la cartera que tenía en el pecho. Me consumía la angustia; á cada instante me adormecía, y á cada instante también alguna idea siniestra se repro-

ducía con más fuerza y me despertaba lleno de sobresalto.

»Sin embargo, el cansancio acabó por dominarme, y cuando tocaron diana estaba completamente dormido. Nos formamos en batalla, pasaron lista y luego dejamos las armas en pabellones, anunciando todo que íbamos á pasar un día tranquilo.

»A eso de las tres llegó un ayuda de campo con una orden. Nos mandaron coger las armas; nuestros cazadores se desparramaron por el llano; seguimoslos despacio, y á los veinte minutos vimos que todas las avanzadas rusas se replegaban y volvían á entrar en el reducto.

»Una batería de artillería vino á situarse á nuestra derecha, otra á nuestra izquierda, y las dos muy delante de nosotros. Rompieron un fuego muy vivo contra el enemigo, que contestó enérgicamente, y pronto se perdió de vista el reducto de Cheverino entre densas nubes de humo.

»Nuestro regimiento estaba casi á cubierto del fuego de los rusos, detrás de una ondulación del terreno. Las balas de sus cañones, que caían muy de tarde en tarde sobre nosotros, porque tiraban con preferencia sobre nuestros artilleros, pasaban por cima de nuestras cabezas, ó cuando más nos llenaban de tierra y de piedrecillas.

»En cuanto se nos dió orden de avanzar, mi capitán me miró tan fijamente que me obligó á atusarme dos ó tres veces mi joven bigote con el ademán más natural que me fué posible. Por lo demás, yo no tenía miedo, y lo único que me preocupaba era que sospechasen que le tenía. Aquellas inofensivas balas contribuyeron también á mantenerme en mi serenidad heroica. Mi amor propio me decía que corría un peligro real, puesto que estaba al alcance de los fuegos de una batería. Encantado estaba yo de verme tan á mi gusto, y pensaba en el que experimentaría cuando contase la toma del reducto de Cheverino en el salón de Mad. de B\*\*\*, calle de Provence.

»El coronel pasó por delante de nuestra compañía, y me dijo estas palabras: «¡No va V. á tener mal estreno!»

»Me sonreí con ademán marcial, y me sacudí la manga de la levita, manchada con un poco de polvo que había levantado una bomba á treinta pasos de mí.

»Parece que los rusos notaron el poco efecto de sus balas, porque las reemplazaron con granadas que podían alcanzarnos más fácilmente en la hondonada en que estábamos apostados. Un casco bastante grande me llevó el shakó y mató á un soldado junto á mí.

—»Sea enhorabuena—me dijo

mi capitán, cuando volvía yo de recoger el shakó.—Con eso ya está V. libre por todo el día. Me era conocida esa superstición militar que cree que el axioma *non bis in idem* es aplicable lo mismo en el campo de batalla que en un tribunal de justicia. Me volví, pues, á poner el shakó, y dije tan alegremente como pude: «Eso es hacerle á uno que salude sin miramiento alguno. Aquel chiste de mal gusto en tales circunstancias, agradó mucho. «Le felicito á V.—volvió á decir el capitán—porque ya no le pasa á V. nada más, y á la noche se encuentra V. mandando la compañía; que bien veo que la cosa viene para mí. Siempre que me han herido, el oficial de mi lado ha recibido alguna bala fría», y añadió en voz más baja y como avergonzado: «los nombres de todos ellos empezaban con P.»

»Yo me las eché de *sprit fort*: muchos hubieran hecho lo que yo; y á muchos como á mí les hubieran impresionado aquellas palabras proféticas. Mi condición de recluta me hacía conocer que á nadie podía confiar mis impresiones, y que debía demostrar siempre una intrépida serenidad.

»Al cabo de media hora, el fuego de los rusos disminuyó sensiblemente, y entonces salimos de nuestro abrigo para marchar sobre el reducto.

»Constaba nuestro regimiento de tres batallones. El segundo quedó encargado de flanquearle por el lado de la gola; los otros dos tenían que dar el asalto. Yo pertenecía al tercero.

»Al salir de la especie de espaldón que nos había resguardado, fuimos recibidos con varias descargas de fusilería que hicieron poco daño en nuestras filas. El silbido de las balas me sorprendió; á menudo, volvía la cara, y esto me valió algunas cuchufletas de mis camaradas, más familiarizados con aquel ruido. Después de todo—pensaba yo—una batalla no es una cosa tan terrible.

»Ibamos avanzando á la carrera, precedidos de los cazadores, cuando de pronto los rusos lanzaron tres hurras muy perceptibles, y luego quedaron silenciosos sin disparar un sólo tiro. No me gusta este silencio—dijo mi capitán—esto no nos augura nada bueno. Me pareció que la gente andaba un poco ruidosa; y no pude menos de comparar en mi interior un tumultuoso vocerío con el silencio imponente del enemigo.

»Llegamos rápidamente al pié del reducto. Las empalizadas estaban destruidas, y nuestras balas habían removido la tierra. Los soldados se lanzaron sobre aquellas ruinas recientes á los gritos de *¡Viva el Emperador!*, más fuertes de lo

que pudiera esperarse de hombres que ya habían gritado tanto.

»Levanté la vista, y jamás se me olvidará el espectáculo que contemplé. La mayor parte de la humareda había subido y estaba suspendida como un dosel veinte piés por cima del reducto. A través de un vapor azulado, se distinguía detrás de su parapeto medio destruido á los granaderos rusos, con el fusil en alto, inmóviles como estatuas. Todavía me parece estar viendo á cada soldado con el ojo izquierdo clavado en nosotros, y el derecho oculto detrás de su fusil levantado. En una tronera á pocos piés de nosotros un hombre con la mecha encendida, se mantenía al pié de un cañón.

»Me estremecí y creí llegada mi última hora.—Ahora va á empezar el baile—exclamó mi capitán.—Buenas noches». Estas fueron las últimas palabras que le oí pronunciar.

»Un redoble de tambores sonó en el reducto. Ví bajar todos los fusiles; cerré los ojos, y oí un estrépito espantoso, seguido de gritos y de lamentos. Cuando volví á abrir los ojos, me sorprendí de hallarme todavía en el mundo. El reducto estaba de nuevo envuelto en humo. Yo estaba rodeado de muertos y de heridos; mi capitán, tendido á mis piés, con la cabeza destrozada por una bala de cañón, y los sesos y la

sangre me manchaban todo el uniforme. De toda mi compañía no quedaban en pie más que seis hombres y yo.

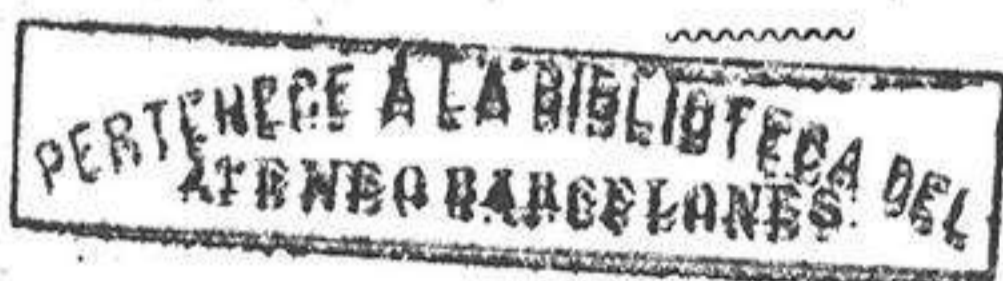
»A aquella carnicería sucedió un momento de estupor. El coronel, poniendo el sombrero en la punta de su espada, trepó el primero al parapeto al grito de: *¡Viva el Emperador!* Siguiéronle al punto los sobrevivientes. Casi no conservo una noción clara de lo que luego sucedió. Entramos en el reducto no sé cómo. Allí nos batimos cuerpo á cuerpo en medio de un humo tan espeso que no se veía nada. Creo que herí á alguien, porque mi sable estaba lleno de sangre. Por último oí gritar: *¡Victoria!*, y cuando se disipó la humareda ví que la tierra del reducto desaparecía bajo los muertos y la sangre. Los cañones, sobre todo, estaban enterrados bajo montones de cadáveres. Unos doscientos hombres, en pie, con el uniforme francés, estaban agrupados

sin orden, unos cargando sus fusiles, otros limpiando sus bayonetas. Con ellos había once prisioneros rusos.

»El coronel había caído, cubierto de sangre, sobre un furgón roto, cerca de la gola. Unos cuantos soldados se apiñaban en derredor suyo. Yo me acerqué á tiempo que preguntaba á un sargento: «¿Dónde está el capitán más antiguo?» El sargento se encogió de hombros de una manera muy expresiva. «¿Y el teniente más antiguo?—Aquí está este caballero que llegó ayer»—dijo el sargento con tono enteramente tranquilo.—El coronel se sonrió amargamente. «Vamos, caballero—me dijo—V. manda en jefe; haga V. fortificar inmediatamente la gola del reducto con esos carros, porque el enemigo tiene fuerzas; pero el general C.\*\*\* le apoyará á V.» «¿Mi coronel—le dije—está V. gravemente herido?» «J... querido mío, pero el reducto se ha tomado.»

PRÓSPERO MERIMÉE.

## EL MAL ZUAVO



**E**l viejo herrero Lory, de Santa María de las Minas, no estaba contento aquella noche.

Una vez apagada la fragua y puesto el sol, tenía por costumbre sentarse en un banco delante de su puerta para saborear esa grata laxitud que deja la pesadumbre del trabajo y de la ardorosa jornada; y antes de despedir á los aprendices, bebía con ellos sendos jarros de cerveza fresca, mirando la salida de los trabajadores de las fábricas. Pero aquella noche, el buen hombre permaneció en la fragua hasta el momento de ponerse á la mesa, y aun entonces fué allá como á disgusto. La vieja Lory pensaba, al mirar á su hombre:

«¿Qué es lo que le pasa?... ¿Habrá recibido tal vez del regimiento alguna mala noticia y no me la quiere decir?... Quizá esté enfermo nuestro mozo primogénito...»

Pero no se atrevía á preguntar nada y ocupábase tan sólo de hacer callar á tres rubitos chicuelos, de color de espigas maduras, quienes se reían en torno del mantel hincando el diente á unos rábanos negros en ensalada con manteca.

Al fin, el herrero apartó su plato con cólera:

—¡Ah, piojosos! ¡Ah, canallas!...

—Veamos, Lory, ¿de quienes hablas?

Y prorrumpió él:

—Hablo de cinco ó seis pillastres que andan rodando por la villa desde esta mañana con uniforme de soldados franceses, mano á mano con los bávaros... son de esos que han... ¿cómo lo dicen ellos?... optado por la nacionalidad de Prusia... ¡Y decir que todos los días vemos regresar de esos falsos alsacianos!... ¿Qué bebedizo les habrán dado?

La madre trató de defenderlos:

—¿Qué quieres tú, pobre marido mío? Esos chicos no tienen la culpa... ¡Está tan lejos aquella Argelia, de Africa, adonde se les envía!... Allá abajo todos tienen el mal de la tierra; y es muy fuerte para ellos la tentación de volverse por acá, de dejar de ser soldados.

Lory descargó en la mesa un tremendo puñetazo:

—¡Cállate, madraza!... Vosotras las mujeres no entendéis pizca de estas cosas. A fuerza de vivir siempre con los hijos y nada más que para ellos, os encogéis hasta adquirir la estatura de vuestros mocosos... Pues bien, yo te digo que esos hombres son unos mendigos renegados, los últimos de los cobardes, y que si por desgracia nuestro Cristián fuese capaz de una infamia semejante, tan cierto como me llamo Jorge Lory y como he servido siete años en los cazadores de Francia, le atravesaba el cuerpo de un sablazo.

Y terrible, á medio levantar, el herrero señalaba á su largo charrasco de cazador de caballería colgado en la pared bajo el retrato de su hijo, un retrato de zuavo hecho allá abajo, en Africa; pero al ver aquella honradota cara de alsaciano, negra y tostada por el sol, entre esas blancuras, esos claros que forman á la luz viva los colores

chillones, calmóse de pronto y se echó á reír.

—Buen majadero soy en amon-tonarme el juicio... ¡Cómo si nuestro Cristián pudiese ni por pienso llegar á hacerse prusiano, él que tantos ha despachado para el otro barrio cuando la guerra!...

Recobrado su buen humor ante esta idea, el buen hombre acabó de comer alegremente, y en seguida se marchó á vaciar un par de jarros de cerveza á la *Ville de Strasbourg*.

A la sazón está sola la vieja Lory. Después de haber acostado á sus tres chiquitos, á quienes se les oye en el cuarto inmediato gorjear como una nidada que se duerme, agarra su labor y se pone á repasar sentada delante de la puerta por la parte de los jardines. De vez en cuando suspira, y piensa diciéndose entre sí:

«Bueno, pasemos por ello. ¡Que son unos cobardes, unos renegados!... ¡qué más da! ¡En cambio sus madres son bien felices al volverlos á ver!»

Acuérdase ella del tiempo en que el suyo, antes de partir para el ejército, estaba allí á aquella misma hora del día, ocupándose en el arreglo del jardinito. Contempla el pozo donde venía él á llenar sus regaderas, de blusa, con el pelo largo, aquellas hermosas melenas que le cortaron cuando entró en los zuavos...

De repete se estremece. La puer-  
tecilla de atrás, la que da al cam-  
po, se ha abierto. Los perros no  
han ladrado; sin embargo, el que  
acaba de penetrar bordea las tapias  
como un ladrón, se desliza por en-  
tre las colmenas...

—¡Buenos días, madre!

Su Cristián está en pié delante de  
ella, despechugado todo, dentro de  
su uniforme, vergonzoso, turbado,  
con la lengua gorda. El miserable  
ha vuelto con los otros á su tierra,  
y desde hace una hora anda dando  
vueltas alrededor de la casa, aguar-  
dando á que salga su padre para en-  
trar él. La madre quisiera reñirle,  
pero no tiene valor para hacerlo.  
¡Cuánto tiempo sin verle, sin be-  
sarle! Y luego da él tan buenas ra-  
zones, que echaba mucho de menos  
el país y la fragua, que le aburría  
el vivir siempre lejos de ellos, que  
además la disciplina militar era cada  
vez más dura, y que los camaradas  
le apodaban «el Prusiano» á causa  
de su acento de Alsacia. Todo lo  
que él dice, se lo cree ella. No tie-  
ne más que mirarle para creerlo.  
Charla que te charlarás, han en-  
trado en la sala baja. Despiertos los  
pequeñines, entran corriendo, des-  
calzos y en camisa, para besar al  
hermano grande. Quieren hacerle  
que coma, pero no tiene hambre.  
Solo siente sed, una sed continua, y  
eso que ha bebido buenos tragos de

agua encima de todas las rondas de  
cerveza y de vino blanco que ha  
pagado desde la mañana en la ta-  
berna.

Pero alguien anda por el patio.  
Es el herrero, que vuelve á entrar  
de regreso.

—Cristián, ahí está tu padre.  
Pronto, escóndete; que tenga yo  
tiempo de hablar con él, de expli-  
carle... —Y le empuja tras del gran  
hornillo de loza, poniéndose otra  
vez á coser con manos temblonas.  
Por desgracia se ha quedado enci-  
ma de la mesa el gorro (*chechia*)  
del zuavo; y esta es la primera cosa  
que Lory ve al entrar. La palidez  
de la madre, su confusión... Lo  
comprende todo.

—¡Cristián está aquí! —dice con  
voz terrible; y descolgando su sable  
con un gesto loco, se precipita ha-  
cia el hornillo donde el zuavo está  
agazapado, pálido, aturdido, apo-  
yándose en la pared por miedo á  
desplomarse en el suelo.

La madre se arroja entre am-  
bos:

—¡Lory, Lory, no le mates!...  
Yo soy quien le ha escrito que ven-  
ga, que tenías necesidad de él en la  
fragua...

Y se cuelga de su brazo, se arras-  
tra, solloza. En la oscuridad de su  
alcoba gritan los niños al oír esas  
voces tan preñadas de ira y de lá-  
grimas que ya no las reconocen...



El herrero se detiene, y mirando á su mujer, exclama:

—¡Ah! ¿Conque eres tú quien le ha hecho venir?... Entonces, bueno, que se marche á acostar. Veré mañana lo que debo hacer.

A la mañana siguiente, al despertarse Cristián, después de un sueño lleno de pesadillas y de terrores sin causa, encuéntrase en su cuarto de muchacho. A través de los pequeños vidrios sujetos con plomo y por entre lúpulo en flor, el sol está alto y caliente ya. Abajo resuenan los martillos sobre el yunque... La madre está á su cabecera, no le ha abandonado en toda la noche: tanto miedo le daba la cólera de su marido. Tampoco el viejo se ha acostado. Hasta hacerse de día ha estado andando por la casa, llorando, suspirando, abriendo y cerrando armarios; y ahora entra en el cuarto de su hijo gravemente, vestido como para un viaje, con altas polainas, sombrero ancho y un sólido pasamontañas ferrado por una punta. Se adelanta en derechura hacia la cama, y dice:

—¡Vamos... arriba... levántate!

El mozo, un poco confuso, quiere coger sus prendas de zuavo.

—¡Eso no!...—exclama el padre con severidad.

Y la madre responde temerosa:

—Pero, hombre, si no tiene otra ropa.

—Dale la mía... A mí no me hace ya falta.

Mientras que el hijo se viste, Lory dobla con esmero el uniforme, la chaquetilla, las inmensas bragas rojas; y, liado el petate, se cuelga del cuello el canuto de hoja de lata donde guarda el pasaporte...

—Ahora, bajemos— dice en seguida, y los tres descenden á la fragua sin chistar... El fuelle ronca; todo el mundo está en su trabajo. Al ver de nuevo ese cobertizo al descubierto, en el cual pensaba tanto allá abajo, el zuavo se acuerda de su infancia y de cuánto ha jugado allí mucho tiempo entre el calor del camino y las chispas de la fragua centelleantes entre el negro polvo. Apodérase de él un acceso de ternura, un gran deseo de lograr el perdón de su padre; pero al levantar la vista, encuentra siempre una mirada inexorable.

Por fin se decide á hablar el herrero:

—Muchacho, ahí tienes el yunque, las herramientas... todo esto es para ti... ¡Y todo esto también!—añade, enseñándole el jardinito que se despliega allá abajo, en el fondo lleno de luz y de abejas recuadrado dentro del ahumado marco de la puerta.—Las colmenas, la viña, la casa: todo te pertenece... Puesto que has sacrificado tu honor por todas estas cosas, lo de menos es que

tú las guardes... Aquí te quedas de amo... Yo me voy... Debes cinco años á Francia: voy á pagarlos en tu nombre.

—Lory, Lory, ¿á dónde vas?—  
grita la pobre anciana.

—¡Padre!... suplica el hijo...  
Pero el herrero ha partido ya,

caminando á paso largo y sin volver atrás la cabeza...

\*  
\*  
\*

Desde hace pocos días, hay en Sidi-bel-Abbés un enganchado voluntario de cincuenta y cinco años de edad, en el batallón depósito del 3.º de zuavos.

ALFONSO DAUDET.

# LLAMANDO Á UNA PUERTA

DE VICTOR HUGO

**A** mis ancianos padres y á mis hijos  
la helada piedra de la fosa oculta;  
y oigo que toca á muerto en torno mío  
triste Natura.

Dormía niño entre mis dos hermanos,  
cual en un nido que la brisa arrulla;  
pero trocó la suerte en dos sepulcros  
esas dos cunas.

Luego la muerte despiadada, impía,  
hija del alma, te llevó á la tumba;  
pero la luz que tu sepulcro irradia  
mi senda alumbra.

He sabido subir y he descendido,  
he usado la ceniza con la púrpura;  
y he visto, al par que auroras, en mi cielo  
noches oscuras.

He abrigado en mi pecho las pasiones,  
he conocido amores sin fortuna;  
y ante mis ojos han huido vientos,  
aves, espumas.

Tengo en todo trabajo negra afrenta,  
el corazón herido de amargura,  
polvo á mis piés, espinas en mi frente,  
en mi alma duda.

Tengo en mis ojos soñadores, lágrimas;  
tengo tranquila la conciencia y pura;  
tengo jirones en mi roto manto...  
¡Abrete, tumba!

DIEGO URIBE.

# RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

## III

La América antigua en París; desembarco de Colón. — En Madrid. — El Parque. — La plaza de la Alfalfa. — Desierto de Atacama y laguna de Titicaca. — Nueva York. — Huelva. — Barcelona. — En el Ateneo. — El comendador Ovando. — Conferencias en Niza y en Anvers. — Libros. — Debemos pedir la canonización del Almirante. — Alonso Sánchez de Huelva. — Colón escribe desde el otro mundo reformando la lengua que habló. — Documento importantísimo que debe perpetuarse en la historia del Cuerpo de archiveros. — Milagro. — Album parietario. — Descubrimientos. — Colón socialista, pintor y hermano de la Orden Tercera. — Pronto se sabrá donde nació.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS DEL

París, la ciudad de las iniciativas grandiosas (dicen los franceses), no podía satisfacerse con papel secundario en la fiesta universal con que va á celebrarse el centenario del hallazgo de América. A su civilización contribuyó Francia; un francés, Jacques Cartier, descubrió en 1533 el río de San Lorenzo; un francés, Champlain, holló el primero las tierras de Nueva York en que ahora se alza la más hermosa capital del Nuevo Mundo; era necesario recordar con estos sucesos tantos otros que á Francia honran con la memoria de sus marinos expedicionarios; la iniciativa particular lo ha decidido y realizado en breve espacio de tiempo.

En los terrenos que no ha mucho ocuparon los Buffalo-Bills se ha levantado, como por encanto, una verdadera población; mejor dicho, se ha reconstituido la América antigua, copiando una calle de la Florida en que descuella la catedral de San Agustín, construida en 1592; otra de Boston con la casa municipal, que se erigió en 1647; la de Broadway, de Nueva York, tal como era en 1792, con los edificios holandeses, las tabernas y la *City Gate*; algo de cada uno de los cuatro siglos transcurridos desde la llegada de los europeos, desarrollado dentro de la referida catedral española, panorama y museo.

Los dependientes de las tiendas,

celadores y empleados de toda especie visten, con arreglo á la época en que figuran, lo mismo que todos los que hacen papel en las representaciones, empezando por la llegada de Colón á las Lucayas en las famosas carabelas, el desembarco, la toma de posesión y otras escenas, con rigurosa exactitud presentadas en este gran teatro al aire libre.

Ha dirigido las obras el mismo arquitecto que reconstituyó la Bastilla en el Campo de Marte el año 1889. La empresa esperaba con tan buena garantía que *todo París*, mas la concurrencia extranjera que acude en esta estación de carreras y espectáculos, visitaría la *Vieille Amérique*, que así ha llamado á su edificación, y contribuiría á que de la idea patriótica é instructiva resultase un buen negocio extendido á los cerveceros, fondistas, fotógrafos y fabricantes de sorpresas. La inauguración se verificó el día 10 de Mayo, sin contar con la influencia de Ravachol. El público escasea.

En Madrid, sin ir tan de prisa, alcanza ya la influencia del centenario á poner en movimiento objetos encariñados con la inmovilidad, como son árboles, estatuas, adoquines, por acuerdo y obra del Municipio, que no han tenido en la opinión la mejor acogida. La prensa, que esta vez refleja fielmente los sentimientos del común, ha cali-

ficado de ruinosas y descabelladas esas traslaciones acometidas sin plan ni fijeza; en el Parlamento han sido más graves é incisivas las censuras, comentadas y enriquecidas en la conversación de los corrillos con juicio del discernimiento de los concejales que no es de envidiar.

De todo ello parece deducirse que el Ayuntamiento ha dispuesto del Parque de Madrid ó Retiro, pulmón de la capital, único sitio de esparcimiento y recreo durante la estación de los calores, en favor de personas que lo exploten, impidiendo el libre acceso con pretexto de una exposición hipotética que no tendrá siquiera el aliciente de la *Vieille Amérique* de París. Han escrito los interesados en la defensa, que no han pensado en vedar la entrada al paseo de... los carruajes; que en la parte reservada harán que establezca el Dr. Balaguer su instituto de vacunación (1), con otras distracciones semejantes, y que si bien la exposición se titula agrícola-industrial, van á exponer... la mar, con las consabidas carabelas de Palos, con atractivos esenciales en la fiesta del centenario, como son: pabellones para la prensa y el comité ejecutivo.

No obstante, á la protesta general parece se han unido los honrados

(1) *La Epoca*, 3 de Mayo.

industriales y agricultores que ordinariamente celebran su exposición anual en el paseo de Atocha, sin subvenciones ni premios, temiéndose esta competencia inesperada, y en el Congreso se presentó proposición de censura que votaron todos los diputados por Madrid.

Con este asunto está relacionado el de la transformación del cruceiro de la calle de Alcalá y paseo de Recoletos en plaza elíptica, trazada primeramente con determinados ejes, vuelta á trazar con otros distintos, empedrada y desempedrada, arrancados los olmos viejos, desquiciada la fuente escultórica, y vuelta á trazar la elipse con elevación del piso sin que todavía esté decidido lo que habrá de ser en definitiva. Tomando frases escuchadas en la tribuna, el vulgo malicioso y zumbón ha dado ya en llamarla plaza de la Anarquía ó de la Alfalfa, y en decir que se pondrá en el centro la *grandiosa* fuente de la Puerta del Sol ó el teatro de Felipe trasladado, pues Cibeles con sus leones mansotes no es del gusto de los concejales. Personas de más ilustración piensan que, tratándose de exposiciones americanas, aprovecha el Ayuntamiento la oportunidad de procurar las dé sol y agua; con lo primero, parecerá la plaza en el mes de Agosto el desierto de Atacama; con lo segundo, presupuestos los baches,

desniveles y otras condiciones del pavimento de la Villa, se asemejará en invierno á la laguna de Titicaca, y esto sin contar la *exposición* de los pedestres en días de toros y horas del paseo diario de los trenes elegantes.

Conviene advertir que no falta quien ponga correctivo á las habladurías, observando que pudieron pensarse los inconvenientes de la concesión del Retiro cuando se solicitó, ha más de seis meses, y no han de decir los madrileños que no tienen el mejor de los Ayuntamientos posibles, pues que ellos se lo han elegido. Los críticos descontentadizos ensalzan al de Nueva York porque ha concedido á una sociedad española 50.000 pesos para un monumento colombino; el de Madrid anuncia que dará bailes públicos en los mercados, y es obvio decir que se divertirá más gente.

Activan las sociedades literarias sus preparativos y circulan los programas, habiendo tenido ya general aceptación el del Congreso iniciado por el Sr. Núñez de Arce, cuyo objeto durable es sentar las bases de una gran confederación literaria, formada por todos los pueblos que aquende y allende el Océano hablan castellano, para mantener como elemento de progreso y vínculo de fraternidad su patrimonial idioma. La comisión organizadora del Con-

greso jurídico ibero-americano, va recibiendo también continuas adhesiones: la «Liga contra la ignorancia» ha publicado la relación y condiciones de premios que adjudicará en Octubre; la junta directiva de fiestas escolares en Huelva, igualmente ha anunciado los temas y premios de su concurso; el Ayuntamiento de Barcelona, el plan de certamen nacional de industrias artísticas, que durará desde el 24 de Setiembre á 26 de Diciembre.

Continuando las conferencias en el Ateneo, por la elocuencia y la fogosidad de la palabra, por la nobleza de la intención, por la rectitud de la conciencia, ha conmovido al auditorio y arrancado unánime aplauso el Sr. Ruiz Martínez, pintando las escenas primeras de la dominación española en la isla de Santo Domingo. No ha sido tan general la estimación de los razonamientos á cuya luz engañosa juzgó al comendador Ovando, como hombre inicuo movido por las mezquinas pasiones de la envidia y el interés, ministro suspicaz, cruel, infame, patrón de la ignominia que fué cayendo sobre el nombre español. Los fundamentos del elegante orador, ajustan en algún modo con la poesía de Mad. Dubocage ó de Güell y Renté; repiten los ecos filosóficos del abate Raynal y de los enciclopedistas franceses; tienen mucho de

común con *La destrucción de las Indias*, del P. Las Casas, y con aquella estimación de los españoles sedientos de sangre y oro que por tales obras se condensó en Europa; pero la apreciación parece en general un tanto anticuada: se reformó tiempo ha, en virtud del estudio escrupuloso de los documentos, y ya en el siglo XIX, conocidas las expediciones de Stanley y de Emin Bajá, no se consideran tan feroces ni malos los castellanos del siglo XV. El mismo P. Las Casas consideró al comendador Ovando con menos severidad que el Sr. Ruiz Martínez, y eso que el proceder de Don Cristóbal Colón en Jamaica, no quiso escudriñar, ni después, hasta el presente, lo ha escudriñado nadie. Hoy por hoy va presentando la crítica á Frey Nicolás de Ovando, gobernador integérrimo que supo enmendar crueldades y desaciertos ajenos, dar paz y tranquilidad á la isla, contento á la gente, prosperidad á la colonia, y que pidió dinero prestado para pagar el viaje de regreso á España. En todo ello hay, naturalmente, materia de polémica en que caben, como en todo, apreciaciones encontradas, aunque sin espíritu preconcebido y con imparcialidad propuesta se hagan; mas dicho está, fuera de España, en España mismo, se tiene al comendador mayor de Alcántara, como Colón le tenía, en



más precio que le concede la conferencia del Sr. Ruiz Martínez.

— Cuando va á terminar esta serie del Ateneo de Madrid, empiezanse las conferencias en Niza, como señal de vida de la Sociedad americanista, fundada por el cónsul de España en preparación para el congreso de la Rábida. La primera, titulada *Cristophe Colomb, sa mission, sa vie et sa mort*, estuvo á cargo de M. Victor Garién, y se ha publicado en opúsculo. En Anveres las ha iniciado M. A. Bagnet, cónsul honorario del Brasil, en parecida forma.

— De libros no ha producido el mes transcurrido de Mayo á Junio caudal tan rico como el anterior, aunque no deja de ser estimable. Primero se dió á la estampa un folleto en 8.º, de 64 páginas, en la portada del cual se lee *Propaganda católica, Cristóbal Colón. Cuarto centenario*, por F. N.—Barcelona. Las páginas son pocas; los errores muchos. Cualquiera creyera que el autor se había propuesto reunirlos, y que, al efecto, desdeñando á los historiadores españoles, había acudido á los extranjeros que cita. Por la lección que ofrece á los católicos, Bobadilla sentenció á muerte al gran Almirante que al fin vino á morir en el jergón de una posada de Valladolid por la envidia, la ingratitude y la iniquidad del rey Fer-

nando, no sin haber trazado por su mano en el globo terrestre la línea de demarcación inspirada, que el Pontífice aprobó. Para el escritor anónimo siguen siendo uno solo Fr. Juan Pérez y Fr. Antonio de Marchena; son inútiles las demostraciones críticas de no haber hecho Colón ofrecimiento alguno á las repúblicas de Venecia y Génova; de que no volvió á Portugal después de salir del reino, como sobrada es la demostración matemática de no haber caído la fiesta de la Ascensión del año 1506 en 20 de Mayo; de todo ello prescinde, pareciéndole esencial esta recomendación: «Todos los católicos tenemos el deber de rogar con fervor por el éxito de la causa de canonización, de la cual resultará un esplendor tan grande para la Santa Iglesia.»

Publicación de más importancia es la de *Cristóbal Colón y Alonso Sánchez ó el primer descubrimiento del Nuevo Mundo*, por el presbítero Dr. D. Baldomero de Lorenzo y Leal, libro en 8.º, esmeradamente impreso en Jerez de la Frontera. El autor defiende la tradición antigua y arraigada del piloto que fortuitamente llegó á la isla Española y al regresar murió en el domicilio del navegante genovés, dejándole por herencia el diario, carta y noticias de su azarosa expedición, sin propósito de rebajar un

ápice la aureola del verdadero descubridor de las Indias. El Sr. de Lorenzo es entusiasta admirador del Almirante; demostrado lo tiene en obras anteriores; para él es Cristóbal Colón gloria de la humanidad, asombro del mundo, orgullo de la patria española; mas no por ello estima que deja de ser Alonso Sánchez su precursor, como es pedestal de su fama, confortante de su fe, causa de su decisión y firmeza. La existencia de Alonso Sánchez, lo mismo que la realidad de su viaje, le parece plenamente confirmada por circunstancias que consigna en apoyo del arraigo, de la continuidad y de la insistencia con que la conseja se ha transmitido de boca en boca y de edad en edad hasta nuestros días. Cita muchas autoridades; algunas más quedan que examinar, ofreciendo el tema todavía, después de la lectura de este libro, campo á la meditación antes de declarar legendaria en absoluto la versión que mucho antes que Gonzalo Fernández de Oviedo refiriera, era sabida de los marineros de las costas de España y de Portugal.

*Colón y la Rábida*, del Rdo. Padre Franciscano D. Fr. José Coll, ha tenido, en su segunda edición, correcciones y aumentos que le dan condiciones de obra nueva. El autor es otro de los grandes admiradores del primer Almirante de las Indias y

del número de los que creen que nada debe escribirse de tan gran figura si no es para elogiarla, aunque no la coloca en los altares mientras no haga declaración de su santidad quien puede. Amigo el P. Coll de sus opiniones como solemos serlo todos, mantiene apreciaciones históricas y aun fechas que en la primera edición motivaron reparos de la crítica, ejerciéndola á su vez con perfecto derecho. Como me cuento en el número de los favorecidos por su benévola y cortés refutación, ha de serme lícito objetar á la *coincidencia que parece providencial*, llevando á sus manos la carta de Colón que antes había alegrado las páginas de *La Correspondencia de España* y que transcribe íntegra «por estar escrita en el grave y hermoso lenguaje del siglo XVI», que esa bonita composición iniciada,

«A vos Don Cesareo, cumplido Garzon,  
magüer que amistanza, odies siendo mía...»

más bien que en la lengua que hablaron Colón, Garcilaso y Cervantes en el mencionado siglo, se me figura la usada por el marqués de Villena... al salir de la redoma encantada de Don Juan Eugenio Hartzenbusch, ó por los que trovaban algo más atrás:

«Cosas tenedes el Cid  
que farán hablar las piedras.»

Esto á un lado, da gran interés al libro del P. Coll la pintura de Palos, bien negra por cierto.

No es ya la villa de que Pedro Mártir de Anglería contaba (Dec. I, lib. IX, cap. I): «todos los del pueblo, sin exceptuar alguno, están dedicados á las cosas de la mar y ocupados en continuas navegaciones», no; divorciados mucho tiempo ha del Océano, cuyo camino occidental ellos abrieron y enseñaron á todos, han ido decayendo de la prosperidad á la pobreza, y de la cultura á un nivel de inferioridad que hace temer al Rdo. Padre Coll la impresión de los americanistas extranjeros al visitar la localidad, atraídos por el Congreso próximo, siendo lo de menos que no hallen allí que comer ni donde reposar.

Los vecinos de Palos han plantado vides en el solar de la casa de los Pinzones y en el de la ermita de Flores de Colón, porque en la tierra buscan al presente su precaria subsistencia; la idea de la situación anterior, los recuerdos del bienestar, de la consideración y de la honra se han borrado sin dejar rastro por donde puedan volver á la memoria de los venideros. El autor del libro ha recogido testimonios que desatarían la risa del lector si la pena no la encerrara en recóndito sitio; júzguese por el siguiente

atestado, en que se abrevia la historia del archivo municipal.

«Yo diego Cruzado Cavallero Notario publico y Apostolico, por autoridad Apostolica y hordinaria vecino de esta ciudad de Moguer, Sertifico que como tal Notario el año pasado de setesientos y veinte años, exersi la scrivania de la villa de Palos de la Frontera, y entre los papeles de su Archivo que paraba en un arca grande en las casas de la morada de Matias Prieto, vecino de dicha villa, lei diferentes beses, siertos instrumentos, los quales contenian siertas notisias de muchos años sobre prodigios y benida de la Virgen de los Milagros, y otras notisias diferentes de apariciones de Images, asimismo Sertifico que aviendo ido á sacar los papeles de dicha arca para ponerlos en sitio desente y guardados con llave con asistensia y acuerdo del cavildo de dicha villa, seallaron la maiorparte de dicho Archivo podridos los papeles, de tal suerte que muchos instrumentos no se pudieron leer ni saver su contenido, por causa que sobre dicha arca estava un cañiso con queso del dicho Matias Prieto, y todo quanto de los dichos quesos escurria caia sobre dicha caja, por cuiá rason oi seallaron instrumentos tan modernos en dicho Archivo, que abra de seis a ocho años mas o menos escriptos tan pe-

gados, que muchas diligencias no bastaron a despegar sus ojas, y así los deje en dicho Archivo, asimismo Sertifico que sierto día iendo a abrir dicha arca, alle una gata parida con sus ijuelos dentro, que a el pareser de diferentes papeles susios que alle avia parido dentro, pues no avia impedimento alguno en su entrada por causa de estar una tabla de un lado quitada, por cuias razones no impedia el entrar por el dicho abujero asta los muchachos de dicha casa, todo lo qual Juro a Dios Yaesta Cruz (aquí pone una), ser sierto sin cosa en contrario, por lo qual lo declaro así a Pedimento de un devoto de la Virgen de los Milagros. Y así lo firme, en Moguer, en dies isiete días del mes de nobiembre de millsetesientos i veinte un años.—Diego Cruzado Cavallero.—Not.º Appco.»

Relativamente á la imagen de esta Virgen en que parece concentrarse el antiguo espíritu de los fronteros, hay documentos que armonizan con el anterior copiado, singularmente la certificación peregrina de un *profesor del arte de la pintura*, y las informaciones de portentos repetidos. En una de éstas se continúa la historia de los archivos de la localidad y se explica la inutilidad del trabajo que se han tomado algunos visitándola en busca de documentos del siglo xv.

Erase un escribano real y del número, que por bondad proveía con materiales del protocolo á los coheteros del pueblo, contribuyendo por tanto al lucimiento y regocijo de las fiestas en que los voladores se encienden. Habiendo visto muchas docenas en el aire se promovió impensadamente un litigio ruidoso para el que las partes pidieron en el tribunal la presentación de escrituras confiadas al depositario de la fe pública. Don Toribio (así se llamaba) se vió en trance apretado, no hallando remedio que en lo humano le sacara del compromiso: encomendóse por lo mismo á la Santísima Virgen de la Rábida, y procediendo, aunque pareciera excusado, á registrar los legajos que quedaban, en rollo que para los pirocténicos estuvo preparado, pero que por descuido se olvidó en un rincón, parecieron los instrumentos requeridos. «El milagro anterior (consignaba ingenuamente D. Toribio, aunque sin tanta claridad) firmé por ser cierto y haber ocurrido muchas más circunstancias de las que contiene lo escripto.»

El P. Coll ha recogido, además, en las paredes del monasterio de la Rábida, antes de que con la restauración desapareciese, una antología mural ó ramillete de poetas viajeros que en la segunda edición de su obra conserva impresiones varias

en variado metro, ya viniendo de lejos, como la que empieza:

«Aquí donde Tubal plantara su huella...»

ya confirmando la tiranía del consonante con los que

«Acudieron solícitos al punto á la reina Isabel, que sus joyeles vendió para comprar los carabeles.»

Por dicha el diligente compilador ha copiado la zurribanda esdrújula con que vengó á las Musas, á cubierto de anónimo modesto, D. Cayetano Fernández, el ayo que fué del rey D. Alfonso XII, aconsejando á los versificadores fáciles de la Rábida

«Que guarden allá su peñola silvestre como un espárrago para poner viles rótulos de algún cuartel en los ámbitos.»

Entre tantas cosas nuevas y curiosas, no nos dice el P. Coll en qué se funda su creencia de que fuera Cristobal Colón hermano Terciario de la orden de San Francisco. No es, ciertamente, el primero que lo da por sabido, y acaso se aventura la suposición de los otros por lo que Oviedo y el Cura de los Palacios dijeron de su vestir al regreso del segundo viaje. El primero de estos cronistas refirió, que sentido el Almirante de las pesquisas de Aguado, *vistiose de pardo, como fraile é dejose crescer la barba*; Bernáldez, que alojó en su casa al aludido,

contó: «Vino el Almirante en Castilla, en el mes de junio de 1496, vestido de unas ropas *de color de hábito de San Francisco de observancia é en la hechura poco menos que de hábito y con cordón de San Francisco por devoción.*»

Han bastado estas referencias para dar por auténticos retratos de Colón, los cuadros en que aparecía una figura vestida de estameña, y para dar ingreso en la orden al que por despecho aparecía vestido de las ropas de color pardo; sin embargo, contra la corriente ligera de la opinión, expuso D. Angel de los Ríos y Ríos, discutiendo con el autor de la *Iconografía española*, que el traje que pareció monacal al Cura de los Palacios, por comparación tomada de la sociedad en que vivía, no era otra cosa que el abrigo usado por los marinos españoles desde el tiempo remoto de los godos; el tabardo de las órdenes militares en la Edad Media; el capote petrificado en las costumbres; el sayo de que el Dr. Girón hablaba á principios del siglo xvi diciendo:

«También traían *tabardos*, que eran unas ropas cortadas como capuces é con su capilla; otras cerradas, pero tenían abiertas unas *maneras* á los lados, en derecho de los brazos, por donde los sacaban, é tenían unas mangas junto á las maneras, por detrás, angostas, tan lar-

gas como era la ropa.» Pudiera agregarse que todavía hoy en Sayago y otros lugares de Castilla la Vieja se mantiene con el nombre de *anguarina* el traje pardo del Almirante con igual longitud y anchura; con las *maneras*, las mangas largas y la capilla, con que, sin serlo, parecen frailes de San Francisco los campesinos.

Preciso será, por tanto, que al buscar, con motivo del centenario, lo que atañe al descubridor de las Indias, se aduzcan argumentos de más fuerza para declararlo sin contradicción hermano Tercero, pues de otro modo ha de darse á la presunción el valor mismo de las que hacen al cerebro del insigne marinero depósito de la sabiduría de su siglo y de los por venir, y le adornan con todas las perfecciones y habilidades de poeta, músico, cantor y aun de orífice y perfumista. Entre las exageraciones á que se dejan llevar los entusiastas, ha ocurrido á uno hacer socialista al Almirante, escribiendo un libro titulado *Colomb, premier auteur de la revolution*. Compréndese con tan estupenda nueva la de que Paúl y Angulo se ocupase, al morir en París, de la celebración del centenario.

En otra no menos sorprendente hallarán, los que examinan retratos supuestos de D. Cristóbal, resuelto el problema de quien los hiciera.

Cuéntanos que por su mano pintó un hermoso cuadro de la *Cena Cris-ti*; y porque no se defraude á los autores de la satisfacción de los descubrimientos, del libro de don Waldo Jiménez de la Romera, *España, sus monumentos y artes, Cuba*, página, 268 copio literalmente:

«No es esta la sola obra de arte atribuida á aquel digno y aventurado general de los mares, pues entre los cuadros antiguos que aún se conservan en la catedral de la Habana, figura una imagen que se atribuye á Cristóbal Colón y que se dice fué hecha catorce años antes del descubrimiento.»

Cabe, pues, en lo posible que al espejo se retratase en ratos desocupados y que labor suya sea el cuadro expuesto en la carrera de San Jerónimo procedente, al parecer, de la galería de D. Luis Portilla, representando á un personaje bien portado que se pone ó se quita un anillo en el dedo, y que á primera vista se creyera Dux de Venecia en la ceremonia de los desposorios con la mar, si el tocado no pusiera en duda al examinador.

Por influencias del centenario estimulada la imaginación en obras como el drama en cuatro actos y en verso del Rdo. P. Lhermite, titulado *Christophe Colomb dans les fers*; estimulada la piedad en otras

cual la del P. A. Perger, *El jubileo de Colón (Stemmen Aus Maria-Laach)*, impulsa de todos modos la investigación dando publicidad á la *Carta de los viajes de Colón* de Don Juan de la Gloria Artero. M. Melvil Dewey, director de la biblioteca de Nueva York, anuncia que demostrará en breve públicamente de un modo irrefutable, con presencia

de manuscritos obtenidos con curiosas circunstancias, que Colón no fué el primero que llegó al Nuevo Mundo. Anuncio por mi parte el descubrimiento hecho en Madrid, que muy pronto será conocido también con pruebas fehacientes, de un punto oscuro en la vida del héroe; del lugar disputado de su nacimiento.

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

# MARTÍN ALONSO PINZÓN

(CONTINUACIÓN.)

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS.

## III

A partir de aquel momento, existió en el alma de *Martín Alonso* un sentimiento nuevo, un germen de disgusto, que había de ir creciendo insensiblemente y cuyas consecuencias no podían tardar en ser conocidas, dando tristes frutos, por nacer de persona por tantos títulos importante y que tanto significaba en la expedición.

Y llegamos al punto crudo, al cargo más grave que un escritor ilustre, y que sobre otras muchas ventajas tiene la de su reconocida pericia en la náutica, cree que hemos dirigido á *Pinzón*, después de meditado estudio, no dejándonos llevar por el juicio de otros autores, sino cargándolo más con suposiciones ofensivas, originales nuestras.

Muy lejos nos parece de la exactitud tamaña censura, y expuestas

quedan ya consideraciones que comienzan á persuadirlo. Y si cierto es que al suceso de la separación de la carabela *Pinta* dimos más espacio y atención que los dedicados en nuestra historia á objetos de alta importancia real, es prueba palmaria del verdadero interés con que miramos siempre cuanto á *Martín Alonso Pinzón* se refiere, cuanto con su conducta se relaciona; y siendo su separación del Almirante el hecho más grave, quizá el único en que salieron al exterior y se manifestaron, de una manera tan ostensible como deplorable, los sentimientos que desde el día del desembarco y toma de posesión de Guahananí se habían albergado en su alma, nos creímos en el deber de examinarlo con detención, con maduro examen, antes de señalar una falta en la conducta de aquel á quien



tanto se debía en el grandioso suceso que para gloria de España se acababa de verificar.

Razón tiene el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, que es el autor á que aludimos; nuestra opinión, incluyendo en esta colectividad á Washington Irving y á Muñoz, no puede parecer muy digna de atención por no ser los que la sostienen marinos experimentados; *un perito la merece siempre en concurrencia con los que no lo son, en cualquier número que los últimos compongan*, porque da valor á sus razones con los conocimientos técnicos que le adornan, y en este terreno nadie podrá dudar de nuestra inferioridad para discutir. Por eso acudimos única y exclusivamente á la apreciación de los hechos; por eso los expusimos con precisión y claridad, á nuestro entender, y seguimos creyendo que de la simple lectura de ellos se desprende el cargo que, con harto pesar, dirigimos á *Pinzón*, y que si no es bastante grave, en verdad, para oscurecer su gloria y amenguar su mérito, es, sin embargo, una mancha en aquel carácter noble y altivo, tan digno de admiración en todos los demás actos en que intervino.

Ciertamente el insigne escritor á quien aludimos no nos supera en admiración á las grandes dotes del capitán de la carabela *Pinta*; mas

después de leídas con verdadera satisfacción sus observaciones, aún deseáramos que fueran concluyentes al objeto que se propone, y seguimos creyendo que no aprecia en justicia los datos ni deduce las exactas consecuencias; por lo que no logra, por desgracia, llevar la convicción al ánimo de los lectores. Y tan profunda es la nuestra, que huyendo al propio tiempo de dar á este tratado el carácter de enojosa polémica, vamos á limitarnos á repetir la exposición del suceso en los propios términos que anteriormente lo habíamos hecho, y que el Sr. Fernández Duro nos hace la honra de asentar en su libro, con frases hijas más de su cariñosa amistad que de lo que la justicia reclama.

#### IV

«1. El 19 de Noviembre se dió otra vez á la vela (Colón), saliendo al mar en dirección Noroeste de *Puerto Príncipe*, y navegó dos días con mucho trabajo por la variedad de los vientos, adelantando muy poca cosa, hasta que creciendo la fuerza del viento contrario, *en la noche del miércoles 21*, determinó el Almirante volverse á Cuba, y puso *las señales convenidas* para que

las otras dos carabelas le siguiesen, como acontecía de ordinario. Obedeció desde luego la *Niña*, cambiando de rumbo y dirigiéndose viento en popa por el mismo que llevaba la capitana; pero al poco tiempo notó Colón que la *Pinta* continuaba adelantando en su primitiva dirección, sin hacer caso de las señales que se le hacían. Repitieron éstas, aunque también sin resultado, y creyendo el Almirante que Martín Alonso Pinzón no las hubiera visto á tiempo, *como ya cerraba la noche*, hizo poner faroles en los mástiles y recogió velas para disminuir la marcha hasta que se hubieran reunido los tres buques. Pero vino la mañana y la *Pinta* se había perdido de vista *en un mar desconocido*.

»2. Esta separación de Martín Alonso causó gran disgusto al Almirante, por lo que en sí misma significaba y por las consecuencias que podía tener para los resultados de la expedición. No podía calcularse cuál era el pensamiento de Pinzón *al desertar de la bandera, desoyendo las órdenes del jefe nombrado por los Reyes*; pero desde luego su conducta respondía á las muestras continuas de descontento que entre los marineros de Palos se habían venido notando hacía mucho tiempo. Desde que los españoles pusieron el pié en la primera

isla; desde que el descubrimiento fué una verdad, comprendieron todos la gran resonancia que el suceso había de tener en Europa y la gloria de que se cubría Cristóbal Colón. Entonces pesó, sin duda, á Martín Alonso Pinzón de haber aceptado un papel secundario en la expedición que le obligaba á sufrir las molestias del viaje, á compartir los peligros y le privaba de la fama, que caía de lleno sobre el nombre de aquel extranjero, que, pobre, sin recursos, había llegado un día á las puertas de su casa. Pinzón contribuía al buen resultado de la empresa con sus buques, con sus intereses y con su persona; había puesto su inteligencia y sus recursos al servicio de la idea, y por el prestigio de su nombre, por el ejemplo que les diera, se habían embarcado en las carabelas los mejores marineros de Palos, de Moguer y de Huelva. En el peligro todos eran iguales; todos habían sufrido las mismas penalidades, los mismos trabajos; pero al llegar la hora de las recompensas la diferencia había de ser muy grande y el nombre de Colón oscurecería á todos.

»3. Estas ó parecidas ideas revolvía en su mente Martín Alonso Pinzón desde el momento en que en la isla de Guanahani *reconocieron* todos á Colón por almirante, visorrey y gobernador de las islas y

*tierra firme* del mar Océano. El descontento que le agitaba se conocía en su semblante y se reflejaba en todas sus acciones. Hubo de fijarse en su mente un ambicioso pensamiento, y quiso tener su parte en el provecho, en la celebridad y en la fama.

»4. Comprendía muy bien que para que en España se concediera desde luego al descubrimiento toda la importancia que verdaderamente tenía, era de necesidad ofrecer pruebas, presentar datos que todos pudieran apreciar, principalmente el oro; cuanto oro pudiera adquirirse *para deslumbrar desde el primer momento á los monarcas* y estimular los aplausos del pueblo. Y como los resultados obtenidos hasta entonces eran casi nulos; como el oro recogido era insignificante, Pinzón *dió oídos á las noticias de grandes riquezas que le comunicaron los indios que llevaba á bordo, y aprovechó la primera ocasión para separarse é intentar por sí solo algún descubrimiento que pudiera colmar sus deseos y satisfacer su ambición.*

»5. No podían ocultarse al Almirante los pensamientos del capitán de la *Pinta*. Leía su disgusto en sus ojos y lo veía en sus acciones, que más de una vez hubieron de ser bastante bruscas é inconvenientes; por eso, al consignar en el *Diario* que Martín Alonso se había

separado sin voluntad ni obediencia suya, añade: *Otras muchas me tiene hecho y dicho.* Pero no era posible que en el momento mismo de *la deserción* se adivinara el camino que pensaba tomar la carabela, ni el intento de su capitán.

»6. Cruzó por la mente de Colón la idea de que Pinzón quisiera volverse desde aquel punto á España á llevar la noticia del descubrimiento, presentar á los Reyes los indios y las aves que llevaba á bordo, y *usurparle la gloria que á tanta costa* había conseguido. Pero aunque esto no sucediera; aunque la *Pinta* no se hubiera separado por otra causa que sustraerse al mando del extranjero y caminar libremente bajo las órdenes del intrépido marino de Palos, la situación era muy grave para el Almirante, y tuvo necesidad de todo su talento y de toda su discreción para dominarla.

»7. Desde luego quedaban muy reducidos los medios de que Cristóbal Colón podía disponer, y se hacía más dificultosa la continuación de las operaciones para lo sucesivo, en la previsión de accidentes que no tardaron en sobrevenir.

»8. *Juzgamos* que la pérdida de la *Santa María*, ocurrida un mes después, *fué debida en gran parte á la falta de Martín Alonso*; pues de haber estado reunidas las tres em-

barcaciones, *ciertamente el Almirante hubiera emprendido otro rumbo*: el costeo se hubiera hecho en condiciones harto diferentes por los recursos con que se contaban; y aun si extremando las deducciones y subiendo de una en otra dejáramos correr la imaginación, tal vez hasta podríamos considerar que *otra hubiera sido la importancia*, el carácter y la suerte *del primer establecimiento* de los españoles en el Nuevo Mundo.

»9. *La deserción* de la *Pinta* fué un hecho gravísimo y de gran trascendencia. Privaba á la expedición de uno de sus mejores barcos, de la tercera parte de sus hombres y de un capitán de gran experiencia y valor, con el que siempre había contado el Almirante en los lances más difíciles, y cuya influencia era indudable en el ánimo de los marineros, casi todos amigos y parientes suyos. Mientras más altas se juzguen las cualidades de Martín Alonso (y nosotros se las reconocemos muy superiores), mayor podemos considerar el vacío que dejaba con su ausencia, y más desastrosas las consecuencias de su *inconsiderada* conducta. La situación del Almirante quedó muy comprometida desde que la *Pinta* se apartó *para no obedecer* sus órdenes, y de aquel paso resultaron dificultades, pérdidas y desdichas que hoy, á tan larga

distancia, no es posible apreciar con exactitud.

»10. Doloroso es para nosotros no encontrar razones que disculpen á Martín Alonso Pinzón, ó á lo menos atenúen *su responsabilidad* en aquel acto de *indisciplina*, haciendo la misma apreciación desfavorable para aquel grande hombre D. Juan Bautista Muñoz, Washington Irving y los más juiciosos historiadores. Unicamente nuestro docto amigo el Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, llevado del entusiasmo que le producen las altas dotes de aquel intrépido marino, y haciendo gala de un exagerado amor á la imparcialidad, intenta alguna disculpa, alguna atenuación; pero de tal naturaleza, tan infundada de suyo, que nada puede conducir al noble fin que se propone. ¡Cuán otra hubiera sido la defensa si en su claro talento hubiera encontrado razones en que apoyarla!...

»11. Pero analicemos la exculpación.

«Dije haber contradicción, escribe el Sr. Fernández Duro, en las aseveraciones de D. Fernando, por cuanto de sus propias palabras, como de las del P. las Casas, se deduce que navegando de noche, y estando á barlovento la *Pinta*, como más velera, cambió el Almirante de parecer y varió el rumbo, arribando sobre la isla de Cuba.

»El fué, por consiguiente, la causa  
 »de la separación, no ignorando que  
 »lo más probable fuera que Pinzón  
 »no viese, como no vió, señales de  
 »luz que no esperaba, y que siem-  
 »pre son inciertas en la mar. La  
 »*Pinta* continuó navegando en la  
 »dirección convenida y ordenada  
 »previamente; no hay, por lo tanto,  
 »motivo ni razón para culpar en  
 »juicio al capitán, y mucho menos  
 »para penetrar sus intenciones con  
 »la ofensiva y pueril suposición de  
 »que un indio, cuya lengua no en-  
 »tendía más que el Almirante, *le*  
 »*prometiera* llevarle á un sitio don-  
 »de abundaba el oro, y de que la  
 »codicia y la soberbia tenían resuel-  
 »ta en su ánimo la separación.»

»12. No queremos interrumpir  
 con comentarios la alegación de  
 descargos, tanto menos cuanto muy  
 raro será el lector que tenga nece-  
 sidad de que se llame su atención  
 sobre la *capciosa* forma en que está  
 hecha. Prosigamos:

»13. «Mírese como se quiera ésta,  
 »no tuviera el juez más severo otro  
 »cargo que formular contra Pinzón  
 »que el de no haber hecho más ac-  
 »tivas diligencias para incorporarse  
 »á su jefe desde el momento en que  
 »advirtió el alejamiento, ó sea desde  
 »la amanecida del 22 de Noviembre,  
 »y acaso las hizo, porque en reali-  
 »dad el Almirante sabía el rumbo  
 »que la *Pinta* había llevado, pero

»ignoraba Pinzón el que tomó la  
 »*Santa María*, y sólo casual y ra-  
 »rísimo cabía encontrarla.  
 »Viento en popa, navegando hacia  
 »el Oeste, vino el 6 de Enero á en-  
 »contrar la otra carabela; Pinzón  
 »disculpó entonces la ausencia *dan-*  
 »*do sus razones*. ¿Por qué las ad-  
 »mitió Colón sólo aparentemente,  
 »y en el recogimiento de la cámara,  
 »abiertas las hojas del *Diario*, vació  
 »su pensamiento agravando las pri-  
 »meras acusaciones con las de men-  
 »tiroso, soberbio, defraudador y  
 »mal hablado? ¿Por qué dejó tras-  
 »lucir que el temor del ascendiente  
 »y popularidad que gozaba Pinzón  
 »le contenían? Las declaraciones  
 »del pleito lo indican.»

»14. «A pesar de la errónea pro-  
 »posición del Fiscal, ninguna insinúa  
 »que la separación de la carabela  
 »*Pinta* fuera intencionada. Arias  
 »Pérez dijo que se verificó de noche  
 »por causa del temporal, convinien-  
 »do otros testigos en que dió por re-  
 »sultado que Martín Alonso descu-  
 »briera la isla de Haiti ó Española  
 »antes que el Almirante.»

»15. Breves reflexiones bastan  
 para destruir este razonamiento es-  
 pecioso, cuya debilidad resalta á la  
 simple lectura. Reconociendo que  
 el 6 de Enero, al encontrarse las  
 carabelas, *Pinzón disculpó la au-*  
*sencia*, se comienza por convenir  
 en que lo necesitaba; en que de su

parte había de verse culpabilidad. Colón las escuchó como capitán prudente, pesando con extremada discreción las circunstancias, y evitando todo motivo de rencilla, toda causa de disgusto que pudiera resultar en perjuicio de la empresa con tanta felicidad llevada á cabo. ¿Eran aquellos momentos propios para formular cargos, para pensar en castigos? Se emprendía el viaje de regreso, y lo necesario, lo urgente, era traer á España la noticia de los países que se habían descubierto, guardando en el fondo del corazón todo género de resentimiento, y procurando con el disimulo la concordia de las tripulaciones.

»16. ¿Y qué frases estampó el Almirante en su *Diario* que no correspondieran á su conducta noble y previsorá? Cuando el 21 de Noviembre vió alejarse la *Pinta*, consignó que lo hizo *sin obediencia y voluntad del Almirante, por codicia... sin causa del mal tiempo, sino porque quiso*, añadiendo únicamente, según ya dijimos, una frase como desahogo de anteriores sufrimientos: *otras muchas me tiene hecho y dicho*. Por más que las medítamos, no encontramos en ellas rastro de odio ó mala voluntad.

»17. Cuando amaneció y vió que la carabela de Pinzón se había perdido totalmente de vista, es-

tampó el hecho sin comentarios. «Anduvo el Almirante toda la noche la vuelta de tierra, y hizo tomar algunas de las velas y tener farol toda la noche, porque le pareció que venía hacia él, y la noche hizo muy clara, y el viento aquello era bueno para venir si quisiera.»

»18. Esta sencillez de Cristóbal Colón demuestra bien á las claras el estado de su ánimo. Después del domingo 6 de Enero, «cuando vino Martín Alonso á la carabela *Niña*, donde iba el Almirante, para se excusar diciendo que se había perdido dél contra su voluntad», no pudo Colón poner en olvido las circunstancias que acompañaron á la deserción, pero disimuló con exquisita prudencia para no impedir el viaje, aunque no pudo menos de escribir que eran falsas todas las razones «y que con mucha codicia y soberbia se había apartado aquella noche que se apartó dél.» Y en el martes 8 volvió á repetir la causa de su disimulo; «el Martín Alonso le dejó — dice — desde el 21 de Noviembre hasta 6 de Enero, sin causa ni razón, sino por su desobediencia; todo lo cual el Almirante había sufrido y callado por dar buen fin á su viaje.»

»19. Prescinde de estas palabras el Sr. D. Cesáreo Fernández

Duro, y funda su opinión de que puede ser imputable á aquél la separación de la *Pinta* en ciertas frases de las declaraciones de algún testigo de la información. No formaron la misma los célebres historiadores que arriba citamos. «Pinzón dió crédito—dice Washington Irving—á los extravagantes informes de un indio que iba á bordo de su carabela, y le ofrecía guiarlo á una isla ó región de grandes riquezas. Su avaricia se despertó repentinamente; siendo su barco el más velero, *podía virar con facilidad á barlovento*, á donde no podrían seguirle los otros. Podía él mismo ser, por lo tanto, el primero que descubriera aquella dorada Babeque, enriqueciéndose con sus primicias.»

»20. Casi en iguales términos resume su opinión D. Juan Bautista Muñoz, en esta forma: «Estimulado de su altivez, confiado en su pericia náutica y en el buen andar de su carabela, guió adelante con intención de hacer por sí este rico descubrimiento.» Fué voluntaria la falta, aunque cueste trabajo el confesarlo: *fué una verdader deserción*, y sus consecuencias extraordinariamente sensibles y muy desastrosas. El cronista Antonio de Herrera, que tan cercano estuvo á los sucesos, dice que Pinzón «se apartó del Almirante sin fuerza

*de tiempo, ni otra legítima causa;* y por ser su navío muy velero se fué adelantando hasta que, llegada la noche, totalmente desapareció.»

»21. Mucho nos hemos detenido en la apreciación de este suceso y de las causas que lo produjeron, pero es que tuvo tal importancia, causó tal variación en todos los actos posteriores de la expedición, que no sólo nos ha parecido de necesidad fijarlo en la manera más clara, sino también dar á conocer las opiniones de los historiadores más renombrados, tratándose de un español tan ilustre como Martín Alonso Pinzón, cuyos actos tienen siempre gran interés en la historia del descubrimiento. No encontrando legítima excusa su proceder, hemos querido consignar los textos, para que en vista de ellos se confirme el mayor ó menor alcance de su responsabilidad.»

## V

Pocas, escasas observaciones hemos de oponer á las que á los párrafos transcritos hace el docto marino, justamente porque como decíamos, y él mismo reconoce, le dan inmensa superioridad sus conocimientos especiales, y sería necia

presunción y temeridad censurable entrar en discusión técnica quien no tiene estudios en la materia, con el que además de su título y grado, es reconocido, respetado y aplaudido por su ciencia y pericia entre los más notables jefes de nuestra gloriosa marina.

Tanto menos hemos de acercarnos á aquel terreno, cuanto que abrigamos la convicción de no ser necesario hacerlo para juzgar el suceso, y basta la exposición de los hechos, como antes decíamos, para que rectamente puedan ser apreciados; y huimos además, por sistema, de polémica que casi siempre es enojosa.

El tiempo estaba bonancible en la tarde del 21 de Noviembre; el viento, aunque recio, era contrario para seguir el rumbo que llevaban y que por su voluntad siguió *Pinzón*, y favorable para regresar, que fué la razón que movió al Almirante á volver la popa; y aunque se conceda que la *Pinta* fuera algo delantera y distante, no es dudoso tampoco que pudo y debió observarse desde ella el nuevo rumbo que tomaba el Almirante y seguía la *Niña*, y ver las señales que la capitana hizo.

Que la separación fué voluntaria é intencionada, se comprende con claridad de las premisas expuestas, y de los hechos que después vinie-

ron. Desde 21 de Noviembre hasta 6 de Enero del siguiente año, estuvo la *Pinta* costeando por su cuenta; visitó dos ó tres islas próximas, y se detuvo seis semanas en el que el capitán de Palos denominó *río de Martín Alonso*, rescatando con los naturales y recogiendo abundantes muestras de oro que dividía con su tripulación. Luego hay bastantes indicios que hacen probable la sospecha de que quiso disimular el tiempo que allí se había detenido y aun el provecho que obtuviera. No le formulamos cargo porque no está más que indicado tal proceder; pero á nuestro entender esto persuade que la separación tuvo un fin, un objeto preconcebido, ora fuera originado por las señas que hacían los indios que llevaba á bordo y por sus palabras mal entendidas, ora por el deseo de hacer algún descubrimiento con independencia del Almirante.

Ambos móviles debieron influir en el ánimo de *Pinzón*; y mirándolos á buena luz, sin pasión alguna, no parece que puede sostenerse, como hasta ahora se ha dicho, que tal movimiento de codicia no es probable, pues no se entendían bien con los españoles los indios lucayos, ni aquellos podían tomar noticias de éstos referentes al país de Babeque, ni á sus criaderos de oro. El resultado prueba lo contrario. *Martín*



*Alonso Pinzón* fué guiado á la isla de Haiti, y hacia la comarca más próxima á las montañas de Cibao, en las que existían las mejores minas, de las que tantas riquezas se extrajeron muy poco después por los que fueron en el segundo viaje.

No es aventurada suposición la de creer que alguna vislumbre de aquella producción de oro se dedujera de los gestos, de las voces y de las señales de los indios.

Y dado tal supuesto, cobran mayor fuerza de verdad las consecuencias.

No insistiremos. El efecto que causó la separación no pudo ser más funesto, bajo cualquier punto de vista que quiera mirarse. Expuestas quedan varias de las desgracias que sobrevinieron después de aquella deserción de la *Pinta*, y no es posible que deje de conocer el que estudia el suceso, por muchas reflexiones que en contrario se aduzcan, y por mucho talento y agudeza que en ellas se despliegue, que la falta de uno de los buques y de la tercera parte de los hombres que formaban la expedición, con un capitán experto, valiente y reputado, había de sentirse fatalmente en todo cuanto desde aquel punto se emprendiera.

En el ánimo de *Cristóbal Colón*, también produjo aquel acto grave perturbación y fué causa de temo-

res. Comprendía lo que pasaba en el corazón de *Martín Alonso* hacia tiempo, leía su pensamiento en sus ojos y lo veía transparentar en todas sus acciones, adivinando la causa de aquel disgusto; pero al tocar tan grave resultado se llenó de confusión, no pudiendo sospechar el intento que á aquél guiara.

Deserción llamaron á la resolución de *Martín Alonso* de abandonar al Almirante de los Reyes, tanto Washington Irving, como D. Juan Bautista Muñoz, y de igual manera la califica el P. Ricardo Cappa, después de consideradas, con su pericia náutica, las circunstancias en que se efectuó, el estado del mar, la dirección del viento, las condiciones de las carabelas y demás que puedan apreciarse; y aun después de leído con verdadero deseo de convencernos de lo contrario, cuanto con noble pasión se ha escrito para disculpar á *Pinzón*, no encontramos, bien á nuestro pesar, otro modo de señalar la falta.

Su conducta, como se desprende de las consideraciones que ya dejamos expuestas, no puede calificarse de otra manera, aunque hay causas de atenuación para mirarla con rigor extremado; fué hija de una emulación noble, que juzgamos en parte natural y justificada; y su deserción no ha de juzgarse como la del soldado que abandona su bande-

ra, pues él no estaba en la expedición más que por su voluntad, y al separarse llevó por objeto ampliar y completar el descubrimiento, por más que aspiraba, al hacerlo, á aumentar su propia importancia dando muestra de su valor y colocándose en posición más independiente.

## VI

Las consecuencias de la separación de la *Pinta* fueron desastrosas, tanto para la parte material como para la moral de la pequeña escuadra que tan dudoso viaje había emprendido; y jamás hubiéramos creído que tan sencilla apreciación pudiera ponerse en duda, ni dirigir por ella algún cargo al que por resultado de sus reflexiones la consignara, basada en atendibles razones.

Constaba la expedición de tres buques y de unos ciento á ciento veinte hombres entre la dotación de todos ellos. Juntos habían arrostrado los peligros, vencido las desconfianzas naturales que inspira siempre lo desconocido, dominado las penalidades de un largo viaje y rasgado el velo del mar tenebroso, poniendo de manifiesto que al otro lado del Océano, en latitudes nunca antes exploradas ni científicamente conocidas, había tierras férti-

les y pueblos numerosos que habían de entrar muy luego en el concierto de las naciones civilizadas, llevando á ellas nueva savia y otros gérmenes de prosperidad y elementos de progreso.

Y en el momento en que tal victoria se había alcanzado, en el punto crítico en que era de necesidad proceder con la mayor prudencia al reconocimiento de aquellas islas y de las tribus que las habitaban, y estudiar alguna parte de sus costumbres, y recoger sus productos, y buscar los frutos de su suelo, la discordia se manifestaba de una manera inesperada entre aquel puñado de heroicos marinos; y el capitán, de mayor prestigio y experiencia después del jefe, abandonaba á éste, llevándose una de las embarcaciones y la tercera parte de los hombres que á tan peligroso viaje habían venido.

No son necesarios argumentos poderosos ni grandes esfuerzos de imaginación para comprender los gravísimos males que aquella discordia había de llevar en pos de sí. En cualquier suceso desgraciado que á los unos ó á los otros sobreviniera, había de conocerse la falta de apoyo que podían prestarse estando unidos. Que el hecho fué funesto bajo cualquier aspecto que se le considere, no creemos posible que se ponga en duda.

Que lastimado el Almirante lo recordara con amargura posteriormente en diversas ocasiones al tocar sus desfavorables resultados, lejos de extrañarse, aparece como el sentimiento más natural.

Expuesto y apreciado el grave suceso de la separación de la carabela que *Pinzón* mandaba; si la conducta de *Cristóbal Colón* tuviera necesidad de alguna explicación; si la nobleza de su corazón y la lealtad de su afecto al capitán de la *Pinta* tuvieran que demostrarse, bien claros aparecen con la sencilla lectura del *Diario de navegación* después de la ocurrencia. Lo consideramos á tan diferente luz y ofrece á nuestros ojos tan distinto punto de vista que á los del docto D. Cesáreo Fernández Duro, que las consecuencias que deducimos ambos son diametralmente opuestas, enteramente contrarias.

En la seguridad de que su exposición es el argumento más poderoso, vamos á extractar textualmente cuanto después de tan desagradable acontecimiento consignó el Almirante. Y decimos después, porque desde la salida de las carabelas del puerto de Palos, hasta el día 21 de Noviembre en que ocurrió la separación de la *Pinta*, no hay en todo el escrito de *Colón* ni una sola frase, ni una reticencia que pueda decirse puesta en descrédito de *Pin-*

*zón* ó que revele mala voluntad á su persona; y, antes al contrario, las que hemos citado y algunas otras que pudieran buscarse, dan á entender la buena inteligencia que entre ambos capitanes mediaba y que no se había turbado por ninguna circunstancia adversa.

Si *Cristóbal Colón* después del desembarco y de haber tomado posesión en nombre de los Reyes Católicos de las regiones que acababa de descubrir en la isla de Guanahaní conoció el disgusto que comenzaba á enseñorearse del pecho de *Martín Alonso Pinzón*; si vió en él muestras de descontento y en sus acciones menos atención y comedimiento del que antes había usado y aún algo de desatención á la autoridad del almirante, guardó en lo más profundo sus observaciones, con el pesar que debieron causarle, y no las fió al papel, ni aún en las páginas de aquel *Diario* que para todos había de permanecer reservado.

Tal vez enajenado por el gozo, turbado por el éxito, cria que todos participaban igualmente de su alegría, y no veía en todos los semblantes sino el reflejo de su propia satisfacción. Si esto era así demostración seria, bien clara de lo mucho que le preocupaban las consecuencias de su triunfo; si lo comprendía y ocultaba, no podrá dudar-

se de la elevación de sus sentimientos que en momentos tan solemnes no daban cabida á nada mezquino, y solamente se mostraba lleno de su gran pensamiento.

Abriendo el *Diario de navegación* por esa desventurada fecha de 21 de Noviembre, (1) encontramos que *Colón* consignó el hecho con estas palabras: «Este día se apartó *Martin* Alonso Pinzon con la carabela *Pinta*, sin obediencia y voluntad del Almirante, por codicia diz que pensando que un indio, que el almirante habia mandado poner en aquella carabela, le habia de dar mucho oro; y así se fué sin esperar, sin causa de mal tiempo, sino porque quiso.» Y dice aquí el Almirante: *otras muchas me tiene hecho y dicho*.

Parece que no cabe mayor sencillez ni menor señal de pasión; casi no se aventura juicio; pues aun la causa que pudiera haber movido á *Martin* Alonso para apartarse sin obediencia, no la expresa *Colón* como de su creencia, sino como escuchada, al parecer, entre la gente de los otros buques, y por eso escribió: *diz que pensando que un indio... le habia de dar mucho oro*.

El Almirante no escribió las palabras *desertor* ni *insubordinado*

para calificar la conducta de *Pinzón*, como reconoce el Sr. Fernández Duro, y esto patentiza la nobleza de su corazón y que no era su intento acriminarle. ¿Puede admitirse por ningún ánimo desapasionado que se haga cargo á *Colón* por aquellas frases, *otras muchas me tiene dicho y hecho?* diciendo: «¿No fuera noble recordar lo que le hizo en Palos para el armamento, lo que le dijo en el golfo cuando las tripulaciones murmuraban?» Esto ya es declarada malquerencia. Cuando se acaba de recibir una ofensa; cuando al verse desobedecido se sublevaba la autoridad de jefe y el prestigio de hombre, disculpable hubiera sido algún calificativo más ó menos duro dictado por la pasión. El momento no era de recordar beneficios, sino de lamentar ingratitudes. *Colón*, sin embargo, ni aun dió cabida á sus quejas; las había recibido más ó menos graves, más ó menos directas, y se limitó á la indicación somera de ellas.

Y á esto se reduce todo: á mencionar ofensas anteriores, sin detallarlas, sin insistir en su recuerdo. No comprendemos cómo se acrimina tan sencillo proceder.

El mal estaba hecho; el efecto moral de la separación de la *Pinta* podía revestir gran importancia en el ánimo de los tripulantes de las otras dos carabelas, y *Cristóbal Co-*

(1) Navarrete—*Colección de viajes* etc.—Tomo I, pág. 213.

lón debió pesar su trascendencia con verdadera tristeza durante aquella noche. Sin embargo, al hablar de ello en el siguiente día, jueves 22, sólo escribió lo siguiente:—«Esta noche Martín Alonso siguió el camino de Leste para ir á la isla de *Babeque*, donde dicen los indios que hay mucho oro, el cual iba á vista del Almirante y habria hasta él 16 millas. Anduvo el Almirante toda la noche la vuelta de tierra y hizo tomar algunas de las velas y tener farol toda la noche, porque le pareció que venia hacia él, y la noche hizo muy clara y el viento cillo bueno para venir á él si quisiera.»

Ni un comentario desfavorable, ni una frase dura, ningún calificativo; y eso que bien se deduce de lo poco que asienta que el viento era contrario á *Pinzón* para continuar el rumbo que emprendía, y bueno para reunirse con el Almirante.

Y desde aquel día verdaderamente infausto para los descubridores, no vuelve *Colón* á mencionar la *Pinta* ni á estampar para bueno ni para malo el nombre de *Martín Alonso*, á pesar de la pérdida de su mayor nao, la carabela *Santa María*, y de haber decidido dejar algunos hombres en aquella tierra casi desconocida, tal vez, entre otras razones, por no poder aventurarse con todos en el viaje de regreso á España, á

bordo de una pequeña embarcación.

Un recuerdo consignó de la falta que le hacía el buque desertor, pero fué mucho más de un mes después, y también sin hacer cargo directo á *Pinzón*. El día 31 de Diciembre se ocupaba ya en proveer de agua y leña á la *Niña* para la partida á España, pues deseaba traer á los Reyes la noticia del descubrimiento, y las muestras de la producción de frutos y ganados de aquellas tierras privilegiadas. Bien hubiera querido adquirir nuevas de las otras islas, «mas como oviese quedado con un solo navio, no le parecia razonable cosa ponerse á los peligros que le pudieran ocurrir descubriendo. Y quejábase que todo aquel mal é inconveniente provenia de haberse apartado la carabela *Pinta*.» Esto era verdad indiscutible.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS.  
VII

Insistir sobre la prudente conducta del Almirante cuando volvió á reunírsele *Martín Alonso Pinzón* después de mes y medio de ausencia, fuera repetir lo que ya dejamos dicho.

En el juicio del proceder de ambos capitanes, en la apreciación de

sus móviles, nada podemos añadir á lo antes expuesto. Existen por desgracia hoy, en este punto, dos criterios, dos opiniones contrarias: no ha de ser la nuestra la que pueda decidir la contienda, que es harto pequeña y de escasa valía; pero entendemos que tampoco ha de fallarse por lo que exajeran los novísimos y desgraciados adversarios de *Cristóbal Colón*. El juicio de la posteridad se ha de formar con vista de datos indudables, y por eso nuestro afán de exponer las palabras mismas del *Diario de navegación*, porque creemos sin pasión que en ellas se pinta la nobleza del alma del grande hombre; su pensamiento, que lleno de la altura de su misión no abrigaba mezquinos rencores y daba al olvido toda idea que no correspondiese al descubrimiento; su prudencia de capitán, su moderación y su mansedumbre, que todo lo posponía al logro de su empresa, y dominaba cuanto era posible su natural orgullo para que no se turbara la paz á bordo, y llegaran á España las noticias de la gloria alcanzada.

Con ingenua claridad lo estampó el mismo *Colón*: «Vino Martin Alonso Pinzon, dice (Domingo 6 de Enero de 1493), á la carabela *Niña* donde iba el Almirante, á se excusar; diciendo que se habia partido dél contra su voluntad, dando razones para ello; pero el Almi-

rante dice que eran falsas todas, y que con mucha soberbia y codicia se habia apartado aquella noche que se apartó dél, y que no sabia de donde le oviesen venido las soberbias y deshonestidad que habia usado con él aquel viaje, *las quales quiso el Almirante disimular por no dar lugar á las malas obras de Satanás que deseaba impedir aquel viaje como hasta entonces habia hecho...*»

En esta manifestación confiada, al papel de su *Diario* en la soledad y secreto de la cámara, que de nadie habia de ser conocida, se funda todo el cargo que á *Colón* se dirige sobre la lealtad de sus relaciones con *Pinzón*. Como no creemos que haya fundamento, la exponemos sin comentario.

Si lo necesitara para algunos lectores, no seríamos nosotros los que lo hiciéramos, tachados ya de parcialidad, aunque sea por otros muy más parciales, que dicen hemos hecho *nuevo, aunque hermoso, panegírico del Almirante* (1). Otras palabras del mismo *Diario* sirven de explicación y complemento á las ya copiadas, y dan por entero la razón al jefe que de tanta previsión se revestía en difíciles circunstancias. Los capitanes que puso en las cara-

(1) *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*, por Cesáreo Fernández Duro, pág. 102.

belas eran hermanos, Martín y Vicente Yáñez Pinzón, á los que seguían otros muchos con soberbia y codicia «estimando que todo era ya suyo, no mirando la honra que el Almirante les habia hecho y dado, no habian obedecido ni obedecian sus mandamientos, antes hacian y decian muchas cosas no debidas contra él... todo lo qual el Almirante *habia sufrido y callado por dar buen fin á su viaje*; así que por salir de tan mala compañía, *con los cuales, dice, que cumplia disimular*, aunque jente desmandada; y aunque diz tenia consigo muchos hombres de bien, *pero no era tiempo de entender en castigo*; acordó volverse, y no parar mas con la mayor priesa que le fuese posible.»

Si estas no son razones dignas de atención; si no revelan á un tiempo mismo elevación de ánimo y precaución laudable, no sabemos qué explicación podrá dársele.

### VIII

Con dos buques bastante maltratados por una larga navegación y con los mástiles resentidos por el trabajo del velamen en los recios vendavales de aquellas latitudes, emprendió el Almirante su viaje de

vuelta; aunque, á decir verdad, era bastante arriesgado el decidirse á tan larga travesía. Pero no había otro recurso. «Hacían mucha agua las carabelas por las quillas, y quejábase mucho de los calafates que en Palos las calafatearon muy mal, y que cuando vieron que el Almirante habia entendido el defecto de su obra, y los quisiera constreñir á que la enmendaran, huyeron.» Este mal era, según parece, común á antrambas, pero á más la *Pinta* andaba mal de las bobinas, y la *Niña* tenía muchas veces que esperarla, porque se ayudaba poco de la mesana, por el mástil no ser bueno; y en estas contrariedades recordó otra vez lo pasado, y escribió *Colón*: «Si el capitan della, que es *Martín Alonso Pinzon*, tuviera tanto cuidado de proveerse de un buen mastel en las Indias, donde tantos y tales habia, como fué cudicioso de se apartar dél, pensando en henchir el navio de oro, él lo pusiera bueno.»

Juntos continuaron su derrota, sin embargo, sin suceso desagradable entre ellos, y antes por el contrario conformando, al parecer, en el rumbo, y tomándolo hacia el Norte en dirección á las Azores, mucho más alto del que habían llevado á la ida; pero ya en las alturas de aquéllas comenzaron recias borrascas, y en la noche del jue-

ves 14 de Febrero creció mucho la mar y el viento, y aunque resistieron algunas horas, tuvieron al cabo que correr el temporal porque no tenían fuerzas las embarcaciones para cortarlo, y se dejaron ir poniendo la popa al viento donde les llevase. «Entonces comenzó á correr la carabela *Pinta*, en que iba *Martin Alonso*, y desapareció, aunque toda la noche hizo faroles el Almirante y el otro le respondia; hasta que parece que no pudo más por la fuerza de la tormenta, y porque se hallaba muy fuera del camino del Almirante.»

De tan sencilla manera refiere éste aquella separación forzosa, sin ocurrirle siquiera dudar de la imperiosa necesidad que tuvo Pinzón de separarse. Sin embargo, todavía este hecho tan natural y tan frecuente, da lugar al ilustrado marino Sr. Fernández Duro, á buscar algo que demuestre poca pericia en *Cristóbal Colón*, y muy superior en *Martin Alonso*. Y en su afán de encontrar la superioridad de éste, incurre, á nuestro corto entender, en evidente contradicción. «Venía, dice, la carabela *Niña*, desde las Azores en busca de las costas de la Península con rumbo algo más alto del que conviniera para avistar el cabo de San Vicente, punto natural de recalada...» Y luego elogia á *Pinzón* porque siguió, aunque con-

tra su voluntad, rumbo mucho más alto, y se encontró sin saber cómo en Bayona de Galicia. Pero para el docto Fernández Duro, aquel fué golpe de habilidad, y lo juzga en estos términos: «Conocida con su vista la situación, nada más fácil que dirigirse (con Sur y Sueste), viento en popa, á cualquiera de los puertos del Norte de España; así hubo de hacerlo *Pinzón*; Colón procedió de otro modo: quiso entrar en Lisboa; se aproximó á Cascaes, exponiéndose á caer en sus bajíos, y logró enfilarse la barra del Tajo; pero es evidente que ni la necesidad ni el peligro aconsejaban acometer el puerto, antes por el contrario, había en la entrada riesgo voluntariamente corrido, que se evitara marchando á buscar las rías de Galicia.»

Con gran temor lo decimos, atendida la reconocida pericia del docto capitán de navío, pero nos parece que incurre en evidente contradicción al censurar el rumbo de *Colón* por ser más alto de lo que conviniera, y alabar á *Pinzón* porque lo tomó mucho más alto; así como se deja llevar de clara parcialidad al asegurar, sin dato alguno, que el Almirante corrió voluntariamente el riesgo de enfilarse la barra del Tajo, y que *Martin Alonso* arribó intencionadamente á la costa de Galicia.

Preciso es para hacer tales apre-



ciaciones poner en olvido los antecedentes. Desde el 14 de Febrero al 4 de Marzo corrieron diez y ocho días de continuas borrascas, de tormentas violentísimas y vientos huracanados. La separación de las carabelas no fué voluntaria, sino forzosa, ocasionada por las tormentas. Ambas corrieron el temporal, dando la *Pinta* la popa al viento y dejándose ir donde la llevase, *porque no había otro remedio*.

Venciendo la natural desconfianza, exponremos datos, á nuestro entender razonables, para que otros críticos, con mayores conocimientos, puedan dictar el fallo definitivo. Si los vientos huracanados que constantemente dejaron sentir su fuerza en los últimos días del mes de Febrero y en los primeros de Marzo podían ser favorables á una navegación hacia los puertos del Norte de España, ciertamente no lo serían para bajar en demanda del cabo de San Vicente, *punto natural de recalada* que debía buscar el Almirante, según la apreciación de su impugnador.

Que el tiempo era violentísimo y las carabelas llegaban al estado más deplorable, no somos nosotros los que lo decimos; datos hay que no pueden olvidarse. La *Pinta*, desde el 14 de Febrero, fué juguete de las embravecidas olas, corrió á merced de los desencadenados elemen-

tos. Sus desgraciados tripulantes no tuvieron momento de reposo; el día y la noche fueron iguales para aquel trabajo, para aquella lucha constante con la muerte que de mil modos les amenazaba. No se olvide que en tan rudo combate, en tantos días de sufrimiento, fué indudablemente cuando contrajo el heróico *Martín Alonso Pinzón* la enfermedad que tan prematura, cuánto desgraciadamente le condujo al sepulcro.

Deshecha casi la carabela, rendidos y exánimes los tripulantes avistaron una costa, cuando apenas podían gobernar para aproximarse. No sabían el punto donde se encontraban, y su gozo fué grande cuando reconocieron las costas del Norte de España y pudieron recalar en el pequeño puerto de Bayona.

## IX

No era menos precaria la suerte de la *Niña*, cuando sin velas la arrojó la tormenta sobre las playas de Portugal. Casi desarbolada la nave en la noche del domingo, 3 de Marzo, vídose en gran peligro, del que sólo Dios pudo librarla, pues inútiles eran los esfuerzos de los tripulantes, rendidos de cansancio, faltos de fuerzas y sin medios para

dominar la borrasca. En aquella situación, y á la hora de la primera guardia, dieron los marineros la voz de ¡tierra! que venía á aumentar el peligro, dado el estado de la carabela. Pero aquí no puede haber mejor medio de convicción que dejar hablar al Almirante mismo.

«Entonces, por no llegar á ella  
»*hasta conosciella por ver si hallaba*  
»*algun puerto ó lugar donde se salvar*  
»*var*, dió el papahigo por no tener  
»otro remedio, y andar algo, aunque  
»que con gran peligro, haciéndose  
»á la mar, y así los guardó Dios  
»hasta el dia, que diz que fué con  
»infinito trabajo y espanto. Venido  
»el dia conosció la tierra, que era la  
»roca de Cintra, que junto con el  
»rio de Lisboa, adonde determinó  
»entrar, *porque no podia hacer otra*  
»*cosa*, tan terrible era la tormenta  
»que hacia, en la villa de Cascaes  
»que es á la entrada del rio.»

¿Puede dudarse por algún marino de la verdad de estos antecedentes? ¿Puede dirigirse cargo al capitán que en tales condiciones toma abrigo en el primer puerto que la fortuna le depara? ¿Es posible imaginar siquiera que se anda buscando ocasión de hacer alardes de ciencia en momentos de ver la muerte tan cercana? Y tan próxima estaba, que á renglón seguido escribió *Cristóbal Colón*: «Los del pueblo diz  
»que estuvieron toda aquella maña-

»na haciendo plegarias por ellos, y  
»despues que estuvo dentro venia la  
»gente á verlos por maravilla de  
»cómo habian escapado.»

Teniendo en cuenta estos antecedentes y el estado de ambas carabelas al llegar de arribada, y por verdadero azar de la suerte á los primeros puertos que á cada una se le depararan, nosotros abandonamos al juicio de los lectores peritos é indoctos que decidan si es posible escribir sin pasión: «No podrá, pues, desconocerse que la navegacion de *Martín Alonso Pinzón*, fué también en el viaje de vuelta *más habil, náuticamente considerada*, sin caer, por otro lado, en el desacierto político de la del Almirante... (1).»

¡Triste fué en verdad el destino de *Cristóbal Colón*, puesta su honra en boca de mezquinos enemigos durante sus días, y triste es hoy traída á discusión su fama por los que de estudiosos se precian al cabo de cuatro siglos! En vida le calumniaron suponiendo que había dirigido el rumbo á Portugal y á la corte misma de Lisboa, para vender al rey Don Juan el hemisferio que con la protección de los Reyes Católicos había descubierto. Su respuesta es conmovedora: «Yo creo,

(1) *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*, por Cesáreo Fernández Duro, pág. 119.

«escribía á doña Juana de la Torre,  
 «que se acordará vuestra merced  
 «cuando la tormenta sin velas me  
 «echó en Lisboa, que fui acusado  
 «falsamente que habia ido allá al  
 «Rey para darle las Indias. Despues  
 «supieron sus Altezas al contrario,  
 «y que todo fué con malicia. Bien  
 «que yo sepa poco, no sé quién me  
 «tenga por tan torpe que yo no  
 «conozca que aunque las Indias fue-  
 «sen mias, que yo no me pudiera  
 «sostener sin ayuda de Prínci-  
 «pe.» (1).

Los escritores de nuestra época juzgan el hecho de muy diferente manera, aunque no menos infundada. *Colón* entró voluntariamente en el Tajo para manifestar al rey de Portugal su desacierto en no haber aceptado los ofrecimientos que en tiempo le hiciera, para darle envidia con su triunfo, llegando alguno al extremo de consignar *que llegado Colón á Lisboa, reconvino al Rey por no haberle creído*. A tales extremos nos extravía la pasión; y bien puede afirmarse que tan equivocada es una suposición como la otra; tan destituida de fundamento es la actual presentada por los pen-

sadores, como lo fué la antigua propalada por los envidiosos.

## X

Aquel temporal tan violento, aquella serie de tempestades que desde el 24 de Febrero reinaron constantemente haciendo del invierno de 1493 uno de los más terribles de que habia memoria, produciendo infinitos desastres y pérdidas de embarcaciones, empujó á la carabela *Pinta* muy lejos del camino que se proponía llevar. No hay datos para calcular hasta qué punto la arrebataron los vientos huracanados que se dejaban sentir. Los tripulantes sufrieron penalidades sin cuento, expuestos al rigor de los elementos y sin poder abandonar un instante el trabajo, á pesar de la furia del viento y de las aguas que los azotaban. A las inclemencias del cielo se juntaba el temor continuo de la muerte que ante los ojos tenían, porque la frágil embarcación debía zozobrar al menor descuido... Cruales fueron los días que pasaron aquellos expertos marinos, y sin duda más amargos que todos ellos los sufrió *Martín Alonso Pinzón*.

Extenuados de fatiga, mal alimentados y rendidos de cansancio,

(1) *Codice Diplomático Colombo americano*, Génova, 1829; Habana, 1867. — Navarrete: *Colección de viajes*, tomo I, pág. 419, segunda edición. — Carta del Almirante al ama que habia sido del Príncipe Don Juan.

avistaron una costa en los primeros días del mes de Marzo, y sin saber cuál pudiera ser, pusieron la proa en su demanda, como único recurso en tan desesperada situación. Casi tan grande como la pasada angustia fué la alegría de aquel momento en que reconocieron las tierras de Galicia y la atalaya de Monte Buey que daba aviso de su llegada á la rada de Bayona del Miño.

## XI

Este suceso, que tanto tiene de importante como de curioso, ha sido muy poco estudiado, hasta que la publicación de las Probanzas practicadas en el pleito seguido entre el fiscal del Rey y el segundo Almirante D. Diego Colón, ha venido á traer muchos datos que lo aclaran y á ofrecer detalles interesantes.

Parece que poco después de la arribada de la *Pinta* al puerto de Bayona, llegó allí otra embarcación que venía de Flandes, y traía á bordo muchos soldados de aquellos tercios que regresaban á sus hogares.

Se encontraba entre ellos Hernán Pérez Mateos, piloto de Palos, deudo de los hermanos Pinzón, que fué mandando luego una de las naves en el segundo viaje. Ya muy

anciano, pues pasaba de los ochenta años, fué examinado en la ciudad de Santo Domingo, en la isla Española, donde había fijado su residencia, y su declaración es interesantísima en todos los puntos que abraza. Refiriéndose al punto que nos ocupa, expresó contestando á la pregunta 19 del interrogatorio del fiscal:

«Que oyó á muchas personas, y principalmente á los dichos *Martin Alonso* y sus hermanos, que dicho Don Cristoval Colon habia hallado en esta isla Española muestra de oro y rescates, é con lo que habian podido haber se habian vuelto á España á hacer Relacion á los Reyes, é al tiempo q'el dicho *Martin Alonso* llegó á Bayona este testigo lo vió y le habló como á debido, y el dicho Martin Alonso le hizo relacion de todo lo que habia pasado, é le dijo que Don Cristoval Colon habia salido destas partes, el dicho Don Cristoval Colon de donde está agora Puerto Real, y el dicho Martin Alonso del Puerto de Gracia, é que se habian juntado en la mar, é con tormenta se habian apartado, y dicho Don Cristoval Colon habia ido á Lisboa, y él habia llegado allí á Bayona (1).»

(1) Por su importancia insertaremos íntegra por *Apéndice* esta declaración, copiada á la letra de su original que se conserva en el *Archivo de Indias*, en Sevilla.

No expresa el piloto la razón por que se encontraba en aquella sazón en Bayona de Galicia; pero los testigos Pero Arias Pérez, hijo de Martín Alonso, y Hernando Esteban fueron más explícitos, pues probablemente volvían, según hemos dicho, de servir en los tercios españoles. El primero dijo, contestando á la pregunta 15 del interrogatorio:

«Que sabe su contenido, porque vido partir de aquí al dicho *Martin Alonso, su padre...* é que este testigo no fué con ellos; pero despues vinieron á aportar á Galicia, *y este testigo venia de Flandes, é se hallaron todos en un dia en el puerto de Bayona,* é de allí de los del navio de su padre é de los otros navios... este testigo oyó decir muchas veces aquello que se contiene en el dicho artículo.»

Hernando Esteban, contestando á la pregunta 21, dijo:

«Que vido cómo vinieron á Castilla despues de descubierto lo susodicho, *é que este testigo viniendo de Flandes los encontraron é se hallaron en el puerto de Bayona de Miño,* é que por esto sabe, y así es público y notorio como se contiene en las dichas preguntas.»

Otro testigo presentado por el Almirante D. Diego, en Santo Domingo, en la probanza que hizo en

el año 1512, fué Pero Enríquez, vecino de Palos, que dijo:

«Que al tiempo que el Almirante venia del viaje, un navio suyo en el que venia *Martin Alonso Pinzon* por capitán, llegó á Bayona de Galicia, *é este testigo vido allí los indios que traian de la isla de Guanahaní,* é allí le dijeron que el Almirante habia descubierto las islas *Conhayatin* é las demas, é que este testigo ovo de presente cuatro pesos de oro que le dió el contramaestre.»

El objeto especial de las informaciones de una parte y lo conciso de las respuestas de otra, nos hace lamentar que los testigos no se extendieran á consignar el estado en que vieron á los tripulantes de la carabela, las noticias que éstos les dieran de los trabajos que habían sufrido en las pasadas tormentas, y otras muchas circunstancias del mayor interés que pudieron recoger en aquellos momentos de los labios mismos de los capitanes y marineros, sus paisanos y amigos.

Indudable parece que todos llegaron rendidos de cansancio, extenuados por la fatiga, faltos de sueño y de alimento; muchos enfermos, siendo uno de éstos el valeroso *Martin Alonso Pinzón*, que en aquellos azarosos días perdió la salud rendido por tan excesivos trabajos, y por las privaciones y sufrimientos.

¿Qué sabían los tripulantes de la *Pinta* de la suerte que había corrido la *Niña*? ¿Qué podían conjeturar que hubiera sucedido al Almirante y á sus compañeros? Salvados milagrosamente, después de muchos días de continuada lucha y de correr grandes peligros, bien podía creer *Martín Alonso* que la carabela del Almirante había sido sumergida por las olas, así como *Colón* pensaría muchas veces que la *Pinta* se había perdido sin remedio por no haber tenido la suerte de aproximarse á la costa, como á él le había ocurrido en punto tan crítico, pudiendo ganar la embocadura del Tajo.

Los dos capitanes creyeron, á no dudar, que su salvación era milagrosa y que la otra carabela había naufragado. Ambas volvían muy quebrantadas del largo viaje, con ocho meses de penosa navegación, mal calafateadas y con averías, y tras de tan prolongadas borrascas no era probable que las dos hubieran vencido la furia de los desencadenados elementos.

Sin más pensamiento que el de una verdadera pena, *Colón* y *Pinzón* pudieron creerse respectivamente sepultados en el mar el uno al otro, cuando por término de sus angustias pudieron ganar los puertos de Cascaes y de Bayona.

Y en tal situación adquiere grandes probabilidades de certeza la afir-

mación que hace Don Fernando Colón en la vida del Almirante su padre.

De la misma manera que éste al encontrarse á salvo de los pasados peligros dentro de las aguas del Tajo, tuvo por primer cuidado enviar á los Reyes Católicos la noticia de su arribada en el mismo día 4 de Marzo, como lo justifica la postdata de su primera carta, pudo *Martín Alonso* tener igual pensamiento y ponerlo en ejecución al desembarcar en Bayona del Miño. Lejos de podersele formular cargo alguno por haberlo hecho, puede sostenerse que cumplía con un deber, cuando tal vez el jefe de la expedición había perecido, y él era el único depositario de las noticias del descubrimiento.

Don Fernando escribió lo siguiente: (1) «Luego sucedió, que cuando el Almirante llegó á Palos, *Pinzón* arribó á Galicia y quería ir á Barcelona á dar cuenta en derecho del suceso á los Reyes Católicos, los cuales le dieron á entender que no fuese sino con el Almirante, que era al que habían enviado al descubrimiento...»

Lejos de parecer intencionada y poco cierta tal indicación, tiene todos los visos de probabilidad. En su primera parte, por las razones que

(1) *Historia*, cap. XLI.

dejamos apuntadas; en la segunda, por la sesuda reflexión que á otro propósito consigna el mismo señor Fernández Duro: «Los Reyes habrían de preguntar por el jefe de la expedición: ¿qué responder mientras llegaba el que se presentara á hacer papel de correo avanzado? (1).» Y esto exactamente, es lo que traduce la respuesta de los Reyes que traslada Don Fernando. Sin rebajar en un ápice á *Pinzón* ni menos desconocer sus servicios, pudieron los Reyes Católicos decirle que se uniese á *Don Cristóbal Colón*, cuando ya tenían las noticias de haber llegado el Almirante á Lisboa. La responsabilidad y la gloria de una expedición, el crédito ó el descrédito, reflejan siempre sobre el jefe que la dirige, sean cualesquiera los hechos de sus subordinados.

## XII

Lo extraordinario, lo que no puede atribuirse al acaso, porque, como en otros sucesos de la vida de *Cristóbal Colón*, se vé claramente un acontecimiento providencial, fué

la llegada de los dos capitanes en un mismo día al puerto de Palos. Después de tan larga separación y de haber corrido tantos peligros, el día 15 de Marzo de 1493 entraron las dos carabelas en aquel pequeño puerto de donde habían salido.

El suceso se presta á profundas y varias consideraciones.

«*Pinzón* volvía cansado, lleno de achaques por los grandes trabajos sufridos, según hemos dicho en otro libro; molesto además, caviloso y apesadumbrado porque su conciencia le reprochaba la ilegitimidad de algunos de sus actos, y temía el juicio que de ellos pudiera formarse cuando fueran bien conocidos. Su turbación creció de punto cuando al dirigirse á la barra de Saltes, anhelado término de tantos sinsabores, vió ondear en los mástiles de la *Niña*, que estaba fondeada en el puerto, la enseña del Almirante, á quien creía sepultado en las aguas.

»Profundamente afectado con aquella vista, meditó indeciso el partido que debería tomar, y dando las órdenes convenientes para que la *Pinta* fuese á dar fondo al costado de la *Niña*, mandó echar la barca al mar, y entrando en ella se hizo conducir á una casa que poseía muy cerca del pueblo. Durante el camino llegaban á sus oídos, llenando su alma de amarguras, los alegres vítores de los vecinos de

(1) *Pinzón en el descubrimiento, etc.*, página 100.

Palos, el sonoro repique de las campanas, los acordes de las músicas populares y los ecos de las fiestas y cantares que le demostraban el regocijo de que todos se hallaban poseídos en aquel instante.

» La *Pinta* entró en el río: los marineros salieron poco á poco á tierra, mezclándose con los grupos donde se festejaba á sus compañeros, y sólo entonces se supo la llegada de las otras carabelas, admirando los misteriosos designios de Dios y la profunda lección que encerraba el diferente recibimiento que unos y otros habían tenido.

.....

.....

» Ciertamente hubo de dar pábullo á muchas conversaciones, tanto entre los vecinos de la villa, como entre los moradores del convento, la llegada de la *Pinta* en el mismo día que la *Niña*, y la desaparición voluntaria de Martín Alonso, á la que cada uno atribuía una causa; sosteniendo sus amigos que venía enfermo del excesivo trabajo y falta de alimento en las semanas que duraron los últimos temporales, creyendo otros que se retiraba por temor de que el Almirante publicaría su deserción y desobediencia, de suerte que, como dice uno de los testigos de la *Probanza del fiscal*, no había otra plática en el pueblo.

» Extraño podrá parecer que los

dos capitanes estuvieran separados sin verse en toda la semana que permaneció *Colón* en la Rábida, y más todavía estando por medio el P. Fr. Juan Pérez, que había sido y más de que aquellos se pusieran de acuerdo para emprender el viaje, y tan satisfecho debía de estar del resultado de sus gestiones, siendo por lo tanto más vehemente su deseo de que se reconciliaran, como dice con sobrada razón el señor D. Cesáreo Fernández Duro.

» Pero es lo cierto, según el mismo escritor lo advierte, que el Almirante no esperó la respuesta de la corte, ni pensó en hacer el viaje con su compañero de expedición.

» La versión más exacta es la contenida en el libro de Gonzalo Fernández de Oviedo (1), basada en la que escribió D. Hernando Colón (2), y que aceptaron el cronista Herrera y D. Martín Fernández de Navarrete, porque en ella se descubre un gran fondo de verdad, aunque Oviedo añade algunos accidentes y detalles muy esenciales, pero que están consignados en las declaraciones de los testigos de la *Información*. Supone D. Fernando Colón que Martín Alonso tuvo respuesta de los Reyes Católicos, diciéndole

(1) *Historia general y Natural de las Indias*. Cap. II. Lib. IX,

(2) *Historia*. cap. XLI.



que no se presentase á ellos sino con el Almirante; de que recibió tan gran pesar, que cayó enfermo y se dirigió á Palos, *pero antes que él llegase había partido el Almirante á Sevilla con intención de ir á Barcelona.*

«Estando ya cerca de Europa, dice Oviedo, por tormenta se apartaron la una carabela de la otra, é corrió el Almirante á Lisboa y el Martín Alonso á Bayona de Galicia. E despues cada navio destos tomó su camino para el rio de Saltes, é de caso entraron en un mes-

(Se continuará.)

»mo dia; y entró el Almirante por la mañana, é la otra carabela llegó en la tarde. E porque se tuvo sospecha que por las cosas pasadas el Almirante faria prender al Martín Alonso Pinzon, saliose en una barca del navio, así como entraba á la vela, é fuese donde le pareció secretamente, y el Almirante luego se partió para la corte con la grande nueva de su descubrimiento. Y como el Martín Alonso supo que era ido, fuese á Palos á su casa é murió dende á pocos dias, porque iba muy doliente.»

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

# DOLORAS

## I

La voz de la conciencia.

Amó á Andrés la bella Inés  
con tan ciega idolatría,  
que hasta á un loro que tenía  
le enseñó á llamar á *Andrés*.

## II

Pasó el tiempo, y se olvidó  
de su Andrés, Inés la bella,  
y un Teodoro, infiel como ella,  
á celos la asesinó.

## III

Y cuando, al morir Inés,  
llamó gimiendo á Teodoro,  
más constante que ella, el loro  
repetía ¡*Andrés!* ¡*Andrés!*

## IV

El amor no perdona.

Murió Julia, maldecida  
por un hombre á quien vendió;  
y en el punto en que dejó  
el presidio de la vida,

La dijo Dios: «¡Inconstante!  
vé al Purgatorio á sufrir,  
y reza, hasta conseguir  
que te perdone tu amante.»

«¡Oh cuán grande es mi alegría,  
dijo ella, en sufrir por él!  
quien no perdona á una infiel  
es que la ama todavía.»

Y al Purgatorio bajó  
contenta, aunque condenada,  
pensando que aún era amada  
del hombre á quien ofendió.

Y cuando al fin, con pesar,  
le dió su amante el perdón,  
se le oprimió el corazón  
hasta romper á llorar.

Y Julia, ya absuelta, es fama,  
que, llena de desconsuelo,  
decía, entrando en el cielo:  
«¡Me perdona!... ¡Ya no me ama!»

.....

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS.

CAMPOAMOR.

## HUMORADAS

---

En el álbum de G. S.

Gertrudis, pido al Dios omnipotente,  
con el más vivo anhelo,  
que pasen las tristezas por tu frente  
como pasan las nubes por el cielo.

---

Lo que inspira el mundo.

Al ver al mundo entero  
vagar sin norte y con la fe perdida,  
siento por él ese dolor sincero  
que siente por su enfermo el enfermero  
en el último instante de su vida.

---

El fondo del vaso.

Al final de la orgía  
siente ella pesadumbre, y él bosteza;  
que en amor, ya agotada la alegría,  
se queda cada cual con su tristeza.

---

Lo que dura un amor.

Te adoró el primer mes; pero al siguiente  
ya era un frío deber su amor ardiente.

---

¡Paciencia! Hoy como ayer, y ayer como antes  
nace y muere un amor en dos instantes.

---

Conócete á ti mismo.

A fuerza de burlar y ser burlado  
se adquiere este secreto:  
que el hombre es un perfecto condenado  
y la mujer un ángel incompleto.

---

El amor de muchas.

O lánzame al horror del fuego eterno,  
ó elévame del goce al alto emporio;  
pues tu amor, que no es cielo ni es infierno,  
jamás deja de ser un purgatorio.

---

El paseo.

Van y vienen, por sitios alfombrados  
con hojas de los árboles caídas,  
la grey de engañadores y engañados,  
unas cuantas esposas aburridas  
y otros tantos maridos fastidiados.

---

Suerte común.

Son iguales, Leonor, nuestros destinos.  
Morirás, como yo, de mal de amores,  
porque siempre, y en todos los caminos,  
tu corazón asaltarán traidores  
el tedio y el placer: dos asesinos.

---

---

En un álbum.

Si algún César triunfante  
te viere desde el fondo de su gloria,  
podría ese lunar de tu semblante  
hacer variar el curso de la historia.

---

El placer y el dolor.

Sólo recuerdas de tu edad pasada  
lo que hubo de infeliz en tus amores.  
¡Qué quieres, prenda amada!  
El dolor nos recuerda otros dolores,  
pero un placer no nos recuerda nada.

---

Hembras de ley.

¡Qué diabólicas mañas  
tendrá esa pecadora,  
que cuando llama á ellas, la traidora,  
siempre la abren las puertas mis entrañas?

---

Flores de cieno.

Todavía, perjura,  
mi corazón se goza en la amargura  
de tus falsos amores,  
como una sepultura  
que, con restos de un muerto, cría flores.

---

Por qué mata el amor.

—¿Por qué dicen— pregunta Rosalía—  
que nos mata el amor, siendo tan bueno?

— Lo dicen los que saben, hija mía,  
que si un vaso de amor es ambrosía,  
un vaso de placer es un veneno.

Lo que yo te decía:  
os casasteis, y luego  
si él te amó hasta la víspera con fuego,  
tú amaste más desde el siguiente día.

Siempre es algún consuelo  
que un marido, por serlo, gane el cielo.

Las hijas de las madres que amé tanto  
me besan ya como se besa á un santo.

Pasando de la pena á la alegría,  
nuestra alma es el retrato  
de esa móvil campana que en un día  
toca á boda, á agonía,  
á oración, á bautizo y á rebato.

Un rizo de tu rubia cabellera  
es la gloria mayor de mi destino:  
si como hecho es un trapo una bandera,  
como idea es un símbolo divino.

Yo, como muchos, creo  
que dura nuestro amor lo que el deseo.

Acompañado del tintín del oro  
toda mujer dormida oye un ¡te adoro!

¡Oh! ¡qué niña tan bella!...  
En mi tiempo, su madre era como ella.

Les falta algo de amor á los amores  
que no son un infierno de dolores.

Hay sabio, de impiedad tan candorosa,  
que no tiene fe en Dios, y cree en su esposa.

---

¿Preguntas qué es amor? Es un abismo,  
mal y bien, esperanza y desaliento,  
antídoto y veneno á un tiempo mismo,  
odio y pasión, deleite y sufrimiento.

---

¿Qué es preciso tener en la existencia?  
Fuerza en el alma y paz en la conciencia.

---

Cuando dudaba de ella, vacilaba;  
pero ya no vacilo:  
su amor, mientras dudé, me atormentaba;  
hoy sé que me es infiel, y estoy tranquilo.

---

Tu mano de marfil, que antes ardía,  
ya me suele quemar de puro fría.

---

¿Qué saqué al fin de los amores míos?  
La cabeza caliente y los piés fríos.

---

Eres después de vieja  
sirena inversa que, si llama aleja.

---

Es cosa entre ellos y ellas convenida,  
dar ellas la virtud y ellos la vida.

CAMPOAMOR.



# CRÓNICA INTERNACIONAL

## I

Las crisis de Portugal y de Italia.—Oliveira Martins.—Los males de Italia y Portugal.—Errónea política exterior de la primera y errónea política interior del segundo.—Necesidad en Italia de una política de paz; necesidad en Portugal de una política de aproximación á España.—Síntomas de verdadera estabilidad internacional.—Visita del emperador Alejandro al emperador Guillermo.—Inutilidad arriba de toda inteligencia mientras duren las contradicciones abajo entre alemanes y esclavones.—Inmanencia de esta rivalidad.—Las fiestas regias de Dinamarca.—Las familias imperiales y reales en Copenhague.—Visita del presidente Carnot á Lorena.—Reflexiones.—Conclusión.

**D**os crisis verdaderamente simultáneas, una en Portugal, otra en Italia. La crisis de Portugal ha traído la salida del ministro de Hacienda Oliveira Martins; la crisis de Italia la salida de todo un ministerio, en el cual se han frustado los proyectos de dos tan eminentes hacendistas como Colombo y Luzzatti. El carácter de ambas crisis, es económico; pero en la crisis italiana predominan los intereses europeos, y en la crisis portuguesa los intereses puramente nacionales é interiores, muy arruinada Italia por causas que atañen á su política exterior, muy arruinado Portugal por causas que atañen á su política interior. Italia pasa por una grave crisis económica, porque su nacionalidad reciente quiere irradiarse fuera; Portugal pasa por una grave crisis económica, porque su nacionalidad antigua se consume dentro de sí misma y se acaba casi, no obstante las virtudes múltiples y el patriotismo ardiente de sus hijos. Habíase buscado para ocurrir á la crisis portuguesa un hombre de ciencia universal, como el historiador insigne que ha concluido la obra del gran Herculano, heredero y continuador de la gloria de éste, quizá la primera de todas en el renacimiento literario lusitano; habíanse buscado para ocurrir á la

crisis itálica dos hacendistas clásicos y técnicos, los cuales á todos los demás italianos aventajaban y sobrepujaban por su competencia en materias económicas y su habilidad en regir los públicos intereses. En Portugal, como el ministerio de Hacienda es uno, el redentor elegido fué uno también, Oliveira Martins; mientras en Italia, como el ministerio de Hacienda está dividido en dos departamentos, que piden sus sendos ministros, los redentores fueron Colombo y Luzzatti. Todos han marrado, lo mismo el ministro de Lisboa que los ministros de Roma. Ninguno ha conseguido en sus magistrales competencias respectivas y en sus rectas intenciones comunes extraer á sus Estados y pueblos correspondientes de la sima en que han caído; ninguno ha resuelto; ¿qué digo resuelto? ninguno ha mejorado las maltrechas y malheridas cuestiones económicas del todo ruinosas. Ante verdad tan triste levántase por una incontrastable fuerza el ánimo al estudio de las causas. Y al buscar las causas, topa con este triple común error de los tres hacendistas: su propósito de mejorar la economía nacional sin mejorar la política nacional, error irredimible. El mal de Italia no está en su hacienda propiamente dicha, está en sus relaciones exteriores; el mal de Lusitania no está en su hacienda propiamente dicha, está en la política interior. Mientras Portugal quiera mantenerse como un Estado aparte y solo, de la manera que Bélgica y Helvecia, careciendo de aquellos recursos granjeados á estas dos nacionalidades diminutas por su industria y su comercio; mientras Portugal quiera mantener con sus propias fuerzas un patrimonio colonial, que únicamente podría mantener un Estado grande, un Estado compuesto de veinte á veinticinco millones de ciudadanos, su hacienda pasará por unas crisis, en las cuales peligran á una la honra y la independencia portuguesas, tan amadas por todos los habitantes de la Península, que creen su patria común el territorio extendido desde los Pirineos al cabo de San Vicente y desde la desembocadura del Guadalquivir y del Tajo á la desembocadura del Bidasoa y al puerto de Rosas. Pues lo mismo digo de Italia. Mientras Italia quiera tener colonias tan ruinosas como la colonia de Eritrea; seguir una política de alianzas poderosísimas y de guerras continentales; construir vías estratégicas por territorios necesitados de vías mercantiles; llenar de inútiles acorazados el mar en previsión de un conflicto que no puede llegar y armarse hasta los dientes por medio de un ejército inmenso

desproporcionado con sus fuerzas colectivas; el malestar económico irá creciendo hasta trocarse para desgracia y mal de todos en irreparable ruina. El régimen absoluto, á que la Europa moderna estuvo adscrita por tanto tiempo, sucumbió bajo el peso de sus errores económicos; y el régimen militar, inaugurado por hecho tan luctuoso como las últimas guerras europeas, perece por los gastos que necesita y que pide. Nada tan fácil de urdir como una grande alianza, pero nada tan difícil de mantener.

El pueblo italiano siente los aguijonazos de su malestar y se planea de su presupuesto y de sus dispendios. Pero mira las consecuencias, y no sube á las causas. Su malestar económico es un resultado y nada más que un resultado de su malestar político. Sus gastos dependen de sus alianzas. En lugar de entenderse con los pueblos, que le prometen cambios de productos, esos cambios parecidos á los que la respiración establece de suyo entre la sangre de nuestras venas y el oxígeno de nuestro aire ¡oh! establece alianzas para grandes dilataciones territoriales, que si han de venir por medio de una guerra, no podrán valer, de modo alguno, lo que cuestan. Una de las peores situaciones que hay en política es la proveniente de un estado en el

cual no sabe uno lo que quiere. Si desea Italia paz y trabajo, ¿por qué no busca inteligencia con los pueblos donde se hallan sus mercados? Y si desea extensión territorial y grandezas geográficas, ¿cómo se une con el Austria, la cual había de sufrir, en caso de realizarse las tenaces aspiraciones italianas, un recorte, tan difícil de suyo como la separación del territorio de Trieste? Y lo que digo de Italia, digo de Portugal. Desde que los grandes Estados se constituyeron en el siglo xvi, Portugal oscila entre Inglaterra y España. ¿Quiere de veras una independencia y una dignidad y un desahogo que le permitan desasirse de la nación, cuya fuerza le impuso aquel terrible *ultimatum*, al recuerdo del cual suele dolerse hasta el extremo de llamar año terrible al año en que sucedió, como le llaman los franceses el año terrible al año en que perdieron la Alsacia y la Lorena? Pues no tiene más remedio que acercarse á España; no tiene más remedio. Portugal se acercará en la medida que guste y quiera: que no conozco español ninguno capaz de aspirar á imposibles anexionaciones violentas, más dolorosas para los pueblos así engrandecidos que para los pueblos anexionados. Únicamente los déspotas pueden llevar á su lado una Polonia; los pueblos libres no, jamás,

jamás, jamás. A Portugal tenemos que decirle: hágase tu voluntad. Pero con una condición: que, cumplida su omnimoda voluntad, no invoque solidaridades en el día de la desgracia, tantas veces negadas en los días serenos de paz y de ventura.

## II

Lo que verdaderamente caracterizaba el ministerio portugués último, era la presencia en él de repúblico tan extraordinario y conspicuo como mi buen amigo Oliveira Martins. Hombre de ciencia y de conciencia, bastante avanzado para que pudieran librar en él muchas esperanzas los progresistas de todos matices, y bastante conservador para no inspirar sospechas y celos de ningún género á la monarquía, en cuya conservación debían estribar la paz y la estabilidad indispensables á la obra del hacendista; los dos defectos de su temperamento intelectual, el pesimismo, nativo á quien vive dentro de un pueblo desesperado, y el socialismo, en cuyas utopías todos los estadistas han á una caído, se hallan por sus virtudes privadas y cívicas, así como por sus aptitudes maravillosas y

múltiples sobradamente compensados. El había pedido y aceptado una responsabilidad tan dolorosa como el cercén de sueldos á las clases que perciben sus haberes del apremiadísimo Estado, y como el arreglo con acreedores, amén de recelosos y susceptibles, extranjeros. Parecía en uno y otro fin de su advenimiento al gobierno encontrados los medios de salir por algún camino, siquier la salida no fuese muchas veces afortunada; y ahora nos encontramos con que se llama de súbito á andana y declina su altísimo cargo, por declinar sin duda una grave responsabilidad. Siento decirlo; pero nos debemos á nosotros y debemos al público la verdad, toda la verdad: estamos en España más enterados de lo que pasa en Sofía que de lo que pasa en Lisboa. Ignoramos, por tanto, si la convención última del eximio ministro de Hacienda con los acreedores extranjeros no ha obtenido la sanción del monarca y de sus ministros, ó ha encontrado contraminas que la frustraban aun antes de concluida. Lo cierto es que un elemento de progreso como el representado por Oliveira Martins ha tenido que ceder á un elemento histórico ya tan probado como el regenerador Serpa Pimentel. No hay motivo alguno para satisfacerse con esta solución y menos moti-

vo todavía para felicitar á Portugal. Lo mismo añado de Italia; igual cosa. No debemos holgarnos los amantes de aquella nación excelsa con hecho ninguno de los allí sucedidos, no. El ministerio Rudine representaba las economías tras un período insanísimo de tristes despilfarros y ha marrado en su propósito. Después de haber obtenido una eliminación tan importante como la del gasto atribuido á las vías férreas extratégicas, ha dado un salto en las tinieblas y puéstose fuera de combate. Persuadido por la propia experiencia y por el clamor unánime del sentimiento público á las economías, intentó procurárselas en presupuestos ajenos á los dos cánceres de su prosperidad, á Guerra y Marina, faltándole por tal desatinado intento primero la opinión, después la Cámara. Circunspeto, mesurado, caballeresco, asaz de comedido, habíamos hecho Rudini á una gravedad que no encontrábamos en la política de aventuras militares fuera y radicales dentro tan desagradables en la situación anterior. Transigente y consideradísimo, la estrecha inteligencia de los elementos conservadores por él representados y los elementos liberales representados por Nicotera se había realizado con una grande facilidad, sin resistencias y abdicaciones mutuas, por un concierto

muy acomodado á esta fase de nuestro siglo, en que pedimos unas combinaciones de progreso y estabilidad como las que mantienen al universo en equilibrio y movimiento. Pero toda esta combinación se ha venido á tierra por la incompatibilidad entre los ministros de Guerra y Marina con los ministros de Hacienda y Tesoro. Cuando el general Ledoux accedió á entrar en el ministerio Rudini, ministerio de sabias economías, debió comprender que no podían éstas intentarse y hacerse sino en el crecidísimo renglón de los presupuestos militares. Así es, que viendo yo á este ministro saboyano, amigo del Rey, acepto á la corte y á la camarilla, emperrarse con furia en sostener los gastos de Guerra, presagié la crisis, asegurando que se resolvería por un grandísimo desastre. Y así ha sucedido. Ledoux ha triunfado en toda la línea contra los dos ministros reformadores y hacendistas. Un ministerio le ha reemplazado sin más objeto ni fin que servir al ministro de la Guerra y preparar el reingreso de Crispi en una situación que parezca surgida de las Cortes, no de la corte, quien se lavará las manos y declinará su evidente responsabilidad. Todo iba como á pedir de boca para el cortesano plan maquiavélico, si no surgiera en esta felicidad increíble caso

tan adverso como la derrota del ministerio. Y lo han derrotado con razón. Cuando se necesita despejar las incógnitas, nada tan peligroso como un gobierno de perplejidad é incertidumbre. Giolitti disgusta de suyo al partidario de las economías por cuanto tiene su política de militar y disgusta de suyo al partidario de la política militar por lo que tiene á la postre de economía. Lo cierto es que ha sido derrotado, y que ha impuesto arriba el pensamiento de una nueva disolución y la llamada de otro Congreso. Mas para el cumplimiento de tal propósito necesitase un presupuesto votado, y para tener un presupuesto votado necesitase de una mayoría transitoria, hoy dificultosa por todo extremo. Así ha pedido que le voten medio presupuesto anual en seis dozavas partes, y no lo ha logrado si no después de resistencias en las cuales ha corrido riesgos verdaderos de temprana muerte. Unas nuevas Cortes no cambian en cosa ninguna la vieja política. Todavía el cuerpo electoral está muy pagado de las magnitudes políticas, y todavía cree que una grande nación ha menester mucho ejército y cuantioso presupuesto. El día de la derrota llegará cuando se hayan votado nuevos recursos para mantener la política de paz armada y solamente se hayan obtenido desastres económicos. En-

tonces los más monárquicos habrán echado de ver que la monarquía quedó muy herida en estos procederes contrarios á una inteligencia con la República francesa y conducentes á una sustentación en equilibrio inestable de las tres monarquías centrales, subsiguiendo á tal convicción una de esas insanas situaciones que acaban en catástrofe. Ignoro con qué ánimo y con cuál fin se habrá hoy telegráficamente propagado noticia tal como un rompimiento del candidato á la presidencia Crispi con los partidarios de la triple alianza. No lo creo posible; pero la noticia enseña bien claramente cuán impopular habrá de ser una política como esa, cuando se requiere y busca la opuesta en el día de las solicitudes y de las pretensiones á reserva de realizarla en el día de los logros. No tiene remedio, hay que optar entre la política de paz con economía y la política de guerra con previo despilfarro. Ahí está la dificultad. Hay que resolverla.

### III

La dinastía de Italia únicamente podría salvarse, tras el error cometido, si llegara la hora de una gue-

rra continental. Mas una guerra no parece fácil ni está próxima. Dos viajes lo patentizan así: el viaje del czar Alejandro á Kiel, y el viaje del presidente Carnot á Nancy. En visperas de una catástrofe no iría la personificación del Estado francés á pisar el reguero de pólvora tendido por las fronteras orientales francesas para que le imputasen el estallido de un combate, al género humano tan funesto; y no iría el jefe de un ejército beligerante á verse con el jefe de otro ejército beligerante para que lo creyesen doble y maquiavélico. El Presidente aquí en la ciudad de Nancy, el Czar allá en las aguas de Kiel enseñan bien claramente que no estamos en esas visperas de guerra indicadas por la neurosis del Parlamento de Italia. Y en las mismas fiestas francesas han pasado incidentes que imponen la reflexión á cuantos temerarios provoquen la guerra. Muchos elementos extranjeros han ido á Nancy. Pues bien, han resaltado por su entusiasmo hacia Francia entre todos estos elementos extraños los cheques de Bohemia. Y esta exaltación de los cheques de Bohemia enseña cómo no habrá la indispensable cohesión en los pueblos y en los ejércitos que han de partir contra Rusia y Francia para emplear los esfuerzos y hacer los sacrificios indispensables en una guerra, siquier sea victoriosa. En cuanto al czar de Rusia y al emperador de Alemania importan poco que se vean con amistad y aun se reconcilien allá en el fondo de sus almas, si no se ven con amistad y en el fondo de sus almas no se reconcilian sus dos razas. La rivalidad entre Alemania y Rusia no es tanto una competencia política y social de ahora como un combate histórico y secular de razas enemigas, de la raza eslavo-na con la raza germánica. Este principio científico, tan vulgarizado ya, de una división de la especie nuestra en razas, apenas fué por los historiadores antiguos conocido, ni aun borrosa y confusamente. Hánse necesitado los progresos últimos de la filología y de otras ciencias análogas para fijarlo y extenderlo. Estudiando el parentesco de las antiguas lenguas indias con el griego, con el latín, con el español y demás modernos idiomas derivados con-cidamente del antiguo Lacio, háse concluido la existencia de cierta familia de pueblos, una por su origen, á la cual familia se le ha de nominado con el apellido de aria. Estudiando el parentesco del fenicio, del púnico, del árabe, del hebreo, háse concluido que los fundadores de cuatro ciudades, á primera vista diversas, cuando no contrarias, como Tiro, Cartago, Jerusalén, Bagdad, pertenecían á una sola

familia de pueblos, á la familia semítica. Así muchas de las antiguas porfías históricas, muchas de las competencias seculares, muchos de los combates eternos esclárécense y explícense al resplandor de tal principio. De ahí, del aborrecimiento instintivo entre las dos razas, los furores mostrados por Alejandro contra Tiro; de ahí el combate secular y á muerte, desde los comienzos de sus respectivas historias, empeñado entre Cartago y Roma. Los desvíos del pío Eneas á la semita Dido representan, en la forma propia de una epopeya, la cólera entre los arios y los semitas de Cartago y Roma. Pues algo de lo sucedido en los antiguos tiempos ahora mismo se repite y sucede sin tregua ni descanso, entre alemanes y eslavos, con una diferencia, y bien grave, como que los pueblos prehistóricos no tenían conocimiento de las causas que los determinaban al combate, mientras los pueblos modernos luchan á ciencia y á conciencia de las causas generadoras del odio entre ellos, odio inextinguible. Creen los germanos, con ese orgullo nativo que constituye casi un carácter saliente de su complexión, en la inferioridad irremediable de los eslavos, inferioridad intelectual, inferioridad moral, inferioridad física. Y como sean sus vecinos y necesiten cierto género de re-

laciones con ellos por motivo y razón de tal vecindad, han pensado que para no tenerlos enfrente como enemigos precisaba tenerlos debajo como siervos. Así oprimen directamente á una parte considerable de la raza esclavona; y si no pueden ellos por sí oprimirla, encargan la opresión, so el nombre de tutela más ó menos paternal, á otros. Tal significación debe reconocerse al ministerio desempeñado por Austria en Oriente como encargada por el mundo germánico del patronato sobre los eslavos. De aquí la supremacía ejercida por el Austria desde la eslava Bohemia en las regiones centrales del continente hasta la eslava Dalmacia en las regiones mediterráneas, como una especie de protectorado germánico, indispensable al orden y al progreso de la Europa entera, tristemente amenazada por pueblos tan indisciplinados é inquietos como, en sentir de Alemania, resultan todos los pueblos de sangre y origen esclavón. Y cuando no pueden los alemanes por sí mismos dirigir á los eslavos ó por medio del Austria, confían su dirección al primero que tienen á mano, ya sea descendiente de Atila, huno como el magyar, ya sea, como el turco, tártaro y mongol. Del odio común por alemanes y húngaros sentido hacia los eslavos, proviene la tutela ejercida por Hun-



gria sobre ruthenos y croatas, como del odio común, sentido por alemanes y turcos, provienen los artículos del tratado internacional de Berlín, en que Alemania entregó á Turquía cuantas regiones de origen eslavo pudo, según su odio á la esclavona gente. Así los rusos, los mayorazgos de la raza, no por su pureza y claridad sanguínea, por la extensión de su territorio y la fuerza de su número, dan en rostro á los prusianos con que su antigua Marca de Brandeburgo resulta de las investigaciones históricas un mar esclavón, que desecaran ellos con sus crueldades para henchir el vacío lecho antiguo de nueva sangre germánica, y aun añaden que se han valido por completo de los descendientes de Pedro el Grande, tan alemán de suyo, descendientes germánicos todos ellos en el trono moscovita, para destruir la tradición eslavona, cuya grandeza concentra Moscu, y contrastarla con la tradición extraña germánica, cuya sobreposición al elemento nacional y nativo representa la extraña y extranjera Petersburgo. Para los panslavistas ortodoxos de Rusia germano Pedro el Grande, que trasladó el genio alemán á las orillas del Neva; germana Catalina II, como su sangre y familia; germanos los tres emperadores últimos, Alejandro I, que reconstituyó la Prusia, perdida para siempre tras su derrota de Jena; Nicolás I, que salvó al Austria de la revolución del 48 con la intervención moscovita en Hungría; y Alejandro II, que dejó las manos libres á Alemania para que inmolasen la nación francesa en el año terrible y le quitara territorios á su entidad y organización tan indispensables como Alsacia y Lorena. Hase necesitado todo el esclavismo del Emperador hoy reinante, su despego á Petersburgo, sus preferencias por Moscu, sus desabrimientos con Alemania, sus propensiones á Francia, para que olvidasen los panslavistas, cual parecen tenerlo ahora olvidado, cómo la dinastía de su amado Czar importó el germanismo en la esclavona Rusia. Por consecuencia de todo esto, el odio de los rusos panslavos al Imperio alemán; y por consecuencia obligada del odio al Imperio alemán el amor á la República francesa. Mucho sienten ellos tener que amistarse, siendo tan devotos del patriarcado monárquico en la persona de su hierático Czar, con pueblo tan republicano cual Francia; pero pasan por todo con tal de combatir ahora, y anular en su día, la prepotencia germánica, tan deshonrosa para su historia y tan opresiva de todas sus gentes. Mucho contrastaron en los lustros últimos la inclinación antigermá-

nica de los moscovitas, amistades como la existente de antiguo entre los monarcas Guillermo I y Alejandro II; entre los cancilleres Gortschakoff y Bismarck. Pero así como ha querido la Providencia que reinara en Rusia un joven emperador enemigo de Alemania, también ha querido que reinara en Alemania un joven emperador enemigo de Rusia. Por espacio de algún tiempo aparecíase á los dos mancebos las sendas sombras de sus predecesores imponiéndoles paz y amistad entre sí; mas la propia naturaleza individual de cada uno ha predominado sobre todo, y el rompimiento ha venido como un resultado natural de sus opuestas pasiones y de sus contrarias doctrinas. En vista de todo esto, ¿qué significa la ceremonia de Kiel? Una tregua.

#### IV

Se han transformado mucho las instituciones monárquicas, porque las ideas y los afectos, de cuya savia las instituciones se nutren, han también cambiado. Una reunión de reyes en el siglo xix jamás podrá significar lo que una reunión de reyes en el siglo xvi. Entonces, cuando se casaban un príncipe y una

princesa propietarios de sendos tronos, se unían en nación los pueblos sobre que tales tronos imperaban. Si hoy recayese, por ejemplo, sobre una princesa como la niña que debe regir los destinos holandeses y personificar aquel Estado, la corona de Bélgica, no podría reunirla con la de Holanda, por incompatibilidades irreductibles y supremas entre los dos pueblos. Cuánto dista Carlos el Temerario casando á su hija María, con Maximiliano de Austria y Maximiliano de Austria casando su hijo Felipe con Juana la Loca, del rey de Dinamarca, cuyas bodas áureas hoy celebran en Copenhague un congreso de monarcas, según merece quien ha casado sus hijas con el emperador de Rusia y con el heredero de Inglaterra, los dos más poderosos imperios del mundo, y dado de su restante generación reyes á Grecia, príncipes á la casa de Orleans, princesas á la casa de Hannover. Todos los biznietos de Carlos el Temerario reinaron. Fueron ya emperadores de Alemania, ya reyes ó reinas de España, de Portugal, de Francia, de Inglaterra, de Hungría, de Bohemia, de Baviera, de Toscana, de Parma. Hoy el príncipe de Gales y el emperador de Rusia son hermanos políticos del destronado heredero de Hannover; pues nada pueden hacer por él. Que convivan, como están bajo el mis-

mo techo conviviendo la princesa de Gales y la czarina de Rusia; que los reyes de la inmortal Grecia y los príncipes de la Gran Bretaña se llamen hermanos ¡ah! no habrá de obstar á que los Parlamentos y los ministerios ingleses adopten allá en Asia una política del todo contradictoria con los intereses rusos y á que las escuadras inglesas anclen cuando les plazca en el Pireo é infieran una reprimenda de padre y muy señormío al Gobierno ateniese. Por eso recrean las relaciones insertas en los diarios acerca de los idilios que representan todos estos reyes en los jardines y en los palacios dinamarqueses. La virtud y poder del genio tiene tal fuerza que marcan de un sello indeleble ciertos territorios históricos. Así como en todo campesino de la Mancha vemos el rechoncho y redomado Sancho, en todo príncipe de Dinamarca vemos el metafísico interrogador Hamlet importunando á la eternidad con sus eternas preguntas. Pero nada más lejos de los castillos ocupados por mesnadas feudales, de las voces siniestras esparcidas en los aires nocturnos, de las almas en sombras plañideras desde un mundo sobrenatural venidas á este nuestro mundo, de las cavilaciones filosóficas acerca de la muerte y sus misterios, de todo el poema trágico llamado Hamlet, que la gran familia imperial y regia de Dinamarca, corriendo con sus bandadas de muchachos comoavecillas que vuelan y gorjean en los jardines, ó preparando por mano de las princesas casadas un postre de obsequio á los queridos abuelos. Así cuentan y no acaban del paseo dado en cabalgaduras diversas; de la pesca reunida por los anzuelos cesáreos y asada con las hojas secas en el bosque; de la carroza que dirigen unos príncipes con látigos mientras otros hacen de tiro, y entran dentro las princesitas muy formales, echándose las de reinas, que saludan al pueblo con toda gravedad y cortesía: idilio doméstico envidiable aún para los burgueses que se consuelan de no ser monarcas, cual se consuelan de no ser ricos, pensando en los muchos quebraderos de cabeza que traen á la vida el poder y el dinero. Debemos presumir, pues, animados por la consideración de semejante idilio, que Alejandro y Guillermo se han prometido uno á otro en Kiel mutuamente no hacer nada que á conflicto guerrero huelga, máguier las propensiones y tendencias de rompimiento entre ambos pueblos patentísimas. Lo cierto es que la Europa contemporánea no puede vivir con esta paz armada y que ya sería hora de pensar en el desarme. Así como acontece que basta recurrir á la conciencia personal para

enterarse de lo justo y de lo injusto en las relaciones domésticas, basta con recurrir á la conciencia pública para enterarse de lo justo y de lo injusto en las relaciones internacionales. Durante mucho tiempo fué causa de guerra europea la esclavitud de Grecia y Lombardía y Rumanía y Servia y Bulgaria y Hungría y Venecia que despedían en los aires electricidad tonante, y condensaban terribles tempestades. Pues bien: ahora es causa de guerra la detentación por Alemania de territorios que podrán por el origen histórico y por la posición geográfica ser alemanes, pero que son franceses por el alma, donde residen la voluntad y el pensamiento. La cuestión de Alsacia y de Lorena tan sólo tiene á Europa en armas y á los ánimos en recelo. Resuelta esta cuestión y dando una tregua á la guerra económica que se hacen unos pueblos á otros tan desatentadamente, aparecería Europa como debe aparecer; como una confederación del trabajo consagrada de suyo al progreso. Por esta razón los pueblos como Bélgica y Helvecia, muy amenazados de hallarse por su mal entre los martillos y los yunques del nuevo ejército de Cíclopes, que se aperciben á descargar tremendos golpes en sus fronteras, proponen arreglos, como el publicado en los periódicos suizos

de una neutralización del territorio litigado entre las dos grandes potencias centrales ó de un cambio por cualquier pingüe colonia francesa del territorio, que denominan alemán los alemanes, á despecho de los habitantes, quienes persisten á una con heroica tenacidad en ser y llamarse franceses. Así nadie quita los ojos del viaje de Carnot al Oriente francés, al sitio que se litiga; y todos preguntan si de cualquier imprudencia temeraria podría surgir una guerra continental. Por fortuna mientras el emperador de Rusia visita con sumo respeto de la paz al emperador de Alemania, el gran duque Constantino visita en Lorena misma con grande respeto del concierto franco-ruso al Presidente de Francia. Y estas mutuas visitas no pueden responder á otro sentimiento que al empeño de continuar la estabilidad presente, alejando el conflicto guerrero. Una sombra tiene, sin embargo, la perspectiva de paz: el viaje de Humberto á Berlín. Los presupuestos más necesitados de una solución pronta son los presupuestos de Italia. Si el conflicto se decide por un arreglo, podrá ésta desarmar y salir de su penuria; si el conflicto se decide por un combate, podrá engrandecerse y justificar su política. Lo que hoy la mata es la continuación del estado actual, que

le causa todo género de quebrantos y no le procura ninguna clase de provechos. Ahí está la dificultad, y como de semejante dificultad no salga, será inútil querer que no forcejee Italia, y por consecuencia Europa, en este potro de tormentos. Entre tales aprensiones y temores, complácese mucho el ánimo viendo cómo los franceses reciben al presidente de la República y considerando que, sean cualesquiera los servicios de éste, merece toda suerte de homenajes por simbolizar en su alto puesto la majestad sublime de las leyes y la soberanía inalienable de Francia.

EMILIO CASTELAR.

## IMPRESIONES LITERARIAS

---

*Cuentos de Marineda*, por Doña Emilia Pardo Bazán.—*Nuevos poemas*, por Campoamor.—*Triquitraques*, por Fr. Candil.—*Pepinillos en vinagre*, por Polo y Peyrolón.—*Prosa ligera*, por Laserna.—*Carlos Tomassi*, por J. Palou Ballesteros.—*Estudios históricos*, por Roberto Andrade.

Cerrados los principales teatros de la corte, escaso ó casi nulo el comercio de libros españoles, y en general poco aficionado nuestro público á otras lecturas que la de la prensa periódica, no es mucho que los ingenios más esclarecidos den paz á la pluma y reposo á la actividad fatigosa de la inteligencia. Esto no obstante, no han faltado en los últimos días publicaciones de verdadera importancia, tales como la reaparición de *Cuentos de Marineda*, un libro de versos de Campoamor, las colecciones de artículos de Fr. Candil y de Don José Laserna, y otras varias obras dignas de ser leídas.

Aunque los *Cuentos de Marineda* no tienen el atractivo de lo nuevo (puesto que los que componen el último libro de las obras completas de la señora Pardo Bazán ya han

sido publicados antes de ahora) poseen, en cambio, el encanto de lo bueno conocido. Es la novela corta un género muy adaptable á las costumbres modernas y muy propio de una sociedad en que tantas cosas diversas solicitan simultáneamente la atención. Los novelones inacabables de los antiguos folletines han pasado ya de moda, y el lector moderno estima la brevedad como uno de los méritos de la obra literaria que coge en sus manos. A esto se debe quizá el cúmulo de novelas cortas publicadas actualmente y el gran favor alcanzado por Maupassant, Daudet, Breet Haarte, el inglés Ruidard Kipling, escritores á los que nada tiene que envidiar la autora de *Bucólica*.

Bastarían por sí solos los *Cuentos de Marineda* para demostrar la rara maestría de su autora en el arte di-

fácil de la composición y para acreditarla de hábil narradora y primorosa estilista. La señora Pardo Bazán no necesita echar mano de recursos extraordinarios y de acontecimientos maravillosos para conmover y deleitar á sus lectores. Con mirada serena, libre de toda especie de histerismos y epilepsias, contempla la realidad de la vida, se la representa interiormente con pasmosa clarividencia y la expresa con tal sencillez y al mismo tiempo con tal exactitud de colorido, que tanto los caracteres que retrata como los lugares que pinta, llegan á ser tan familiares para el lector, que al cabo de unas cuantas páginas parecele que ha tratado á los primeros y habitado en los segundos.

Después de leer estos hermosos cuentos conocemos muchos parajes de Marineda, hemos paseado por la calle Real, recorrido la del Faro, murmurado en la *pecera* y asistido al *Coliseo*; nos son conocidas las costumbres del pueblo marinedino y hemos cobrado cariño á la pobre *Clara*, la hija del tendero Bonaret, alma delicada que, como Ofelia, ve desvanecerse, tras breve sueño, el palacio ideal de sus quimeras; al Doctoral, comparable por sus virtudes y por la sublime sencillez de su caudal al cura del *Pilar de la Horadada*, á las grotescas figuras de don Juan Boína y de D. Pedro Morrión,

restos vivos de pasadas intolerancias, y á la desdichada Antonia, víctima, á causa del indulto de su marido, de la falta de equidad de nuestras leyes.

Lo que en mi concepto da valor á estos cuadros, aparte de la fuerza de observación que representan, es su tersa sencillez. Nada de brochazos de colorines, nada de extemporáneas declamaciones. Las escenas todas que en los cuentos se contienen, resultan tiernas, patéticas, trágicas ó grotescas, sin necesidad de que la autora llore como plañidera detrás de los desastres, ó se regocije con alegrías subjetivas ante las venturas. Presenta los objetos y los hechos como son, y en esta fidelidad de la expresión estriba el verdadero mérito del libro.

No es mi intento hacer de él un estudio. Elogiados han sido ya como merecen los cuentos que componen la colección. El que los conoce, de seguro los volverá á leer, y al que aún no los ha saboreado, de todas veras se los recomendaría si tuviese yo suficiente autoridad para esta especie de recomendaciones.

\*  
\* \*

Cuatro poemas, seguidos de algunas *doloras* y de unas cuantas

*humoradas*, componen el libro último de D. Ramón de Campoamor, libro que en breve aparecerá en los escaparates de las librerías. El tiempo no ha podido destruir en el autor de las *Doloras*, ni su vigorosa inspiración ni esa individualidad completamente suya, tan patente en las *humoradas* de dos versos como en poemas de gran extensión. Sus nuevas poesías, conocidas algunas por los lectores de LA ESPAÑA MODERNA, sin aventajar á otras composiciones de fecha anterior, contienen no pocas bellezas y rasgos felicísimos, ingeniosos los unos, profundos los otros, ya delicados, ya tiernos, ya hondamente conmovedores.

Hermosísimo es el pequeño poema *El amor de las madres*, y trozos hay en él que pueden ponerse al lado de los mejores y más celebrados que se encuentran, por ejemplo, en los poemas titulados *El quinto no matar* ó *El trompo y la muñeca*. No es inferior en su género la dolora *El amor no perdona*, evidente demostración del conocimiento profundo que tiene el poeta del alma humana; y por más que entre las *humoradas* hay algunas inferiores, encuéntranse otras en las que se encierra de un modo tan conciso como enérgico una sentencia con sustancia suficiente para escribir un libro.

La lectura de éste ha dejado en

mi ánimo grátisima impresión, no por los pensamientos que evoca, que todos ellos son tristes ó amargos, sino porque él prueba que aún no se ha agotado el manantial de poesía que debe la patria al más ilustre de nuestros poetas modernos. Es, en efecto, Campoamor el poeta que mejor y más gráficamente ha sabido expresar el estado de los espíritus en el segundo tercio del siglo XIX. Sus mismas vacilaciones filosóficas, sus contradicciones, sus paradojas y hasta esa especie de prosaísmo que se echa de ver en sus más célebres composiciones, todo ello sellado con la consistente marca de una personalidad vigorosa, han hecho de su poesía la poesía propia de esta época, colocada por querer del cielo entre un pasado ya en ruinas y un porvenir oscuro y misterioso. En sus *Doloras* como en sus pequeños poemas, que son *doloras* grandes, laten mejor que en otra composición alguna contemporánea tal mezcla de fe y excepticismo, de entusiasmo y de ironía, de piedad, de burla, de ilusión y desengaño, que bien pueden ser consideradas como un espejo en que se retrata el pensar y el sentir de los españoles del siglo XIX.

En este punto, Campoamor tiene con Heine muchas analogías. También el autor de *Lutecia* muestra en sus admirables libros enormes con-



tradiciones y diversidad de criterios. Tan pronto se burla del *viejo del cielo* como siente la nostalgia de la religión; ya se muestra socialista á la manera de Proudhon como se ríe de los sueños utópicos de aquellos extravagantes filósofos que se proponían convertir el mundo en una fiesta continua y la vida en un banquete deleitoso. Muéstrase unas veces irónico hasta el sarcasmo y otras entusiasta hasta el ditirambo... Pero no hay que echar en cara ni al autor de los *Reisebilder* ni al de las *Doloras* sus contradictorias vacilaciones. Los grandes poetas, esos que son la voz de su patria y de su tiempo, reciben del mundo exterior, de la sociedad que los rodea, todos esos fragmentos de ideas que bullen sin fórmula en la multitud y que condensándose en el alma del verdadero artista encuentran en ella su más adecuada y exacta expresión. Más bien que «Dios está en nosotros» pueden decir los verdaderos poetas: «la humanidad está en nosotros».

De los cuatro poemas que forman parte de las últimas poesías, uno de ellos, el *Amor de las madres*, acaba de ser esmeradamente traducido al sueco en unión del poema *Maruja*, de Núñez de Arce y del titulado *Jaime*, de doña Emilia Pardo Bazán, dignos y casi únicos representantes que más allá de los

Pirineos tienen las letras españolas.

\*  
\* \*

Entre los escritores que siguen en España las corrientes modernistas, es uno de los más celebrados el autor de *Triquitraques*, Don Emilio Bobadilla ó Fr. Candil, pseudónimo este último, conocido de cuantos tienen afición á las lecturas literarias. *Triquitraques* es un libro de crítica satírica que contiene más censuras que elogios, y más burlas que entusiasmos. Fr. Candil tiene, como suele decirse, la mano dura, y como su idiosincrasia no es tampoco ni apacible, ni optimista, su pluma levanta no pocos cardenales. Es injusto á veces, apasionado otras, y acre y mordaz siempre, pero no es posible desconocer en el Sr. Bobadilla una individualidad artística bien marcada, originalidad en las ideas, novedad en el modo de expresarlas y larga y detenida lectura de los escritores contemporáneos, especialmente los franceses.

¡Lástima que á veces se olvide de los respetos que se deben entre sí todos los que cultivan con más ó menos fortuna el difícil arte de escribir!

\*  
\* \*

Al Sr. Polo y Peyrolón le ha dado por *fustigar á la ignara muchedumbre*, y con tan plausible motivo ha cogido y se ha hecho satírico. Respondiendo á esa vocación, que sin duda le grita al oído algo semejante á lo que la Providencia gritaba á Alarico para que fuese sobre Roma, ha caído látigo en mano sobre la sociedad moderna, y la ha emprendido contra periodistas, librepensadores, bachilleres, examinandos y hasta con el mismísimo Hegel.

A este conjunto de latigazos los titula el autor *Pepinillos en vinagre*. En rigor, los resultados no corresponden al propósito; la sátira resulta inocente. Depende esto de lo *aguado* del vinagre en que el Sr. Peyrolón ha presentado sus pepinillos. Más claro: el Sr. Polo carece de aquella fuerza satírica que levanta roncha ó hace sonrojar al que es objeto de ella. Desconoce la parte sensible de los que son objeto de sus inofensivas sátiras y muestra, sí, malicia é intención, como parece que ha notado ya Menéndez y Pelayo, pero esa intención y malicia son, usando una frase vulgar, algo semejantes al reloj de Pamplona, que apunta pero no da.

Además, el pensamiento del señor Peyrolón no pasa de la superficie de las cosas, y por consi-

guiente, no traspasa el nivel de lo trivial. Sus sentencias están á la misma altura de las que se contienen en las *Páginas de la infancia*; su moral tiene el sano, pero modesto tufillo de la moral casera, y en punto á galas retóricas, no se distingue tampoco por la buena elección y por el gusto exquisito.

En cambio el lenguaje, aunque no completamente limpio de incorrecciones, es, por regla general, castizo y cuidado. El Sr. Polo y Peyrolón, para valerme de un ejemplo, se parece algo á esos poetas que escriben sonoros versos muy bien medidos pero faltos de la verdadera inspiración.

\*  
\*  
\*

Con el modesto título de *Prosa ligera* acaba de publicar el Sr. Latorna, redactor de *El Imparcial*, una serie de artículos en los cuales campea, á vuelta de mucho ingenio y no pocos donaires, buena cantidad de observación de las actuales costumbres, particularmente políticas. El autor ni insiste sobre los defectos del prójimo, ni se indigna ni vocifera; los señala, hace acerca de ellos un chiste... y á otra cosa. Maneja el equívoco y la frase con más talento que espontaneidad,

escribe con más corrección que muchos que se las echan de puristas y sabe dar interés á sus cortos y chispeantes trabajos.

Claro es que en unos artículos que, á juzgar por sus asuntos de interés momentáneo, están escritos al correr de la pluma sobre la mesa de la redacción y repartiendo la atención entre diversos objetos que la divierten é interrumpen, no es posible exigir ni gran meditación ni sutiles ni profundos conceptos. Cada uno de los trabajos que *Prosa ligera* contiene no se propone más objeto que entretener durante algunos instantes la curiosidad del lector, fatigada por los soporíferos artículos políticos ó de hacienda, de que tanto abusan los periódicos madrileños. Ese objeto lo llena el Sr. Laserna á maravilla.

De los treinta y ocho artículos comprendidos en el libro (ilustrado con gracia por Angel Pons), los que me parecen mejores son los titulados *El de todos los años*, *Comunicado*, *Nombres populares*, *Los etcéteras* y *Fantasia morisca*.

\*  
\* \* \*

*Carlos Tomassi* es el protagonista y título al mismo tiempo de una novela que acaba de publicar D. F.

Palau Ballester. En ella hay de todo, costumbres de aldea, escenas universitarias, muertes repentinas, episodios de hospital y manicomio y conferencias sobre delicadas cuestiones de patología.

Lo heterogéneo de todos estos incidentes debilitan la unidad de la obra, que además no se distingue ni por el arte en la narración ni por el estudio de los caracteres.

Lo mejor del libro es lo referente á la vida lugareña, su chismografía y las menguadas pasioncillas que el continuo roce ocasiona en los pueblos de escaso vecindario.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
MUSEO BARCELONÉS.

El año 1875 fué asesinado en Quito, García Moreno, presidente de la república del Ecuador. El matador de García Moreno, Roberto Andrade, desterrado de su patria desde aquella fecha, ha escrito unos *Estudios históricos*, consagrados principalmente á justificar aquel sangriento suceso.

He aquí lo que escribe Andrade: «Bruto fui un día. Dignaos disculpar esta arrogancia, porque ella es de un hombre considerado en su patria como desaforado delincuente. Este Bruto es quien escribe ahora

la vida de César antes de que desaparezcan todos los Antonios.»

Imposible es, al leer este libro, no sospechar en su autor gran suma de apasionamiento y deseo de justificar un acto que la conciencia rechaza y que el patriotismo no justifica. Muy contradictorios son los juicios que se han emitido acerca del gobierno de García Moreno; hanle tenido unos por menos que por santo, al paso que otros le califican de tirano aborrecible; pero nadie menos que el hombre mismo que le privó de la vida tiene derecho á arrojar sobre la memoria del asesinado, los baldones que Andrade arroja sobre la tumba de su víctima. Por otra parte, el lector no puede creer en la veracidad de un autor que, después de haber sido verdugo, se constituye en juez. Bruto mató á César; pero no se ensañó en la memoria del vencedor de los galos.

Aparte de la pasión y de la saña con que estos estudios están escritos, encuéntrase en ellos buen número de datos interesantes y de noticias, muy dignos de tenerse en cuenta por el futuro historiador que haya de escribir la historia de aquellas repúblicas, agitadas desde el día de su emancipación por continuas convulsiones.

Todo lo que de violentos tienen los apóstrofes que Andrade dirige á García Moreno, tienen de entusiastas é hiperbólicos los ditirambos que dedica á D. Juan Montalvo, ilustre ecuatoriano enemigo también del tirano y poco há muerto en el destierro á que le condenaron las suspicacias de sus enemigos, dominadores del Ecuador á la muerte de García Moreno.

El libro de Andrade no es más que el comienzo de una obra cuya impresión «se continuará cuando le sea posible al proscripto.»

F. F. VILLEGAS.

## REVISTA ECONÓMICA

---

Situación de los mercados monetarios de Europa.—Plétora de dinero.—Escasez de negocios.—Alza de la Bolsa.—La Bolsa de Madrid en el mes de Mayo.—Los presupuestos.—El comercio de España.—El *modus vivendi*.

**H**a cambiado por completo la situación de los mercados financieros de Europa en los últimos meses. Estamos dentro de una nueva fase de la crisis económica y de las perturbaciones del crédito que se extendieron por todos los países europeos á raíz de los acontecimientos de la Argentina y de Portugal y de las quiebras de Londres. A la desconfianza y al pánico comienza á suceder la confianza; al descenso, el alza de los valores de crédito; á la escasez de numerario disponible, la abundancia de él.

Los fenómenos del mundo económico se repiten con la misma regularidad y, en cierta medida, con la misma fatalidad que los fenómenos del mundo físico. A la tempestad sucede siempre la calma. Recordemos brevemente la historia de la última crisis. Veinte años hacía que las dos terceras partes del ahorro de Europa atravesaba el Atlántico en busca de colocación más provechosa. Los ferrocarriles, los telégrafos, las canalizaciones y las minas de toda la América se habían construido y se estaban explotando con estos capitales. La corriente no parecía tener fin. Las principales casas bancarias buscaban de preferencia negocios en aquellas lejanas tierras por lo productivos que eran. Aquí, en la vieja Europa, no se saca para el capital un interés superior á 3 ó 4 por 100. En la América del Centro y del Sur se triplicaba cuando menos este tipo. Los reyes de la banca se habían distribuido aquellas lejanas tierras. Los Rothschild imperaban

en el Brasil; los Bharing en el Uruguay; los HIRCHS y los Murrietas en la Argentina y en Méjico. En algunos años realizaron ganancias inmensas que constituían poderoso incentivo para los nuevos ahorros y los nuevos capitales. La facilidad de obtener dinero dió lugar á todo género de locas empresas. Surgieron ferrocarriles donde no había comercio ni población siquiera, y se pusieron en explotación minas donde faltaban hasta brazos que las trabajaran.

A los empréstitos exteriores sucedieron los interiores, ó mejor dicho, las emisiones de cédulas y de billetes de Banco sin garantía de ningún género. En un período brevísimo que no se extiende más allá de veinte años, algunas repúblicas sud-americanas pusieron más papel en circulación que el que tenían las más importantes naciones de Europa. El espejismo del crédito duró hasta tanto que fué preciso comenzar á reembolsar tantos empréstitos y emisiones lanzadas. En cuanto fué preciso pagar, y las salidas de dinero por tantos y tantos anticipos superaron á las entradas por nuevas operaciones, el conflicto surgió, y surgió potente y poderoso. La balanza del comercio comenzó á ofrecer un gran desnivel. América no producía lo bastante para reembolsar á Europa el dinero que de ella había recibido. La moneda metálica emigró. Se la sustituyó del todo por billetes, ó mejor dicho, por asignados. El oro llegó á alcanzar primas hasta de 400 y 500 por 100, y los Gobiernos de América (los de la Argentina y del Uruguay) se vieron obligados á solicitar demoras y después el consiguiente arreglo con sus acreedores, produciéndose en los mercados de Londres y de París las depreciaciones consiguientes en aquellos valores y las perturbaciones y quiebras que en el año pasado presenciámos.

A todos los valores y á todo el crédito de Europa tenían que trascender por modo inmediato tan tristes sucesos. La desconfianza cayó sobre los valores de aquellos Estados más débiles ó que menos recursos contaban. El papel italiano, el portugués y el español fué el más comprometido. Se lanzaron fuertes sumas á los mercados, buena parte por temor á que la crisis se extendiera, no pequeña por la necesidad urgente de realizar y de conseguir dinero para poder afrontar las circunstancias creadas. Excusado es recordar los efectos que esto produjo en nuestros valores y en nuestro país. Londres lanzó sobre París el *exterior*, París sobre Madrid. Madrid resistió cuanto pudo; pero esta resistencia produjo la consiguiente salida de oro, perturbando nuestro

sistema monetario y desnivelando los cambios sobre el extranjero en la forma y en la amplitud que conocen nuestros lectores.

En todo el tiempo que esta situación ha durado los capitales se han retraído de toda colocación. No se ha hecho otra cosa que liquidar lo antiguo, y estas *liquidaciones* y aquel retraimiento se han traducido en aumento de reservas en los Bancos y en abundancia de dinero, sin colocar, en los mercados.

\*  
\* \*

Y aquí entra la segunda fase de la crisis á que antes nos referíamos. Basta fijarse en los balances que los Bancos de emisión publican en los últimos meses, para comprender el cambio completo que la situación ha sufrido. El Banco de Francia reúne hoy en sus cajas una suma de metálico inactivo que no tiene precedentes en ningún tiempo. De fin de Mayo del año anterior á igual fecha del año corriente ha aumentado sus reservas metálicas en 285 millones de pesetas, en tanto que los billetes en circulación no han aumentado más que en 46 millones. Su *cartera* ha descendido en 310 millones.

Aun cuando en menos proporción, igual fenómeno se ha realizado en todos los demás Bancos: el metálico, en aumento; la circulación de billetes, con escasas alteraciones, y la cartera de negocios, de crédito activo, con fuertes descensos. El aumento de metálico en un año, para todos los Bancos de Europa, no baja de 1.000 millones de pesetas, suma casi equivalente á la que representa el descenso de la cartera de negocios.

En las últimas semanas, la mayor parte de estos establecimientos se han visto obligados á reducir sus tipos de descuentos y préstamos. Lo han reducido el de Inglaterra, el de Francia, el de Rusia, el de Bélgica, el de Italia, el de Holanda, el de Servia y hasta el de Bombay. Con esta rebaja y todo, los negocios son escasos y la lucha con el mercado libre poco menos que imposible. El mercado libre de Londres descuenta de  $\frac{3}{4}$  á 1 por 100; para brevísimos plazos (dos ó tres días) hasta á  $\frac{1}{4}$  por 100 de interés anual.

La escasez de negocios ¿á quién se le oculta? disminuye la oferta de medios donde colocar el dinero y causa el descenso de productibilidad de éste y el alza de los valores de crédito. Los precios del papel de

crédito como los de otra mercancía cualquiera, vienen dados en relación con la oferta y la demanda, ó más sencillamente, en relación con la masa de papel circulante y de dinero disponible para colocación.

El alza que todos los valores han alcanzado en el mes de Mayo no tiene otro origen ni responde á otra causa. No hay negocios, no hay emisiones nuevas. América no pide dinero; en Europa están paralizadas las grandes empresas de obras públicas. La masa de papel circulante no aumenta, y el dinero se ofrece cada vez más barato y los precios, por natural consecuencia, más altos.

\*  
\* \*

Los valores de España son los que mejor han aprovechado esta situación pletórica de numerario. La campaña contra ellos había sido extremada, haciéndoles perder hasta quince enteros en un año. La reacción, si no ha llegado hasta ahora á la amplitud de la acción, lleva trazas de serlo. En un mes (en el de Mayo), el 4 por 100 interior ganó cerca de ocho enteros; seis el exterior; nueve el amortizable; el Banco de España más de treinta enteros. Las acciones de los ferrocarriles han subido también bastante, sobre todo las de los Andaluces Madrid - Zaragoza - Alicante. Las del Norte se repusieron también, pero como no ha distribuido dividendo alguno en el ejercicio anterior, han descendido de nuevo bastante.

Los giros sobre París y Londres algo mejor, pero altos todavía.

\*  
\* \*

No ha sido tampoco escasa la influencia que en nuestras Bolsas y en nuestros valores ha ejercido el *modus vivendi* concertado entre Francia y España. A los productores no les ha satisfecho demasiado, pero en los círculos financieros ha sido, en general, bien recibido, si bien es siempre de lamentar que el período sea tan breve y las recíprocas concesiones tan limitadas. España ha concedido á Francia por todo el mes de Junio su tarifa convencional, y Francia á España su tarifa mínima. Para llegar á un concierto definitivo prosiguen las negociaciones. No negamos buenos deseos al Gobierno francés para llegar á un arreglo, pero la seguridad de que las Cámaras no aprobarían



rebaja inferior á la tarifa mínima ni mejora alguna en la escala de graduación de los vinos, son motivos que hacen desconfiar de un éxito pronto y definitivo.

\*  
\* \*

El comercio de España, en los cuatro meses del año corriente, se resiente de la baja en las exportaciones de vinos. Los demás artículos se defienden bien, y antes indican desarrollo que decadencia industrial. La importación de primeras materias industriales no ha descendido nada, ni tampoco las manufacturas textiles y siderúrgicas.

Los valores de la exportación en los cuatro meses de Enero á Abril importan 283 millones, y los de la importación 271 millones. La balanza es todavía favorable en 11 millones de pesetas.

\*  
\* \*

Los últimos precios que cotiza la Bolsa de Madrid son los siguientes :

4 por 100 interior, 71,50.

4 por 100 exterior, 75.

4 por 100 amortizable, 80,30.

6 por 100 billetes de Cuba, 105.

5 por 100 ídem íd., 96.

Acciones del Banco de España, 380.

Acciones de Tabacos, 109.

La tendencia es buena.

**UN EX-MINISTRO.**

## LIBROS

---

NUESTRA LITERATURA EN EL EXTRANJERO.—La casa Elliot Stock, de Londres, ha publicado una linda y minúscula colección de traducciones de poetas extranjeros antiguos y modernos. El contingente de España es lucidísimo en cuanto á nuestros poetas clásicos, pues incluye sonetos de Cervantes, Góngora, Lope de Vega y Quevedo, con otras poesías de Alarcón y Calderón. De los modernos sólo figura uno. ¿Quién había de ser sino Ramón de Campoamor y la preciosa décima *Amor y gloria?*

De Upsala hemos recibido también un librito que interesa á la gloria de España. En él se reúnen tres joyitas de la lírica moderna, vertidas al sueco por el profesor Goran Bjorkman. Son el poema de Campoamor *El amor de las madres*, el de Núñez de Arce *Maruja*, y el rarísimo opúsculo *Jaime*, única colección de versos publicada por la

señora Pardo Bazán. El profesor de Upsala merece nuestros plácemes.

EL NUEVO LIBRO DEL CONDE TOLSTOY.—El conde Tolstoy ha terminado su nuevo libro sobre *La guerra*, donde trata de demostrar cuál es el único remedio posible para el peligro constante de la lucha entre naciones. Ha leído el manuscrito hace pocos días en Moscu, ante un grupo de amigos que le felicitaron, pero él, no dándose por satisfecho de su trabajo, tal como pudo apreciarlo á la lectura, resolvió rehacer completamente los últimos capítulos. Ahora se ha vuelto á sus escursiones campestres por el distrito de Riazav, donde el hambre hace estragos.

Este libro de Tolstoy y el de Zola ¡curiosa coincidencia!, sobre igual asunto y con igual título, saldrán casi á un tiempo, y serán los acontecimientos literarios *univer-*

*sales*, pues el novelista eslavo y el gran escritor francés suben cada día á mayor altura; no tienen rivales entre los autores vivos. La obra de Tolstoy será publicada en castellano al mismo tiempo que en ruso, en la «Colección de libros escogidos».

El tomo III de la *Biblioteca de la Mujer*, dirigida por Emilia Pardo Bazán, fórmanlo las *Novelas esco-*

*gidas de doña María de Zayas*, de las cuales sólo cuatro se incluyeron en la «Colección de Rivadeneyra». Doña María de Zayas es un clásico como Espinel ó Hurtado de Mendoza, y por su estilo y su maestría en narrar figura entre los mejores novelistas castellanos del siglo xvii. La obra, lindamente impresa, lleva al frente un importante prólogo de Emilia Pardo.

Habiéndose acercado á nosotros D. Patricio Ferrazón rogándonos la reproducción del comunicado que sobre el descubrimiento de América escribió en 31 de Marzo último y que publicó *El Imparcial* en 13 de Abril siguiente, complacemos al referido señor dando cabida en las columnas de nuestra Revista á dicho escrito, con el epígrafe y encabezamiento puesto por la redacción de aquel periódico.

#### EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA EN 1477.

«Señor director de *El Imparcial*.

»Muy señor mío y de toda mi consideración: En el periódico de su ilustrada dirección y en el número correspondiente al 14 de Junio de 1888, se publicó otra carta

mía en que, defendiendo á Cristóbal Colón de la acusación contra él lanzada, de haber tomado en Islandia noticia de la existencia de lo que hoy llamamos Nuevo Mundo, llegué á decir: «...y si la sociedad de anticuarios del Norte, antes, y algunos norteamericanos ahora, hubieran dicho *que en el año 1477 se hizo por Colón el verdadero viaje de descubierta, llegando á América y costeándola de Norte á Sur hasta la extremidad meridional de la Florida*, tal vez la conjetura pareciera más racional y probable...» Este pensamiento tuvo cierta resonancia; la prensa nacional y extranjera se ocuparon de él y como prueba citaré *Le Courrier*, de Londres, del 24 de Junio del mismo año, que bajo el epígrafe *La decouverte de*

*L'Amérique en 1477*, dedicó á la idea una de sus columnas *La Correspondencia de España*, de que transcribiré el siguiente suelto:

«*El Imparcial* publica ayer una notabilísima carta del iniciador del centenario de Colón D. Patricio Ferrazón, en la cual sostiene este ilustre marino (1) como conjetura probable, robustecida con argumentos de gran fuerza, que Colón descubrió la América en 1477, es decir, quince años antes de la expedición costeada por los Reyes Católicos. La atrevida tesis del señor Ferrazón ha de servir sin duda de fundamento á grandes controversias entre los aficionados á los estudios históricos, por cuyo motivo sería conveniente que el señor Ferrazón ampliase la demostración de su originalísima tesis.»

»Dicho y sucedido todo esto, vi que no había conveniencia en hacer la probanza que se me pedía por un órgano tan importante de la opinión pública como *La Correspondencia de España*; tal vez me arrepentí de haber lanzado impremeditadamente una idea que podía perjudicar á la fiesta del centenario, y para corregir mi error guardé silencio y me propuse esperar ocasión más oportuna. Esta llegaba ahora; el hecho

(1) De marino tengo algo, efectivamente; pero de ilustre, nada.

de haber guardado Colón muchos años el secreto de su descubrimiento es una prueba más de su gran carácter, y hoy que de él se ocupan tantas inteligencias ilustradas, así puede apreciarse; pero en el año 88 no era lo mismo, y temí esta doble y vulgar deducción: si Cristóbal Colón estuvo en América antes del año 1492, Cristóbal Colón ha sido un impostor, y si así fué, el centenario de ninguna manera corresponde al año en que el descubrimiento no se hizo. Siendo yo mismo quien había hecho la proposición del centenario en el año 92, la consecuencia era personalmente terrible, y no podía contrariarse sino con largas explicaciones, que entonces la gran masa popular no estaba dispuesta á escuchar. Pero hoy no es lo mismo; la opinión está ya preparada, si oye con atención cuanto se refiere al asunto y cabe ya explicar lo que á primera vista parece más anfibológico. Defensor de mi tesis en el año 88, podía aparecer como detractor de Colón; defendiéndola hoy, estoy seguro de que, si consigo demostrarla, ha de verse en ello un nuevo timbre de gloria para el héroe.

»Dispuesto á ocuparme de la cuestión, llegué recientemente á Madrid, proponiéndome publicar primero un ligero estudio biográfico de Colón, y después, ya en folleto ó en confe-

rencia, tratar de la fecha del descubrimiento. Pero en este estado ha surgido un incidente que trastorna mi plan, pues se acaba de decirme que hay una conferencia anunciada sobre el mismo tema. No se me ha sabido decir ni quién es el conferenciante, ni el centro en que la conferencia se ha de dar, ni el periódico que la anuncia, y en vano he registrado para saberlo gran parte de la prensa del día de ayer. En tal situación, suplico á V., señor director, la publicación de esta carta, con la que me propongo nada más que conservar la paternidad de mi idea. Si en el año 88 dije ya que Colón había estado en América antes de 1492 y nadie lo había dicho con anterioridad, la idea es mía y se me ha debido dejar su demostración, ó cuando menos, presentar como mía la tesis aunque otro se encargara de demostrarla.

»Por muy público que fuera, y lo fué mucho efectivamente, lo que dejo referido, yo creo que el conferenciante, para mí fatalmente incógnito, no tendrá conocimiento de ello, y en tal supuesto, que yo otra cosa de nadie puedo pensar, en esta misma carta le ruego que suspenda su conferencia hasta que yo, en un plazo breve, trate detenidamente el asunto, porque después puede él tener el mérito propio de una acertada demostración, mientras que hoy

podría creerse que buscaba el de ajeno descubrimiento.

»Después de esto indicaré sumariamente, y como sólo cabe en el espacio de una carta, que va siendo demasiado larga, alguna de mis razones.

»Es la primera que, siendo la base del pensamiento de Colón el convencimiento de la esfericidad terrestre, y por lo tanto, la posibilidad de circunvalar el mundo, es contrario al mismo principio en que se fundaba hacer el primer viaje por el gran círculo paralelo de la isla de la Gomera y no tomar como punto de partida á Islandia, cuyo paralelo es mucho más reducido, sabiéndose además por su propio dicho que en el año 77, cuando ya había comunicado á Pablo Toscanelli su proyecto, navegó cien leguas al Occidente de Islandia, navegación que no pudo tener otro objeto que el del descubrimiento. Exigía su plan acercarse al Polo para rodear el mundo en reducida vuelta, y sin embargo, el año 92 le vemos, por el contrario, aproximarse al Ecuador y aumentar voluntariamente el círculo que total ó parcialmente se proponía recorrer. Para proceder de este modo en el primer viaje era necesario que Cristóbal Colón hubiera estado loco efectivamente, y hubo, por lo tanto, un viaje anterior á la travesía

emprendida desde la isla de la Gomera en el año 92.

»El partir de dicha isla, que está en el mismo paralelo que la península de la Florida; el apuntar á la extremidad meridional de esta misma península, ó sea al cabo Sable, las proas de sus buques desde que zarpó de la Gomera, no queriendo variar de rumbo ni variándolo sino muy ligeramente á las grandes instancias de Pinzón cuando ya cerca de las Bahamas veían claros indicios de tierra; la situación geográfica del mismo cabo Sable, que es el fin de la costa de la América del Norte y el punto donde abriéndose el mar Colombiano forma la gran extensión de agua que se llama Golfo de Méjico, son circunstancias que hacen creer que en un viaje anterior llegara á Terranova, á Nueva Escocia ó á otro punto más ó menos boreal, y explorando la costa, al Sur, naturalmente, continuara hasta dicho cabo Sable, retrocediendo desde allí al encontrarse con un nuevo mar que dilatadamente se extendía á su vista. En el viaje del año 92, indudablemente no se proponía otra cosa que reconocer la Florida, ya marcada en su carta, y seguir la navegación por el seno mejicano para llegar por él á Cipango y á Catai, de la misma manera que en los viajes posteriores se le ve buscar porfiadamente el

mismo camino por la América Central.

»Los hombres blancos que los indios dijeron al P. Las Casas que habían visitado la isla de Haiti antes del año 92, no fueron otros, á mi juicio, que Colón y sus compañeros, el piloto Sánchez y los marineros, que una tradición tenida por falsa supone que murieron en casa de Colón, revelándole la existencia de América, yo entiendo que fueron los mismos compañeros de su primer viaje; las *escripturas* que el hijo de Pinzón declaró que su padre había traído de Roma, pudo traerlas efectivamente, puesto que en América había habido obispos católicos; y esta familia de los Pinzones, que en el viaje del 92 comprometió la vida de tres hermanos, y tal vez toda su fortuna, forzosamente tuvo para obrar así motivos más sólidos que los argumentos científicos que los mismos sabios negaban ó no entendían. Los Reyes Católicos, tan celosos de su dignidad, no habrían pactado con Colón sin pruebas y datos positivos; y aquellas mismas capitulaciones de Santa Fe, tan detalladas y precisas, en las que se instituye nada menos que un almirantazgo y un virreinato, no pudieron de ninguna manera hacerse sobre una conclusión especulativa, que ni era nueva ni podía ser perfecta, no estando

demostrada todavía la ley de gravedad central.

»Hay multitud más de indicios que no dejan lugar á la duda; pero no debo prolongar más esta carta, creyendo haber dicho bastante para poder afirmar que Cristóbal Colón estuvo en América antes del año 1492, y probablemente en el de 1477.

»Me repito de V., señor director, como el más atento S. S. Q. S. M. B.

PATRICIO FERRAZÓN.»

Ha dado lugar á largas murmuraciones en los círculos científicos la falta de cortesía con que ha sido

tratado, por el periódico *El Centenario*, uno de los más ilustres representantes que nuestras hermanas, las Repúblicas de América, tienen en Madrid, el Sr. D. Manuel María de Peralta, autor de obras históricas de gran mérito, investigador incansable de los archivos para esclarecer la historia de su patria y persona que por su talento y condiciones de carácter sólo tiene entre nosotros admiradores y amigos.

Sentimos que una ligereza de un cronista, ignorada por los directores de *El Centenario*, haya podido molestar un punto al Sr. Peralta, el cual habrá quedado satisfecho con las explicaciones recibidas, y enterado, con tal motivo, de las simpatías con que cuenta entre nosotros.

# ÍNDICE

---

	Páginas.
<i>El sitio de Sebastopol</i> , por el Conde León Tolstoy.....	5
<i>El viento</i> (soneto), por M. A. Caro.....	81
<i>El naturalismo en el teatro</i> , por Emilio Zola.....	82
<i>El salón de la baronesa de Staël</i> , por Sofía Gay.....	109
<i>La toma del reducto</i> , por Próspero Mérimée.....	121
<i>El mal zuavo</i> , por Alfonso Daudet.....	126
<i>Llamando á una puerta</i> , (poesía), por Diego Uribe.....	131
<i>Reseña crítica del centenario</i> , por Cesáreo Fernández Duro.....	133
<i>Martin Alonso Pinzón</i> (continuación), por José María Asensio.....	144
<i>Doloras y humoradas</i> , por R. de Campoamor.....	172
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	179
<i>Impresiones literarias</i> , por Francisco F. Villegas.....	190
<i>Revista económica</i> , por un Ex-ministro.....	197
<i>Libros y noticias</i> .....	202